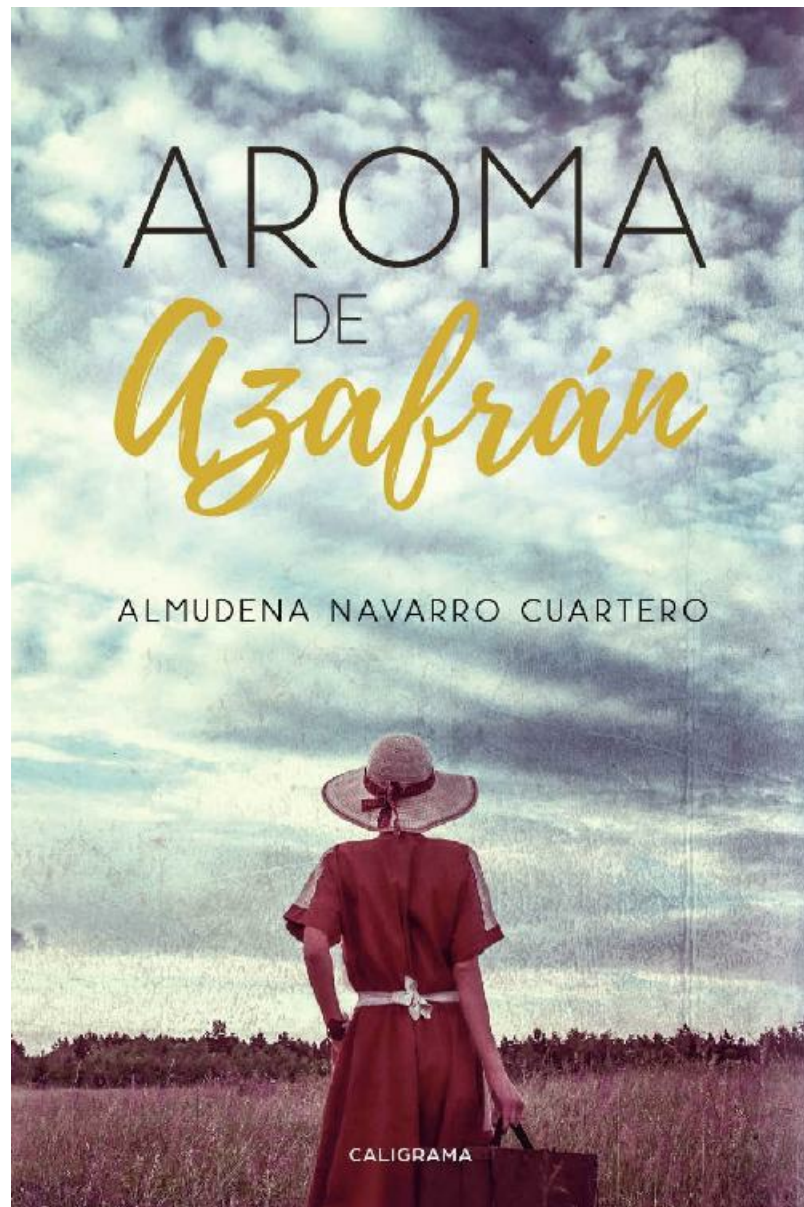




AROMA DE *Azabráin*

ALMUDENA NAVARRO CUARTERO

CALIGRAMA



Aroma de Azafrán

AROMA DE *Azafrán*

ALMUDENA NAVARRO CUARTERO

CALIGRAMA

Aroma de Azafrán

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417915254

ISBN eBook: 9788417887735

© del texto:

Almudena Navarro Cuartero

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2019

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Cristina

Los hechos y personajes que aparecen en este libro son ficticios, así como la localidad de Casas Rojas.

Capítulo 1

A la luz de la luna el pueblo entero parecía refulgir, brillante, para reivindicar su lugar en la historia: un espacio en el mapa con alma y personalidad propias, quizás como el resto de los pueblos..., pero aquella noche, principalmente engalanado para una ocasión especial, parecía conocer los planes del destino; y no queriendo perder detalle de todos y cada uno de los sucesos que tenían lugar en su torrente sanguíneo, levantaba la cabeza en mitad de la noche, desafiante ante cualquiera que pudiera divisarlo, a través de un suave fulgor blanquecino y plateado. Era su momento, en realidad un instante entre otros tantos, pero ya sea por azar o por las circunstancias el pueblo de Casas Rojas resplandecía majestuoso, ajeno a las grandes ciudades que comenzaban a brillar con aquel milagro moderno llamado electricidad. Para su propio regocijo, su luz no era de esa brillantez artificial que podía llegar a cegar los ojos; no, era una luminosidad natural, sencilla y misteriosa, tanto como lo era el perfume dulzón de sus campos. Un olor que comenzaba a sentirse a mediados de octubre, naciendo con una breve fecha de caducidad, pero que por su intensidad permanecía en la memoria de todos durante el resto del año.

Un forastero ajeno al pueblo no podría reconocer su procedencia. Pero para cualquiera de sus habitantes la rosa del azafrán significaba el comienzo, el despertar, el bullicio y, sobre todo, «el dinero» que tanto hacía falta. Y ese era el motivo por el cual Casas Rojas refulgía no como el orgullo del pavo real, sino más bien por deseo, con el anhelo con el que se espera a un amante durante meses, sabiendo que este, generoso, lo dará todo hasta dejarlo lleno, completo y satisfecho a la par que cansado y rendido. Ese era el gran idilio secreto: el del pueblo de Casas Rojas, en la comarca de la Manchuela, con el cultivo del azafrán. Las hebras que con pericia se extraen de sus rosas son algo más que el oro rojo de sus habitantes, son su droga. Sus vidas, alegrías y penas están teñidas

del color del azafrán. Pero ellos, obviamente, no podían notar la inusitada belleza que entrañaba aquella costumbre, misteriosa y hermética para el desconocido; familiar y calurosa para ellos.

Cotidiana y ajena.

Sin embargo, el color violeta aquella noche no era el predominante, los campos que rodean el pueblo son de color bermellón, al ser una comarca de uva.

Debería haberse vendimiado ya, y por eso aún lucen orgullosos los colores del otoño en las cepas. Los dueños de las vides buscaban mejorar su fuerte vino con un toque de dulzor, dejándolo madurar y arriesgando la cosecha de ese año.

Y precisamente aquel año, por misterios del azar, sus hojas eran de un intenso color rojo, tan brillante que resultaba escandaloso. La sabia naturaleza quería que ese octubre la uva compitiera en importancia con el azafrán. Un toque yermo de atención.

Sus habitantes estaban claramente hechizados por las hebras de azafrán y la preciada or violeta que dentro de poco inundaría patios, pasillos, mesas y suelos de cada casa, llenando de vistoso color hasta la esquina más gris. Algo tenía aquel color intenso y brillante que conseguía engalanar hasta el carácter de sus habitantes, humildes trabajadores, pero con vidas memorables, con historias merecedoras de perdurar a través del tiempo. Ricos en alegrías, tristezas, miserias, amistad y pasiones. Cóctel de años bien vividos. Ni mejores ni peores que reyes o embajadores; gente que perdura en los corazones de los cementerios.

El Hilario, Venancio, Anarda, la Loli, Pilico, Águeda, Solete o el Saturnino. ¿O

acaso sus viejos huesos no reposan con la misma consistencia que los de noble cuna? La muerte es justicia, todos somos iguales. Y cada uno tenemos nuestra historia, igual de interesante que la de Napoleón, Nefertiti o Alejandro Magno.

No nos dejemos engañar, la historia no ha podido hacer frente al volumen de sus personajes principales, desechando así a nuestros abuelos, bisabuelos y tatarabuelos... No olvidemos nunca que ellos son el cemento de nuestra digna historia.

Victoria buscaba cada noche a su madre entre las estrellas del cielo, pero nunca conseguía verla. Se escapaba de la cama con su camisón blanco hasta los tobillos para exasperación de su tía María Dolores, que le recordaba constantemente que

ya no era una niña. Aun así, corría descalza por el patio sin importarle mancharse los pies de barro y hierba mojada para sentarse debajo del cobertizo, al lado de las gallinas, a escrutar la inmensidad del cielo azul oscuro. ¿Cuál de esas estrellas sería su madre?

No recordaba absolutamente nada de ella. Catalina había muerto cuando ella solo tenía tres años, y por mucho que se esforzara en recordar su cara, su mente no conseguía rescatar del olvido ni siquiera un mechón de su cabeza. No se sentía triste por su ausencia, siempre había vivido con ella, pero sí por no poder recordarla. Solo sabía que cuando pensaba en ella sentía una reconfortante e instantánea sensación de seguridad. De fortaleza interior. Era lo único que tenía, un recuerdo vago de una impresión afectiva. Lo poco que sabía de su madre se lo había contado su hermano mayor, Manuel, en las pocas ocasiones en las que se veían. Era todo lo que le quedaba de su familia y lo echaba de menos, a pesar de que tenían muchos familiares que los querían y se ocupaban de ellos. La sensación de estar solos en el mundo jamás los había abandonado del todo.

«Los huérfanos», sabía que era así como los llamaban en el pueblo. Lo decían con un dramatismo que ella no sentía, aquella era su vida, no la que Victoria hubiera elegido, por supuesto, pero estaba segura de que en compensación el futuro le deparaba grandes dosis de felicidad. Su tía así se lo aseguraba. No tenía absolutamente nada por lo que quejarse, gozaba de una vida agradable en casa de sus tíos María Dolores y José, y no le faltaba de nada. La relación con su tía María Dolores era buena, era la única madre que realmente habían conocido, pero no podía evitar imaginar que todo sería diferente si sus padres vivieran.

Soñar despierta que los cuatro vivían juntos: sus padres, Manuel y ella. Aquellos pensamientos eran peligrosos, pues Victoria pasaba de la dicha a la tristeza con aquellas recreaciones imaginarias y, por todo ello, intentaba evitarlas en la medida de lo posible. Sus tíos eran su familia, y tal vez no todas las familias eran perfectas y entrañables como en los libros: una madre que se desvivía por su familia, un padre trabajador y protector, unos hermanos que vivían juntos. Aun así, ella se sentía segura entre aquellas paredes, era feliz. Pero tenía la sensación

de que su felicidad era como el chocolate amargo, contradictorio y fácil de romper.

Algo cambiaba cuando el ser humano descubría que las cosas malas pasaban y pasan, y que no se puede hacer nada por evitarlas, como no se puede poner puertas al campo. Sentir que los infortunios, las hostias y los hostiones pueden llegar de improviso, por capricho del destino, es una realidad difícil de manejar, y más para una niña. Sentir aquello en su piel a tan pronta edad le había dejado una cicatriz indeleble. Ahora era una adulta y estaba descubriendo la felicidad de atesorar los momentos diarios, intentando apartar los malos pensamientos.

Mañana era un gran día, comenzaba la campaña de recogida de la rosa del azafrán y la alegría y el trabajo invadirían aquella casa. Era la época preferida del año de Victoria. Sus tíos y ella habían pasado el día entero preparando la casa para las tres muchachas que vendrían a pasar con ellos la campaña. Estaba deseando que llegaran, tenían más o menos su edad. Ya conocía a dos: a Pili y a Engracia. Era el tercer año que venían y habían demostrado una pericia asombrosa como desbrizadoras. Su tío José decía que valían cada una por tres chicas. Eran casi como de la familia. Esa mañana había preparado el cuarto del pajar para todas, con mantas nuevas y sábanas limpias. Su tía María Dolores había prometido a los padres de las chicas cuidar de ellas como si fueran sus propias hijas. De ninguna otra forma podría hacerse. Su tío José se encargaba de negociar los contratos anuales con las familias, así como la manutención. No necesitaba acudir a contrataciones con extraños, con las hijas de sus jornaleros y sus amigos era su ciente. Las negociaciones eran más fáciles verbales y basadas en la confianza. Sin papeles, todos lo preferían así.

Al día siguiente, aquella casa dejaría de ser un simple hogar para convertirse en una industria. Un negocio que era el alma y la alegría de todos sus moradores: el preciado azafrán. Se estaba haciendo tarde y mañana tendría mucho trabajo. Y

allí estaba, trasnochando, sin ninguna razón aparente. Nunca había necesitado dormir mucho, con unas pocas horas era más que su ciente.

Sonrió alegre y soltó en voz alta para ella misma y para las estrellas: «La rosa del azafrán es una puñetera que no te deja dormir ni de noche ni de día».

Palabras que había oído miles de veces de la boca de las desbrizadoras; y muy especialmente de la más asombrosa y veterana de todas ellas: su querida tía María Dolores.

La voz cantante del grupo, en sentido gurado y estricto. Cada año su tía se sentaba en la gran mesa del patio, la que se utilizaba para la matanza y, asegurándose del buen ritmo del grupo, con manos hábiles, durante horas sacaba más hebras de azafrán que ninguna de las otras mujeres. Era la más productiva, la que daba ejemplo y motivaba al grupo. Cada día era una lucha y ella era el comandante de aquellas tropas femeninas.

Como muchas de las familias de la comarca, los Peñarrubia eran una familia compleja, muy cerrada, cuyo parentesco venía incluso unido por varias ramas.

Las ramas del árbol genealógico se retorcían sobre sí mismas en un amasijo de líneas y echas que poco recordaba a ninguna estructura de la naturaleza. Lazos que ni siquiera ellos mismos lograban recordar. Enrevesados, intrincados y longevos vínculos que se habían reforzado una generación atrás con sus tíos y padres. Todo el mundo conocía la historia: dos hermanos para dos hermanas.

Desiderio y José. Catalina y María Dolores. Los tíos de Victoria lo eran por partida doble, por sangre y por matrimonio. A Victoria le encantaba aquella historia en la que los cuatro eran felices y se casaron el mismo día en la iglesia del pueblo. Era como un cuento de hadas.

Su tía le contaba historias en la cocina de cuando eran novios, y de cómo María Dolores y su madre esperaban a oscuras a sus novios por la noche tras la ventana del comedor de la planta baja y entre risas se escapaban a dar paseos con el candil. Los cuatro habían sido mucho más que hermanos y cuñados, eran mejores amigos.

El padre de Victoria, Desiderio, había muerto pocos días después de su bautizo, pero su gura seguía presente a través de sus tíos y sus vecinos. Había sido una persona muy querida en el pueblo y rara era la semana en que alguien no le contaba un chisme o una anécdota. Era raro vivir así, entre luces y sombras.

Conocer a alguien por las palabras de otros y no conocerlo realmente. Vivir la vida de su padre a través de impresiones subjetivas. Contaban que el día de su entierro nadie faltó en el pequeño cementerio de Casas Rojas, en el cerro del

pueblo. Todo el mundo estaba allí para rendir homenaje a una persona muy querida y respetada. No era ni mucho menos rico, como la gente de la capital, pero aun así era de los que más trabajo y riqueza repartía en la comarca.

Desiderio se ocupaba de todos, de cada familia. Daba trabajo a cuantos podía.

Prestaba dinero en casos de emergencia. Y aquello era algo que Victoria podía sentir por el respeto y cariño con que la miraban sus vecinos, amigos y familiares; como si ella fuera la heredera de una gran fortuna en afecto y en saber hacer.

Ante la tragedia, el pueblo entero se había volcado en cuidar y proteger a los niños huérfanos. El motivo de la muerte de sus padres era una especie de susurro a voces que planeaba siempre sobre

las cabezas de todos los miembros de la familia. Victoria no había conseguido averiguar exactamente qué era. No se atrevía a preguntar, y mucho menos a sacar un tema tan espinoso. Era tabú. Las veces que lo había intentado solo habían conseguido que las lágrimas de su tía brotaran a borbotones y que una fuerte jaqueca le impidiera contestar, dejándole una terrible sensación de culpabilidad por haberle provocado semejante estado.

Solo había conseguido averiguar que el origen de las muertes de ambos era una enfermedad letal y muy contagiosa. Algo lógico por la cercanía de sus muertes.

Tuberculosis, quizás. Un día se armaría de valor y se lo preguntaría a su hermano Manuel, que por su edad debía saber mucho más que ella.

Quizás podría hacerlo en las próximas vacaciones de verano en el campo, en Navazo, la casa familiar. Era el momento del año en el que los hermanos pasaban más tiempo juntos y tendría el tiempo suficiente para encontrar la situación propicia para sacar el tema sin que sonara demasiado forzado o relevante. Su hermano no era precisamente un libro abierto ni muy locuaz, así que tendría que andar con pies de plomo. Ella tampoco lo era.

La casa de sus difuntos padres estaba al final de una de las dos largas calles principales que tenía el pueblo, ahora cerrada a cal y canto hasta que su hermano o ella la ocuparan. Sus padres la habían construido, de nueva construcción, y por eso estaba menos céntrica que la de sus tíos, tirando hacia la salida de

Fuentealbilla, pueblo vecino. Por algún motivo, a Victoria le provocaba repulsión y ansiedad. En cuanto traspasaba el portón amarillo de la entrada se le erizaba el pelo de los brazos y el estómago comenzaba a adquirir peso por sí mismo, como si se hinchara con piedras, impidiéndole continuar hacia delante.

Evitaba a toda costa volver a la casa donde había nacido. Le producía una sensación de mal fario, de enfermedad. Y no pensaba ocuparla jamás.

Su tía María Dolores decía que aquello era normal. Apenas había vivido unos años allí, de infante, y era obvio que la funesta historia de sus padres pesaba más en la balanza de su cabecita loca.

Por suerte, vivía en casa de sus tíos, su hogar, y aunque se casara no pensaba ni loca quedarse con aquel cascarón muerto de la vida de sus padres. Casarse, boda...

Su tía estaba últimamente muy pesada con ello, e incluso lo había incluido como petición personal en su rosario nocturno. Victoria no estaba muy por la labor.

Sus tíos tenían incluso un candidato perfecto: Julio Gabaldón, un amigo de la familia diez años mayor que ella al que solo había visto dos veces cuando apenas era una niña. Un disparate. Llevaba años trabajando en el norte de España, en Santander, y ahora volvía a casa para sentar la cabeza. Los Gabaldón y los Peñarrubia eran las familias con más dinero del pueblo. Aquello era un arreglo lógico. ¿Con quién iba a casarse si no? No salía apenas del pueblo, su tía no le dejaba viajar y, por misterio insondable, por cada varón que nacía en el pueblo Dios traía al mundo cinco hembras. Era un pueblo de mujeres, con todas las consecuencias que ello conllevaba, y la lucha

por encontrar novio era encarnizada. Lloros, discusiones y enfados a diario. Mejores amigas que cruzaban de acera para no verse. Idilios secretos con todo forastero que ponía un pie en el pueblo.

¿Quizás si sus padres no hubieran muerto la habrían alejado del pueblo y de aquella situación ridícula.

Llegó hasta su cama y se desplomó sobre su colcha oreada. Era preciosa, de tonos rojos y naranjas, como el azafrán. Había sido el regalo de cumpleaños de sus tíos, el 9 de noviembre.

Victoria solía salir a pensar al patio en mitad de la noche demasiado a menudo y sabía que no debía hacerlo. Tenía que dejar de torturarse inútilmente. Lo pasado, pasado estaba. Tenía que dejarlo ir.

Victoria visualizó mentalmente los números 3 y 17. Tres, los años que había vivido en su antigua casa. Diecisiete, su edad. Ya tenía edad para estar casada. Los restó aun sabiendo el resultado de antemano. Catorce. Toda una eternidad. Era asombroso poder dar sencillez a la complejidad de sus pensamientos. Le gustaba la forma en la que los números, con aquella simplicidad desarmante, podían plasmar y ordenar toda una vida. Era como si parte de su dolor, de su inquietud se esfumara. Racionalidad para combatir la marea de la inquietud.

Le tranquilizaba dormirse pensando en números, volvió a restar y sumar, contó hasta trescientos... Así hasta que por un suave y tranquilizador sueño la invadió ahuyentando todos sus males.

Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas sobre la alfombra granate y marrón en el centro de su pequeña habitación, haciendo titánicos esfuerzos por aprender a leer con soltura. Aquel pequeño rincón era su territorio. Allí era donde estudiaba, pensaba y descansaba. Si miraba por la ventana, podía ver un trozo de la inmensa plaza de Casas Rojas, su inmenso corazón, por donde circulaban todos a diario. No era un pueblo pequeño y, además, no era una plaza pequeña, al contrario, era inmensa en proporción a su conjunto. Majestuosa, sin envidiar a la de una ciudad. Sus habitantes se sentían orgullosos de ella, con su gran explanada repleta de árboles y su fuente para aliviar el calor del verano. Allí jugaban los niños durante todo el día sin molestar hasta que sus madres los llamaban para cenar desde las ventanas.

La casa de los Peñarrubia estaba en una pequeña plaza sin salida que daba a la gran plaza, la plaza de la Virgen de la Cabeza. No era, por tanto, un lugar de paso, y estaban protegidos de la mirada de los curiosos, aun estando en el mismísimo meollo del pueblo. Una céntrica ubicación inmejorable.

A Victoria le gustaba especialmente cómo el sol entraba de pleno por la ventana desde las diez de la mañana hasta casi la hora de comer. El calor del sol era relajante y tranquilizador. A pesar de que no tenía sueño, no debía haber

trasmochado, iban a ser unas semanas muy duras. Vivía con mucha ilusión la campaña del azafrán: trabajar hasta bien entrada la madrugada y acabar derrotada en la cama con las manos entumecidas de desbriznar. Con el trabajo venían las risas, las canciones y los chismes. Sin embargo, el dolor de espalda que tendría en lo sucesivo convertía todo aquello en una sensación agri dulce.

Su tía interrumpió sus pensamientos entrando en su cuarto.

—Victoria, hazme el favor de ir a la fuente a llenar el cántaro grande.

—¿No han ido las chicas? —preguntó Victoria confundida.

—Sí, han ido, pero, como siempre, han vuelto a calcular mal. Se han quedado cortas, hoy seremos muchos en la casa y no se han acordado, quiero tenerlo todo a punto, luego no tendremos tiempo para estas cosas... —Soltó un bu do de malestar—. ¡Borricas! Hace rato que se han ido a lavar la ropa, no volverán hasta dentro de una hora, como poco...

—¡Tía, no hable así de ellas, bastante hacen! —dijo Victoria levantándose despacio.

—Lo siento, niña. Es que quiero que todo esté perfecto, ya sabes que una vez hayamos comenzado a recolectar no tendremos descanso y serán ellas dos quienes tengan que encargarse del funcionamiento de la casa. Van a tener un montón de ropa sucia adicional. Si ya con lo nuestro, que somos tres, tengo que andar detrás de ellas... Y la pobre Ramona ya no tiene edad, está prácticamente sorda, pre ero que se quede en la cocina. Nos van a faltar manos.

La fuente estaba a solo unos pocos metros de la casa, en el centro mismo de la gran plaza. A Victoria le encantaba ir, aunque refunfuñara por orgullo siempre que se lo pedían, pues era algo que solían hacer las criadas: la Ramona y la Luisa.

Victoria se acercó a la encalada fuente y apoyó el cántaro en el blanco borde inferior. Se subió a la acequia y bebió con avidez de uno de los cuatro chorros.

Estaba buenísima. Siempre sabía mejor cuando bebía directamente de la fuente, si no el cántaro le dejaba un inconfundible sabor a barro húmedo que, no sabía bien por qué, le disgustaba.

Las chicas habían ido al lavadero, unas calles abajo, pensó mirando a lo lejos.

Aunque ahora nunca lo reconociera, cuando era pequeña le gustaba acompañarlas, esperaba el momento con avidez, ya que allí se cocía la

información de todo el pueblo e incluso de las poblaciones colindantes, rescatándola del tedio de su rutina diaria. Las criadas sabían todo de todos, pensó Victoria ruborizándose al acordarse de cuando no era tan pequeña y se hacía pis en la cama como si fuera un bebé. La Ramona se mofaba de lo lindo de ella, comentandoselo a las otras chicas con sorna, enseñando bien las sábanas a las demás.

Victoria no pudo evitar recrear la escena cticia en su cabeza:

«¡Arrea! Otra vez... Miren, la señorita se ha *meao*», diría la Luisa desplegando la sábana para enseñar bien a todas las mujeres del pueblo la horrible mancha amarillenta que no daba lugar a confusión alguna.

«¡Victoria! ¡Con lo mayor que es! —diría Bernarda, la madre de Juan, un vecino del pueblo—. Pero si mi hijo es dos años más pequeño y jamás lo hace...».

Y así, todo el pueblo opinaba, como siempre, metiendo baza. Unos con sus propios remedios;

otros, mofándose. Consejos para todos, que para mí no tengo.

Así funcionaban todos allí.

Victoria hizo un gesto negativo con la cabeza para deshacerse de esos pensamientos. Tenía que hacer un esfuerzo por ser una persona más alegre y menos re exiva. No debía tener miedo de lo que pensarán de ella. Tenía que superarlo.

Estaba allí para llenar un gran recipiente y cargarlo hasta la casa, y no era tarea sencilla. Lo fácil era la ida hasta la fuente, sin embargo, la vuelta con el cántaro lleno, a pesar de que eran solo una decena de metros, requería toda su atención y toda su fuerza. Más de un cántaro roto se le había quedado por el camino, con la consiguiente regañina de su tía o de la Ramona. Tenía que haber llamado a su prima Solete para que la ayudara, era raro que no hubiera aparecido ya. Se habían criado juntas, además de primas segundas eran vecinas, así que compartían desde regañinas hasta tareas del hogar. Sonrió al pensar en ella, su mejor amiga, la alegría del pueblo entero. Igualito que ella...

Algo estaría tramando. Solete llevaba soñando todo el año con aquel mes.

Desde mediados de octubre a mediados de noviembre. La campaña de la rosa del azafrán. El mes más emocionante del año. Y su prima, como buena mejor amiga

que se preciara, era literalmente su antónimo: impulsiva y visceral. Siempre de buen humor, atrevida y llamando la atención.

—¡Victoria! ¡Te ayudo, prima!

Solete asomó la cabeza por el portón verde que daba al pequeño patio interior de su casa. Corrió hasta ella, como si todavía fueran unas chiquillas, y agarró el cántaro por la otra asa, desnivelando el equilibrio de Victoria.

—¡Cuidadoooooo! —le advirtió a su prima.

Pero esta no escuchaba, parecía emocionada.

—¡Hoy es el día, Toria! ¿Cuándo llegan las muchachas?

—Mi tío ha salido pronto para ir a buscarlas, yo creo que llegarán después de comer. Entre que van parando de casa en casa con la carreta y cargando los bultos...

—¡ué bien lo vamos a pasar! ¡Y encima el tío me va a pagar!

—ué suerte, hija, a mí nada.

—Hombre, es tu casa y vuestro azafrán. No creo que a tu tía le pague nada.

—Tienes razón..., pero me gustaría tener algo mío. Ahorrar...

—¿Ahorrar? ¡ué extravagancia! Lo que gane yo va a ir para un precioso vestido. Algo que llame

bien la atención. De señorita de ciudad.

—¡Si ya llamas la atención! —replicó Victoria riendo. Su prima era morena y bajita, algo rellena, pero muy guapa. Con la tez muy blanca y las mejillas sonrosadas. Tenía muchas curvas, así que era la envidia del resto de jóvenes de la comarca. Incluida la acucha de Victoria.

—Mmm, no tienes buena cara... Vuelves a estar preocupada, y esa manía que tienes de no dormir. ¿Te has pasado la noche otra vez al lado de las gallinas? No puede ser sano, claro que no. ¿ué puede haber mejor que dormir?

Victoria hizo un parón delante del escalón de la puerta, apoyando el cántaro en el suelo.

Pero no dijo nada. Los silencios de Victoria eran habituales.

—¿Tus padres? —Solete puso los ojos en blanco—. ué manía tienes de torturarte, deja el pasado en paz y a los difuntos, por muy queridos que sean, descansar. El Día de Todos los Santos ya irás a visitarlos, ese es el día para

recordarlos. No queda nada. Piensa en las cosas buenas que nos depara el futuro: un buen marido, hijos...

Victoria resopló. Su prima lo estaba arreglando. Aquella idea no le seducía en absoluto. Su forma de soñar era algo distinta. uería viajar por todo el mundo.

Se pasaba el día viajando mentalmente, era uno de los muchos motivos por los que quería aprender a leer «de carrerilla». Su sueño era ver las pirámides o conocer las colonias de Filipinas. Nada que ver con quedarse en el pueblo. Se sentía incomprendida, ya que el resto de jóvenes muchachas solo hablaban de novios. De mozos. De su escasez. De bailes que no le interesaban en absoluto.

Ella soñaba con alejarse y vivir aventuras en el desierto. Su tía lo llamaba inmadurez, pero ella tenía sus dudas. Para ella era lógico. Le agobiaba la idea de pensar que iba a pasar el resto de su vida en aquella plaza cargando cántaros, en aquel mismo pueblo. Año tras año sin nada nuevo bajo el sol.

Victoria prefería seguir los pasos de su hermano. Salir de allí y, con suerte, vivir en «la inhóspita ciudad...», tal y como la llamaba su tía. A Victoria aquellas críticas le daban alas, para ella inseguridad era sinónimo de emoción y libertad.

Agobio, de alegría. En el pueblo, además, se conocían todos y no veía cómo iba a poder encontrar el amor allí. Aquello era imposible. ¿Y lo de Julio? Una pesadilla más bien. El rostro de sus sueños era el de un apuesto desconocido con el rostro borroso. Un hombre misterioso que hablaba mil idiomas y montaba erguido a caballo.

—Victoria, otra vez en tu mundo... Venga, vamos. —Entre las dos entraron en la casa por la puerta de la cocina y dejaron el cántaro.

—¡Tía, ya está el agua aquí! —voceó Victoria, porque no sabía exactamente por dónde andaba su

tía faenando.

—Oye —Solete bajó la voz para que no pudieran oírlo—. Este año nos escapamos al baile de desbrizadoras. Y no quiero oír ninguna palabra en contra, que nos conocemos.

—Ni hablar. —Victoria, la sensatez personi cada, puso los ojos en blanco—.

Te lo digo cada año y te lo vuelvo a repetir: nosotras no podemos ir. Lo tenemos prohibido.

—¡Pero si es la norma más absurda que he oído jamás! Pueden ir las desbrizadoras de fuera y no las de pueblo. ¿Se puede saber quién decidió semejante majadería?

—Pues sí, y razón no te falta, yo también lo veo raro. Pero yo no hago las normas. Siempre ha sido así. Es para ellas como un premio.

—¿Es que acaso yo no me deslomo cada mañana para coger la rosa? ¿No me quedo también hasta la madrugada en la mesa, como ellas, hasta que me duelen las manos? ¡Pero si hacemos lo mismo! Y ellas, además, tienen manutención.

Cama y comida. Estamos perjudicadas y en desventaja.

—Lo mismo que me has dicho tú antes. Yo soy la más perjudicada por ser la an triona... Ni cobro. Pues aplícate el cuento, eres an triona del pueblo... Soy la señorita y, a la vez, desbrizadora. Y, además, este es el primer año que te vas a deslomar de verdad.

—Ya estás, chorlita, dándole la vuelta a la tortilla a todo lo que digo. Parece que memorizas todo lo que digo. ¡Si yo misma no lo recuerdo! ¡Y, además, se me ocurren tantas estupideces...! —Las jóvenes rieron cogiéndose de las manos y se abrazaron. Victoria solo se permitía muestras de cariño efusivas con ella. No dejaba ni que sus tíos la abrazaran—. Por cierto, ¿Manuel va a venir?

—Ya estamos, Solete, que es tu primo.

—Segundo o tercero..., ¿quién sabe realmente? ¡Es tan guapo! Alto y apuesto.

Tiene algo especial, con ese pelo tan rubio y esos ojos verdes, como si fuera extranjero...

—No te hagas ilusiones, que no lo esperamos.

—¿Ni siquiera para el baile?

—Pero ¿qué más te da? ¡Aunque viniera, que no va a venir, tú no puedes ir!

Escúchame bien... —Victoria cogió a su prima por los hombros para asegurarse de que atendía correctamente, solía dispersarse mucho.

—Dime.

Y Victoria, en voz alta y muy despacio, le dijo:

—NO-VAMOS-A-IR-AL-BAILE. Repite conmigo.

—Está bien, lo repito: «A lo mejor, no vamos a ir al baile».

Solete guiñó un ojo a su prima y retrocedió para volver a su casa, que era la que estaba situada perpendicularmente a la derecha, formando con la suya el recoveco de la pequeña plaza.

—Voy a recibir instrucciones de mi madre, luego planeamos lo del baile. —Y

le sacó la lengua, provocativa. Le encantaba sacar de quicio a Victoria. Adoraba a su prima, pero era demasiado seria y correcta. No era habitual en las jóvenes de su edad, era como si hubiera vivido cien años. Solete sabía que era por todo lo que había vivido. Y encima la gente era poco discreta, raro era el día en que alguien no le recordaba a Victoria la muerte de sus padres. Ambas habían especulado con la misteriosa enfermedad que se había llevado a sus tíos con pocos años de diferencia. Era algo tan raro... A Victoria le preocupaba mucho que fuera algo hereditario y que ella fuera a morir joven. Cada año, por Todos los Santos, en la visita obligada al cementerio, ambas, cogidas por el brazo, especulaban sobre el tema. Era como una tradición.

Este año sería igual, faltaban solo doce días para el Día de Todos los Santos.

Cada familia tenía su propio ritual establecido.

Ayudarían a sus familias a limpiar y a adecentar el panteón, a poner las telas y los faldones al diminuto altar y, nalmente, traerían los preciados jarrones traídos de Filipinas, amarillos y azules cargados con rosas blancas, y, en cuanto pudieran, se escaparían de la multitud de guras negras para subir los empinados escalones del cerro hasta su cima más alta, hacia la libertad.

Desde arriba, sentadas en el suelo, podían verlo todo: el pueblo, las yeseras, los campos de azafrán, pero también seguir con la mirada a cada familia. No era un día triste, al contrario, era alegre. La gente se reencontraba, los familiares volvían de la ciudad para la esta. Se contaban historias, saludaban a amigos y enemigos de la infancia: a la maestra, al practicante, al médico, al alcalde... Era un día de alegría funesta. Al acabar la faena de adecentar cada nicho, todos daban una vuelta por el cementerio para saludar, curiosar y ver quién había venido para la ocasión. Era más que un día religioso del calendario, era un acontecimiento social para el que todos se preparaban. Los mejores vestidos, las mejores telas, pero también las ores más bonitas.

Solete estaba segura de que la muerte de sus tíos era el motivo por el cual Victoria no mostraba ningún interés en casarse o tener hijos. Solo soñaba con viajar, cuando lo más lejos que podían ir era a Albacete, y con suerte. ¿Filipinas?

¿China? Aquello era como decir que quería conocer a su hada madrina. Viajar era para los ricos de ciudad. Gente que hablaba idiomas, que leía de carrerilla..., con mundo. Ellas sabían leer, o más bien mal leer, y escribir tan solo si copiaban mientras intentaban controlar la mano que bailaba el baile de san Vito. Y eso era porque sus familias se habían empeñado y habían tenido un profesor durante años. Su prima Victoria tenía mucho más interés que ella y se le daba bastante mejor. Solía encerrarse en su cuarto durante horas para leer o mejorar su caligrafía. Ella solo se aplicaba en las escasas clases obligadas y porque no había más remedio. Aun así, ni con su esfuerzo Victoria podía hacer milagros, su nivel no era mucho mayor que el suyo. Poco podían

hacer en el pueblo para mejorar.

Eran unas privilegiadas, vivían en una familia acomodada, aunque tuvieran que hacer esfuerzos. Cada año dependía de la cantidad recolectada, del campo, del clima... Victoria, al igual que ella, no saldría del pueblo jamás. ¿Para qué soñar con algo imposible? Aquello solo podía causar disgustos y dolor al no cumplirse. No, no, señor, soñar era de tontos. Las ovejas tenían que estar juntas y no salir del rebaño.

Capítulo 2

Manuel no sabía cuándo iba a contarle la verdad a su hermana. Llevaba un año postergando el momento, Victoria era más sensible de lo que aparentaba y temía que malinterpretara los hechos, convirtiéndose en una mala influencia para ella.

Su tío le había pedido expresamente que no le contase que había dejado los estudios para marcharse a buscar fortuna a Madrid. A su hermana no le gustaba vivir en el pueblo, demasiados fantasmas para los hermanos. Aun así, sabía que Victoria, tarde o temprano, lo averiguaría, y por eso llevaba días pensando en la mejor forma de darle la noticia. Adoraba a su hermana, era una joven excepcional, quizás algo seria para su edad, pero con unas ganas de vivir y aprender que él mismo no tenía.

Llevaba solo dos semanas en Madrid. No había encontrado el momento para decirle que ya no vivía en Valencia, básicamente porque no quería hacerlo por escrito. Este tipo de cosas no debían explicarse por carta. Pero ahora quizás no podría volver al pueblo y no había otro remedio. El tiempo corría y jugaba en su contra.

Su mente se debatía mientras paseaba sin rumbo por las calles adoquinadas. Se sentía como un señor. En la ciudad no había casi polvo y podía vestirse elegantemente a diario. En el pueblo aquello era impensable. El contraste era enorme, lo que hacía que se sintiera constantemente eufórico.

Estaba viviendo el futuro, cosas inimaginables para la gente sencilla. Los edificios, las calles impolutas, los inmensos edificios, los nuevos tipos de trabajo, y muy especialmente un avance casi mágico: la electricidad. Era más que magia.

Era cambiar radicalmente la calidad de vida de las personas. No pensaba volver atrás. No es que tuviera un gran futuro por delante, es que lo estaba acariciando.

Nunca había sido tan decidido en su vida. Ni tenido las ideas tan claras.

Pasaron dos jóvenes sonrientes por su lado, murmurando cogidas del brazo:

—Buenos tardes, señor.

Manuel inclinó su sombrero con elegancia, como había visto hacer a tantos hombres, y sonrió amigablemente:

—Buenos días. Hace un día espléndido para pasear...

Los tres se sonrieron sin parar en la calle.

La felicidad, por n, estaba a su lado. Gente nueva que no sabía nada sobre su familia. Su pasado no lo condicionaba. Allí podía ser la mejor versión de sí mismo. U otra persona completamente distinta. Por n podía respirar.

Manuel recordó con nitidez la bronca unos meses atrás con su tutor, su tío don José Peñarribia. Había sido uno de los momentos más dif íciles de su vida.

Era un buen hombre y no le gustaba enfrentarse a él. Su tío estalló al darse cuenta de que no solo dejaba los estudios, sino, peor, que de alguna forma abandonaba sus obligaciones en el pueblo. Todavía podía recordar su cara enrojecida y cómo las venas del cuello pugnaban por salir al exterior.

—¿Tú estás mal de la chaveta, Manuel? Tener estudios es importante, y no has llegado ni a primero de Derecho, sino que encima lo has dejado antes de empezar, a duras penas sacaste adelante tu escolaridad. Dios da nueces al que no tiene muelas —le recriminó muy disgustado su tío vociferando como si el diablo le hubiera expuesto el peor de los pactos.

—No necesito estudiar. No me gusta, tío —contestó en el tono más tranquilo que pudo. Manuel intentaba suavizar la conversación buscando la empatía de su tío—. Tú no tienes estudios. Y no pasa nada. Ya sabes el dicho: ara hondo y echa basura, y no leas libros de agricultura.

—Y así me ha ido, no seas tonto. Mira a tu padre, él había estudiado Derecho y era alguien. Yo casi trabajaba para él. Era un empleado suyo. Desiderio habría querido... Tu padre habría querido... —José hizo un gesto de disgusto con la cabeza moviéndola en sentido negativo—. Yo también quiero, igual que lo habría querido tu padre, un futuro mejor para ti. uiero lo mejor para ti.

—El año que viene ya podré recibir y administrar mi renta. —Manuel no había pensado sacar el tema de su renta, sabía que iba a ser espinoso, la controvertida herencia de sus padres, porque hasta ahora la había estado

recibiendo su tío como tutor. En realidad, todos vivían de lo forjado por Desiderio.

—No quiero que la despilfarres, se necesita saber para manejar el dinero. Se necesitan estudios, cultura. Además, no debes engañarte, no es tanto dinero. —

A José se le nublaron los ojos cuando se lo dijo. A él jamás se le había dado bien ningún tipo de negocio. No era un emprendedor como su hermano Desiderio. Y

estaba seguro de que era por incultura, por no haber estudiado.

—Sabré hacerlo crecer.

—¡Pues sigue con el negocio familiar, inviértelo todo en el azafrán, que lo necesitamos! Los costes se están comiendo nuestro bene cio. Tu padre era muy inteligente y tomó una buena decisión, y gracias a él nos mantenemos toda la familia y vivimos bien. ¿Por qué? Porque tenía

estudios. Desiderio lo sacri có todo por el azafrán. Es la vida de los Peñarrubia. Además, te recuerdo que también estipuló que no puedas vender nada de tu patrimonio sin mi consentimiento. —José miró a su sobrino, no había pensado en amenazarlo, pero la situación lo requería. uería que el chico estudiara leyes. Entendía que su sobrino podía pensar que necesitaba el dinero, algo que también era real, pero no era lo que lo movía. uería lo mejor para Manuel. Era mucho más que su sobrino, era su hijo y sus esperanzas. Una versión mejorada de José y Desiderio.

Siempre lo había visto así, y ahora el castillo de naipes se derrumbaba sin que pudiera entender realmente el porqué de aquella sórdida absurdidad.

Manuel miró a su tío, cuando se ponía nervioso se acentuaba un tic en su ojo derecho, estaba siendo duro, pero no pensaba claudicar en su empeño. Esta vez no. Se estaba as xiando con la vida que le habían diseñado, Manuel quería construirla con sus decisiones y lanzarse a la aventura fuera de la gris monotonía de la vida en el pueblo. La capital se abría ante él con una vida nueva, alegre, cambiante, caprichosa, azarosa. Necesitaba otra vida, cansado de tanto drama.

No quería seguir siendo el triste huerfanito.

—Tío, está decidido, me voy a Madrid. Allí buscaré un trabajo que me dé experiencia y luego montaré mi propio negocio. Un gran comercio donde se venda un poco de todo. No voy a dedicarme al campo. Lo siento. Es así. No me gusta el campo.

—¿Ya estás con esa tontería otra vez? ¿Ese sueño tuyo tan ridículo? ¿No ves que eso es imposible? Esto no es París, hijo. Ni siquiera has estado allí, son palabras mayores. Deja de soñar, no tendrás jamás el capital su ciento, ni vendiéndolo todo, ni con un préstamo siquiera. Eso sin contar que cambias de opinión cada día, como los vientos. Todo porque ahora acabas de leer ese libro de Émile Zola, *O nonor da*.

— *Au Bonheur des Dames*, tío. No sabía que hablabas también francés. —

Manuel no pudo evitar sonreír ante sus esfuerzos, no pensaba que su tío se hubiera jado siquiera en la cubierta del libro de Émile Zola. Lo había releído ya tres veces en estos dos últimos años. Se le daba inusualmente bien aquel idioma que había aprendido con los curas.

—Lo que nos ha costado que hables francés. Pues como se llame la novela esa.

Mañana querrás fabricar coches de caballos, y pasado, estudiar el vuelo de las aves. ¡ue nos conocemos bien, hombre!

—Da igual lo que me digas, la decisión está tomada.

Su tío re exionó un instante mientras miraba los visillos amarillentos ondear por la brisa. Tenía que calmarse. Por muy indignado que se sintiera, no podía dejar que su sobrino lanzara su vida por la borda. Lo quería demasiado. Además, se lo debía a su hermano.

Re exionó, algo no encajaba, Manuel no era especialmente cabezota y de decisiones rmes. Pero ahora su posición se mostraba inamovible desde el principio. Nunca lo había visto en ese estado.

Dio una vuelta al sofá para serenarse y pensar. Estaba perdiendo aquella conversación. Se apoyó sobre el respaldo con tapicería azul. Uno de los muebles más bonitos de la casa, traído desde Valencia, hacía ya diez años de aquello y estaba como nuevo. Las cosas buenas eran para toda la vida.

—Manuel, hay algo más, es demasiado repentino. Cuéntamelo todo y quizás podré apoyarte.

Manuel miró a su tío, intrigado, no había despegado los ojos de las cortinas y su tono de voz era más sosegado.

Manuel se levantó de la silla y suspiró antes de confesar:

—Está bien, estoy enamorado de la señorita Manuela Martínez Jiménez —

dijo estirando bien el cuerpo como si estuviera haciendo algún tipo de declaración formal.

—¿Y esa quién diablos es, si se puede saber? —José no había oído jamás ese nombre, y eso que en la comarca, Albacete, Cuenca y Valencia conocía a casi todo el mundo.

—Una joven muy respetable y..., bueno, la amo. Razones de peso que espero que entiendas. La conocí por casualidad, mientras paseaba, en mi último viaje a Madrid.

—¿Ue la conociste paseando? ¿Ué majadería es esa? —José Peñarrubia se llevó las manos a la cabeza—. Conociste a cualquiera por la calle y quieres sacri carlo todo y tirar por la borda tu vida. ¡Serás...! —Su tío iba a decir alguna palabra malsonante, pero se contuvo—. ¡Borríco! ¡Memo!

El hombre ya no conseguía controlarse.

—Yo no lo veo así. Yo creo que empiezo a vivir una nueva vida, sin desgracias, sin dramas. Llena de oportunidades. Y cuando sea posible me casaré con ella.

Dentro de dos meses, si todo...

—¿Dos meses? —José Peñarrubia se levantó dando zancadas por su despacho mientras gesticulaba y chillaba sin que apenas se le pudiera entender—. ¿Pero quién es esa chica? ¿Uienes son sus padres? ¿Ué hacen? ¡Nos hemos vuelto locos!

¿Te has vuelto majareta?

—No los conozco todavía, pero... —Manuel no pudo continuar, dado que su tío seguía haciendo preguntas sin prestarle atención.

—¿Tiene al menos dote?

—Pues eso también tenemos que hablarlo, no es que sean pobres, pero no tienen tanto dinero ni propiedades como nosotros. —A Manuel le picaba la garganta, esperaba aclarar este punto dentro de unos meses, dos, para ser exactos, y no ahora—. Resulta que Manuela, la pobre, qué infortunio, es la pequeña de siete hermanas... ¡Imagine, tío, pobrecita, todas sus hermanas se han ido casando

y arruinando a sus padres!

—¡No me digas más, pobrecita la chica, qué pena! No sigas, que me vas a provocar un infarto. ¡Ya veo lo que sucede! ¡ue te están timando, engañando,

como a un tonto! ¿No lo ves? Te han engatusado como a un niño... Es que eres demasiado bueno, hijo, y no se puede ir por la vida así.

—Déjelo, no es así, como usted lo ve. Ni mucho menos. Ya cambiaré de opinión cuando la conozca. Ella pensaba lo mismo, que no era merecedora de mí, he tardado un mes en convencerla para que me acepte.

—¿Un mes en convencerla? —Ahora sí parecía que iba a darle un ataque, se le habían hinchado las venas del cuello y de los brazos. Tenía la cara roja y la saliva salía disparada en todas las direcciones sin control—. ¡Encima te has comprometido con alguien que acabas de conocer por casualidad! ¿Ves como eres muy joven, un idealista que poco sabe de la vida? Un mes no es tiempo...

Hijo, el matrimonio es algo más serio de lo que crees, y, créeme, es tan duro o más que luchar en el frente.

Así estuvieron toda la tarde, la cena y hasta bien entrada la noche, enzarzados en la misma discusión, dándole a todo mil vueltas, pero sin moverse ninguno de su posición inicial.

Manuel lo recordaba todo con una intensidad inusitada, su vida se decidió ese día y había salido vencedor, a pesar de que no había sentido que su tío lo hubiera llegado a apoyar expresamente. Pero nalmente lo había dejado ir tras un abrazo. Lo ayudó incluso a buscar un alquiler en una zona respetable de Madrid con una vieja y respetable sirvienta que se encargaba de cocinar y de hacer las tareas durante unas horas por las mañanas. Era indudable que su tío lo quería igual que lo hubiera hecho su padre. Siempre había sentido su afecto e incluso orgullo tras su mirada color miel.

Su tía también había acabado colaborando en todo y ayudándolo, como siempre. Eso hacían las familias, a pesar de todo; en las discusiones, en los con ictos, en los malos momentos, ante las decisiones equivocadas: estar al lado unos de los otros.

Manuel habría preferido tener un hombre de con anza que lo ayudara con todos sus asuntos en Madrid, una especie de mayordomo, pero su tío le dijo que era demasiado para un piso de soltero y que ellos no tenían tanto dinero. La vida en Madrid era muy cara. Lo que en el pueblo parecía una pequeña fortuna allí era una miseria al lado de las grandes fortunas y del coste de la vida en la capital.

Y eso Manuel tenía que tenerlo muy claro, no iba a darle más de lo que tenían.

Su renta heredada le daría para vivir, pero no para caprichos. En el pueblo eran una familia acaudalada que podía vivir holgadamente, pero aquello no era fácil de sostener en la capital.

Manuel miró a su alrededor con entusiasmo. Estaba en su propia casa, le sonaba raro y todavía no

concebía que aquel precioso apartamento fuera su hogar. No era muy grande, una habitación, un salón, una cocina, un despacho y dos aseos. Se sentía eufórico. Se preparaba para ir a cenar a casa de Manuela y atar todos los cabos sueltos de la boda.

Miró preocupado el papel inmaculadamente blanco que lo esperaba desde hace varias semanas en el escritorio. No podía posponer otro día más el escribir a su hermana para comunicarle que se casaba. Solo había conseguido rellenar la dirección del sobre: «A/A de la señorita Victoria Peñarrubia». Tenía que asumir sus decisiones, por mucho que afectara a su querida hermanita.

Cogió la pluma con decisión, no podía postergarlo más, aquello era infantil.

No le contaría todo, sería escueto, no le daría muchos detalles y ya está, un problema menos. La invitaría más adelante a Madrid para la boda con los tíos a conocer a Manuela y entonces le contaría todo lo que sentía al detalle. Sabía que aquella decisión precipitada no iba a gustar a su hermana pequeña. Era muy posesiva con él. Victoria había tomado el rol de madre responsable, a pesar de la diferencia de edad en su contra. Ahora cuatro años de diferencia no eran nada, pero aún recordaba cuando era un abismo y tenía que pasarse el día siguiéndola cuando apenas sabía andar para evitar que se perdiera o cayera. Tenía tendencia a tropezarse con todo. Aún seguía siendo muy patosa.

Al cerrar el sobre sintió una punzada de remordimiento, como si de alguna forma, al ocultar información, la estuviera traicionando. Tenían un vínculo muy fuerte. Huérfanos ante la adversidad, a Manuel siempre le había gustado ironizar sobre ello para desdramatizar.

Desechó el malestar enseguida al salir del portal de su casa y ver el intenso cielo azul; tenía ganas de ver a Manuela. No estaba mintiendo a su hermana,

simplemente no le iba a dar toda la información, todavía era una niña, aunque últimamente creyera que era la mayor.

Sonrió, la echaba de menos. Sus silencios, su oscura mirada. No necesitaban palabras para comunicarse. Hasta ahora, Victoria había sido como parte de él.

Pero su vida debía avanzar hacia la felicidad. No podía estar tan atado a ella.

Todo iba a cambiar; iba a crear su propia familia y pensaba tener un montón de hijos, todos los que vinieran. Vería una familia unida, bulliciosa e inmortal.

Difícil de extinguir.

Mientras caminaba por el empedrado paseo evitando atravesar el parque y así manchar sus relucientes zapatos nuevos, volvió a tener una punzada de remordimiento. No podía abandonar a Victoria. Solo se tenían el uno al otro.

Aunque tenían a sus tíos que los querían como si fueran sus propios hijos, por alguna puñetera razón se sentían ajenos, como si hubiera una barrera. Era una sensación rara, a veces pensaba que aquel impedimento estaba solo en sus cabezas, que era imaginario. ¿Existía la barrera o eran ellos los que la habían levantado?

Tenía que cuidar de ella y prestarle más atención, era su responsabilidad.

Más adelante quizás podría convertirse en su tutor y llevársela a vivir con Manuela y con él, pensó con una sonrisa en los labios. Vivir con sus dos mujeres.

¿Por qué no? Un sueño que estaba a su alcance. Por n, se sentía seguro. La contradicción interna lo estaba absorbiendo. Tenía que desconectar y seguir caminando. La emoción ante una vida nueva hacía burbujear su torrente sanguíneo.

—Victoria, ¿has puesto la jarra de agua en el cuarto de las chicas con vasos?

—Sí, tía, y he dejado los tres pañuelos que les hemos regalado en las almohadas.

—Van a ponerse muy contentas. Especialmente la Pili. Mañana, para trabajar, ya lo llevará puesto en la cabeza.

Se oyó la puerta interna que daba al patio y una alegre algarabía entró en la casa.

—¡Tía! ¡Ya han llegado! —exclamó entusiasmada.

Victoria corrió como una niña hasta el pequeño vestíbulo.

—¡Pili! ¡Engracia! —Y les dio un abrazo. Aunque eran varios años mayores que Victoria, tenían una relación de amistad. Era el cuarto año que venían.

—Victoria, te presento a Lola, la nueva, su familia es sevillana, pero llevan ya dos años en Alcalá del Júcar. —Su tío iba cargado con los bártulos de las chicas, era evidente que había querido ser galante, pero a duras penas podía mantener el equilibrio.

—¡Tío! Lo ayudo. —Nunca tuteaba a su tío, a su tía sí, tenían una relación de cordial respeto. Además de que no conocía a nadie que le tuteara. Salvo su mujer.

Su tía apareció y las saludó calurosamente:

—Pasad, esta es vuestra casa. ué alegría teneros aquí. Voy a enseñaros vuestro cuarto, bueno, a ti... Lola, ¿verdad? Las otras ya lo conocen. Vas a estar muy bien aquí. —María Dolores agarró afectuosamente a Lola por los hombros, era todavía una chiquilla y era la primera vez que salía de casa. Se notaba que estaba muerta de miedo.

—Mu-muchas gracias, señora.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, señora. —Tenía un fuerte acento del sur.

—¡Un año menos que mi pequeña Victoria!

Lola miró de reojo a Victoria, como evaluando la situación. Victoria la reconfortó con una cálida sonrisa de amistad que inmediatamente surtió efecto, los hombros de Lola se relajaron. Aun así,

continuaba desubicada. Victoria nunca había dormido fuera de su casa, salvo en los viajes con sus tíos al campo, y lo entendía. Seguramente, Lola jamás había salido de su pueblo y estaba en una casa extraña. Mil historias debían de haber pasado por su cabeza.

—Lola, yo también voy a trabajar por las tardes con vosotras. Por las mañanas ayudaré aquí en la casa.

Victoria había cogido varias de las bolsas a su tío y subía las escaleras al cuarto del pajar.

—¡Chiquilla! —soltó la Pili—. Ya te hemos dicho mil veces que te lo vas a pasar muy bien con nosotras, ya verás.

—¡Seguro que quieres repetir el año que viene, como nosotras, como en esta casa no se está en ningún sitio, créeme! Ojalá pudiera quedarme aquí siempre y no volver a la mía. ¡Aquí nos tratan como a reinas, así da gusto *trabaja*!

Todos rieron la ocurrencia de Engracia.

Victoria abrió la puerta de la gran habitación. Luisa, la criada, la seguía para ayudar y ver si faltaba algo. Cuando no estaba montada era algo fría, pero su tía y ella se habían esmerado en dotarla de calidez: colchas nuevas de color beis, las mantas de la fábrica del pueblo y dos jarrones con ores. Con tanta gente en la casa, las criadas Luisa y Ramona no darían abasto. Por eso, Victoria y su tía debían redoblar sus tareas. Con la ropa sucia, traer el agua, limpiar, hacer las camas y cocinar las criadas tenían ya de sobra. Los roles entre ellas cambiaban un poco durante aquella época, se difuminaban, tenían una especie de pacto tácito al respecto. María Dolores, además, estaba preocupada por la Ramona, ya no era lo que era y tenían que estar pendientes de ella. Pero seguía siendo la mejor cocinera de toda la Mancha, sin duda. Era famosa en el pueblo por su embutido de orza y sus conservas. Tener una buena cocinera conservera era el mejor regalo. Sus costillas de orza eran una delicia que podían comer todo el año, como su suave pisto de tomate natural y pimiento rojo. No podía prescindir de la Ramona. Ya no había gente como ella, las jóvenes apenas sabían cocinar.

No tenían paciencia ni para un puchero.

—¿Y esto? —Pili cogió el regalo que tenían encima de la cama.

—Es un pañuelo de faena, una tontería. Un detalle. Se le ocurrió a mi tía.

Las otras dos corrieron a por el suyo maravilladas.

—¡Arrea! ¡ué bonito! ¡Y va con todo! —Pili se giró para enseñarlo a las demás y se lo puso por encima del pelo. Su pañuelo era grande y azul marino, con su nombre bordado en un lado en blanco.

—Muchas gracias, es precioso —señaló Engracia, la veterana del grupo—. No era necesario que os preocupaseis tanto. Tenemos que bajar a dar las gracias a doña María Dolores.

—Sí, muchas gracias... —añadió la pequeña Lola contenta, no solía recibir regalos y un pañuelo

nuevo era un bienpreciado. Servía para la cabeza, para la

garganta, para la nariz e incluso de adorno. El suyo era de precioso color crema, más juvenil, pero también menos sufrido para el campo.

Lola se sentó en la pequeña cama. El corazón le iba a mil por hora, pero ya se sentía más tranquila al conocer la casa y a la familia Peñarrubia. Parecían buena gente. Había oído demasiadas historias y habladurías sobre jóvenes deshonradas.

Como le había dicho su madre, allí estaba más que segura. Su padre llevaba desde que llegaron trabajando esporádicamente para los Peñarrubia y por eso era importante que ella llegara a consolidar el vínculo. Aquello supondría estabilidad para sus padres y sus dos hermanos. Aun así, seguía insegura, sentía de vez en cuando un pequeño temblor en las manos. Estaba allí para trabajar un mes de sol a sol. Aunque había trabajado ya en el campo, en la vendimia, aquello no era ni mucho menos lo mismo. Lo notaba. Lo veía en la cara de sus compañeras, Pili y Engracia. A pesar de las bromas, de la ilusión, notaba que se desenvolvían con soltura en el contexto. Estaba segura de que eran expertas desbrizadoras.

Por supuesto que Lola tenía las nociones básicas, la rosa se cogía a primera hora de la mañana, antes de que se abriera, para que fuera más fácil cogerla, y por la tarde se desbrizaba, quitándole las preciadas cerdas. En su nuevo pueblo lo había visto hacer, allí también se desbrizaba. Pero solo había podido participar de forma ocasional un día, cuando hubo demasiada rosa y la repartieron por el pueblo para que no se echara a perder. Su familia, sin apenas recursos, agradecía cualquier tipo de ayuda.

Nunca habían hecho aquella tarea. Solo su madre, que había crecido en aquella zona, pero apenas lo recordaba. Sus padres habían ido a varias casas a observar y luego había desbrizado toda la familia, hombres incluidos, como buenamente habían podido. Lentos, muy lentos.

Se miró las manos, tenía manos fuertes, pero no certeras. Su madre aquel día le había enseñado a desbrizar, cogiendo con el índice y el pulgar de la mano izquierda la or y abriendo la misma con la derecha partiéndola por la mitad para sacar los *briznes*, juntos y sin romperlos. Sabía cómo hacerlo, pero no quería llamar la atención por hacerlo mal.

—Niña, deja de pensar. Relájate. —Engracia, la mayor de las tres, una joven regordeta y con la cara muy morena, a manchas, se sentó a su lado. Tenía una enorme verruga en la nariz que la afeaba notablemente, sin embargo, transmitía calidez.

—¡En ello estoy! —señaló intentado aparentar una seguridad que no sentía.

—¡Así se habla! Lo vamos a pasar muy bien, tú pégate a nosotras y ya está.

Cualquier cosa, nos preguntas.

—Venga, vámonos a comer algo a la cocina, que el viaje en el carro me ha abierto el apetito. — Pili les ofreció una mano a cada y tiró de ellas. Lola asintió.

Eso haría, las observaría y aprendería de ellas. Sus padres se sentirán orgullosos de su trabajo—.

¿Y sabes lo mejor?

Estaban bajando las tres por las escaleras.

Lola se paró en seco para responder.

—No..., ¿qué?

Pili, entusiasmada, la agarró por el codo.

—¡El baile de desbriznadoras! Como eres nueva serás el centro de atención de todos los mozos del pueblo. uizás vuelvas al pueblo con novio y todo. *Pagá* y con novio. Con eso lo tendrías todo en la vida.

Lola se atragantó. Había oído hablar del baile y le hacía ilusión, nunca le habían dejado ir a uno porque era muy pequeña y ahora iba a ir sola, con amigas. El mundo se abrió debajo de sus pies. Demasiados cambios.

—¿Ser el centro de atención? ¡No me digas eso que no voy! ¡Soy muy tímida!

Hasta me cuesta hablar con mis hermanos, imagina con desconocidos, de otro pueblo y... ¡mayores!

Lola abrió muchos los ojos fascinada por la revelación, entre escandalizada y emocionada. uizás iba a vivir los mejores días de su vida y hasta ahora no había sido consciente.

Victoria las esperaba a los pies de la escalera.

—¡Esa suerte que tenéis! Me parece absurdo que las del pueblo no podamos ir.

Mi prima Solete y yo llevamos años soñando con ello.

—¡Ya echo de menos a Solete! ¿Por dónde anda? Metida en problemas o cuchicheando... El que habla sin freno habla de lo suyo y de lo ajeno —añadió

Pili.

—Estará al caer, preparaos, que no se va a callar ni debajo del agua. Ya lo sabéis. Tiene muchas ganas de veros.

Lola, menos vergonzosa, preguntó:

—¿Solete?

—Sí, Solete es mi prima. Ella nos ayudará en la mesa a desbriznar y también irá con vosotras al campo.

—Será una más, Lola —explicó Engracia.

Lola pensó que aquello era bueno, la propia prima de la señorita era como ellas. Efectivamente, eran tratadas como de la familia. La cena se lo con rmó.

Cenaron todos juntos como una gran familia en la mesa grande del pequeño comedor. Lola no sabía si realmente era un comedor o un anexo a la cocina, dado que para entrar en ella había que pasar obligatoriamente por allí, bordeando la gran mesa. Apenas cabía nada más allí, la mesa, las sillas de madera y un gran aparador con la vajilla y los vasos. Era la primera vez en su vida que le servían la cena, y se sentía incómoda.

Comieron un pisto delicioso, patatas a lo pobre y embutido de matanza a lumbre.

Como en la casa había dos personas de servicio, se sentaron a mesa puesta. A Lola le llamó mucho la atención que, a pesar de tener criadas, era la propia señora de la casa quien se encargaba de supervisar la comida y las brasas del hogar. El fuego estaba en la esquina más alejada de la cocina, como era lo habitual, cerca de una ventana.

Era una familia con tierras, sin duda acomodada, como ya sabía, pero tampoco eran como aquellas familias ricas de historias y folletines que se creían dioses. Allí todos eran trabajadores y sus costumbres eran similares.

Por supuesto que toda su casa cabía en aquella cocina y que jamás le habían puesto ni le pondrían la mesa, pero aquella familia cocinaba, hablaba y comía como lo hacía la suya. Sonrió a todos y bebió incluso el vino que le habían servido. Era muy fuerte y algo agrio. Había sido un día agotador. Poco a poco el sueño la invadió y apenas podía escuchar lo que contaban.

Solete había venido a cenar y no paraba de acribillar a todo el mundo a preguntas. Se le cerraban los ojos, y eso era bueno. Las últimas noches antes del viaje, por miedo, apenas había podido pegar ojo y temía que en una casa extraña aquello empeorara. Afortunadamente, no era así. Además, había hecho una gran amiga, la señorita Victoria. Habían estado hablando y dando un paseo antes de la cena con Solete. Apenas se llevaban entre las tres unos meses de diferencia. Solete parecía un tanto alocada, pero muy divertida. Jamás había conocido a nadie igual. Le había llamado especialmente la atención la diferencia de carácter de una y de otra; Solete, sociable, alegre e inquieta.

Desconaba de ese tipo de personas. No paraba de moverse, aun sentada en la silla. Y, sin embargo, Victoria era lo opuesto, más regia y silenciosa. A pesar de aquello, se veía que estaban muy unidas, casi como hermanas. Le gustaría tanto tener dos amigas tan distinguidas, con tanta clase, así tendría más oportunidades en la vida. Sus padres se sentirían orgullosos.

No había amanecido y estaba tan oscuro que María Dolores tenía que usar el candil. Estaba acostumbrada a madrugar, era una gran virtud. «Al tío Madrugar en buena mula lo vi andar; a don Muchodormir en el hospital lo vi», le gustaba recordarse cada mañana para animarse. Siempre era la primera. Ya no estaba tan ágil como antaño, últimamente se notaba las piernas cansadas e hinchadas. No era nada grave, pero con tanto madrugar y la organización de la casa, por las noches acababa derrotada. Jamás se había sentido mayor, siempre se había sentido repleta de fuerza. Pero este último año le estaba pasando factura.

Cuarenta y siete años, una edad que siempre se le había antojado lejana, estaba ya allí y sus

huesos actuaban en consonancia. Hasta ahora iba siempre de pueblo a pueblo vecino andando, le encantaba, pero iba a tener que dejar de ir de Casas Rojas a Casas Ibáñez a pie.

—Victoria, despierta. Ya es la hora.

A pesar de oír claramente la voz de su tía, no podía despertarse. Tenía un sueño denso, cargado de bruma, pero también de paz. Era un sueño profundo y estaba durmiendo como no lo había hecho en semanas. No quería despertar. Se estaba tan bien en aquella niebla blanca.

María Dolores se sentó en la cama y la zarandeo.

—Preciosa, hoy es el primer día. ¡Despierta! Tenemos mucho que hacer. Va a ser un día largo.

Victoria se incorporó, pero aún no podía abrir los ojos. Los notaba hinchados.

Todo estaba oscuro, era noche cerrada.

—Tía, estaba durmiendo tan bien, ya sabes que no suelo tener sueño.

—No te preocupes, esta noche caerás rendida en la propia mesa de trabajo y con la espalda molida. Vas a empezar a dormir bien de verdad. Es lo mejor que hay para el insomnio: trabajar hasta quedarse sin fuerzas. Ni tilas ni infusiones.

—Su tía se sentó en el borde de la cama. Y en voz con dente añadió—: No te quejes mucho en el campo, Victoria, recuerda que tú solo vas a ir un día, y un ratito. Las demás van a tener que hacerlo a diario. Es muy duro.

—Claro, lo entiendo. Daré ejemplo.

Le dio un beso a su sobrina en la mejilla. No solía hacerlo, pero estaba tan guapa, parecía otra vez una niña con todo el pelo deshecho sobre la cara. Echaba de menos a aquella pequeña, su única hija. Ahora Victoria era una joven hermosa, re exiva, en algunas ocasiones algo seria. La observó levantarse en camión y ponerse la bata. Tenía una melena castaña preciosa, ondulada y muy densa, con un brillo especial y con suaves mechas claras. Ahora mismo sin el pelo recogido, como era habitual en ella, era todo pelo, parecía un hada salida de algún cuento. Su tez era tan clara que le daba un aspecto frágil, casi enfermizo, alejado de la realidad.

Victoria casi nunca se enfriaba o se ponía enferma. Había sido una niña fuerte y obediente que no le había dado ningún problema. Pero sabía, como le había enseñado su propia madre, que las muestras de cariño no eran buenas, ni la conanza. Para dar una buena educación a su niña debía mantener las distancias y ser como una roca. No era propio de una madre andar besando y abrazando a una hija tan mayor. Debía de refrenarse a diario. Era por su bien, estaba educando a una niña fuerte e independiente. No podía debilitarla ni mimarla.

Estiró la mano para acariciar su pelo, pero en el último instante se refrenó. Ya le había dado un beso afectuoso en la mejilla, aquello era excesivo. Se estaba haciendo mayor. Y ella también.

—Nos vemos en el desayuno, hija. —Siempre que podía la llamaba así en vez de Victoria. Se

sentía reconfortada al llamarla «hija»—. Ya verás qué bonito será hoy el amanecer en el campo.

Victoria subió a la parte trasera de la carreta y se sentó al lado de Lola. Se estaban haciendo amigas, era una muchacha muy tímida, pero muy agradable.

En total, contando a su tía y ella, eran ocho chicas. Pili, Lola, Engracia, una Solete dormida, Rafaela y Espe, dos mujeres recién casadas del pueblo y unos años mayores que el resto. Rafaela y Espe se juntaron con María Dolores, el grupo de casadas de ese año muy numeroso. Aquello era poco habitual.

—¿ué tal has dormido? —le preguntó a Lola—. Solete se ha debido de pasar la noche rezando el rosario; mírala, pobre, si sigue dormida... —A pesar de la ironía, no logró que su prima reaccionara.

Solete se había dejado caer en el suelo, en la esquina del fondo, para poder continuar durmiendo.

—La verdad es que he dormido sorprendentemente bien, señorita doña Victoria.

Victoria puso los ojos en blanco.

—Por favor, llámame Victoria.

—Bueno, claro... —titubeó nerviosa Lola—. Victoria.

A pesar del cansancio y de haber madrugado, la charla en la hora y media de trayecto en el carro hasta el campo fue animada. Había un buen humor generalizado, a pesar de que iba a ser un trabajo duro. Victoria y su tía solo irían ese día. Era una tradición familiar a instancias de su día: acompañar a las chicas en su primer día para que se sintieran más arropadas. Su madre y su tía no habían tenido una infancia fácil, habían trabajado muy duro en el campo para otros. Siempre decía que había mucha diferencia entre deslomarse para uno mismo que para otros. Se sentía orgullosa de tener campo yucas, pero entendía la dureza del campo. El matrimonio con los Peñarrubia había supuesto un cambio de estatus para las dos hermanas.

Su tío paró el carro cerca de dos encinas. Todavía estaba oscuro, así que poco podían ver, aun así, Victoria reconoció las tierras de su familia. Tenían muchas,

pero no cultivaban exclusivamente azafrán. Su tío se quejaba de que los jornales habían subido y de que la competencia había aumentado comiéndose gran parte de su beneficio, el azafrán no era ya tan rentable. Sabía que llevaba todo el año preocupado por aquella campaña de recolección. Necesitaban dinero para mantener la casa, el campo y el personal. Eso sin contar la inmensa uca del Navazo.

Anduvieron diez minutos hasta llegar por fin al campo. Tres hombres de don José estaban esperándolas con dos hogueras encendidas para entrar en calor.

Todas, incluida la tía, se arremolinaron prestas alrededor con las palmas de las manos hacia arriba para calentarlas. Todas llevaban «melindres», guantes de lana con los dedos al aire en la mano derecha y un guante completo en la izquierda; además del chal de lana a modo de abrigo

atado con un nudo a la espalda que podían quitarse fácilmente cuando saliera el sol. Aun así, hacía un frío horrible. El vaho salía de entre sus bocas.

Uno de los hombres se presentó:

—Hola, soy Perico, el capataz de don José. Nosotros tres os guiaremos y ayudaremos, estos son Anselmo y Rómulo. —Perico era un hombre entrado en años, con el pelo blanco y una enorme nariz. Sus ropas de faenar estaban sucias y su jersey tenía agujeros. Sus manos, amarillentas del trabajo y del azafrán, eran grandes y llamaban especialmente la atención sus uñas negras. A pesar de la suciedad, parecía una persona diligente y rezumaba autoridad.

Los otros dos hombres saludaron con una ligera inclinación de cabeza, sin prestar aparentemente mucha atención a las mujeres.

—¡Anda! ¡Venga, Rómulo! Todos los años lo mismo, si nos conoces a todas menos a Lola. No os hagáis los señoritos —les riñó Pili.

Lola sonrió con timidez. Y todas rieron, enfrascándose a cuchichear por grupos. Ya se veían tres nítidos: las casadas y veteranas por un lado, hablando con Perico; las forasteras veteranas y las tres jovencitas: Lola, Solete y Victoria.

Lola observó con curiosidad que había una competencia animada, sin animadversión entre el grupo de casadas y el de veteranas de fuera.

Rafaela le decía a su tía en voz alta:

—Como siempre, este año cogemos más de dos cestas por día sin problema, salvo que hiele, bueno, y si hay suerte de tener orida, el doble...

Y Espe, su amiga, proseguía con voz de sorna:

—Y en dos horas les quitaremos los briznes mientras estas pobres están hasta la *madrugá*...

Las dos rieron.

Pili, entrando al trapo, cosa habitual, ya que era fácil encender su mecha, entró en la conversación:

—¿Dos cestas? ¿No estáis un poco mayores, señoras? Tanto parir niños... Y esas barrigas que os han salido. Esta tarde no podréis ni sentaros en la mesa del dolor de riñones. Hasta el culo os va a doler. Pero no os preocupéis, que somos buenas compañeras y tenemos cariño a unas viejecitas como vosotras.

Todo el grupo rio. Solete, que ya comenzaba a ser ella misma, quiso meter baza y reivindicar a su pequeño grupo de novatas.

—No os preocupéis, que las más jóvenes somos nosotras, y podemos estar trabajando todo el día y luego salir a bailar sin cansancio alguno. No tenemos mocosos a quienes limpiar el culo ni

maridos que nos manden. Aquí estamos fuertes como toros.

Su tía María Dolores replicó haciendo refunfuñar a Solete:

—A medida del peregrino son las medallas.

Victoria abrazó a su prima entre risas:

—Por un momento creí que ibas a dormir todo el día.

—Hay que aprovechar cada minuto de descanso.

—Mirad, está amaneciendo, ¡qué bonito nuestro campo!

—Deben de ser las siete ya —señaló el tío José al grupo—, es hora de faenar.

Perico, ¿cómo está hoy el primer día?

Fue el hombre más joven, Rómulo, quien contestó mirando a Perico para buscar su aprobación:

—Va a ser un buen año. Hay orida.

José miró el campo, aliviado.

—¿Necesitaremos ayuda? —Aquello era buena noticia, pero trastocaba sus planes. Lo mejor sería que con los que eran sacaran el trabajo adelante.

—Seguramente, pero iremos viendo, ya sabe usted cómo es esto. Hay que ir paso a paso, día a día. ue hoy haya mucha no garantiza que vaya a pasar al día siguiente. Usted ya lo sabe. —Perico se disculpó al darse cuenta de que estaba dando lecciones a su jefe—. Más vale esforzarnos hoy todos, mañana y tarde. Y si mañana pasa lo mismo, pues ya buscamos ayuda.

Ojalá pudieran sacar todo con los que eran, José no pensaba ni podía contratar a nadie más. La situación aún no era del todo evidente, porque había decidido tirar para adelante como si nada, pero, sin duda, eran ya vacas acas. Estaban en los huesos, o engordaban o no sabía qué sería de ellos. Arrugó la frente, ojalá su sobrino estuviera a su lado, ayudando y compartiendo su responsabilidad.

Una suave luz comenzó a entrar por el horizonte clareando el día. Era azul pálido y fue transformándose poco a poco en algo más grande que lo abarcaba todo, colores y formas.

Delante de ellas estaban las hileras de rosas de azafrán con la or aún cerrada.

Victoria recordó el día en el que habían plantado los bulbos, la cebolla, sobre los antiguos. Era un trabajo pesado, porque no solo había que agacharse y levantarse, sino que además llenaba los zapatos de arena. Ella tan solo había ayudado unas horas, pero aquello había sido su ciente para entender lo laborioso de aquel cultivo. Se tardaba un día en plantar los bulbos en cada campo, que habían acotado previamente, y cada cuatro o cinco años había que sacarlo todo y volver a plantar. Su tío tenía que contratar hombres extra para esa faena, jornaleros a temporadas. Aquella era una

vida dura. El campo era un lugar de desgaste y de contraste. En todos los sentidos. Era algo que se podía amar y odiar a la vez. Era como mismísimo tiempo: el frío de aquella mañana les abrasaría la piel a mediodía. Todo se podía perder por un granizo o una helada y, sin embargo, los años de buen cultivo daban altos rendimientos. Pobreza y riqueza. Sin embargo, su tío decía que cada año que pasaba era más difícil vivir de aquello, podía ver la preocupación en sus ojos y en el pelo gris que había invadido su abundante cabello.

Victoria cogió como las demás una cesta de esparto y se situó entre tres hileras.

Conocía la técnica, aunque era la primera vez que lo hacía en serio. Los hombres pusieron cubos grandes a los extremos de las hileras para que pudieran

ir vaciando lo que recolectaban. Victoria acarició una suave rosa de azafrán cerrada, le encantaba ese maravilloso color violeta, aquella or era un tesoro.

Sabía que durante unos pocos meses la casa entera se inundaría de un espeso manto violeta de ores; las recolectadas y las desechadas. Estarían por todas partes. No había mejor adorno para engalanar la casa.

Recordó cómo de pequeña se tumbaba sobre las rosas desechadas en el suelo, las ya desbriznadas, bajo la mesa y cerca de las piernas de su tía. Era la mejor forma de dormirse, entre aquel aroma dulzón y picante y con las canciones y parloteos de las mujeres. Su tía, ya bien entrada la noche, tenía que cogerla en brazos y llevarla hasta su cama. Era maravilloso dormirse en un sitio y aparecer al día siguiente en otro sin despertarse. Recordaba aquella sensación de placidez y la seguridad de los robustos brazos de su tía. Las canciones subidas de tono de las desbriznadoras y sus conversaciones interminables sobre sus maridos. De alguna forma, aquella or se había convertido en su hogar.

Lola la seguía de cerca imitando los movimientos de las demás. Se la veía muy concentrada con su pañuelo nuevo anudado en la cabeza. Todas adoptaban las mismas posturas, con el tronco inclinado hacia delante haciendo una sentadilla.

Era muy incómodo, la or estaba muy baja, a ras de suelo, y por tanto la posición que había que mantener era dolorosa. Lo más fácil era situarse entre tres hileras con la cesta de mimbre entre las dos piernas, haciéndola avanzar con las piernas y con una mano y con la otra ir cogiendo la or. Si se podía, para ir más rápido, se cogía en ramillete.

Su tía habló para que todas las oyeran:

—A ver si hoy limpiamos toda la rosa. Recordad que es un trabajo diario.

«Día que no trabajéis, azafrán que perderéis». —Aquello era realmente así, como decía el refrán. Cada día había que coger todas las ores que salían, si no, se perdían. Por tanto, cada jornada era una lucha diferente. Si había mucha rosa se podía estar sin comer hasta entrada la tarde para conseguir cogerla y luego apenas había tiempo para comer y sentarse a toda prisa en la mesa de desbriznar.

La rosa que no se desbriznaba, se perdía. Había que sacar las hebras ese mismo día o como

mucho al siguiente, evitando que se acumulara y se echara a perder.

Eso hacía que los días fueran maratonianos, con dolor de espalda asegurado de

tantas horas en aquella mala postura y luego de estar sentadas hasta la madrugada sacando lo más rápido posible el azafrán.

Todas se prestaron rápidamente a cumplir con la faena, llegaban ilusionadas y con fuerza. Era un trabajo mecánico que dejaba tiempo para pensar y soñar.

Todavía hacía frío, pero gracias a los rápidos movimientos empezaban a entrar en calor. Engracia fue la primera en quitarse el manto, y la siguieron las demás.

Su tía observaba mientras paseaba, no tenía edad para recoger, además de que el tío José se lo tenía prohibido, era muy malo para la espalda. María Dolores solo dirigía y cuidaba a las muchachas. Victoria solo estaría, como mucho, dos horas hasta que la tía le diera orden de partir. Su presencia era simbólica, un voto de cercanía y humildad de la familia.

Victoria se afanó por mantener el ritmo. Lola resoplaba a su espalda, estaba cansándose demasiado pronto.

—Respira hondo y sigue. Estás demasiado nerviosa. Lo estás haciendo muy bien.

—Me duele la espalda.

—Es normal, enseguida pasará, es solo hasta que te acostumbres.

Lola asintió satisfecha por la explicación y sintió admiración por Victoria. Ella no tenía por qué estar allí y, sin embargo, trabajaba como las demás, con una sonrisa y sin sudar. No estaba cansada ni forzada. Las demás mujeres, mucho más expertas, cantaban, tarareaban e incluso bromeaban entre ellas. Solete cantaba una conocida zarzuela, *La mensajera*, aun así se inventaba la mitad de la letra.

Si ellas podían, Lola no iba a ser menos. Se irguió sobre sus riñones y volvió a bajar más animada.

Cogió con fuerza su cesta con la mano derecha y cogió un ramillete de rosas.

Antes de llenar la mitad de la cesta, María Dolores llamó a su hija:

—Victoria, acaba ya, que nos vamos a casa. Hay mucho que preparar.

Victoria puso una mano sobre sus ojos para ver mejor a su tía, ya que el sol y el polvo impedían que pudiera ver con claridad, porque estaba a contraluz. Una vez ubicada, anduvo entre las plantas a su encuentro. Cuando llegó al gran cubo de vid, volcó lo que había recogido y dejó su cesta en el suelo. Aprovechó

para quitarse los guantes, observó que se había hecho un araño en la mano izquierda y no sabía cómo, seguramente con la cesta. Afortunadamente, no era nada y podría desbriznar aquella tarde

con el resto de mujeres. Su tío solo le dejaría hacerlo durante unas horas, después de la cena, cuando hubiera realizado sus tareas. Su tío no era partidario de que participara en las tareas del campo.

quería educarla de forma distinta, pero su mujer insistía, quería que Victoria fuera distinta, fuerte e independiente.

Victoria recordó que tendría, a su pesar, que bordar unas horas en soledad.

Aún no entendía esa obsesión de su tío por la que ella debía dedicarse en cuerpo y alma a la costura. No tenía lógica alguna, no quería que leyera, pero sí que se pasara las horas muertas bordando. Maldito el momento en el que alguien le dijo que aquello era una actividad propia de señoritas. Eso sí, Victoria hacía unos pañuelos preciosos, con iniciales, que todos lucían con orgullo. Era ella quien había hecho todos los pañuelos para la cabeza de las chicas. No podía negarse que, al menos, bordar tenía su utilidad. Remendaba y zurcía como pocas, estirando el uso de las prendas familiares durante años.

José observaba a las mujeres en la gran mesa, trabajando y parloteando sin cesar. Aquel era el primer día y, a pesar del cansancio, tenían muchas cosas que contarse. Se había hecho muy tarde y con la cantidad de ores que habían recolectado tendrían que cenar un bocadillo en la mesa. Estaba siendo un día duro, pero fructífero. Se irguió orgulloso. Su mujer estaba en el centro y dirigía la labor, asegurándose de que cada uno cumpliera con su trabajo. Era ella quien se ocupaba luego del tueste de las preciadas hebras, la faena más delicada. Si se tostaban las nas hebras más de la cuenta, no servirían, y si no se llegaba al punto óptimo, la humedad las echaría a perder. Tanto trabajo podía ser inútil si el tueste no se hacía bien, pero su mujer era una experta tostadora y rara vez fallaba. Sin ella, nada de aquello sería posible. Era inevitable recordar aquella misma mesa, hace muchos años, con las dos jóvenes e inseparables hermanas, María Dolores y Catalina, trabajando juntas entre risas. Eran inseparables y muy hacendosas. Mucho había llovido.

Los hombres charlaban a su alrededor, incluidos en la conversación, animando a las mujeres.

Lola cogió una or del inmenso montón situado en el centro de la mesa y sacó con cuidado las suaves hebras. Con un ágil movimiento de muñeca, imitado de sus compañeras, las puso en el plato. El resto de la or lo dejó caer al suelo. Ya tenía un pequeño montoncito a sus pies. Miró los de sus compañeras, no estaba nada mal, más o menos tenían la misma cantidad. Sonrió orgullosa, aquello se le daba bien.

Rómulo observaba con disimulo a la nueva con atención, por su espalda, sin que ella se diera cuenta. Se había jado en ella esa misma mañana, parecía una joven muy dulce. Era una muchacha menuda y guapa. Le gustaba lo observadora que era y lo bien que se había cogido a la faena de la campaña de azafranes.

Estaba esperando el momento idóneo para sonrojarla. Después de una hora llegó la oportunidad:

—Mirad, Lola tiene una melguiza.

Lola se giró, confundida, no había reparado en el hombre que tenía tras ella.

Era el más joven de los tres, Rómulo lo llamaban. Se puso muy roja, no creía que aquello le estuviera pasando a ella. ¿Por qué se estaba entrometiendo aquel hombre? Le estaba haciendo pasar mucha vergüenza, era su primer día.

Su vecina de mesa, Pili, se inclinó para mirar bien las manos de Lola.

—¡Es cierto! No hay duda, pero qué bien... ¡Veamos: una, dos, tres, cuatro, cinco y seis hebras!
—contó en voz alta.

—¡Beso! ¡Beso! —se arrancó a cantar, emocionada, Solete.

—El resto de mujeres, salvo María Dolores, se unieron a la petición.

—Ya ves, Lola, ahora tengo que darte un beso... —Y sin pedirle perdón, con una sonrisa picarona, Rómulo se inclinó a darle un beso en la mejilla.

Lola se quedó paralizada por la sorpresa. No se lo esperaba. Intentó farfullar algo, pero no lo consiguió. Su compañera le dio unos suaves toques en la espalda para recomponerla.

Se giró aturdida a fulminar a aquel hombre. Sus ojos echaban chispas de enfado.

—¡Descarado!

Rómulo asintió, divertido:

—Mucho, mujer. Ya verás.

Lola bufó incómoda y se giró optando por la mejor estrategia: ignorar. Estaba intentando trabajar y no tenía la cabeza para aquellos problemas. Mucho se le juntaba. ¿uién diablos era aquel hombre y de dónde había salido? Ni lo recordaba, eran tantas las caras nuevas...

Era un joven apuesto, con la cara cuadrada, y le resultaba familiar.

Seguramente estaba esa mañana en el campo con ellas, pero con los nervios ni lo había visto. Era muy despistada para aquellas cosas.

—¡ué suerte! —exclamó con envidia Solete—. ¡Ya me hubiera gustado a mí!

—Solete miró con descaro a Rómulo, uno de los hombres que más le llamaban la atención del pueblo. Siempre le había gustado—. ¡ué pena que Victoria se lo haya perdido! ¡Por una vez que pasa algo interesante!

—Victoria tiene muchas obligaciones que no puede saltarse, Solete. De hecho, en mi opinión, tú tampoco deberías estar aquí, mi prima Desideria no tiene cabeza, eres una niña demasiado atolondrada. Deberías pasar más tiempo tranquila, quizás ayudando o rezando en la iglesia — señaló re riéndose a la madre de Solete. La relación entre tía y sobrina no era la mejor. No le gustaba la influencia loca que ejercía sobre su hija adoptiva. Tenía la cabeza llena de pájaros.

Desde un principio su tía se había negado a que trabajara por dinero. Aquello era un escándalo y

muy mal ejemplo para su prima Victoria. Pero lo cierto era que su familia apenas tenía campos, y su padre, Juan, se veía obligado a trabajar para la familia Peñarrubia. Era el guardés de la nca del Navazo. Pero para ellos no era un deshonor, al contrario, se sentían afortunados de que sus primos cuidaran de ellos y los protegieran. Gracias a los Peñarrubia no les faltaba de nada. Habían ido a menos, estaba claro, pero tenían que adaptarse a la difícil situación.

Solete miró con picardía a Rómulo y lanzó su peor mirada a Lola. No era una mirada de odio, ni mucho menos, más bien de advertencia, para marcar territorio. Lola parecía una buena chica, aun así aquel beso había despertado sus celos. Rómulo llevaba más de una hora detrás de Lola, pendiente de ella, desde su lado de la mesa aquello era obvio. Al principio había pensado que era para estar más cómodo, con la espalda pegada a la pared, pero después de aquello no

le cabía duda de que era porque se había jado en Lola. Pero aquello era normal, era la nueva forastera. Y además jovencísima. Triunfaría en el baile de desbrizadoras y sintió una punzada de celos. Tendrían que encontrar la forma de asistir. No iba a dejar que una forastera le quitara lo que por derecho era suyo, aunque era cierto que a la lela de Lola no parecía interesarle lo más mínimo aquel hombre. Había muy pocos hombres jóvenes en el pueblo y ninguno era para una de fuera.

Levantó la cabeza con orgullo. Ella era la envidia de todas las mozas del pueblo. Los hombres se peleaban por ella. Bastaría que hiciera poco. Era competencia fácil y sana. Se animó, aquella campaña iba a ser mucho más divertida que la anterior. Sonrió a Lola, que la miraba confusa. Primero Solete le había lanzado una mirada de reproche y ahora una sonrisa... ¿uién podía comprender a Solete?

Lola no quería problemas con ella, al contrario, le caía muy bien, era muy diferente a todo lo que conocía. Y la mejor amiga de Victoria. Descarada, divertida e independiente. uería que fueran amigas y haría todo lo posible para contentarla.

—Hombres, hoy también desbriznáis. Poneos en la mesa pequeña. Dejaos de tonterías y de distracciones y a faenar. Hay rosa en demasía.

—Íbamos a ello, don José —respondió con una sonrisa el veterano Perico mientras cogía una cesta y volcaba las ores sobre ellas.

Rómulo se sentó y cogió la primera or. Había hecho aquello cada año, pero siempre se hacía el remolón ante las mujeres. No era una tarea de hombres. Miró a Perico, que tenía la técnica cogida de tantos años.

—Lola, la mano izquierda que no se levante de la mesa, que no se mueva o perderás tiempo —le llamó la atención la matriarca, María Dolores.

Lola miró a su vecina, confundida, no había entendido bien a qué se refería.

Se sonrojó de la vergüenza.

Observó a Engracia, que ni abría la boca, concentrada en su tarea.

Efectivamente, la mano izquierda descansaba rígida sobre la mesa, y era la derecha la que ponía

sobre la izquierda una or tras otra. Con la derecha se quitaba la parte de abajo y se sacaba el azafrán. Era un movimiento mecánico.

—¿Ves? —le mostró Solete—. Tienen que salir las tres hebras juntas. Pero que tampoco te quede mucho blanco del tallo debajo, que queda mal.

—Vale. —E imitó el movimiento.

—Así, muy bien, niña —aprobó Engracia con una risa—. Se te da muy bien.

Lola sonrió, satisfecha por el halago.

Capítulo 3

Victoria tiró la carta al suelo con furia. No podía creer que su hermano pretendiera casarse, con lo joven que era... Y encima con una completa desconocida. Lo peor era el tono que había utilizado, como si ella fuera un familiar lejano al que hacía partícipe de un acontecimiento familiar poco trascendental.

Cerró los ojos y oyó el parloteo de las mujeres y los hombres desbriznando en el patio, aquello la calmó. La carta había llegado en el correo de las diez, pero había decidido no abrirla hasta aquella noche, cuando estuviera sola y pudiera disfrutarla más. Era el segundo día de trabajo y gracias a Dios no había tenido que ir al campo a recoger rosa. Había recibido aquella carta contenta, emocionada por tener noticias de su hermano. Le apenaba que fuera el primer año que su hermano no estaba allí para la recogida del azafrán. Había oído a sus tíos discutir por ello.

Su tío José le había escrito en repetidas ocasiones pidiéndole que volviera al menos aquel mes, como ayuda adicional, pero al recibir su negativa María Dolores había salido en defensa de su hijo adoptivo.

—José, tenemos que dejarlo vivir su vida. Ha volado. uiere alejarse de esto. Es normal. Aquí tiene demasiados fantasmas.

—¡Tonterías! Necesitamos su ayuda, todo esto es también suyo y me duele que no lo aprecie ni lo quiera. Yo no lo he educado para esto. Va a dilapidar todo lo que mi hermano construyó. Gastará y gastará sin producir nada.

—Eso no va a pasar, tranquilízate.

—¿ué dirías si fuera Victoria la que quisiera alejarse de su casa y de su familia, de todo?

María Dolores negó con la cabeza.

—No lo permitiría, pero es diferente. Manuel es un varón.

—Y por eso mismo es el heredero de todo, tiene una responsabilidad.

—Sabes desde hace mucho tiempo que él no quiere esta vida, no quiere nada de esto.

—Lo has mimado demasiado, le hemos permitido de todo, demasiadas extravagancias. No tenía que haberlo dejado ir. Y con Victoria eres demasiado estricta, le exiges demasiado.

—Le dijo la sartén al cazo. Eres muy blando con Victoria. Tienes que entenderlo, querido. Victoria era un bebé y no se acuerda de nada. Pero Manuel... Era ya un señorito, aunque fuera un niño pequeño. Recuerdo aquellos ojos grises, tristes, hasta se le había esfumado el verde de los ojos. Era un viejecito encerrado en un cuerpo de infante. Recuerda cómo llamaba desesperado a su madre en mitad de la noche.

José sonrió al recordar a su sobrino. El día del entierro fue tan duro para todos... Enterrar a la preciosa Catalina, la hermana de su mujer, al lado de su hermano fallecido, fue un golpe prácticamente inasumible que les había cambiado a todos para siempre. Manuel estuvo dos semanas sin hablar, conmovido. Siempre había sido un niño muy sensible.

Lo recalcó:

—Siempre ha sido tan sensible, tan débil... Nos necesitaba tanto...

Victoria los escuchaba hablar desde fuera de la habitación, detrás de la puerta entreabierta.

—Sí, se lo dimos todo. Y se lo daremos todo. Aunque sea mayor y esté distanciado, nos sigue necesitando como antes. Vendrá el año que viene, y si no, el siguiente. Tenemos que darle tiempo.

—No creo que venga, yo no lo tengo tan claro.

No le había contado a nadie que su sobrino estaba comprometido. Por dos motivos claros; por un lado, porque se lo había prometido al propio Manuel. Era él quien debía comunicarlo. Y en segundo lugar, porque creía que si dejaba pasar el tiempo su sobrino recapacitaría o la relación se torcería. Las relaciones tan dispares no eran fáciles.

Había pasado tan solo una semana desde que Victoria escuchara furtivamente aquella conversación.

Y ahora tenía aquella carta inexplicable entre sus manos. Aquello era tan raro... No era propio de su hermano. ¿O sí? Aquellos arrebatos pasionales, cuando su hermano ponía el corazón en todo lo que hacía. Victoria siempre había sabido que aquello entrañaba mil peligros. Su hermano siempre había cuidado de ella, pero de alguna forma ella era mucho más fuerte y tenía que estar pendiente de él. A pesar de ser años mayor, ella era mucho más fuerte.

Ocho escuetas líneas tenía aquella maldita carta. Las había contado. Nada de las largas cartas de diez folios que solía enviarle. Victoria pensó que seguramente esa sería la tónica general en el futuro. Se casaría y se olvidaría de ella, dejándola sola. Más huérfana aún, si aquello era posible. No pudo evitar sentirse traicionada, ella siempre había sido la prioridad de su hermano.

Hacía tiempo que su hermano ya no le enviaba cartas todas las semanas y encima cuando lo hacía podían haber estado dirigidas a cualquier desconocido.

Eran cartas generales, descriptivas, en las que ya no compartía sus miedos y desvelos. Lo mismo

podían estar dirigidas al padre Miguel que a Solete. Hizo un esfuerzo inútil por calmarse, se sentía impotente. Nada tenía sentido. Conocía a su hermano, era tan bueno, tan atento y cariñoso... Algo había sucedido y ahora tenía la respuesta en esa carta. ¿Cómo no lo había visto venir?

Esa mujer de la que hablaba, la tal Manuela, era, sin duda, una fresca que lo había hechizado con malas artes para que la descuidara a ella, su única familia.

Eso era. Seguramente sería una de esas mujeres egoístas y celosas. Su hermano se había dejado embucar y esa era la única explicación para semejante reacción. Se sentó, estaba siendo malpensada y cruel. Estaba demasiado confusa, no podía pensar así, pero a la vez no podía evitarlo, se sentía mal. Algo debía de estar pasándole, el corazón le latía angustiado a mil por hora. Intentó leer entre líneas, buscando pistas para entender lo que estaba pasando. Quizás no había leído bien o estaba siendo malpensada.

Victoria no pudo evitar reprimir que unos lagrimones descomunales se deslizaran lentamente sobre su cara. Tristeza y furia unidas. Además de llorar, quería chillar.

Tenía que contárselo a su tía María Dolores, ella podría arrojar luz, seguramente podría indagar acerca del asunto y hablar con su hermano. Manuel

y ella siempre habían tenido una relación especial. Tenían un vínculo único.

Como Victoria y su tío. Siempre había sido así. María Dolores era dura con ella y protegía a Manuel. Y su tío era benévolo con ella y estricto con Manuel. Así había sido siempre, así habían llegado a un equilibrio óptimo de cariño y educación, situación que provocaba numerosas injusticias, pero que era habitual en todas las familias. Vínculos y afinidades.

Victoria fue directa a la mesa donde parloteaban las mujeres, pero la silla de su tía estaba vacía.

—¡Victoria, siéntate ya, estás tardando en ayudarnos! —Solete se levantó y cogió una silla verde que estaba más apartada para ponerla a su lado, haciendo hueco a su prima a su lado.

Victoria no contestó y miró al suelo para ocultar su situación. No quería que vieran las lágrimas en su cara. Solete supo de inmediato que algo le pasaba a su prima y para disimular ante las otras mujeres sonrió:

—Acompáñame a la cocina a beber un vaso de agua, Victoria, el cansancio empieza a afectarme. Ué duró es ser trabajadora...

Solete la cogió por la mano. Cuando estaban lo suficientemente apartadas, entre las cestas de ores ya desbrizadas, Solete le preguntó:

—¿Ué diablos te pasa?

—Nada, me ha sentado mal una carta de Manuel, pero ya se me pasará. Estoy algo... —Victoria no sabía si sentía tristeza, enfado, rabia o impotencia—.

¿Sabes dónde está la tía?

—Sí, con mi madre. Ha ido a descansar un rato.

—Solete, recuérdame que mañana le diga a Rómulo que se lleve ya estas cestas para las colmenas. Las abejas estarán encantadas...

—Déjalo, mejor ya hablo yo con Rómulo. No te preocupes por eso. —Solete mataba dos pájaros de un tiro, ayudaba a su prima y coqueteaba con Rómulo.

Estupendo.

Siempre habían sido dos familias muy unidas: los Peñarrubia y los Pardo. Eran una familia única que convivía en una especie de vida comunal. Isadora, la madre de Solete, formaba parte esencial de esa familia y, además, era la mejor amiga de su tía María Dolores. Sin tener lazo sanguíneo eran inseparables, eran

primos por parte de los Peñarrubia. Habían calculado que eran primos terceros, como Solete y Victoria. Vivían prácticamente puerta con puerta. Y, dado que el padre, Juan, vivía en la nca del Navazo al servicio de su primo, de alguna forma los Peñarrubia se veían obligados a cuidar de su familia. Una mujer sola con una hija. Su otro hijo, Carlos, estaba internado con los curas, era un niño muy problemático que siempre estaba dando problemas y metido en follones.

Para su fortuna, Carlos no estaba en casa, pensó Victoria mientras se adentraba en casa de su tía sin ni siquiera avisar, aquello era un gran alivio. Le desagradaba hasta decir basta. Era engreído y desagradable, estaba estudiando con los curas en Valencia. No había peligro de cruzárselo. No le gustaba poner los pies en esa casa cuando Carlos estaba en el pueblo, aunque la mayoría de las veces no tenía elección, porque las casas estaban comunicadas por un lado. Desde que podía recordar sus primos pasaban por su casa como un vendaval sin llamar a la puerta. Carlos intentaba asustarla e incluso, cuando eran niños, zurrarla, como a Solete. Habían pasado años y aún le disgustaba profundamente su presencia. No estaba acostumbrada a que nadie le pegara. Su hermano jamás le había puesto una mano encima, ni al contrario. Se querían muchísimo. Carlos, sin embargo, era envidioso y cruel. Cuando era más pequeña, solo con verlo venir u oír su voz, se echaba de forma automática al suelo en un movimiento instintivo de autodefensa. Carlos y Manuel no se podían ni ver, eran los primos peor avenidos del mundo.

Encontró a sus dos tías en la despensa grande, enfrascadas en el inventario común a horas intempestivas. Las conservas, gracias a la Ramona, las hacían entre las familias: el pisto, la orza, las verduras y la mermelada. Aquello, desde luego, no era descansar. Su tía no era humana: madrugar, dirigir, desbriznar, tostar y ahora esto. Debería estar descansando con los pies en alto, su salud acabaría por resentirse. Llevaba unos días quejándose de dolor en las piernas.

Victoria se dirigió a las dos en un tono de evidente disgusto y con lágrimas en los ojos:

—Tías, no sabéis lo que ha pasado. He recibido carta de Manuel, una desgracia...

—¿Esa carta destrozada y negra que zarandeas? ¿Se puede saber qué daño te ha hecho para que la maltrates así, niña? —le reprendió su tía Isadora. Su sobrina no era santo de su devoción.

Victoria no tenía tiempo de entrar en discusiones super uas sobre la educación y el carácter

apropiados para una joven señorita, y más cuando Solete era una descarada. Una charla que solían tener a diario las tres.

—¡Tías! ¡ue no son exageraciones mías! ¡Manuel lo ha dejado todo! ¡Se casa con una desconocida de Madrid! Una pelandusca que lo ha embaucado con las artes de mujer esas de las que tanto habláis.

—¿ué? —dijeron al unísono mirándose sus dos tías. María Dolores cogió al vuelo la carta, pero no sabía leer. Había sido un gesto instintivo, se la devolvió a su sobrina.

—Este chico nos va a dar un montón de disgustos, pero por lo bueno que es, que le hace tonto. — Su tía María Dolores se llevó la mano a la boca en un gesto exagerado, como era su costumbre cada vez que algo la sorprendía.

Se quitó el mandil, nerviosa.

—No nos precipitemos, no sabemos quién es ni desde cuándo la conoce. La carta parece muy corta —añadió Isadora mirando a Victoria de reajo, conocedora de las largas cartas de Manuel. Victoria solía leérselas con emoción a las dos en voz alta en cuanto las recibía—. Tranquilizaos las dos, por favor, que igual nos estamos montando una historia, que somos a cionadas.

Isadora miró de soslayo a María Dolores y a su sobrina con algo de mofa. Se parecían la una a la otra más de lo que creían. El dramatismo era un rasgo que ambas compartían.

—Vamos a esperar a que el tío José vuelva del Navazo y lo hablamos. No te preocupes, Victoria, esto tiene que tener una explicación.

Esa noche solo Isadora logró conciliar el sueño. Victoria y su tía estuvieron silenciosas en la mesa, quitando los hilos de azafrán de forma mecánica, sumidas en sus pensamientos. María Dolores dejó a Victoria desbriznar hasta bien entrada la noche. El resto de mujeres notaron que algo no funcionaba

bien, pero no quisieron forzar la situación con preguntas. Al n y al cabo, María Dolores era la jefa y Victoria su hija. Debían guardarles un respeto.

Cuando por n la mesa quedó libre de rosas de azafrán, todas se levantaron entre bostezos. Se había hecho tarde y encima tenían que madrugar. A todas les dolía la espalda, agarrotada de tantas horas en la misma posición.

En silencio, las que vivían en el pueblo dieron las buenas noches y salieron por el portón. El resto aprovechó para ir por turnos al baño y ponerse el camión antes de meterse en la cama. Así podían dormir del tirón sin problema.

Hasta bien entrada la madrugada estuvieron María Dolores y su sobrina frente a dos inmensos vasos de leche, pensando y relejendo la carta. Llenas de dudas y cavilaciones, cada cual más enrevesada que la anterior. El insomnio no es bueno para esclarecer nada.

María Dolores no pudo evitar derramar leche en la mesa con una carcajada con una de las ideas

de su sobrina:

—Tía, a lo mejor esa mujer es de esas que hipnotizan con magia negra a los hombres.

—Niña, ¿dónde has oído tú esas sandeces? ¡No vamos a pegar ojo! ¡Vaya miedo!

—Imagina, tía, una bruja de esas que sacri can gallinas y hacen levantarse a los muertos de sus tumbas.

—¡Déjalo ya! Menudo disparate. —Su tía se santiguó por si acaso para alejar el mal fario. Hablar de esas cosas, bien entrada la noche, era peligroso. No pegaría ojo—. Vámonos a la cama, hija, hoy puedes dormir conmigo, que no está el tío.

—Tengo ganas de que llegue mañana, tenemos que ponernos en contacto con Manuel y pedirle explicaciones. uizás deberíamos ir a Madrid para saber qué está pasando.

—El tío sabrá qué hacer. No nos precipitemos, que menuda noche voy a pasar con lo de la brujería. ¿De dónde has sacado esas historias? Sabía yo que leer tanto no podía ser nada bueno, a pesar de lo que diga José. Yo no leo y vivo tan feliz. Y

encima quedan pocos días para Todos los Santos...

—El sábado, tía.

—¿Sabes lo que se solía hacer hace bien poco? Creo que la Ramona todavía lo hace.

—¿ué, tía?

—Pues ese día se hace como que efectivamente los familiares muertos vuelven de visita, se les pone incluso un plato en la mesa y se les habla como si estuvieran presentes.

Victoria la miró con la boca abierta y los pelos de punta.

—¿Poner un plato a mamá y a papá?

María Dolores se sintió mal, no tenía que haberle contado aquello. No había pensado en su hermana y su cuñado. Conociéndola, era capaz de llevarlo a cabo.

—Son supersticiones antiguas, no tenía que haberte dicho nada.

—¿Crees que ese día vuelven realmente aquí? ¿ue de algún modo nos ven?

¿Nos visitan? Me encantaría saber que al menos un día año estoy con ellos, no sé, tiene algo de reconfortante.

—Niña, nunca nos han dejado, siempre están aquí y te protegen. No me cabe ni la menor duda. Pero aquello no tiene nada que ver con ese día, el Día de Todos los Santos es solo una esta. No podemos hablar con ellos, ¡qué más quisiera yo! ¡Hablar con mi Catalina!

Victoria intentó sonreír a su tía, pero el tema era demasiado triste.

—Vámonos a la cama, hija, mañana será otro día y lo veremos todo mejor.

ue hoy no está siendo un buen día y por eso lo vemos todo negro.

María Dolores volvió a santiguarse, por si acaso, para espantar a los espíritus.

Aquella noche rezaría un doble rosario.

José Peñarrubia llegó cansado y cubierto de polvo. Aunque era necesario, tenía que haber pospuesto ese viaje al Navazo. Pero le gustaba ir de forma periódica para que su primo Juan no se relajara en sus tareas. No sabía qué iban a hacer, en breve ambos necesitarían un relevo y no tenían a nadie.

No hubo entrado por la puerta cuando las dos mujeres se abalanzaron sobre él, y no precisamente con buena cara:

—¡Caray! Menuda bienvenida.

—Tío, he recibido carta de Manuel, ¿tú sabías algo?

Su mujer le dio un rápido beso en la mejilla:

—¿Sabías algo, José?

Su tío se quedó petri cado en el dintel de la puerta.

—¿Cómo os habéis enterado? Si me acaban de dar el telegrama en la calle...

Las dos mujeres miraron confusas el papel que traía en la mano. Aquello era muy raro.

—Tío, ¿es que tú no sabías nada? —le preguntó Victoria, asombrada de que no tuviera conocimiento de las intenciones de su ahijado.

—¡Es aún peor de lo que creíamos! ¿Cómo puede ser que se haya prometido sin tu permiso? —preguntó su mujer sentándose en un taburete que había en el recibidor. Miró a Victoria como si con rmará sus peores suposiciones.

—¿Prometido? ¿De qué diablos estáis hablando? —José las miró confundidas, ahora sí que no entendía nada.

—¡Ah, sí! —comenzó a atar cabos—. Eso es lo de menos, creía que ya os habíais enterado de lo otro. Lo han llamado a las, de repuesto a la Armada.

Las dos mujeres se pusieron lívidas, no esperaban aquello, no podían dar crédito de que algo así estuviera sucediendo.

—¿A las? ¿A Manuel? ¿Pero a dónde lo destinan? ¡No puede ser verdad! —

preguntó Victoria con la vista nublada.

—¿A Filipinas, a Costa Rica...? —consiguió articular María Dolores desde su sitio.

—¿Pues dónde va a ser, mujer? ¿No lees los periódicos? A Cuba, hemos entrado en guerra, además de con los rebeldes independentistas cubanos, con los dichosos americanos, si no se habla de otra cosa. ¿En qué mundo vivís vosotras dos?

—¿Manuel se va a una guerra? ¿A Cuba? —preguntó tan asustada Victoria que tuvo que sentarse en el suelo del patio, ensuciándose sin importarle su precioso vestido azul pastel.

Victoria pensó que Dios se estaba riendo de ella, tan preocupada por la tontería de que su hermano iba a casarse con una completa desconocida y ahora lo enviaban a luchar a un con icto, ni más ni menos que contra los americanos. Su hermano era incapaz de matar a un saltamontes, moriría, seguro. Ahora lo de casarse le parecía incluso una buena idea.

Todos se apresuraron a consolarla y la levantaron en volandas del suelo, su vestido azul, uno de los mejores que tenía, estaba recubierto de polvo blanco. Su sombrero a conjunto, rematado con unas cintas de terciopelo negro y con ores violetas, el de los domingos, se había caído al suelo y alguien, quizás ella misma, lo había pisado por error al tratar de levantarla y llevársela al sofá. Victoria se había vestido para ir a misa y rezar por su hermano.

Isadora, que lo había presenciado todo por la ventana de la cocina, salió para ayudarlos acompañada de su hija.

—Llévala a su cuarto —les indicó señalando las escaleras que subían al primer piso.

—Ni hablar —levantó algo recuperada la cabeza Victoria y saltando al suelo sobre sus pies—. Ya estoy bien, ha sido una tontería, la impresión del momento.

Manuel es tan sensible, no aguantará una guerra. Morirá, seguro. Va a morir.

Su tío la cogió por los hombros y la llevó hasta el sofá del saloncito. La familia siempre se reunía allí. Todas y cada una de las decisiones o se tomaban o se comunicaban en esa estancia. Era el corazón de la casa.

Todos se instalaron en la pequeña estancia donde pudieron, en sillas, banquetas..., dejando el sofá libre para la pequeña. Solete entró por la puerta, preocupada, con un vaso de agua y se sentó en el suelo al lado de su prima, cogiéndole la mano.

José, apoyándose cansado en la repisa de la chimenea, pidió calma a las mujeres. Todas hablaban, angustiadas, a la vez. Tomó aire e intervino:

—¡Tranquilidad, por favor! ¡Así no solucionamos nada! Le he mandado una nota a Manuel para que venga a Casas Rojas, así podremos hablar todos y ver qué hacemos.

—¿Cómo que ver qué hacemos? Pagaremos la redención, ¿no? —exclamó sobresaltada su tía.

—Por supuesto, por supuesto, he hablado con el alcalde y tenemos unos días.

No dejaremos que vaya a la guerra.

Esto último lo dijo José Peñarrubia con una mirada ausente, como si algo le preocupara. No era el mejor momento, con los salarios adicionales de la

campana de azafrán no tenía dinero líquido. Un tenso silencio se hizo en la salita.

—Esta misma tarde pagaré, no os preocupéis. —Esto último lo dijo mirando a Victoria, para que se tranquilizara.

—Gracias, tío.

Su vuelta a Casas Rojas para solucionar las cosas se estaba retrasando demasiado. Manuel había tardado en encontrar un coche de caballos de alquiler asequible. No le faltaba el dinero, pero tenía lo justo para vivir bien, una vida cotidiana con sus pequeños caprichos, pero, desde luego, no tenía lo su ciento como para ahorrar y comprar algo en propiedad. Y mucho menos para montar unos grandes almacenes, como siempre había soñado. Se gastaba cada mes prácticamente toda la paga simplemente en vivir, y aquello era frustrante. Las veces que le sobraba algo se lo gastaba al mes siguiente en algún sombrero o en algún regalo para su novia. Le gustaba sorprenderla con regalos sofisticados a los que ella difícilmente habría podido acceder. Si las cosas seguían así, iba a tener que buscar socios inversores para su proyecto, algo que en un principio no pensaba contemplar, ya que quería que el negocio fuera al completo de capital suyo.

Le habían hablado de un club de caballeros muy distinguido en el que podría encontrar personas solventes y de conanza para su negocio, pero no había encontrado la forma de entrar. Era un club muy selecto, formado por empresarios industriales, navieros y de transporte. Personas muy inteligentes y con mucho dinero. Quizás en el futuro. Ahora tenía que posponer todo como mínimo un año. La redención no iba a ser barata y para comenzar su empresa contaba con que su tío normalmente le desembolsara parte del patrimonio familiar, aunque fuera como socio inversor. Pero sabía que no era el mejor momento para plantárselo. Su tío le había pedido ayuda mil veces para los asuntos familiares, pero a él el campo no lo atraía en absoluto.

Manuela nunca había sido tan feliz, le gustaba dar envidia descarada a sus hermanas mayores. Ellas lo habían hecho siempre con ella. En poco tiempo su

vida había dado un vuelco. Ya no tenía miedo de quedarse para siempre en casa de sus padres, cuidándolos en la vejez, como le decían entre risas sus hermanas, hacía no tan poco, para vestir santos. Solterona y cuidando de sus padres, ese era su destino hasta conocer a Manuel, su prometido.

Todos en su familia lo conocían ya. Estaban impresionados por su educación y su porte. Era terriblemente distinguido, a pesar de venir de un pueblo del que nadie había oído hablar jamás, Casas Rojas. Y ella iba a convertirse en breve en su mujer. Estaba convencida de que sería un salto adelante en su vida y se convertiría en una señora mucho más distinguida de lo que lo eran sus hermanas, e incluso su madre. Iba a ser una gran señora con una gran casa propia y criados. Podría retirarse a temporadas al campo, sería la envidia de familiares y vecinos. De vestir santos

a terrateniente.

Pero para llegar a eso, a la tan anhelada boda, tendrían que hacer muchos esfuerzos económicos, y en su casa siempre que sacaba el tema le daban largas.

Ya no podía dejarlo pasar, tenía que enfrentarse ahora mismo a su madre o arruinarían todo lo que había planeado para su futuro. Necesitaba un ajuar en condiciones, nuevo, nada prestado ni remendado. Quería estar a la altura de su nueva familia política, los Peñarrubia. Manuel le había hablado de su hermana y de sus tíos. Era cierto que su familia no podría costearle ropa y enseres de lujo, pero podían hacer un esfuerzo y comprar ropa nueva ya confeccionada que diera el pego. Todo lo que llevaba, incluso la ropa interior, corsés y enaguas, habían pertenecido previamente a alguna de sus hermanas y, desde luego, hacía tiempo que no seguían moda alguna. No podía llegar a su nueva familia con ropa zurcida y vuelta a zurcir.

Manuela pensó en esa palabra con la que tanto soñaba: «moda». Le gustaba jarse en todo lo que tenía que ver con ella, compraba números baratos atrasados de revistas y se detenía a observar embelesada a las mujeres ricas por la calle. Sabía reconocer los trajes y las telas buenas e incluso qué modista de Madrid las había confeccionado. Era su gran pasión y pensaba que tenía un don especial para ello. Si tuviera dinero, nadie podría superarla en estilo. Las más elegantes palidecerían a su lado. Con poco, ella resaltaría mucho más. Ojalá

Manuel llegara a montar sus propios grandes almacenes, tal y como soñaba.

Serían de los dos y quizás ella podría confeccionar sus propios modelos.

Una vez incluso estuvo toda la tarde siguiendo a una desconocida. La vio bajar por casualidad de un carruaje majestuoso y se quedó prendada de ella. Nunca había visto un coche igual, tapizado por dentro de un chillón color rojo y con unos inmensos caballos que brillaban como si acabaran de lavarlos y cepillarlos y repelieran el polvo de la ciudad. Se acercó tanto al coche, para echar un vistazo en su interior, que el mozo de librea tuvo que llamarle la atención y pedirle que se alejara antes de que bajara su noble ocupante.

La joven mujer salió pausadamente ayudada por su lacayo uniformado. Iba vestida con un traje púrpura de damasco, satén y terciopelo de seda para el cuerpo rematado con unas preciosas mangas tres cuartos. La falda caía hasta el suelo con frunces dando al conjunto una gran volumetría. Un cinturón, de un suave tono gris, acentuaba su cintura de avispa. Los colores elegidos eran extravagantes, grises y granates, eran osados, pero distinguidos.

Si la distinguida mujer hubiera echado una ojeada a Manuela la habría visto allí de pie, con la cesta en la mano y la boca abierta como si hubiera visto al mismísimo rey en persona. La dama estuvo toda la tarde de compras en una con tería y paseando descuidadamente apoyándose en su preciosa sombrilla de tela blanca de encaje como si no tuviera mucho que hacer. A Manuela se le olvidó incluso que tenía que ir a recoger a la frutería el encargo de su madre, dejándose contagiar por el ritmo de aquella misteriosa mujer; como si ella tampoco tuviera trabajo ni responsabilidades.

La siguió de cerca, embelesada, durante horas. Hubo un momento incluso en el que consiguió rozar y tocar la prieta tela de su vestido sin que se diera cuenta de nada. Sublime. Manuela

concluyó tras una rigurosa observación que la mujer paseaba enamorada, quizás ensimismada pensando en algún príncipe extranjero que había conocido en algún baile. Cuando se dio cuenta, el sol prácticamente había desaparecido, el tiempo había pasado volando y corrió hasta llegar a la pequeña frutería de la esquina de su casa. Estaba cerrada, pero valió la pena la reprimenda de su madre, porque ahora tenía un modelo a quien seguir. Sabía exactamente cómo quería ser en el futuro.

Manuela todavía reconocía de vez en cuando la carroza circulando por Madrid por su emblema, un escudo con dos águilas y un castillo, alguna que otra vez había vuelto a ver a la mujer de re lón, pero no había logrado averiguar su identidad por mucho que había intentado indagar sobre ella.

Manuela buscó a su madre en la cocina. Estaba troceando verduras para una sopa.

—Madre, no podemos posponer más los preparativos de la boda, faltan apenas dos meses.

Su madre levantó la cabeza y la miró jamente sin entender muy bien lo que su hija quería decir:

—¿No corría todo a cargo del novio? Ya le dijimos que no teníamos medios...

—Su madre aprovechó para quitarse el sudor de la frente con la palma de la mano que sostenía el cuchillo.

—Mamá, pero necesitareé ropa nueva, por lo menos camisones, batas y ropa interior. No pensarás que voy a llevar ropa vieja usada en mi viaje de novios, ¿no?

María Teresa enrojació, su hija pequeña era demasiado directa y cabezota, no podía seguir postergando el asunto.

—Está bien, hija. —Suspiró cansada—. Tu padre y yo lo hemos hablado, pero que sepas que vamos a hacer un esfuerzo enorme. Compraremos lo básico, nada de lujos y de caprichos, necesitarás tus sábanas, tus toallas y tus servilletas...

Manuela no cabía en sí de gozo, todo estaba saliendo para adelante y su boda iba a ser un éxito.

—¿Y ropa? Algo sí, ¿no, madre? Al menos la interior...

—¡ué obsesión con la ropa interior y las combinaciones, eres una descarada!

Sí, está bien, algo encontraremos. —María Teresa miró sonriente a su hija mientras esta se tiraba en sus brazos de la alegría.

—Pero la bordaremos nosotras mismas. Tenemos mucho trabajo por delante, hija, tendrás que ayudarme.

María Teresa vio salir a su hija de la cocina dando saltos de alegría como si todavía fuera una niña. Su cabecita loca. Estaba muy cansada, todo el día cocinando, cuidando de los demás, fregando ella misma los suelos de rodillas.

Dos mujeres venían de vez en cuando a ayudarla, pero no era su ciente y no podían pagar más.

Dos de sus hijas vivían, con su marido y sus hijos, con ellos. Al atardecer, apenas podía sostenerse del cansancio. Esperaba que su hija tuviera una vida mejor junto a Manuel, que parecía un buen chico, además de poder darle una vida mejor. Si al menos conseguía ver eso en la vida, tanto trabajo y sacrificio habría valido la pena.

Capítulo 4

En cuanto Manuel puso un pie en el pueblo un terrible cansancio se apoderó de él. Nunca le había gustado vivir allí, demasiados recuerdos le sorprendían a traición por la espalda, dejándolo completamente desarmado. Momentos del pasado que se le aparecían con dolorosa nitidez sin que él los llamara.

Encendiendo el fuego de la chimenea oía la voz de su padre, como si estuviera allí mismo, explicándole cómo había que poner los troncos con algunas hierbas secas o piñas para que prendiera mejor. O simplemente sentado, leyendo el periódico en la salita, su madre se le aparecía enfrente, suspirando, sentada mientras bordaba. A Catalina le encantaban las labores y muchos de sus bordados estaban repartidos todavía por la casa, en las toallas, las servilletas, las sábanas e incluso en las camisas que había heredado de su padre. Demasiados recuerdos dolorosos en cada rincón. La mejor decisión que había tomado en su vida había sido poner tierra de por medio entre él y la casa familiar.

Seguramente casi todos aquellos recuerdos eran imaginados. Era tan pequeño cuando todo pasó..., sin embargo, allí estaban.

Nada de eso le pasaba en Madrid. Manuel no había querido alarmar a sus tíos con aquello. Jamás verbalizaría sus inquietudes al respecto, no solo por no preocuparlos, sino porque ya era un hombre y ese tipo de sentimientos no eran dignos de su sexo o, si lo eran, no eran dignos de ser expresados. Quería demostrar a su tío que era independiente, que no era una carga, porque así era como se había sentido muchas veces de niño. Victoria y él, ambos eran una carga para sus familiares. Todos llevarían una vida muy diferente si sus padres no hubieran muerto. Pero ambos habían fallecido, dejando a sus hermanos dos niños pequeños a su cargo sin que pudieran elegir. A Manuel siempre le había preocupado este punto, que fueran una obligación para sus tíos y que él no fuera lo bastante mayor como para cuidar de su hermana.

Al morir sus padres, cuando tan solo tenía ocho años, había escuchado y trataban de buena fe decidir lo mejor para todos. La recordaba nítidamente y no era imaginada. Esa reunión, sumada al fallecimiento reciente de su madre, había sido demasiado para él. Una sensación de debilidad e inutilidad lo había invadido desde entonces. La impotencia que, al crecer, se había tornado en inseguridad. Era un defecto de carácter que tenía que esconder a toda costa para no seguir siendo ese niño débil, náufrago a merced de las olas.

Tenía que estar a la altura de lo que su tío esperaba de él. Siempre se había preocupado por él, su sobrino, de una forma incluso angustiada. Como si su trabajo y su obsesión fueran exclusivamente su pupilo. Manuel recordaba las charlas que solía tener con él en la adolescencia sobre el honor y los valores, el saber estar y el saber actual. José Peñarrubia no quería que a Manuel le faltara de nada, y mucho menos un padre. Su tío quería estar a la altura de su difunto hermano Desiderio, y eso le resultaba francamente difícil.

Desiderio y José se llevaban casi diez años de diferencia. Desde muy joven, Desiderio se había visto obligado a ejercer de patriarca familiar. La enfermedad siempre se había ensañado con los Peñarrubia, no sabían el porqué exacto, pero todos, ya en la época en la que vivía aún Desiderio, sospechaban que era algún tipo de enfermedad hereditaria.

Desiderio había tenido que hacerse cargo muy pronto de una gran familia, y por eso, al cumplir los veintitrés años, ya no le quedaba en la cabeza ni un cabello que no fuera blanco. Parecía veinte años mayor de lo que era. Nunca se quejaba, en la casa vivían todos, sus hermanos pequeños, dos primas solteras y su mujer. Un clan demasiado grande para alguien tan joven.

Desiderio trabajaba de sol a sol en las tierras de la familia y volvía a casa siempre con la única idea de encerrarse en su despacho a estudiar hasta bien entrada la madrugada. Era Desiderio quien les había inculcado a todos la importancia de tener estudios y cultura, aunque fuera por cuenta propia. Pero, para su disgusto, no podía estudiar con la frecuencia que necesitaba, ya que al entrar por la puerta todos se abalanzaban sobre él. Siempre había problemas, su mujer solía recibirle entre lágrimas porque sus primas, unas «señoritas» de 45

años, le hacían la vida imposible en la casa. Todos tenían algo que decir, algo que contar o, peor, algo que exigir.

Cuando Desiderio por fin conseguía aislarse en su despacho, el cansancio se había apoderado de todo su cuerpo y para relajarse se tomaba una copita de coñac.

A pesar de todo ello, hacía un esfuerzo por dejar su mente libre de pensamientos y enfrascarse en sus libros de ingeniería agrícola. Soñaba con tener algún día un título, aunque sabía que era improbable que llegara a lograrlo nunca. No tenía tiempo para ello, y mucho menos para ausentarse; pero hacía todo lo posible para aprender materias útiles para sus intereses. Eso incluía también el derecho y la economía.

José Peñarrubia recordaba con cariño esos días en los que no tenía nada de lo que preocuparse porque su hermano remaba por todos. Alguna noche se colaba en su despacho y se admiraba por la pila de libros y de hojas acumulados en apenas unas horas encima de la robusta mesa de roble. José habría tardado un año en leer solo uno de ellos y, aun así, estaba seguro de que poco comprendería y nada memorizaría. Su hermano, sin embargo, guardaba para sí todo lo que leía como un tesoro de valor incalculable que intentaba transmitir a su hermano pequeño.

—Ya verás, José, dentro de poco tú también estudiarás y admirarás como yo lo mucho que hay que aprender y el poco tiempo del que disponemos proporcionalmente en la vida para hacerlo.

—No creo, hermano, que yo pueda, sé leer a mala gana. No recuerdo haber cogido un libro nunca, y menos haberlo leído entero —le contestaba avergonzado José. Le gustaría poder decir lo contrario y despertar la admiración de su hermano. Pero no se veía capaz, él no era tan inteligente como Desiderio.

—Pamplinas, ahora nos va mejor y pronto te enviaré a estudiar, irás poco a poco. El azafrán es nuestra salvación. Tú tendrás más tiempo que yo. Ojalá hubiera tenido yo tiempo para ir a la universidad. Me gustaría que tuvieras esa oportunidad. Sé que lo lograrás.

—No sé... —titubeaba José, no muy dispuesto a comprometerse. A él le gustaba trabajar haciendo los recados de su hermano y vivir en el pueblo. No

necesitaba más.

—Un día, José, no muy lejos, existirá un lugar, una universidad en la que se estudiará y conjugarán estas tres ciencias. A lo mejor serán una sola, y tendrán otro nombre, pero es de sentido común su utilidad, combinadas entre sí, para la agricultura.

—¿Cuáles? —José no tenía ni la más remota idea acerca de lo que le estaba hablando su hermano. Había preguntado por decir algo, pero no entendía de lo que hablaba, parecía soñar despierto.

—Los estudios agrícolas, la economía y las leyes.

—Pero eso es mucho para abarcar —José sudó solo con pensar en ello. Eran metas demasiado elevadas. Con aprender matemáticas básicas podría darse por satisfecho.

—Sí, sí... —contestó un Desiderio pensativo mientras daba vueltas a su pluma negra con la punta dorada, uno de los pocos caprichos de lujo que se había dado

—. No todo, evidentemente, pero todo hombre que vive del campo, incluso los pequeños dueños de tierras, necesitan tener ciertas nociones que los ayudarían a progresar, a mejorar... Nuevos sistemas de riego y optimización del agua, nuevos cultivos, pero también necesita saber de costes, de contabilidad, para saber cuándo se está vendiendo a demasiado bajo precio. ¿Lo entiendes?

—Sí, creo que sí. —José estaba admirado por el discurso de su hermano, tenía toda la razón y a él jamás se le había ocurrido—. ¿Y las leyes? ¿De qué le servirían?

—Para que no lo timen a uno nunca —le contestó con una carcajada Desiderio—. Los listos que van a sacar tajada van con contratos enrevesados, y luego están las leyes agrícolas del Gobierno. Hay que saber mucho para pedir en forma las subvenciones o para saber entregar el papeleo. Las desamortizaciones...

Así era Desiderio. José lo echaba de menos cada día, y eso que habían pasado más de quince años desde que descansaba en paz. Y no por ello su ausencia se debilitaba, cada vez que se sentaba en su despacho, ahora suyo, podía sentir su fuerza. Y demasiadas veces, al amparo de la noche, junto a aquellos libros que no había conseguido leer, ni mucho menos entender, había llorado por su hermano. Si supiera más de contabilidad, quizás lo habría visto venir; cada año

los costes crecían, a eso llegaba. Y el azafrán, sin embargo, no estaba subiendo de precio, todo ello debido al azafrán de mala calidad que traían de fuera, de Marruecos, y que estaba inundando el mercado español. Y el maldito Gobierno no hacía nada, no se preocupaba por ellos. Si se hundían, nadie los salvaría, y mucho menos su hermano, que ya no estaba allí.

Antes de sacar sus cosas del coche, Manuel pre rió buscar a su tío. Por n había llegado al pueblo y había demasiados asuntos que tratar. Le preocupaba que lo hubieran convocado a las. El Gobierno debía estar loco si pensaba que podía secuestrar así a gente honrada de sus vidas para llevarlos como ganado al otro confín del mundo. La ley decía que por cuatro años, nada más y nada menos.

Dentro de ese tiempo él ya tendría como mínimo tres preciosos hijos con Manuela y ya habría montado su próspero negocio en Madrid, cuanto más lo pensaba más nítido lo veía, «Almacenes Peñarrubia», donde todo se podía comprar, desde una lámpara hasta un traje de confección. Imposible verse en un país tan lejano como Cuba, fusil en mano. Si jamás había salido de España, ni siquiera conocía países vecinos como Portugal o Francia. A él no le importaba aquella maldita guerra, pensó mientras atravesaba el patio a zancadas para ir al despacho de su tío. Pisó varias rosas marchitas de azafrán, la temporada estaría a punto de acabar, no debían de quedar muchos días de recogida y tueste.

Aunque realmente no estaba siendo justo, antes de conocer que lo llamaban a las devoraba con avidez los diarios y las noticias sobre las colonias españolas.

Sabía que Cuba llevaba años dando problemas, la lucha contra los rebeldes independentistas parecía no tener fin. Se denominaban «el ejército por la libertad». Todo el país esperaba con avidez cualquier noticia, pero la situación no debía de estar tan clara, ya que eran incongruentes. No podían estar ganando las tropas realistas a los rebeldes si llevaban años luchando sin un final, como adivinaban los diarios y el Gobierno. ¿No era tan gloriosa y tan superior la potencia española? Allí había gato encerrado.

Nombres como el del difunto revolucionario José Martí, Manuel Maceo y Máximo Gómez eran ya sobradamente conocidos y temidos por la opinión pública española. Y encima ahora querían que fuera a comprobarlo todo él

mismo *in situ*. Ni hablar. Eso no ocurriría, todos sus amigos de Madrid que habían sido llamados habían pagado la correspondiente redención, ninguno había tenido que ir. No tenía por qué preocuparse tanto por ello, se tranquilizaría en cuanto su tío le dijera que todo estaba solucionado. Estaba seguro de que la situación en Cuba, lejos de estar controlada, iba a empeorar.

Los últimos rotativos insistían demasiado en lo contrario, los titulares decían que la paz había llegado a la isla y que un proyecto de autonomía estaba sobre la mesa de la negociación de ambos Gobiernos.

Seguía ensimismado cuando su tía María Dolores lo encontró mirando por la ventana del despacho vacío de su tío.

—¡Hijo! ¡qué alegría que por fin estés aquí! —Su tía le dio un abrazo y un beso, provocando el estupor de Manuel.

Manuel la miró, preocupado. Su tía era una buena mujer y la quería, pero nunca había sido una mujer muy cariñosa, bien cierto era que siempre lo defendía y estaba de su parte, pero nunca había sido una mujer efusiva. Era algo tosca en la expresión afectiva, pero con un gran corazón. Podía contar los abrazos y besos que le había dado. Y eso que, sin duda, él era su ojito derecho.

Era una mujer menuda, de piel tan blanca que se le transparentaban unas venas moradas desde las orejas hasta la parte alta de la frente. Era lo que podía decirse, sin lugar a dudas, agraciada. Tenía unos preciosos ojos verdes que cambiaban de color con la luz. Por lo que recordaba, se parecía mucho a su hermana Catalina, su madre, si no fuera porque estaba bien entrada en carnes y tenía unas caderas más anchas que su espalda. Llevaba uno de sus delantales azul marino sobre la ropa

anudado con un lazo en la espalda. Manuel sabía bien que se los confeccionaba ella misma con el paño que elegía con la rigurosidad de un cirujano eligiendo su instrumental. Tenía que ser sufrido, no solo para la cocina, donde se mojaría, arrugaría, enharinaría e incluso, alguna vez, ardería. El control del fuego en el hogar era una tarea ardua que llevaba ella misma.

También le gustaba ocuparse personalmente de sus gallinas, la Jodía, la Chamusca, la Negra, la Colorada, la Muchacha y muchas otras a las que ponía nombre. Pero el más importante, el destinatario de su atención en ese corral era

el Rey, su gallo, al que le gustaba animar entre risas con la ayuda de las chicas del servicio para que cumpliera con cada una de las gallinas.

—Tía, ¿le pasa algo? —le preguntó nalmente después de que ella se le quedara mirando después de abrazarlo sin atrever a decir nada. Miró sus manos, negras de tanto esbrenicar. Su ropa tenía ese olor inconfundible que le recordaba a su niñez, el del azafrán tostándose. Se jó en ella, parecía muy cansada, quizás estaba demasiado mayor para tanto trabajo. El azafrán eran palabras mayores.

Mucho esfuerzo para recoger muy poco. Eso sin contar que lo que no se recogía en el día se perdía. Y lo que se recogía había que desbriznarlo. Y lo que se desbriznaba había que tostarlo. Todo en el mismo día.

—Sí, hijo, sí. Un poco cansada. La casa, las comidas, las desbriznadoras, el tueste... Ya no soy joven y, no te voy a mentir, he notado el paso del tiempo, especialmente este año. No sé por qué noto tanto peso en las piernas. —Le cogió la mano—. Vayamos a sentarnos al saloncito, allí estaremos más cómodos.

Manuel pensó que si lo llevaba directamente al saloncito, sin duda, el asunto revestía gravedad. Lo habitual era que lo llevara a la cocina a ver a las chicas, beber agua y ofrecerle alguno de sus famosos dulces de almendra garrapiñada que guardaba entre gruesos paños. Tenía ganas de saludar a la Ramona y comer alguno de sus platos. Era de lo poco que echaba de menos en Madrid.

—Manuel, he rezado toda lo noche para que llegaras antes que tu tío y poder hablar a solas contigo. Ya sabes que yo nunca me meto en nada, que rara vez opino, pero es que... —La mujer no pudo continuar, unos sollozos guturales la invadieron y trató de contenerlos poniendo su delantal sobre la cara.

Manuel no pudo evitar darle mentalmente otro uso al sufrido delantal, por lo visto también era paño de lágrimas.

—No llores, dime qué pasa y lo solucionaremos. Por favor, tía, no puedo verte llorar. Hablaré con el tío y...

Su tía levantó la cabeza, esperanzada.

—Sí, hijo, sí, tienes que hablar con tu tío. Es por lo del servicio militar obligatorio.

Manuel sintió que se le cortaba el aire, no podía haber ningún problema con eso. Era imposible.

—¿No ha podido el tío pagarlo a tiempo?

—Sí, ese es el caso, lo ha pagado, las dos mil pesetas. —Su tía lo miró jamente, apenas podía abrir los ojos intentando contener las lágrimas—. Hace tiempo que las cosas no marchan bien para nosotros, aunque no hemos querido que se supiera. Incluso cuando recibíamos mensualmente tu renta apenas ahorrábamos, y luego todo empeoró... El granizo del otoño pasado no solo destrozó gran parte de la cosecha, sino que tuvimos que arreglar el cobertizo, tuvimos que pedir incluso dinero prestado. Y ahora esas dos mil pesetas y la paga de las desbrizadoras... —Su tía hizo una pausa para mirarlo desahogada—. No puede ser, por mucho que te quiera, no puede ser. Veo cada noche a mi marido preocupado, no puede dormir y vaga inquieto por la casa. Sé que no es mucho dinero, pero aun así nos hace falta para pagar el jornal de la campaña. Te quiero mucho, pero necesitamos desahogo, y tu vida en Madrid, además, no lo es. No ganas ningún jornal, no trabajas en el campo, y encima... no estudias.

—¡Tía! No llores, por favor, no puede ser verdad, ¿habéis recogido, al menos, mucho azafrán? — Manuel la miraba atónito, nunca había visto a su tía así de hundida y preocupada.

—Sí, está siendo un buen año, pero no será su ciento, antes contábamos con tu renta... Hasta segar, todo es hierba. No se puede vender la piel del oso antes de haberla cazado. Además, los jornales han subido y hemos tenido que contratar a más gente para ayudarnos. Hay más or, pero necesitamos más ayuda. El otro día a tu tío le dio un ataque de ansiedad bien entrada la madrugada. No podía respirar, decía que era como si lo estuvieran apretando con fuerza en el pecho y los pulmones. Estaba tan asustado que llamamos al médico, don Miguel. Tu tío decía que era un infarto y que se estaba muriendo. ¡Un susto, hijo! Por un momento, creí que...

Su tía se echó a llorar desconsoladamente, hipaba como una niña pequeña.

Nunca la había visto así.

—¡Teníais que habérmelo dicho! Yo creía que todo iba bien, no pretendía, de verdad, que sufrierais por mi culpa. Es cierto que no quiero ir a Cuba, pero la familia es lo más importante. No soy un niño, lo habría entendido si me hubierais dicho que no podíais pagar la redención.

—Se lo dije a tu tío y dijo que ni hablar, que sacaría el dinero de debajo de las piedras; pero que ningún hijo suyo iba a pasar por ese calvario y poner en riesgo su vida. Es muy tozudo. Además, Victoria estaba tan angustiada, andaba por la casa como un alma en pena.

Mientras la mujer hablaba, su marido apareció sin hacer ruido en el dintel de la puerta.

—Veo que no perdéis el tiempo, las maletas del chico aún están en el coche y tú estás llenando al niño con culpas absurdas —le reprochó a su mujer, que bajó la cabeza avergonzada.

Aquella traición de su mujer no iba a perdonársela con facilidad. Era su hijo.

Manuel se levantó para dar un abrazo a su tío.

—No permitiré ser una carga para vosotros por más tiempo...

—Pero, hijo, si nunca has sido una carga, ¿ves lo que has conseguido, María Dolores? Has sido una bendición, y lo sigues siendo, con tus cosas buenas y malas. No vamos a enviarlo a Cuba. No te cambiaría ni por todo el oro del mundo.

A José le tembló el pulso y se le hizo un nudo en la garganta.

—Pide en el ayuntamiento que te devuelvan los dineros, tío, ya me las apañaré, pediré que me anticipen dinero de mi renta, aunque tenga que pagar intereses.

—No es posible, hijo, ya está hecho.

—Pues lo pediré prestado y te lo devolveré. Alguna solución encontraré.

José miró a su sobrino con cariño. Habían hecho un buen trabajo con él, era un buen chico, quizás algo soñador e ingenuo, pero nada que no fuera a desaparecer con la madurez adquirida por el paso del tiempo.

—Manuel, tranquilízate. Ya veremos, por ahora ya está pagado, tenías que irte ya a Cuba, como quien dice, y tuve que tomar una decisión.

—Hace tiempo que decidí ser autosuficiente. Tomé una decisión y tengo que ser consecuente. Tengo que pensar.

Los dos se miraron jamente y, muy a pesar de la situación, se obligaron a sonreír el uno al otro, como si intentaran tranquilizarse. Una de esas sonrisas de

pretendida familiaridad que permiten reconfortar, pero que en este caso se truncaron en una mueca de nerviosismo.

—Ahora que estás aquí podrías ayudarme a hacer números. Esta noche es el baile de desbrizadoras, era tu primo Carlos quien iba a llevar a nuestras chicas, llegó el martes, pero mejor que vayas tú, ¿no?

—¡ué buena idea! —añadió la tía, no se le había ocurrido. Quizás así se le fuera de la cabeza la idea de la tal Manuela.

—¡uuta! Ni hablar, estoy cansado y, además, mayor para esas cosas. Ue vayan ellos, que lo están deseando, pero quedarme con vosotros en casa. Voy a buscar a Victoria, qué raro que no haya salido a recibirme...

—Ha salido a dar un paseo con Solete. No tardará, se va a poner loca de contenta en cuanto te vea. Esta noche cenaremos los cuatro solos, en familia.

No recuerdo la última vez. Todos querrán venir a verte, voy a pasarme a decirle a la tía Isadora que has llegado, pero que mejor vengan mañana.

—Muchas gracias, tía.

Se levantó de un salto del sofá en dirección a la puerta. Lo último que quería era tener que soportar al bruto y pretencioso de su primo Carlos. Sus primos se le hacían cuesta arriba. No los había echado de menos, es más, ni había pensado en ellos. Solete era la mejor amiga de su hermana, y era muy agradable, pero con Manuel se ponía muy pesada y zalamera. Le costaba mucho quitársela de encima. Y él estaba completamente enamorado de su Manuela. Hacía menos de dos días que no la veía y ya la echaba de menos. Su risa, su forma de hablar, su intensidad de vivir la vida. Hacían una buena pareja, Manuel era consciente de que él no era precisamente alegre, ni hablador. Era un joven más bien serio.

Pero desde que había conocido a Manuela todo había cambiado, se sentía con más fuerzas, con impulso para luchar por todo aquello por lo que había soñado.

Gracias a ella había dejado el pueblo. Y aquello sería solo el principio. El problema era Cuba y lo de la redención. Mal asunto. Se sentía bloqueado al respecto. Por un lado, agradecía no tener que ir, por otro, no podía soportar hacer eso a su familia, volver a ser una carga.

Lola sintió que se le salía el corazón al entrar en la pequeña plaza que daba a un lateral de la gran plaza central. La contraria a la casa de los Peñarrubia, de hecho, con el recoveco no podía verse la esta desde la casa. El pueblo entero se había volcado en el evento que daba el broche de cierre a la temporada de 1897.

Había dos mesas largas que delimitaban la zona de baile y en un gran pedestal de madera la banda de música. Había farolillos rojos colgados y velas en el suelo.

La iluminación era un punto muy importante y costoso para el pueblo, solo se hacía en las estas importantes.

Se sentía desubicada sin Victoria y Solete. Las habían dejado refunfuñando en casa, Solete hasta había echado una lagrimilla indignada al verlas irse con su hermano Carlos y Rómulo.

—Carlos, te lo pido de rodillas, déjanos ir.

—Ni hablar, sabes de sobra que no estáis invitadas. —Carlos miraba de reojo con aprobación a la nueva, la pequeña Lola.

—Eres un tirano, eres lo peor. ¿ué te cuesta?

—Nada, no me cuesta nada. —Y sonrió con sus enormes dientes desordenados. Los colmillos los tenía completamente subidos y le daban un aire diabólico. Y el grupo entero las había dejado a las dos allí plantadas en el patio poco iluminado. La luz estaba en la esta.

Carlos se acercó con un vaso de vino en la mano.

—Toma, Lola, para ti. —Y la cogió suavemente por la cintura.

Lola se sintió halagada, aquel joven era el primo de Victoria y el hermano de Solete.

—Muchas gracias, pero no suelo beber, no me dejan.

Carlos ensanchó su sonrisa hasta límites insospechados.

—Bebe tranquila, mujer, aquí sí que te dejamos. Soy yo el encargado de traeros a la esta y de devolveros a casa. Nada malo puede pasarte.

—Muchas gracias, señorito Carlos. Me siento aliviada.

Parecía un joven bueno y formal. Simpático y atento. Y además de la familia de sus patronos. Más no se podía pedir. Así que cada vez que le traía un vaso, ella se lo bebía, obediente.

Por el rabillo del ojo observó que Rómulo los miraba atentamente, había intentado acercarse varias veces, pero quizás por la presencia de Carlos se sentía cohibido. Mejor así, no le había gustado nada su actitud, y mucho menos cómo había jugado con ella el primer día en la mesa de trabajo de azafrán. Lo había pasado fatal y había sido cruel. Se notaba a la legua que Carlos tenía muchísima más educación y era mucho más amable que aquel hombre rudo. Al nal su madre iba a tener razón con eso de que los mozos de buena familia eran muy superiores en todos los aspectos. La banda tocó para animar la esta varias jotas manchegas, y lo consiguió, todos salieron a pegar botes con las manos agarradas. De un lado para el otro. Ella hubiera querido bailar de forma muy distinta, aquella gente bailaba con los brazos en alto, de forma muy simple. Ella quería desatarse y bailar como en su tierra, con el duende dentro, como en Sevilla.

Sin embargo, Lola se cogió a la mano de Engracia, que también parecía haber bebido de más. Loli se les unió y al acabar a las tres les dio un ataque de risa.

¡Nunca lo había pasado tan bien, todo el mundo era tan agradable! Tenía la sensación de que todos se querían mucho, como una euforia colectiva que por su inmadurez no asoció con el alcohol ni con esos licores de uva tan dulces.

Aquello era algo grande; tenía el pecho hinchado de agradecimiento hacia sus nuevos amigos y a los Peñarrubia. Podía ver un futuro diferente para ella, espléndido, fuera de casa de sus padres. Hasta ahora ni se lo había planteado. Era como si siempre fuera a estar con sus padres y sus hermanos. Y, de repente, había más gente, más caminos.

—Victoria, no hagas ruido, vamos. Shhh.

Solete había recogido a su prima delante del corral de gallinas del patio.

—Yo creo que es mejor que no vayamos, todo el mundo nos conoce. Es castigo asegurado.

—No vamos a ir, vamos a cotillear desde una esquinita. Todo muy inocente, estoy segura de que tu tía y mi madre ni nos reñirían si lo supieran.

—Pues podríamos habérselo dicho. Me sentiría mejor, la verdad. No me gusta romper las normas ni ser desobediente. Mañana tendré que volver a confesarme,

y casi que acabo de hacerlo. ¿ué va a pensar el párroco de mí?

—¿Tú estás loca? No se pregunta. Si se puede, se hace. Si te tienen que indultar que sea después.

Te con esas y punto. Si te encanta, en el fondo, lo de ir a la iglesia. Yo lo odio, esto no es un pecado, mujer, pecado es matar.

Solete estaba guapísima, llevaba su pelo castaño a mechas suelto.

Normalmente, lo llevaba cogido en un moño. Se había puesto un corpiño rosa con una falda con tul a conjunto hasta el suelo. Resultaba algo ridícula.

—Si nadie nos va a ver, ¿por qué vas vestida como si fueras a un baile con los reyes, Solete?

Solete le cogió la mano muerta de risa y estiró hacia el portón de salida.

—Boba, ya me conoces. Igual bailo con mi rey esta noche...

Y las dos, abrazadas, cogidas por la cintura, sin ser nada discretas, se dirigieron al baile de desbrizadoras. Llevaban soñando años con ir, y al cuerno con lo demás.

—Solete, lo mejor es que nadie nos vea, lo digo en serio.

—Tienes razón, vamos por aquí y salimos a la calle de atrás de la plaza de la Paz. Luego nos acercamos por el lado de los árboles. Desde allí podemos espiar sin que nadie nos vea.

—Está bien, parece un plan sensato dentro de una situación que no lo es tanto.

Tuvieron que dar un rodeo y apenas se veía nada ya. La luna estaba oculta por nubes. Torcieron un recoveco y pararon en seco, asustadas. Se escuchaba a una joven hablar entre lloros. Era un quejido suave, pero estridente. Les heló la sangre.

—Victoria, espera, me suena esa voz...

—Sí, tienes razón. No me lo puedo creer. Parece... ¡Es Lola! Algo le pasa. ¡Es por ahí! Entre los árboles.

Les costó encontrar el lugar; estaba muy cerca de la esta, pero en el lado trasero, que daba a la linde del campo. Se sorprendieron al llegar y ver a Carlos retorciendo la muñeca con saña a la pobre Lola.

—Carlos, déjame, no tiene gracia. —Su tono era bajo, sin fuerzas.

En ese momento, Carlos, visiblemente ebrio, le cogió la nuca estirando del pelo y le chupó toda la cara. Lola lloró esta vez con fuerza y su cara, más que

pavor, denotaba confusión y asco.

El pelo le caía retorcido por la cara y le salía sangre del labio.

Solete se lanzó sin pensarlo dos veces a detener a su hermano.

—Imbécil, déjala.

Su hermano, confuso, intentó enfocar de dónde venía el sonido de la indeseada interrupción. Abrió mucho los ojos al reconocer a Solete y sonrió.

—¡Hermanita! Si no hacía nada malo, nada que la moza no quisiera. ¿Verdad, Lola, mi amor?

Lola aprovechó la interrupción para intentar salir de entre sus brazos, pero solo consiguió enfadarlo.

Carlos le dio un inesperado puntapié en la espinilla. Aquello fue demasiado para Solete, que, ante la mirada petri cada de Victoria, que no podía moverse al ver al mismísimo demonio, se lanzó encima de su hermano, recibiendo un empujón que la lanzó al suelo.

Rómulo estaba preocupado, Carlos y Lola llevaban demasiado tiempo desaparecidos. Hacía más de media hora que no los veía. Lola se había ido voluntariamente, él no podía haber hecho nada, pero aun así desconaba de Carlos. Lo de Lola había sido una tremenda decepción, no era como él creía.

Además, siempre le habían gustado las mujeres con carácter, luchadoras. Por lo que acababa de ver, Lola era un corderito con una cara bonita, pero con poca personalidad. Parecía algo impresionable, si no, no se entendería lo de Carlos, ya que acababa de conocerlo. Buena niña, seguro, pero eso era todo, aun así, después de dudar casi tres cuartos de hora, se lanzó a buscarlos por donde los había visto desaparecer, aun arriesgándose a despertar la ira de Carlos, persona fría y compleja a la que prefería no tener de enemigo, aunque rara vez estuviera en el pueblo. Afortunadamente, no era su jefe, era un pariente lejano de sus patronos, no le debía nada, pero aun así preferiría no estar a malas con él.

Oyó unas voces alarmadas y corrió en su busca, justo para ver caer con fuerza a Solete y ver cómo su espalda se daba un fuerte golpe contra suelo. Tenía que haberse hecho mucho daño. Aquello estaba muy oscuro, veía otras guras, pero le costó entender lo que pasaba.

Antes de ayudarla, la vio levantarse con ira y decisión para pegar un bofetón de los buenos a su hermano después de escupir una sarta de improperios:

—¡Hijo puta malnacido! —Palabrotas nacidas del alma sin tener en cuenta que tenían la misma progenitora.

Fue en ese preciso instante cuando Rómulo reparó de verdad en Solete. Tuvo un echazo en toda regla. Había mucho debajo de aquella personalidad provocadora. Pudo ver su decisión y su fuerza, su valentía al enfrentarse a una injusticia.

Rómulo corrió a ayudar a Solete, que cojeaba y a quien le dolía la mano.

Victoria ya estaba ayudando a Lola, que lloraba, ahora asustada. Era como si no se hubiera enterado realmente de lo que le pasaba o le podía haber pasado.

—Lola, has bebido mucho, ¿verdad? —le preguntó Victoria con voz dulce.

—Pues sí. Me encontraba muy bien, pero ahora solo quiero... vomitar.

Y nada más decirlo se apresuró a tirar todo el vino y toda la bebida que tenía en el estómago, y entonces sí que se asustó.

—¡Victoria! He vomitado sangre, es sangre... Estoy perdiendo sangre. Voy a morir.

Victoria miró con tranquilidad el vomitado. No tuvo más remedio.

—Tranquilízate, no es sangre, solo es vino. Rojo oscuro del vino. Ya está, mañana te encontrarás mejor, has hecho bien en vomitar. Mejor para tu estómago.

—¿Seguro? Es tan rojo..., el vino es más oscuro.

—Segurísima, vamos a casa a dormir.

Carlos intervino acumulando la poca lucidez que tenía:

—No contéis nada de esto o diré que habéis estado en la esta. Os haré la vida imposible.

Victoria jamás se dirigía a su primo. Lo odiaba. Pero no pudo evitar hacerlo por última vez.

—¡ué ganas tenemos de que vuelvas a irte! Espero no verte nunca más si es que tienes orgullo. No contaremos nada, y eso que a mí me da igual que te chives. Lo hago por Lola, para que esto no la marque de por vida. Pero si eres listo, no vuelvas. uédate en Valencia. Un día me iré de la lengua con mis tíos,

seguro. De hecho, llevo años deseándolo. Nunca has sido santo de su incumbencia, pero ya con esto... Jamás vivirás de los Peñarrubia, yo me encargaré de ello. —Victoria se acercó más a su primo—. La gota que colma el vaso. Aquí está.

Y, dicho esto, se giró para no volver a prestarle atención jamás.

—Espera, Solete, párate, así no vas a llegar. No seas burra.

—Es solo una torcedura, Rómulo, mañana ni lo notaré.

Solete estaba diferente. Callada y cortante. Rómulo le hizo un gesto de parar con la mano y, para sorpresa de Solete, que solo podía pensar en el malnacido de su hermano, la cogió en brazos.

—Vaya, no hacía falta. —Y, por primera vez, Rómulo la vio enrojecer, nerviosa. Normalmente, era ella quien intentaba provocar el sonrojo de los demás. Rómulo sonrió divertido. Estaba guapísima con el pelo alborotado, su vestido rosa con aquella tela tan rara y aquellos labios rojos de un color intenso.

Como si hubiera comido fresas.

Por n Solete decidió relajarse, había sido una noche terrible, no podía soportar a su hermano, pero poco podía hacer. Su familia era la que era, y su hermano era un cruel egoísta. Así que se abrazó con fuerza a Rómulo, dejando caer la cara sobre sus hombros como una niña pequeña. Sonrió reconfortada por aquellos fuertes brazos que la sujetaban y aquella ancha espalda que tantas veces había espiado como si tuviera vida propia. Siempre había sabido que Rómulo era el hombre de su vida. Desde el minuto uno, aunque él aún no lo supiera.

Capítulo 5

A Manuel le quemaban las dos mil pesetas que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Intentaba aparentar tranquilidad, simplemente andar como cualquier persona por la calle. La incertidumbre era insoportable. Aun así, no pudo evitar pensar qué pasaría si dejaba que el miedo lo invadiera por completo y llegó a la conclusión de que de poco le serviría llorar, temblar, dar un puntapié a lo primero que encontrara o, por qué no, pegar un golpe fuerte con los nudillos contra la pared. No arreglaría nada, estaba en un callejón sin salida y aún estaba esperando el golpe que

lo rematará de nitivamente. Las cosas podían empeorar y él estaba en una pendiente helada, hiciera lo que hiciera solo podía ir para abajo.

Se dio un momento para tranquilizarse. Paró en la calle y respiró hondo. No pudo evitar jarse, al levantar la cabeza hacia el cielo, en el majestuoso y amante edificio que hacía esquina en la calle, el de la Equitativa. No era la primera vez que lo veía, pero no debía de haberse jado bien en él. Estaba construido en un solar triangular, así que tenía una forma no convencional.

Unas gárgolas que parecían ser cabezas de elefantes cobraron ante él relevancia frente al grupo central de guras del edificio, más propio de una pequeña catedral que de un edificio que albergaba en la primera planta un casino. Nunca había visto nada igual o al menos, si lo había visto, no se había jado en ello.

Manuel llegó a la conclusión de que debían de ser guras de algún metal, porque hacían de escudo re ectante. Le pareció hermoso, un buen augurio. Como la mayoría de los transeúntes, solo había prestado atención a la parte más alta del edificio, más ornamentada: el reloj y el templete. Pero ahora que se jaba bien había una escultura en bronce de una mujer protegiendo a unos niños con sus brazos y su capa. Era una obra de arte y él había cruzado mil veces la calle sin jarse. Ahora que empezaba a ver la ciudad, tendría que viajar a la otra parte del

mundo. ué ironía. No había sido algo premeditado, la ocasión de recuperar el dinero de su tío le cayó del cielo. Y su conciencia había podido sobre todo lo demás y ahora estaba en un buen lío del que no podía ya salir.

Manuela estaría esperándolo a la vuelta de la esquina, en la moderna horchatería Candela. Tenía que recomponerse antes de llegar. No podía dejar que ella viera sus dudas y sus miedos antes de tiempo. La predispondría. Tenía que darle una oportunidad de reaccionar bien. Llevaba horas pensando que cuando le contará todo lo que había pasado, ella le daría la espalda. Pero en el fondo preferiría pensar que todo iba a ir bien, que tanta fatalidad junta no era posible, que Manuela lo quería...

Efectivamente, allí estaba, sentada, con su precioso vestido beis que él le había regalado. Ya estaba saboreando un helado de chocolate. Como era habitual, no había podido contenerse.

—Manuel, ¡qué alegría verte! —Y se levantó a abrazarlo antes de volver a meter la inmensa cuchara en el helado. Lo miró alegremente con sus ojos azules

—. No te importará que haya pedido ya, ¿no?, me dijiste que me ibas a invitar a un helado. Hace tanto calor que no he podido resistirme, no te preocupes, por supuesto, aún no he pedido la horchata, te estaba esperando. ¿Luego podemos pedir unas trufas? Me encantan.

Manuel la miró. La quería tanto... Nunca se aburría con Manuela, era divertida, cariñosa e inteligente. Era feliz con ella, ojalá ese instante durase siempre, aunque tuviera que pagarle mil helados.

Pero se obligó a interrumpirla:

—Escucha, es que tenía que contarte algo, he tenido problemas. —Intentó que su voz sonará lo

más neutral posible—. Bueno, yo no, me tocó por sorteo ir a las...

—Sí, ya lo sé, como a muchos. Te fuiste a Casas Rojas para solucionarlo y me dijiste que lo estaba.

—Ya, pero bueno, es que mi tío ha tenido problemas nancieros, así que he tenido que devolverle el dinero.

—Muy bien, pues ya está, asunto resuelto. Lo siento mucho por él. —Manuela lo miraba suspicaz, no entendía qué le estaba queriendo decir, pero algo pasaba.

—No, yo no he podido ahorrar, me gasto la mayor parte de la asignación mensual...

—¿Entonces? —Y se calló—. ¿Te lo gastas todo? No es tanto dinero.

—Sí, bueno, no es conversación apropiada para ti. No es correcto hablar de dinero con una señorita. Y mucho menos de números concretos. Es de mala educación.

—Ya, pero como no soy de clase tan alta, mi educación debe de ser también media, porque me parece que, si tienes un problema de dinero, como nos vamos a casar en dos semanas, también es mío.

Manuel por un momento sintió alivio. Manuela pensaba compartir el peso del problema con él, no lo dejaría, acababa de decir que se iban a casar.

—Francisco Saelices, mi amigo, ¿lo recuerdas? Tiene un amigo al que se le había pasado la fecha del pago de la redención porque no había conseguido reunir el dinero su ciento a tiempo... Lo vi como una señal de Dios, no podía ser casualidad. Justicia divina. Últimamente, no me he portado bien con mi familia. Así que iré yo en su lugar, lo sustituiré... La semana que viene salgo para Puerto Rico. Entiende que ha sucedido todo en mal momento para mi tío, mala fecha con el azafrán. Y luego todo ha sido un cúmulo de líos y embrollos.

Manuela no podía dar crédito a lo que le estaba diciendo. Los ojos se le llenaron de lágrimas, si hasta sus vecinos de nca, que no tenían mucho más dinero que su familia, habían conseguido reunir el dinero para la redención. Le había mentido: vestidos, sombreros y helados; todo era una pantomima.

Lo miró. Y levantó más de lo que le hubiera gustado la voz:

—Me has estado mintiendo todo este tiempo. —No pudo evitar lanzar la cuchara del helado contra la mesa. Se manchó el precioso vestido de chocolate, lo que faltaba, esas manchas nunca salían del todo. Era su mejor vestido, el más nuevo. Se cruzaba por el busto y caía fruncido hasta los zapatos.

—No, no, de verdad que no, Manuela. No tiene nada ver con nosotros.

A Manuel se le acumuló la saliva en la garganta. Notó como si fuera a tener una arcada y un ácido estuviera subiendo a velocidad vertiginosa por su

garganta.

—¿No? ¿Cómo ibas a pagar esa maravillosa boda que me habías prometido y el viaje de novios?

—Bueno, pues lo retrasamos y hacemos algo más sencillo. Solo necesitamos al cura y a nuestras familias, ese gasto lo puedo asumir. Podemos ir luego a pasar unos días a Casas Rojas, mi familia tendría así la oportunidad de conocerte mejor. Vas a ser su familia.

Manuela se levantó muy despacio y cogió su bolso.

—Me voy, no pienso casarme así, lo siento. Llevo toda la vida soñando con ello y me había hecho muchas ilusiones al respecto. No pretendo ser cruel, pero me has mentido. Todas esas promesas y regalos... para casarme como cualquiera de mi nca.

Manuel se levantó para cogerla por el brazo.

—Manuela, no te vayas. No ha sido algo premeditado, ha sido circunstancial, todo mejorará. Tengo una renta, podemos casarnos y vivir sin grandes lujos, porque siempre he querido ahorrar para la tienda. Y hasta ahora no he conseguido ahorrar ni cien pesetas.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Te vas a una guerra, y a lo mejor por varios años. No pienso ser viuda antes de haber empezado a vivir. No pienso sufrir. Se acabó.

A Manuel ya no le importaba que lo enviaran a las colonias, a una guerra o a tres. La vio partir sin tan siquiera molestarse en girar la cabeza para mirarlo.

Tampoco había derramado una lágrima; él, sí. Se sacó el pañuelo bordado por su hermana Victoria con sus iniciales y pensó que las cosas ya no podían empeorar más. Porque era imposible tener tanta mala suerte.

Victoria los escuchó hablar acaloradamente en el despachito. Era raro, sus tíos no solían discutir nunca.

—Tendremos que decírselo a la niña —decía su tío.

—Pues no lo sé, querido, la pobre solo va de desgracia en desgracia. Es muy frágil. No ha tenido una vida fácil —le contestó su tía María Dolores.

Hablaban de ella. Algo malo había sucedido y dudaban si decírselo o no.

Seguramente era por la enfermedad de su tía María Dolores, últimamente no paraba de toser, estaba muy cansada y se pasaba los días en la cama o, como ahora, en el saloncito, tumbada en el sofá. Con lo fuerte que había sido siempre.

Algunas tardes le subía tanto la ebre que comenzaba a delirar, lo que a Victoria le asustaba mucho, y tenían que llamar a don Miguel, el médico. Victoria había intentado averiguar qué le pasaba exactamente a su tía, incluso llegó a preguntárselo al médico, que le dijo entre evasivas que no se preocupara y que cuidara de su tía lo mejor que pudiera. Y eso hacía, apenas tenía tiempo ella

misma. Llevaba las órdenes de su tía de un lado para otro: a la cocina, al corral o por el pueblo.

Victoria temía lo peor. ue su tía tuviera «la enfermedad», esa que poblaba cada una de sus pesadillas y que había acabado con la vida de sus padres. Victoria no sabía nada de medicina, aunque instigaba a don Miguel a preguntas sobre todo.

No podría soportar perder otra vez a su familia. No recordaba la primera, pero no soportaría volver a ser huérfana. Antes se contagiaria ella misma. Había oído que para ello solo había que comer del mismo plato que el enfermo, así que cada día se ocupaba de recoger la bandeja de comida de su tía y de comerse todas las sobras.

No volverían a abandonarla. Se iría con ella. Todo el mundo hablaba bien del cielo. Las referencias eran inmejorables. Allí estaban, además, sus padres, por n los conocería y sería feliz. Podría hablar con ellos a diario, abrazarlos, besarlos y nunca estaría sola. Nunca más sería huérfana. No tenía ya miedo a la muerte.

Victoria se quedó pensativa e inmóvil detrás de la puerta. Necesitaba más información. Su imaginación le jugaba a veces malas pasadas y, muy especialmente desde que su tía enfermase, se había convertido en un ser un tanto funesto y macabro. Pero, en cambio, se llevó una sorpresa agradable.

—Tal vez, si empezáramos diciéndole a Victoria que Manuel ya no se casa...

Victoria no pudo reprimir un saltito de alegría y un: «¡Menos mal!».

Su tío se asomó con cara de tristeza.

—Pasa, niña, pasa, es mejor así. Siéntate, cariño.

—¿Por qué tenéis esas caras? Si es algo bueno... —Victoria aprovechó para coger la mano de su tía, que yacía tumbada el sofá y la miraba con ojos enrojecidos.

—Victoria, cariño... —María Dolores no supo cómo seguir y un incómodo silencio se hizo en la salita.

—Lo que quiere decir tu tía es que no es oro todo lo que reluce y, por favor, no te pongas nerviosa, todo va a salir bien. Tu hermano Manuel se va a Puerto Rico o a Cuba, de hecho, embarca desde Algeciras en unos días. Y lo siente mucho, pero no le va a dar tiempo de pasar por aquí a despedirse, todo ha sido muy precipitado. Todo ha sido un cúmulo de malentendidos, hemos gestionado todo mal...

Victoria no pudo escuchar más, un pitido insoportable se apoderó de sus orejas y a los pocos segundos el dolor de su cabeza era insoportable.

Más tarde, después de que el médico don Rafael le hubiera suministrado un calmante, intentó explicar que no se había vuelto loca, que algo le había pasado, no solo la noticia, era como una jaqueca multiplicada por mil, pero no la escucharon. Solo le dijeron que a Manuel no le iba a pasar nada, que igual ni siquiera llegaba a entrar en combate y se pasearía en barco por las

Antillas. Un viaje de placer gratuito. Haría un montón de amistades y viviría un montón de aventuras de las que luego, a su vuelta, relataría hasta el más mínimo detalle.

Todo aquello sonaba a mentira benigna.

La trataban como una niña. Y se equivocaban. Manuel era el único vestigio de su familia, su compañero y hermano de desventuras. Estaban unidos a pesar de la distancia, habían sido dos naufragos en el mar, siempre cogidos de la mano para que ninguno pudiera hundirse y caer en el olvido. Todos habían muerto, su tía estaba enferma, todo la llevaba a pensar lo peor de cualquier cosa. Porque quizás ellos no lo tenían claro, pero ella sí, siempre se podía ir a peor. ¿Cómo iba a cuidar de su hermano? ¿Cómo protegerlo en mitad de una cruenta guerra que había involucrado a varias potencias a escala mundial? Era tan bueno, lo quería tanto que si la hubieran dejado, ella misma se habría alistado. Pero claro, ella era tan solo una mujer, y aquello no permitía mucho margen de maniobra.

Capítulo 6

Manuel sintió el aire caliente en la cara. Estaba en la cubierta del inmenso acorazado Infanta María Teresa y la bahía de Santiago se mostraba ante él en todo su esplendor. El barco iba tan despacio que tenía la sensación de que era la isla la que se acercaba a ellos, cuando por lógica era al revés. Aun así, no pudo evitar pensar que Cuba los estaba engullendo ya desde el principio. Lo que inicialmente le había parecido una tierra insigni cante en el horizonte, posteriormente una tierra prometida con su sol y palmeras, acabó convirtiéndose en unas fauces abiertas dispuestas a devorarlos.

A Manuel le había costado mucho acostumbrarse al mar. La travesía había sido dura, porque él, además, no pertenecía a la Armada, era un recluta, pero todo el mundo a bordo parecía haberlo olvidado y hacía todas las tareas de marinero sin rechistar. Había sido para él toda una cura de humildad. No quedaba ni rastro del señorito que había embarcado, y mejor así, porque ese hombre era un joven triste y gris de mirada cenicienta. Al menos ahora la rutina del barco y la amistad de sus compañeros daban algo de chispa a sus ojos, que volvían a tener ese color azul intenso que tanto llamaba la atención.

Tras días vomitando después de zarpar y sin poder moverse de su oscura litera para ir a cubierta, uno de sus compañeros, Juanico, se apiadó de él.

—Vamos, señoritingo estirado, que te ayudo a subir a cubierta para que respire aire puro, y no lo hago por ti, es que por tu culpa toda nuestra zona huele a rayos y centellas. No paras de vomitar...

—Juanico lo ayudó a levantarse cogiéndolo por debajo del brazo—. Además, aquí trabajamos todos por igual, no puedes quedarte ahí tanto tiempo, hace cinco días que eres el último *mareao* del barco. Eres blanco de burlas y un día de estos te tirarán por la borda.

Manuel pensó que a lo mejor aquel vigoroso hombre al que apenas le quedaban dientes le daría algún remedio para que se le pasara el mareo, algún

tipo de medicina, pero se equivocaba. Tan solo lo dejó sentado en la cubierta, respirando aire puro en la cara.

«Bendito aire», pensó Manuel. Se pasaría el resto de su vida allí, a la intemperie, sin moverse. No podía haber nada mejor ni nada más vital. Manuela era ya un recuerdo de una niñez. Antes se quería morir, ahora solo quería que las náuseas cesaran. Vivir tranquilo, sin mareos.

España estaba muy lejos, y la separación física había sido esencial a la hora de reparar su mente. Ahora podía ver que había acabado destrozado con el abandono de Manuela. Por algún motivo, no quería ni verla. Al principio, el dolor había sido tan grande que había estado ciego. Sus tíos tenían razón, y su hermana. Era una joven interesada, mientras hubo dinero, bien se había arrimado. Y lo peor de todo era que tampoco estaba en la ruina, incluso, si hubieran querido, tenía su propia casa vacía en el pueblo, la de sus padres. No había tantos jóvenes al alcance de Manuela con tantos recursos si hubiera podido ver que todo había sido un cúmulo de malogradas circunstancias. Sentía un fuerte rechazo por la joven, como si hubiera sido traicionado. La había defendido a capa y espada delante de todos.

Juanico lo sorprendió trayéndole un mendrugo de pan duro y un chupito de aguardiente.

—Mano de santo, señoritingo, mejor que el médico. El pan hará poso —le explicó mientras le daba unos golpecitos amistosos en la espalda y se sentaba a su lado.

—Ya verás, el mareo pasará para no volver, pero tienes que comer. Tienes suerte...

—¿Suerte? —consiguí balbucear un cetrino Manuel.

—Muchas, te ha tocado en el acorazado Infanta María Teresa, el mejor de toda la escuadra española de las Antillas.

Juanico, de los miembros más bajos del escalafón de la Armada, pero de los más queridos del barco, como pudo comprobar más tarde Manuel, se convirtió en su ángel de la guarda. Le enseñó todo lo que había que saber de la vida a

bordo, de las tareas, de la organización y, lo que es más importante, de sus nuevos compañeros.

Juanico le insuó vida poco a poco y Manuel acabó disfrutando de la camaradería del barco, de las historias disparatadas y, muy especialmente, de los juegos de cartas. Los naipes era el mejor divertimento que podía existir, y no se le daba nada mal. Podían pasarse horas en tensión intentando averiguar las cartas del vecino. Aprendió a barajar con soltura, ya que era muestra directa de la pericia de un jugador.

Al principio, todos parecían ignorar el destino exacto de las fragatas, así que era fácil inventar aventuras; que en realidad no iban a las Antillas, sino que iban en busca de una tierra sin descubrir llena de tesoros que se repartirían, al igual que sus bellas mujeres, y vivirían todos como reyes. A Manuel le encantaba inventar historias, su preferida, que hacía estremecer a sus compañeros, incluido Juanico, era que estaban en una misión secreta y atacarían sin avisar la misma Nueva York para responder ojo por ojo a su osadía de inmiscuirse en la política de la invencible España. Al contrario que los relatos de sus compañeros, los suyos eran tan realistas que conseguía aterrorizar a sus compañeros. Algunos chillaban sobresaltados a mitad de la noche: «¡No me matéis, no hablo inglés!».

Los americanos eran palabras mayores. Nadie se explicaba cómo en tan pocos años un país que no existía ahora era una gran potencia capaz de retar a un imperio colonial como era España. Y los periódicos así lo evidenciaban.

Y, por n, allí estaba frente a ellos, la isla de Cuba, lo más parecido al paraíso que Manuel hubiera visto jamás. Con sus largas playas. Tan verde y tan azul. Y

allí estaba también él, con su uniforme blanco y su sombrero de paja, sin saber si se quedaba a bordo o bajaba a reunirse con otros reclutas que llevaban meses, e incluso algunos muchos años, allí destinados.

Los acorazados acababan de salir para hacer el reconocimiento de la costa. Era un espectáculo verlos navegar. Una obra de ingeniería descomunal, el futuro surcaba las aguas. Para un manchego como él, pasar del seco a aquello tenía algo de mágico, por inconcebible. Era incluso bonito, había más mundo. Y ese

mundo era tan diferente y maravilloso que en ocasiones aterrorizaba. Siempre recordaría aquella isla como uno de los momentos más cruciales de su vida.

Al igual que el resto de sus compañeros marineros, o ciales, capitanes e incluso el almirante de la escuadra, sentía que no debían estar allí, que esas aguas tenían gato encerrado. Era un completo suicidio. Y esa sensación general impregnaba las caras de todos.

Murmuraban en cada recoveco que el almirante Cervera se había negado a tomar rumbo a Cuba y había intentado poner por todos los medios agua entre esa isla y su escuadra. Por eso habían estado dando vueltas...

Pero, por lo visto, eran órdenes del mismísimo Gobierno, que los había obligado a ir a Cuba, cansado de las excusas del almirante, que pretendía quedarse en Puerto Rico o, si aquello no era aceptado, volver a España para proteger la península ante un poco predecible, pero posible ataque de la Armada americana a las islas Canarias.

Seguramente, el almirante sabía que esto era poco probable, pensó Manuel, pero era una buena excusa para no meterse en el puerto de Santiago de Cuba. El miedo se había ido instaurando paulatinamente en todos los barcos. Por la patria, por la gloria de la gran Armada española, iban a una misión suicida. La voz había corrido de cubierta en cubierta y de barco en barco. Ni siquiera el almirante quería estar allí. Un hombre tan respetado y tan capaz tenía, sin duda, buenas razones. El Gobierno estaba demasiado lejos para poder tomar buenas decisiones en escenarios que no conocía realmente. Pero incluso al almirante

«le mandaban». Todos tenían allí que obedecer a alguien, así era el mundo en el que vivían, y más en la Armada.

—Amigos, comed bien, porque nos envían a la muerte —le dijo solemnemente el ayudante de cocina, Amelio, mientras les ponía delante una inmensa fuente de lo que parecía puré de patata. Manuel no distinguía bien entre las nuevas frutas y tubérculos de las Antillas.

—Tampoco será para tanto, nos están invadiendo los nervios —contestó Manuel sin prestar mucha

atención a las habladurías, tenía hambre y solo quería que le tocara un buen montón de puré.

—¡Ja! ¿ve no? Yo mismo presencié una bronca entre los comandantes y el almirante, ¿tú crees que un hombre como él, de su valía y honor, iba a negarse a cumplir instrucciones así como así del Gobierno? ¿Y nuestro comandante don Víctor Concas? Lo conocéis bien. No pueden estar exagerando. —Un trozo de puré salió disparado mientras Amelio apuntaba a Manuel con la cuchara. Casi le da a Juanico en plena cara.

—Eres un mentiroso, no has bajado de este barco —le contestó un avispado Manuel con ganas de hundir ya su cuchara en el puré y mirando con una sonrisa a su amigo, que parecía azorado mientras se limpiaba el puré de la camisa.

—Ten cuidado, mira que mancha —le dijo Juanico a Amelio.

—Bueno, me lo contó un amigo de un buen amigo —siguió con su historia Amelio como si nada hubiera pasado o como si nada le hubieran dicho.

—Ya —intervino ahora Juanico—. Y también te contó que se había follado a una sirena, ¿no? La historia ya nos había llegado —le contestó mientras le daba un codazo cómplice a su amigo Manuel.

—¿Me estás llamando mentiroso? Si lo fuera, cómo sé que no nos han querido dar más carbón, que apenas tenemos para continuar el trayecto. ¡No tenemos carbón! En Curaçao apenas nos dieron unas migajas. Lo habíamos pedido de forma oficial al Gobierno y el mismo Bermejo nos lo había prometido.

¡Increíble cómo nos tratan! Ellos allí sentados en sus despachos y nosotros jugándonos la vida.

—¡Madre mía!

—Y no solo eso, sino que el almirante ha enviado mil telegramas al Gobierno de España pidiendo ayuda y nos han dado puerta. Vamos a perder, y de largo.

Espero que sepáis nadar. Nuestra ota no está en su mejor momento... El acorazado Colón no tiene sus cañones gruesos, el Vizcaya y el Oquendo sí que los tienen, pero defectuosos, igual hasta se disparan a sí mismos. Aunque si se hunde el Vizcaya nos harían hasta un favor, es un grano en el culo de nuestra escuadra, siempre retrasándonos. Huiremos más ligeros.

Vaya con el ayudante de cocina, había hecho un análisis pormenorizado de la situación y parecía muy seguro de sí mismo. Información veraz y creíble.

A Manuel se le atragantó el puré, nadaba fatal, lo justo para no hundirse y pegarse un baño rápido. Es lo que tiene ser oriundo de Casas Rojas y vivir en Madrid. El mar era algo exótico. A lo mejor debería bajar a tierra en cuanto tuviera oportunidad y unirse a los pelotones de soldados. Su objetivo era algo cobarde, evitar todo tipo de conflicto o combate, su razón le decía que era la decisión lógica. Era imposible que fueran a luchar por tierra, para eso los americanos tendrían que llegar hasta allí, cosa que solo podían hacer por barco.

Menos mal que tenía a Juanico y la información privilegiada de Amelio. Al nal iba a tener razón su tía, y si uno quería realmente aprender y saber de todo, el lugar idóneo era la cocina. Recordó con afecto a su tía, siempre tan trabajadora... Era una mujer única.

A pesar de aquella coyuntura, llevaban días en la bahía de Santiago y todo estaba en calma. No se habían tropezado en todo el camino, ni a su llegada, tal y como tanto habían temido, con enemigo alguno. uizás estaban siendo todos demasiado alarmistas y no habían enfadado tanto a los americanos.

Manuel sintió alivio al pisar tierra rme. Una oleada de optimismo lo invadió, el aire caliente y dulzón no le resultó un engorro, como le habían vaticinado, sino todo lo contrario, una promesa de algo mejor. Las cosas solo podían mejorar. Sintió como si recibiera un cálido beso caliente, ese con el que llevaba soñando en su camastro por la noche.

Decidió dar un paseo él solo por las calles, dejando a sus compañeros emborrachándose en el primer local del puerto que habían encontrado. No se habían quebrado mucho la cabeza. De hecho, parecía una casa que habían abierto para ellos, los cubanos eran buenos comerciantes.

La independencia y la soledad se habían convertido en un bien preciado para él después de pasar tantos días hacinados en pocos metros cuadrados. Juanico le había dejado hacer, sacándole primero la promesa de que volvería como un niño bueno en pocas horas, no fuera a ser que cayera otra vez en las tristezas de señoritingo *degollao*.

Aun intentándolo, le fue imposible aislarse, fue lo primero que aprendió de Cuba. Estaba llena de vida. Mirara donde mirara había gente interactuando,

unos discutían a pleno pulmón, otros se besaban, incluso unas mujeres intentaron llamar su atención y le quitaron el sombrero. Aquel no parecía un lugar para la tristeza. Si no fuera por ellos, los soldados uniformados españoles, tampoco era una ciudad en guerra.

Victoria no tenía ni un minuto libre. Su tía María Dolores llevaba semanas guardando cama, enferma. Estaba muy cansada. No recordaba ya la última vez que había reído. Una rígida máscara se había apoderado de su cara. La responsabilidad y la preocupación la habían invadido hasta el punto de modi car su sonomía. Tal vez se estaba haciendo mayor. Ella, que siempre se había visto guapa, se veía muy desmejorada.

Victoria apoyó la bandeja con la sopa en la mesita auxiliar del pasillo y se tocó la cara para asegurarse de que no había ni rastro de arrugas. Era demasiado joven para que eso pasara, pero las desgracias siempre venían todas seguidas o en grupo.

Volvió a coger la pesada bandeja que llevaba cargando desde casa de su otra tía, que había insistido en hacer ella misma la comida para su tía María Dolores.

Isadora decía que su caldo era remedio de santo, pero Victoria sabía que en realidad lo hacía para que Victoria no cargara con el peso de todo. Su tía y su prima estaban siendo de vital ayuda. No sabía qué habría hecho sin ellas. Su tío José también estaba muy desmejorado y parecía un fantasma en pena. No sabía qué sería de él sin su fuerte mujer. Ahora que lo pensaba bien, su tía era su pilar, siempre a su sombra, sin contradecirle, pero apuntalándole. uizás ambos eran uno, y

su tío entonces no lo soportaría. Tendría que estar muy pendiente.

—Pobre niña —le había dicho esa misma mañana Isadora—. Deberías estar disfrutando de la vida, leyendo, paseando y jugando con Solete, no cuidando de una enferma. —Su tía había ido poco a poco suavizando su relación con ella. No era justo que alguien tan joven estuviera tan marcada por la desgracia.

—Tengo vuestra ayuda —le respondió diligentemente Victoria, sabiendo que era lo que su tía quería realmente oír; por un lado, que no estaba sola en los cuidados; por otro, que era útil.

—Claro, claro. Mira, voy a hacerte en un santiamén pan frito con azúcar, te vas a chupar los dedos. La vida se ve diferente con algo de dulce en la boca, niña.

—Eso, sin duda, es verdad. —Victoria intentó sonreír, pero solo le salió una especie de mueca, pero que pareció su ciente para su tía, que la miró esperanzada.

—Y a la tía María Dolores le voy a hacer un caldo de los de verdad, diga lo que diga el médico. Poca verdura, mucha gallina, mucho jamón, mucho tocino y bastante jarreta de cordero.

Victoria no pudo evitar tomar nota mental de los componentes del caldo de su tía Isadora, era su preferido, amarillo y muy fuerte. Su tío José se quejaba siempre de que estaba demasiado salado, pero a Victoria le encantaba que se notara el jamón serrano como elemento gustativo principal.

Estaba algo enfadada con su prima, que andaba todo el día por ahí con Rómulo. Se alegraba por ella, pero, por otro lado, la necesitaba. uizás por eso su tía Isadora estaba tan cariñosa con ella.

Mientras rememoraba la escena subiendo por las escaleras la bandeja, Victoria no pudo evitar reñirse a sí misma. Había tomado nota mentalmente de la receta del caldo, de forma instintiva, para ser práctica, por si su otra tía llegaba a faltar también algún día. En aquella familia todos la palmaban como moscas. Sabía que no debía pensar así, que no podía ser bueno, pero lo hacía de forma instintiva. Hasta ese momento, un buen rato después de que aquella nimia conversación culinaria hubiera tenido lugar, no había analizado la conversación. Había interiorizado que todo el mundo la dejaba. Pero es que era así. Tenía que endurecerse como una roca y ser realista. Manuel estaba al otro lado del mundo, en medio de una guerra. Si no sabía empuñar un ri e, ni siquiera era buen cazador. Ella misma tenía mucha más puntería y más agallas.

Una lágrima le resbaló por la mejilla y cayó sobre el mantel blanco recién planchado de la bandeja. No importaba, las lágrimas no dejaban mancha, se recordó a sí misma. Gracias a Dios, no haría falta llevarlas aún a lavar. Estaba algo harta de las tareas del hogar. Hacía meses que la Ramona había partido con su hermana, y la cocina era un completo desastre. Luisa hacía todo lo que podía, pero no habían encontrado otra cocinera, así que por el momento estaban viniendo dos mujeres del pueblo a ayudar en la casa.

Oyó una voz conocida desde abajo.

—¡Prima! ¿Dónde andas?

Menos mal, su prima seguía a su lado, a pesar de su folletín romántico.

Aunque tenía que reconocer que le gustaba muchísimo Rómulo. Habían estrechado su relación con la enfermedad, ya que su tío no estaba para nada, así que había comenzado a despachar con él. Era un hombre fuerte y decidido. De ar. Su tío decía que eso era lo más importante, que había pocos como él. Así que se alegraba por ellos.

Al subir Solete y ver la cara de Victoria, no pudo evitar coger la bandeja y ponerla en el suelo con decisión para abrazarla con fuerza.

—Victoria, eres fuerte como una roca. Sigue así.

Para Manuel aquellos malditos barcos que parecían colosos tenían nombres impronunciables, pero a fuerza de oírlos en boca de todos, de distinguirlos a lo lejos y, lo más importante, de temerlos, había conseguido memorizarlos: Gloucester, Indiana, Oregón, Iowa, Brooklyn y Texas.

Al principio, con aquellos nombres tan rimbombantes, tenía la sensación de que más que barcos eran seres con propia identidad...

Presidiendo el grupo estaba el inmenso Brooklyn, el más temible, fuerte e inteligente de todos los acorazados americanos y seguramente del mundo entero.

Había escuchado hablar de él a la plana mayor y lo hacían con un temor reverencial aliñado con una montaña de envidia. Juanico se había encargado de explicarle la diferencia entre ese barco y el suyo, y resultó ser algo parecido a David y Goliat. Él, que creía en la invencible Armada española a pie juntillas, hasta ese momento jamás podía haber concebido que la prensa pudiera mentir.

Los periódicos estaban para informar, así que por ley debían decir la verdad.

Pero estaba claro que no era así.

Manuel estuvo días abrazado a la barandilla observando al Brooklyn. Hasta ahora, el María Teresa le había parecido un prodigio de la ciencia y de la innovación.

Más tarde, cuando se acercara la hora del enfrentamiento y del choque, comprendería por n que aquellos barcos que llevaban días rodeándolos,

cercándolos, eran en realidad potentes máquinas de ataque que contenían cientos de personas en su interior.

Manuel se imaginó a los americanos en su catre, como él, mirando el techo.

También dormirían en camas, ¿no? ¿Y mearían, como todos?

Se preguntó si serían marinos más grandes, más formados, más inteligentes y más valientes. Eran unos pensamientos absurdos, pero es que él no era valiente.

No lo era. Había tenido una vida muy difícil y debería haberse endurecido, ya tendría que ser tan duro como aquel acero americano...

Y ahí estaba, tumbado, muerto de miedo y con resaca. La víspera no paró de beber, su plan era perder el conocimiento para dormir de un tirón, inconsciente. Todos tenían pavor y no podía soportarlo. Esa sensación general acrecentada de la que uno no podía salir. Todo era miedo y miedo eran.

Manuel se incorporó, se tocó el pelo y se levantó con cuidado, a lo mejor se había equivocado y alguien sí había conseguido dormir. Se fue al armarito anclado del pasillo, donde tenían una botella de un buen ron cubano casero que habían conseguido en tierra. Ué maravilla, por aquella bebida dulce y los besos de Mariela, el viaje había valido la pena.

Le quitó el tapón y decidió seguir con el plan, beber hasta caer rendido. Dejar de pensar y punto. No tuvo ni un remordimiento, hacía tiempo que sus compañeros le habían enseñado a beber, todos lo hacían, y cuando uno, seguramente, iba a morir, estaba más que justificado. Hubiera preferido que fuera una bebida combinada de esas que les hacían en Santiago, con azúcar de caña y no sabía qué más, porque cada día sabía distinta. Lo mejor que había probado jamás era una bebida como con teta, como de niños.

Dormiría como sus compañeros. Dormir era bueno, algo rutinario. Si se mantenía despierto estaría, en cambio, horas pensando en pasar al matadero.

Torturándose. Todos morirían, lo había oído. No tenían salida. Estaban rodeados. ¿Cómo habían sido tan tontos? Se lo habían puesto fácil.

¿Cómo romper el cerco americano si ellos estaban dentro? Lo peor era ver la duda en los ojos del almirante, entender que él tampoco creía que debieran siquiera intentar salir de la bahía. El almirante Cervera, el capitán de navío Víctor Concas y seguramente el resto los capitanes de los otros barcos de la

escuadra española; ellos, que tanto sabían de estrategias militares por mar, que tenían estudios, que seguramente habían analizado la situación, no creían que fueran a salir indemnes. No sabían cómo darle la vuelta a aquella trampa.

La mejor salida era acabarse la botella, él tampoco podía hacer mucho y no podía tomar decisiones. Se bebería hasta el poso del nal sin dejar nada a nadie.

Amaneció la bahía con una espesa e inesperada neblina que logró insu ar a toda la escuadra española algo de ánimo. La visibilidad era muy mala y aquello les daba una oportunidad de escape.

—No todo está perdido. Dios está con nosotros —le dijo con rotundidad Juanico.

—¿Tú crees? —Manuel trataba de ver algo entre la bruma con escepticismo.

—Sí, saldremos en silencio, ocultos en este humo blanco. No nos verán hasta que estemos muy cerca de salir de la bahía.

—No sé, amigo, no tenemos muy buena suerte, aunque, desde luego, es un milagro que el tiempo nos favorezca.

—Climatología.

—¿ué?

—Se dice climatología, no tiempo. ¿No te he enseñado nada?

—Deberías ser oficial, o incluso capitán —le dijo con cariño Manuel.

—Claro que sí, y tú almirante...

Los dos rieron automáticamente, como si fuera la última vez que fueran a hacerlo con carcajadas sonoras y forzadas.

El María Teresa navegaba a la cabeza de la escuadra española. Todos sentían que era una misión noble y valiente, los demás cruceros irían protegidos detrás por ellos y los torpederos españoles a sotafuego. Un grupo unido en el que el líder, el María Teresa, se sacrificaría por los demás. Después de tantas horas sin oportunidades, sin un plan, la esperanza era, sin duda, mejor compañera. Que el María Teresa cuidara de los demás daba valor a la misión.

La salida del puerto había sido emocionante, Manuel nunca había sentido nada igual, una mezcla de orgullo y de adrenalina, cuando el almirante mandó

izar la bandera de levar tras un sonoro «¡viva España!» que le puso la piel de gallina. Todas las dotaciones, absolutamente todas, incluso las de tierra, repitieron, unánimemente, o al menos eso sintió Manuel, un sentido y sonoro

«¡viva!».

Él mismo se vio chillando con voz ronca ese «¡viva!» que, lejos de ser una producción racional de su cerebro, era un eco vibrante de todo su cuerpo que contestaba de forma independiente a un almirante, a un contexto, a un país.

Sintió que estaba viviendo un momento histórico, algo que lo arrastraría con su fuerza y en el que él era un simple trozo de hierba a merced del vibrante caudal de un seseante río.

Sintió cómo el barco se separaba ligeramente del grupo, un imperceptible viraje hacia el oeste, a babor, que hizo que la bilis que contenía su estómago le subiera con fuerza por la tráquea. Una sonora arcada salió de sus entrañas, pero no era momento de vomitar, el enfrentamiento ni siquiera había empezado, tenía que ser valiente, por lo menos al principio. Decidió girarse y respirar aire puro a grandes bocanadas intentando no pensar nada. Era hora de bajar y ponerse en posición, aunque fuera solo para dar apoyo a sus compañeros.

Por fortuna, los americanos tardaron en darse cuenta de que la escuadra española se había decidido a tomar posiciones y salía de la bahía de Santiago a toda máquina. Pero una vez el Infanta María Teresa hubo doblado el cabo Smith, el enfrentamiento cobró forma.

Toda la artillería americana se concentró, lógicamente, en acabar con el crucero principal, el María Teresa, que buscaba investir al acorazado más peligroso, el Brooklyn. Era la mejor

estrategia, a la desesperada, pero el único camino para salir mínimamente airosos del enfrentamiento. Sacrificó el María Teresa y consiguió que el resto de la flota pudiera salir de aquella trampa.

No resultó. El Brooklyn maniobró hábilmente esquivando al acorazado a babor para presentar su popa y descargar los cañones de aquella torre. Antes de poder reaccionar, el Texas y el Iowa se unieron, cebándose con el buque insignia de la «invencible» escuadra española.

La estrategia no había servido de nada, la invencible era tan inferior que ya estaba fuera de combate, con una caldera completamente reventada, en el

minuto uno de la contienda. A pesar de la valentía y del sacrificio, estaban condenados.

Lo habían intentado, se habían lanzado de forma temible contra el enemigo y ahora no había otro remedio que alejarse, por no decir huir, que no quedaba bien, virando drásticamente hacia el oeste.

El pánico y la confusión invadieron a toda la tripulación a medida que la marcha del barco disminuía. Instintivamente, Manuel y Juanico buscaron el camino hacia cubierta, abriéndose camino a codazos y empujones.

Cuando Manuel llegó por fin a cubierta, el corazón le latía con fuerza y había perdido de vista a su amigo. El humo cubría toda la popa y tuvo que abrirse paso a ciegas, estirando los brazos y siguiendo instintivamente a un compañero que iba delante. Lo vio tropezar, mirar hacia abajo y seguir adelante. A pesar de ello, él también tropezó con lo mismo, y también miró hacia abajo, pero a él le costó mucho más levantarse y seguir después de ver que el bulto era una persona y que la persona era Pepe, con el que solía jugar a las cartas.

Fue en ese momento en el que decidió que sí era un cobarde, que no pensaba seguir allí, en ese lugar entre fuego y llamas. Él tenía que saltar. Al diablo con todos y con lo que estuviera pasando.

Se asomó para estudiar la posición del barco en la bahía y ver qué estaba pasando, no era muy buen nadador. Tuvo suerte, el barco estaba bastante cerca de la costa, estaba claro que lo estaban acercando a la playa para vararlo.

Vio un hueco más allá desde donde era más fácil saltar, y de forma instintiva corrió hacia él, esta vez sin prestar atención a las personas que yacían en el suelo.

Subió y saltó cogiendo todo el impulso que pudo. Tenía que alejarse, había oído historias de que los barcos al hundirse succionaban a todo aquel que estaba cerca.

La caída al agua lo desconcertó, quizás había tragado demasiado humo y estaba mareado. La altura de la caída fue considerable, así que le costó llegar a la superficie. No pudo evitar pensar con pánico que moriría allí y que no volvería a respirar nunca más. Pero no fue así, salió a la superficie y, gracias al alivio, una oleada de adrenalina lo invadió. Tenía que alejarse del barco, nadó como

buenamente pudo, había aprendido a nadar en el río y en la charca, en el pueblo, pero ahora tenía

la impresión de que acaba de aprender. Sus movimientos eran torpes, apenas avanzaba y sus extremidades pesaban. Se quitó los zapatos y aprovechó para mirar a su alrededor, todos estaban haciendo lo mismo que él, incluso algunos ayudaban a los que no sabían nadar a llegar a la playa. Pensó en Juanico, que no sabía nadar. Ojalá estuviese a salvo. Pero había visto ya tantos muertos que se temía lo peor. La guerra era algo grotesco e inevitable que trataba a los seres como marionetas.

Paró para tomar aliento. Todavía quedaba un buen trecho para llegar y no podía respirar bien. Tenía que calmarse o se ahogaría. Se concentró en nadar hacia la costa, solo en eso, mover los brazos y las piernas. Sobrevivir. Era mejor actuar y no pensar.

«Un, dos; un, dos», repetía en su mente. Sacar la cabeza, no tragar agua.

El sabor de la sal acumulada en su garganta no lo abandonaría de por vida.

Capítulo 7

Su querida tía yacía vestida con la mortaja que ella misma había seleccionado cuidadosamente de entre sus modestos vestidos. No había sido una elección fácil. Victoria había tardado mucho más de lo racionalmente establecido en elegirla, casi dos horas debido a la conmoción.

Había tenido lo que su primo Carlos, hijo de Isadora, había de nido entre sonrisas impropias para un día de riguroso luto como un ataque de locura.

Siempre aprovechaba cada momento para dejarla en mal lugar. Victoria se había limitado a ignorarlo. Bastante tenía con la pérdida de María Dolores.

Pero la ira por su primo se había apoderado de ella, y para su fortuna era mucho mejor que la tristeza. «Loca», se había atrevido a llamarla por tardar en elegir el vestido apropiado. Llevaba más de un año sin verlo, desde el suceso con Lola. Siempre había sido un maleducado, sin clase, una sabandija.

Su tía era una mujer tremendamente pulcra, tenía los armarios rigurosamente ordenados y los vestidos más relevantes estaban cuidadosamente separados de todos los demás. Cualquiera serviría, todos eran tan parecidos: largos hasta los tobillos, con la cintura apretada y sin escote, todos rematados con una puntilla en el cuello.

No podía imaginarse a su tía sin ellos, así que después de dar muchas vueltas por la alcoba mirando el armario de lejos de todas las formas posibles, de re lón, intensamente y entrecerrando los ojos, llegó a la conclusión de que lo mejor sería elegirlo con los ojos cerrados, al tacto. En ese momento le pareció lo más racional, el vestido cuya tela fuera la que sintiera como la más suave y cálida sería el mejor para acompañar a su tía por toda la eternidad. Era una gran responsabilidad, había cuidado de su tía hasta el último minuto, hasta el último suspiro, y ahora tenía que acabar de hacerlo con la misma dedicación y pulcritud.

No estaba loca, su única familia había fallecido, por segunda vez, y no sabía nada de su hermano. Carlos solo quería provocarla, ponerla en evidencia.

Victoria no pudo evitar recordar las palabras de Carlos como agujas a ladas:

—Está loca, ¿lo veis? —tuvo la desfachatez de decirle a su familia después de que lo enviaran a buscar a su prima porque llevaba horas sin dar señales de vida...

—Cállate, no es el momento —le recriminó su tío José.

—Estaba allí, delante del armario, con los ojos ensangrentados, mirando desde lejos el armario. Me ha parecido incluso que murmuraba palabras raras...

Siempre he dicho que no estaba bien de la chaveta.

Victoria, que lo había seguido desde la habitación de su difunta tía, no pudo contenerse y, sin decir palabra alguna, se abalanzó sobre su primo Carlos e hincó sus uñas en su cara.

Carlos aulló de dolor y se llevó las manos a la cara, un lado de la mejilla estaba ensangrentado. ué bien se había sentido, qué sensación tan fuerte, del más absoluto desahogo.

La madre de Carlos, la tía Isadora y su tío tuvieron que apresurarse a apartar a Victoria de su primo.

Pero todo aquello ya había pasado. Esperaba que no la recordaran por su arrebato. Un momento de debilidad, grato pero innecesario. Sabía que solo estaba dando argumentos a su primo, que quería hacer ver a todos que era una persona inestable. Era su estrategia. Ella heredaría todo. Con Victoria al mando, no tenía ningún futuro. Así que la actitud de Victoria el resto del velatorio debía ser intachable.

Evidentemente, no tuvo el valor para vestir a su tía ya muerta, pero sí había hecho la mejor elección de traje para su mortaja. Sus vecinas lo entenderían, prefería no tocar su cuerpo inerte y que la tarea recayera en su tía Isadora. Ya había hecho todo lo que podía hacer.

Eran demasiados familiares y vecinos para velarla en la alcoba, ya que no había el su ciento espacio y habían tenido que improvisar. Situaron el ataúd en el salón. Victoria hasta ese momento no se había percatado de que su casa no era

tan grande como creía, lo que antes le parecían espaciosas e iluminadas habitaciones ahora eran pequeños espacios donde la cama ocupaba toda la super cie. El salón, territorio vedado para ella en su niñez, era en realidad un saloncito de tamaño medio en el que apenas cabían diez sillas.

Se suponía que, conforme a su posición, tenía que tomar sitio en una de las sillas vacías delante del difunto, reservadas, obviamente, para la familia.

Ninguna de las mujeres del pueblo había osado sentarse, respetando su lugar, todos sabían que era más que una tía para ella, era una madre.

Escogió entre esos sitios libres una silla cerca del ataúd, como le correspondía, pero desde la cual lo único que se podía ver de su tía María Dolores eran los pies.

uedaría así bien, pero evitando sufrimientos innecesarios, porque la noche del velatorio sería larga. Su prima Solete entró seria en la habitación y se sentó a su lado. Le dio la mano.

Cuando todas las mujeres sacaron sus libros y rosarios, Victoria, en un primer momento, se sintió desfallecer. No creía ser capaz de mantenerse en su sitio más de unos minutos.

Se equivocaba. La suave cadencia de las mujeres rezando el rosario al unísono resultó mejor efecto calmante que una buena dosis de tila.

Era como si las palabras repetidas una y otra vez la acunaran y la mecieran.

—Primer misterio, la resurrección del señor —oraba en ese momento la Elisa, vecina muy querida de su tía y miembro activo de la parroquia.

«Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús; Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte; amén», murmuraban todas de forma automática.

Pasadas unas horas, cuando los ojos de Victoria pesaban como piedras de montaña sabiéndose casi dormida, su tía Isadora le deslizó un rosario entre las manos, despertándola.

Al principio, no le prestó mucha atención. Estaba demasiado adormilada, pero pronto se dio cuenta de que era el de nácar de su tía María Dolores. Lo miró sorprendida, apenas lo había visto unas veces, ya que su difunta tía, al igual que

ella, no era especialmente devota, pero sabía que era valioso. Lo estrujó en su mano.

Su prima se levantó, dormida, de la silla, era evidente que no podía aguantar más el sueño.

—Victoria, me retiro unas horas, más tarde vuelvo a hacerte compañía.

—No te preocupes, hija, yo no pienso moverme de aquí, es mi obligación —

contestó Isadora.

Cuando volvió a acomodarse en la silla, empujando su espalda contra el respaldo aterciopelado, sintió que la atmósfera cambiaba. Las mujeres habían comenzado a hablar entre ellas del purgatorio. El ambiente había cambiado, y eso que serían más de las cuatro de la mañana.

Elisa llevaba la voz cantante en la conversación, se notaba que había hecho eso muchas veces.

—María Dolores estará ahora mismo vagando por el purgatorio, desorientada, pobrecita.

A Victoria se le erizaron los pelos de punta.

—Hay que ayudarla, debemos rezar y ojalá oiga nuestras voces para que la guíen —contestó una amiga de su tía que debía de haber entrado hace poco para turnarse en el velatorio sin que Victoria se hubiera percatado.

Victoria sintió cómo el aire se enrarecía, se volvía pegajoso y se le pegaba al cuerpo, picándole. A pesar del frío de la noche, estaba sudando. Incluso las velas bailoteaban con más insistencia y a ritmo fúnebre.

Alguien dijo en la penumbra del único candel:

—Esperemos que el diablo no se cruce siquiera con ella... Era tan buena que no merece ningún sobresalto.

Victoria sintió que ahora quizás sí que estaba loca. ¿ué majaderías decían aquellas pobres mujeres? No pudo evitar imaginar a su tía, desnuda y ciega, vagando por un purgatorio, un lugar inhóspito, yermo, como había oído comentar al padre Honorato, el antiguo párroco, en su día.

Victoria tuvo que excusarse y levantarse para asearse. Vomitó una bilis amarillenta en la pila trasera del baño de fuera.

Cuando volvió, su tía Isadora la abrazó, como si supiera que estaba asustada, lo que sorprendió a Victoria, que creía estar controlando sus emociones como una señora.

—Ven —le dijo señalando una silla vacía a su lado. Casi ninguna mujer, salvo su tía y Elisa, era alguna de las que habían empezado el velatorio aquella noche.

Solo su tía Isadora seguía allí sentada. Recordó que, más que primas, eran amigas.

Parecía ser que casi todas las mujeres del pueblo iban a pasar en turnos por la casa aquella noche.

—No te preocupes por nada; ahora rezaremos las doce palabras encontradas

—le dijo con amabilidad su tía como si aquello solucionara algo o fuera a dar algún tipo de consuelo.

—¿Las palabras encontradas? No conozco esa oración.

—Es importante, esta oración la rezamos desde hace muchas generaciones.

Créeme, funciona. Aún recuerdo el velatorio de tu madre.

—¿Para qué sirve?

—Saca a las almas del purgatorio. Las ayuda en su camino.

Victoria devolvió la sonrisa a su tía, no quería ser desagradecida y la mujer parecía tener mucha fe en aquella oración.

Elisa comenzó mientras se persignaba:

—Del Señor Ángel de la Guarda, dime las palabras retornadas... —Victoria sintió un nudo en la garganta, aquellas palabras le resultaban extrañas—. La una, la Casa Santa de Jerusalén, donde Cristo puso el pie para subir al cielo, amén —prosiguió, concentrada, Elisa. Y volvió a repetir—:

Del Señor Ángel de la Guarda, dime las palabras retornadas...

Las mujeres presentes repitieron la primera palabra, a la vez que con su mano derecha hacían la señal de la cruz. Sobresaltaron a Victoria. Todas menos ella conocían la oración en la que había demonios, vírgenes y otros elementos que se alejaban demasiado de lo que seguramente consideraría aceptable el padre Honorato.

Aun así, tenía que prestar atención, porque, al parecer, aquella era la única ayuda que podían prestar a su difunta tía.

Y para complicar aún más la situación, las noticias que habían llegado sobre Cuba no eran nada buenas. Aquello había sido un desastre, una carnicería. El país entero estaba sobrecogido.

Aun así, contra todo pronóstico, Victoria sentía que su hermano estaba vivo.

Por increíble que pareciera, estaba nevado, y no eran aquellos copos aguados que solían caer y se deshacían tras un suspiro en el barro del suelo.

Victoria recordó momentos felices, hace no tanto tiempo, cuando siempre tenía la ilusión de la que nieve cuajara antes de caer al suelo.

—Tííí —le chillaba desde el corral a su tía, que faenaba en la cocina.

—Parece ser que esta vez sí que va a nevar —le decía su tía María Dolores sonriéndole a través de la ventana siguiéndole el juego.

—Está a punto de cogerse, hace mucho frío, mira. —Y hacía vaho con la boca para demostrar a su tía María Dolores que hacía muchísimo frío.

—Si coge, lo dejo todo y hacemos juntas una gura en la nieve.

Pero, desgraciadamente, los copos siempre se desvanecían al tocar el suelo.

Esta vez, sin embargo, sí habían cuajado. ué ironía. Ahora que su tía no estaba había un inmenso manto blanco reluciente que lo recubría todo.

Por eso Victoria siempre asociaría la nieve con tristeza. Ya no sería nunca más ese acontecimiento fortuito e inesperado que la embriagaba de felicidad y la convertía otra vez en una niña que intentaba hacer bolas de nieve con su prima para tirar contra las gallinas del corral. Solete intentaba animarla, y tenía que reconocer que tenía bastante éxito, se había mudado a su cuarto y dormía con ella. Le hablaba sin cesar de Rómulo, era algo pesada, pero le daba la vida. Lo suyo le había costado. Siempre conseguía sacarle al menos una sonrisa.

—Rómulo no se había dado ni cuenta, Victoria, pero yo soy la futura madre de sus hijos. Siempre he sabido que era para mí.

—No tenía ni la menor duda, cuando se te mete algo en la cabeza...

—¿Y tú y Julio? Corren rumores por todo el pueblo.

—¿Yo y quién? Deja de tocarme las narices... o te haré cosquillas hasta que te hagas pis.

—Yo lo recuerdo perfectamente, es mucho mayor que nosotras, pero cuando lo vi ya me pareció guapísimo. Tenía un fáchón que quitaba el hipo. ¡Además, no ha dejado de viajar hasta labrarse una pequeña fortuna! Un hombre de verdad.

—Pues yo lo recuerdo también, aunque vagamente, y no me pareció nada especial. Y me parece ridículo que todo el mundo hable de que me voy a casar con un casi desconocido. Todo esto es culpa de mi tío José, que da demasiadas cosas por hecho.

—Imagínate que nos casamos el mismo año. Las dos, ¿no sería perfecto?

—Pues no, cansina, yo lo veo más bien como una pesadilla. Después de todo por lo que he pasado, ¿y si me repugna? ¿O me da asco? ¿Y si ha envejecido mal?

No voy a casarme, eso no va a pasar. Se va a llevar unas buenas calabazas. Yo no tengo la cabeza para estas cosas, tengo que pensar en la próxima campaña del azafrán. Por primera vez mi tío estará solo. Y tendré que suplir el papel de mi tía.

Lo del tueste me preocupa, espero no meter la pata.

—Lo hará la Rafaela, no debes cargarte tantas responsabilidades a la espalda.

No tenemos ni dieciocho años.

—¡Yo casi! El dos de febrero, no queda nada.

—¿Preparamos una merienda para la ocasión? Algo informal, por supuesto.

Estamos de luto.

—¿u é quieres? Montar un escándalo... ¿Para qué diablos vamos todos de negro? Lo que nos ha costado tinter las faldas y las blusas de las dos en la tina de agua caliente. ¡Aún me quedan restos en las manos!

Victoria miró a Solete con afecto, hay amores que lo superan todo. Aquello la llevó inexorablemente a pensar en su desaparecido hermano.

Como si las casualidades las cargara el diablo, Victoria oyó a su tío chillar desde la calle. Parecía loco. Las dos se levantaron asustadas. Don José entró saltando por el patio, asombrosamente ágil, zarandeando un periódico. Parecía contento.

Las dos corrieron escaleras abajo, saltando los escalones de dos en dos.

—¡Niñas, Manuel está vivo! El niño está a salvo. —Y su tío se derrumbó en el suelo, llorando de la alegría. Dios apretaba, pero no ahogaba.

—¿En serio? —Victoria le arrebató el periódico, quería leerlo por sus propios ojos, habían sido meses de incertidumbre, de listas y más listas.

Buscó alfabéticamente la letra «P», de tanto buscarle, había mejorado sus habilidades en ortografía y ya leía de carrerilla.

—¡Aquí está! ¡Mira, Solete! Manuel Peñarrubia Sánchez.

Y las dos se abrazaron y se pusieron a saltar como dos locas.

Capítulo 8

Reconoció su voz cuando bajaba las escaleras. Reconocer no era la palabra, porque no lo conocía... Más bien intuyó que era él. Una voz desconocida entre voces familiares. Victoria esperaba que se hubiera cansado de esperarla y el hombre se hubiera ido por donde había venido. Pero, por lo visto, no había sido así. Su tío José e Isadora habían insistido en que al menos lo conociera. Con ello no se comprometía nada, solo era educada.

Había hecho todo lo posible por no tener que bajar a atender esa visita, pero después de dar cien vueltas por la habitación había decidido quitarse el asunto de encima. Ya había tenido demasiadas discusiones con sus tíos. Conocería a Julio.

Pero, desde luego, no pensaba ser amable ni prestarle la más mínima atención.

ue la quisieran casar como si fuera un objeto la indignaba. Casi estaban en el siglo xx, el futuro. Todo el mundo hablaba del cambio evolutivo que supondría el año 1900.

Aun así, se miró en el espejo y volvió a revisar su recogido. Se aseguró de que una mecha cayera sobre su cara, se veía más favorecida y más juvenil. Era consciente de que su vanidad era pecado, pero tampoco tenía tantos.

Respiró profundamente antes de entrar en el salón, donde estaban todos, incluida su prima, que tenía una sonrisa algo forzada, como si pudiera leer sus pensamientos.

Todos giraron las cabezas al verla aparecer.

—Victoria, cariño, ya creía que no ibas a aparecer... —le reprochó su tía Isadora con una inmensa sonrisa en los labios que restaba importancia al momento. La estaba tranquilizando y quitando hierro al asunto.

—Te presentamos a... —comenzó su tío José a decir, pero sin poder acabar.

El joven desconocido se levantó a saludar:

—Julio Gabaldón, encantado de conocerla, Victoria. ¿u é tal está? ¿Se encuentra usted bien?

Victoria se quedó mirándolo sin saber qué decir. El «no tan joven» Julio no era como ella esperaba, no lo recordaba en absoluto así. Era alto y delgado y sostenía en sus manos un bombín que giraba inquieto haciendo círculos. Su mirada era cálida y franca, con unos ojos grandes, marrones, con motas amarillas. Su pupila se dilató al hablarle.

Le cayó bien al instante y tenía una buena planta de hombre de ciudad, pero, por supuesto, no

podía reconocerlo, lo negaría hasta la muerte. No podía dejar que sus tíos se salieran con la suya en algo así. Tan inmoral y arcaico.

Se esforzó por resultar fría.

—Estupendamente, gracias.

Julio se acercó a ella más de lo necesario, mirándola intensamente con una sonrisa despreocupada.

— ué bien, te he traído un regalo. Espero no haberme excedido.

—No era necesario, es usted muy amable, pero apenas nos conocemos...

No pudo acabar, porque Julio le había deslizado entre las manos un pequeño paquete con un bonito papel azul. Parecía ir un paso por delante de ella, la estaba desarmando.

—Muchas gracias, no hacía falta —se repitió sin saber cómo actuar.

Solete lanzó al aire una sonrisa nerviosa seguida de un suspiro. Victoria la fulminó con la mirada.

Se hizo silencio en la salita. Todos la miraban expectantes.

Se sentó y abrió el paquete. Una sonrisa se dibujó en su cara. Era un libro.

Desde luego, Julio iba varios pasos por delante de ella.

—Es un cuento, *La novela en el tranvía*. ¿Lo conocías?

Victoria negó con la cabeza. Nunca había intentado siquiera leer una novela larga. Últimamente, ya le parecía todo un avance leer periódicos y revistas. ue aquel desconocido pensara que ella era tan culta como para eso, de alguna forma, la halagó. Julio parecía un hombre con conocimientos.

—Ya sé que quizás no sea lo más apropiado para una jovencita, pero no he podido resistirme, es muy divertido. Su autor es Benito Pérez Galdós.

Victoria se sintió un poco avergonzada. Julio la miraba como si debiera de conocer al autor. Pero si le sonaba era por lo rimbombante del nombre.

—Muchas gracias —acertó a decir, esta vez con una sonrisa—. Ha acertado, me gusta leer, pero, desgraciadamente, no tenemos muchos libros en el pueblo.

Julio no pudo evitar sonreír a su vez, contagiado por el cambio en la actitud de la joven. Parecía nerviosa. Era sencillamente encantadora, turbadora.

Al principio había accedido a ir a conocerla por su amistad con la familia, por educación. No pensaba, ni remotamente, casarse. Por supuesto que había oído hablar de ella y seguramente la había visto mil veces de niña. «La huérfana», todos hablaban de ella y de su hermano. Pero ahora que la tenía delante no podía asociarla con ningún rostro infantil. Allí estaba, tan aca que se le

marcaban todos los huesos del cuello y los hombros, con aquel mechón por la cara, de un negro intenso y brillante. Deseó verlo suelto. Una suave curva le enmarcaba el rostro.

Era toda una belleza, sin duda, con aquella nariz pequeña y esa piel tan blanca que resaltaba sus rasgos.

Julio repasó mentalmente todo lo que sabía de ella, era una joven que no había tenido buena suerte, su vida había sido una tragedia llena de infortunios. Eso tenía que cambiar. Allí estaba él, nada sería ya igual.

Las visitas de Julio se sucedieron un día sí, otro no. Todos se acostumbraron a él. No solo prestaba atención a Victoria, sino que se sumergió en la vida de la familia de golpe, sin esa etapa previa gradual que suele preceder a los cortejos. Se ofrecía para acompañar a José a hacer papeleo a Albacete o Valencia, leía párrafos con Victoria, paseaba entre la siembra con la familia al completo, comía con ellos y se ofrecía para hacer cualquier recado. Se interesó por el estado del cultivo de azafrán y aseguró estar encantado de colaborar plenamente ese próximo octubre.

Victoria seguía sintiendo una pequeña reticencia que la frenaba. Aquella no era una forma de decidir con quién debía casarse alguien, aunque los arreglos en los pueblos fueran plato común, y más en aquel pueblo repleto de mujeres, sin conocer previamente a la persona en cuestión, como en la Edad Media. Era un

acuerdo concertado, un arreglo entre familias. Aunque le gustara Julio y esperara cada visita suya, la idea de ser una relación premeditada por otros frenaba sus movimientos. Por las noches hablaba de ello con Solete y, desde luego, no había sentido lo que Solete por Rómulo. Ni los nervios, ni la inseguridad, ni la falta de racionalidad.

—Victoria, estar enamorada es ser feliz todo el día. Ir con una sonrisita en los labios, aunque no vayas a ver a la otra persona. Es la fortuna sin dinero. No sabría cómo explicártelo. Siento todo el rato como una emoción, como si fuera a explotar de felicidad. Igual estoy tendiendo y me río como una tonta. Duermo feliz pensando en Rómulo. Espero cada día sus besos y sus caricias. ¿A ti te pasa?

¿ué sientes?

—Sin duda alguna, no me pasa. Me gusta que me visite, pasear con él. Su forma de ser y de hablar. Lo que más me gusta de él es que tiene conversaciones interesantes, sabe mucho, ha viajado mucho.

—Bueno, al menos es algo. Nunca te había visto hablar bien de ningún chico.

Aun así, Solete tenía sus dudas sobre aquella relación. Le faltaban demasiadas cosas. Si a Victoria le agradaba aquel hombre era sencillamente porque era de fuera y rompía la monotonía de su vida. Su prima tenía una mente inquieta, le gustaba aprender y esforzarse, y Julio había sabido ver esa necesidad y la fomentaba.

Ninguno de los dos había sacado el tema a relucir. Y jamás nadie había mencionado las palabras «noviazgo» y «boda», lo que la reconfortaba.

Era una situación extraña, pero si Julio estaba sin venir a visitarlos varios días seguidos, se aburría. ¿u é hacía antes de conocer a Julio? Su vida anterior le parecía ahora insulsa, aburrida. Julio era una fuente de información mucho mayor que todos los libros juntos que hubiera leído en su vida. Sabía de historia, de economía, de actualidad, de política, de literatura... Podría pasarse los días escuchándolo y paseando a su lado, absorbiendo todo lo que le decía, todo lo que le enseñaba.

Lo admiraba. No podía ser más adecuado para ella. Victoria siempre había querido aprender, creía que «el saber», como lo llamaban, era el camino. Y ella

estaba muy lejos de andar por aquella senda reservada para unos pocos. Se daba cuenta de que a veces, a pesar de ser inteligente, le costaba seguir a Julio, generalmente porque hacía referencia a conceptos e ideas que ella no conocía.

No tenía una base sólida y para adquirirla tendría que emplearse a fondo. Leía todo lo que caía en sus manos y le pidió a don Rafael, el párroco nuevo, que le dejara leer los libros de su biblioteca. Cuando acabó con las sagradas escrituras, los tratados religiosos, la emocionante vida de los santos... —¡cuánto le había agradado la vida de santa Clara de Asís, dejar su vida noble y tomar los hábitos!, se había sentido incluso tentada— decidió atacar la pequeña biblioteca de don Miguel, el médico del pueblo, pero este era un hueso más duro de roer y solo la dejó ojear de pie sus libros. Aun así, Victoria se dio cuenta de qué poco le hubieran servido, eran los de la Facultad de Medicina y algunos tratados de farmacología. Sonaban a chino.

Pero tenía que reconocer que le gustaron mucho las escandalosas serigrafías del cuerpo humano. Dentro de cada uno había un montón de órganos y huesos intrincados, todo de color rojo por la sangre.

Ese mismo n de semana le pidió a Julio que le prestara los libros que tuviera.

Y resultó que tenía muchos, especialmente de historia.

Victoria se sintió feliz por primera vez en muchísimo tiempo. Ya no podía vivir sin Julio.

Les llegó con mucha antelación la noticia de la vuelta al pueblo de Manuel. Se la comunicó el mismo alcalde. Tuvieron mucho tiempo para preparar la bienvenida y todo el pueblo colaboró con la familia Peñarrubia.

Victoria se apostó en el balcón superior de la casa para ver llegar a su hermano a la gran plaza. Hasta que no lo viera sano y salvo estaba segura de que el miedo y la opresión en el pecho que la acompañaban desde que se fue no se esfumarían.

Sus tíos llevaban unos días calmándola, asegurándole que todo había pasado, pero no podía creerlo del todo.

La ausencia de su hermano le había afectado. Estaba segura de que cuando le presentara a Julio y los viera a los dos juntos, charlando, se sentiría tranquila y segura. Incluso se atrevería a llamar a Julio «su novio». La sola mención de la

palabra, un tanto absurda, la hizo ruborizarse y sonreír, como si se hubiera gastado una broma a sí misma.

Por fin vio llegar la carreta de su tío, con su hermano, sonriente y de uniforme saludando a todos los que se asomaban desde sus casas para verlo llegar. Todo el pueblo se había volcado en su vuelta.

Chilló como una loca desde arriba:

—¡Manuel! ¡Ma-nu-el! Estoy aquí. —Y estiró la mano con un frenesí loco de saludo.

Manuel reconoció su voz de inmediato. La hubiera reconocido en cualquier multitud. Estaban conectados.

—¡Victoria, baja! ¿No vienes a abrazarme? ¿Vas a quedarte ahí arriba como un pasmarote?

Victoria bajó a toda velocidad las escaleras y se tropezó en los últimos escalones, que bajó en caída libre. Alguien se paró a ayudarla a levantarse, pero ni siquiera lo vio, solo podía pensar en llegar hasta Manuel. Le dolían las palmas de las manos. Se las miró, estaban solo enrojecidas. Cuando salió, tuvo que abrirse paso entre sus vecinos para lanzarse sobre su hermano. Casi lo tiró al suelo.

—¡Manuel! ¡Ya estás aquí! ¡Estamos otra vez juntos, en casa!

La mirada de Manuel se nubló por un momento mientras levantaba la vista hacia la casa. No lo había pensado. Tampoco pensaba quedarse mucho en el pueblo, pero era mejor no sacar el tema. No era el momento.

Por fortuna, alguien le puso un vaso con vino en la mano y pudo cambiar de tema al saludar a Perico, el vecino de enfrente.

Victoria lo abrazó con fuerza.

—Cuidado, hermanita, Cuba no acabó conmigo, pero tú me vas a romper las costillas.

Todos rieron. Aquella noche era el héroe de aquel pequeño pueblo.

Se agolpaban sobre él con mil preguntas: sobre la guerra, Cuba, la comida..., apenas podía contestar a una pregunta, ya le habían formulado otra. Se sintió bien, reconfortado. Su familia y sus amigos se preocupaban por él. No estaba solo, como había creído durante mucho tiempo. No pudo evitar pensar en su

querida tía, y en que no había estado allí para cuidarla y despedirse. El largo trayecto en la carreta con su tío había servido para ponerse al día y preguntar por ella. Esa casa sin ella era un cascarón vacío, a pesar de los esfuerzos de su hermana. Nada le unía a ningún lugar.

Aprovechó para sacar unos puros cubanos que había traído, la mitad, para invitar a sus vecinos a probarlos. Era una esta en su honor.

Julio se estaba retrasando, era una pena. Victoria tenía muchísimas ganas de que conociera por fin a

Manuel. Estaba un poco nerviosa por si hubiera algún tipo de antagonismo. Pero era solo fruto de su imaginación, apenas se conocían, que ella supiera. Decidió poner rumbo a las cocinas para ayudar a la Luisa, había mucho trasiego de vasos y no tenían tantos. Cuando entró, la cocina era un campo de batalla, nunca la había visto así, destrozada. Si Ramona estuviera allí, estaría maldiciendo por todo lo alto.

La cara de su tía Isadora era un poema. Lo de la esta de bienvenida ya no le hacía tanta gracia. No paraba de dar órdenes a las chicas, sin chillar, por supuesto, en ese tono bajo y característico que a Victoria hacía que se le erizase la piel. Cuando lo utilizaba, no había duda, estaba enfadada. Su tía había ocupado de forma natural el papel de ama de casa que había dejado vacante su tía María Dolores, lo que había supuesto un gran alivio para Victoria.

En realidad, las primas siempre habían trabajado juntas y organizado ambas casas al unísono, así que aquello fue un arreglo natural. Hacía meses que vivían como una única familia, comiendo y cenando siempre juntos. La ausencia de su tío Juan en el Navazo se había hecho más patente que nunca. Pero, por fortuna, estaban más unidos que antes.

Aquel día habían tenido que contratar a varias mujeres del pueblo para fregar los vasos y los platos de la esta, como ya era habitual allí estaba la Rafaela, lo que suponía un gran alivio. Luisa, a pesar de sus esfuerzos, no estaba a la altura.

Victoria se puso su mandil, uno de los preferidos de su tía María Dolores, que había guardado solo para ella. Lo utilizaba a diario. Empezaba a estar desgastado, pero a ella le gustaba, como todo lo que había heredado de ella. Lo miró mientras se hacía el nudo por delante, porque las tiras eran demasiado

grandes. Era curioso cómo cada día la echaba más de menos. En vez de menos.

Si lo pensaba bien, más que su tía era su madre. Era como si hubiera tenido dos, la verdadera, a la que no recordaba, y la adoptiva, de la que lo recordaba todo.

Incluso había cogido muchas de sus manías, como la de deshacer cada día la cama y tirar las sábanas al suelo para asegurarse de que las chicas hicieran bien la cama y no la estiraran simplemente. O la de llamar a cada gallina por su nombre y hablar con ellas.

Miró de reojo a su otra tía, la quería, pero nunca podría llegar a ser, desde luego, igual. Eso sin contar que era la madre de Carlos. Aquel era el mayor defecto que se podía tener, haber dado a luz a semejante persona. Eso siempre sería un escollo entre ellas. Podía ocuparse de la faena de su tía, pero nunca ocuparía un lugar, ni de lejos, en su corazón. Por mucho que se esforzara.

En ese momento le hubiera gustado que su tía Isadora se desahogara y chillara, como era lo normal, pero eso no sucedería nunca. Aunque echara humo, jamás se salía de su papel. El autocontrol era parte vital de su carácter. Al contrario, Victoria era visceral y le costaba mucho empatizar con ella. A veces creía ver rasgos de Carlos en ella. Aunque le constaba que la quería, a veces sentía que era injusta con ella, con todo lo que hacía por todos ellos, lo mucho que trabajaba.

Era como si la aversión hacia su primo lo contaminara todo. Pobre Lola, aún se carteaba con ella.

Incluso había venido con sus padres para el funeral de la tía.

En ese momento entró la Espe, que limpiaba en casa a la carrera.

—Señora, señora...

—No corras —le respondió Isadora con tranquilidad mirándola y esperando inquisitoriamente.

—Es, es... —Espe calló, no estaba muy segura de si decirlo ni de cómo decirlo.

—Diga, no se preocupe.

Victoria se alejó de la pila para escuchar mejor, esperaba que no fuera algo relacionado con Julio y su hermano. Igual había llegado Julio y se habían presentado...

—Señora, es el señorito Manuel. Debería usted salir y... —No acabó la frase, se estaba enredando—. Ha bebido demasiado, está chuzo.

—Venga, vamos. ¿ué dices? Acaba de llegar y está bebiendo más de la cuenta, es normal. No será mucho, él no bebe y no está acostumbrado. ¿Tú sabes el inerno que ha vivido?

—Pues ahora sí bebe, se lo digo con discreción, pero está comportándose de un modo un tanto extraño. Se comenta ya por todo el pueblo.

—«TODO» el pueblo, ya estamos con eso, ya será menos.

Isadora miró a su sobrina y no hizo falta más. Victoria se deshizo el nudo y la siguió al recibidor.

Efectivamente, Manuel estaba teniendo una actitud un tanto extraña, se tambaleaba y cogía a todo el mundo que pasaba cerca de él para que le hicieran caso. Lo más extraño es que contaba lo mismo una y otra vez, farfullando, y la gente se alejaba porque les hablaba acercándose mucho a sus caras y entre balbuceos.

Victoria se acercó sorprendida.

—Hermanita, ¿dónde estabas? —Dicho esto, Manuel apoyó por completo su peso en el hombro de su hermana, pesaba—. ¿Y ese novio tuyo? Seguro que es muy aburrido, se está perdiendo la esta. Voy a tener que hablar seriamente con él, ni siquiera el muy tonto me ha pedido permiso para verse contigo y entablar relaciones. Unas palabritas le vendrán bien. —Esto último lo dijo con los ojos entrecerrados y levantando el dedo índice hacia el techo.

Victoria palideció. Ojalá Julio no apareciera. ue no viera a su hermano en ese estado. Conocía lo su ciente a Julio para saber que se llevaría una nefasta opinión de su hermano que le acompañaría de por vida, eso ya sin contar con que su hermano abriera la boca y hablara. Entonces... Victoria deseó con todas sus fuerzas que lo que sea que fuera que estuviera retrasando a Julio lo retuviera toda la noche.

Miró a su alrededor buscando a su tía, que había salido antes que ella. No estaba, no se había acercado, no había querido que se formara un escándalo dándole mayor importancia. uizás ella

debería haber actuado igual. Se deshizo del abrazo de su hermano y se recompuso. Sonrió a Manuel y le dijo:

—Ahora vuelvo, voy a por una chaqueta, que ya hace frío.

—Muy bien, de paso, díles que me traigan algo más fuerte de beber. El vino ya no me gusta.

Victoria levantó las cejas con asombro, pero se mordió la lengua.

Solete y Rómulo, que se acababan de percatar de la situación, porque habían estado ayudando con la organización y las mesas, se situaron estratégicamente cerca de Manuel, por si acaso.

—Ahora vuelvo, no le dejéis hacer ninguna estupidez.

Buscó a su tía en la cocina, pero no estaba. La encontró en el despacho de su tío José, intentando convencerlo de que interviniera discretamente en el asunto de su sobrino. Por ahora, no lo había conseguido.

—Isadora, es normal. Es joven, acaba de volver de una guerra. Lo mínimo que le puede pasar es que coja una borrachera.

Su tía no perdió la compostura y, si uno no la conociera, podría pensar incluso que ni siquiera estaba contrariada.

—Seguro que tienes razón, solo acércate un rato a hablar con él. Es su forma de beber, lo hace como si estuviera habituado. Es normal que nos preocupemos.

Ha venido medio pueblo, no es buen día para armar un escándalo. Muchos trabajan para ti.

José no pudo hablar con su sobrino. Al salir a la calle no lo encontraron por ninguna parte. Se dividieron para buscarlo, pero nadie sabía dónde estaba, aunque todos parecían acabar de haberlo visto hacía un minuto.

Solete, azorada, les explicó que Manuel había tirado el jarrón azul y amarillo al suelo, destrozándolo, y ellos se habían afanado por recogerlo. Al acabar, Manuel se había esfumado.

Victoria salió a la puerta por segunda vez para volver a preguntar cuando se topó con Julio.

—Victoria, siento haberme retrasado, pero tenía mucho trabajo pendiente y hasta que no ha oscurecido, ni siquiera me he dado cuenta de que...

—No te preocupes. No pasa nada. —Victoria intentó imitar la actitud serena de su tía Isadora y compuso una media sonrisa, pero por lo visto no resultaba igual de convincente.

—¿ué pasa? ¿Ha pasado algo?

Victoria no pudo evitar apoyar la espalda contra la pared, aun sabiendo que se le iba a llenar de cal blanca el precioso abrigo verde agua. Estaba cansada, había sido un largo día de espera y se había pasado varias horas en el balcón, tensa, esperando ver a Manuel. Luego, esperando que

apareciera Julio. Luego, deseando que no viniera. Su vida por lo general era tan tranquila...

—Es mi hermano, no quiero que pienses lo peor. No es culpa suya. Acaba de volver de una guerra en la que hemos sido vencidos y lo hemos perdido todo.

—Eso ya lo sé, Victoria, no te preocupes. ¿Dónde está tu hermano?

En ese momento, su tío José, que salía con Rómulo a paso decidido, dijo:

—Vamos a buscarlo.

No hizo falta más.

—Os acompaño —respondió Julio, ahora él formaba parte de la familia—.

No te preocupes, Victoria, yo los ayudaré, tú tranquilízate.

—Sí, vete a ayudar a la tía —le indicó su tío José.

Los tres desaparecieron.

Volvieron a la hora, cuando todo el mundo se había ido ya de la casa, pero no lo habían encontrado.

Victoria e Isadora dieron orden al servicio de que se retirara y dejara antes una jarra de leche y bizcocho encima de la mesa de la cocina, por si la espera se hacía larga y su sobrino volvía con hambre.

Pasaron dos horas, y después dos horas más, cuando oyeron el ruido de una carreta en la puerta. Unos desconocidos se apearon y descargaron un bulto de la parte trasera.

Era Manuel, semiinconsciente.

Su tío y ella se apresuraron a entrarlo en la casa.

Un joven, moreno y con barba, que no era del pueblo y al que no habían visto nunca, se adelantó a sus preguntas.

—Soy Mariano, de Casas Ibáñez, tenéis suerte de que lo hayamos encontrado y traído. Menos mal que estaba con unos que lo conocían y me dijeron dónde vivía, porque si no, se hubiera quedado en la puerta de aquel tugurio, tirado.

—¿Tugurio? ¿Con quién estaba? ¿Cómo lo han dejado tirado? —les preguntó José Peñarrubia, preocupado.

—Pues no sé cómo se llaman, buenos amigos no son. He tenido que pagar lo que debía. Me ha dado pena.

—¿Pagar?

—Había estado jugando a las cartas y había perdido todo lo que llevaba, que, por cierto, no era poco, y le aron en la última mano porque insistió en recuperarlo todo.

Julio levantó la cabeza para balbucear.

—Soy el mejor jugador de naipes del acorazado María Teresa y de las Antillas.

Acto seguido, se desmayó.

José Peñarrubia miró a sobrina y le dijo:

—Es peor de lo que pensábamos.

Al día siguiente, Manuel se despertó resacoso y avergonzado. Juró que había sido algo puntual, por la alegría de haber vuelto sano y salvo. Todos, incluido Julio, lo creyeron, y más después de escuchar cómo había saltado del inmenso acorazado muerto de miedo creyendo que iba a morir y cómo había conseguido llegar a duras penas hasta la playa.

Victoria lloró al oír su historia y se apresuró a abrazarlo. Lo quería más que nunca, si aquello era posible.

Por raro que pareciera, a Victoria no le habían pedido la mano, pero ya tenía fecha de boda.

Intentaba recordar cómo había pasado, cómo había sucedido. Repasó mentalmente si había hecho un comentario dándolo por hecho, a Julio o a alguien de la familia, a modo de consentimiento. La situación, que hasta ahora no le había afectado, empezaba a ponerla nerviosa. No es que no le gustara Julio, era perfecto, algo mayor... Pero doce años de diferencia no se consideraba algo inusual en su mundo. Todos hablaban de la boda. A lo mejor era cierto eso de

«quien calla, otorga». Victoria no había hecho ningún comentario negativo sobre ello, al contrario, se había dejado llevar, eso sí, sin participar activamente.

Esa misma mañana se había sorprendido diciendo que sí a su tía y a su prima Solete. Sí que irían a Valencia ese mismo viernes para completar su ajuar.

Le hubiera gustado que Julio hubiera hablado con ella a solas y pedirle matrimonio, como había soñado tantas veces desde niña. Igual que en los cuentos y en las novelas. Le gustaba Julio, le inspiraba seguridad y afabilidad, la respuesta hubiera sido positiva y seguramente le hubieran dado a la relación una naturalidad que nunca había tenido y que sin duda le faltaba.

La espinita seguía clavada, habían decidido por ella...

—Prima —decidió confesar sus temores—, no recuerdo que Julio me haya pedido la mano.

—¿ue no recuerdas...? ¡Arrea! Pero si lo de la boda se da por hecho. ¿ué es lo que pasa? ¿Tienes dudas?

Solete cogió a su prima pequeña por el brazo mientras daban rodeos por el patio. Desde pequeñas andaban por el patio en círculos, cogidas la una a la otra.

—Me gusta Julio, pero es que soy tan joven y va todo tan rápido...

—No es tan raro casarse a los dieciocho años, es más bien normal. Yo soy un año menor y pienso que ya debería estar casada con Rómulo. Tanto ahorrar, tanto ahorrar... Yo creo que Rómulo se está pasando. No te preocupes, son los nervios típicos de una novia.

A Victoria le encantó Valencia. Su luz, su olor. Paseaba con su prima Solete, tranquila, como si estuviera de vacaciones y no tuviera una interminable lista de cosas que hacer. No es que no le gustara ir de compras, le encantaba, pero estaba saboreando el viaje. Le encantaba cómo la miraban los hombres que se cruzaban con ella por la calle. Era consciente de que despertaba su admiración y les sonreía con picardía, contenta. Eso no le pasaba en el pueblo, donde todos la conocían desde pequeña.

Victoria se compró cerca de la plaza Redonda, en una moderna tienda de confecciones, un modelo inspirado en la moda parisina, sin corsé.

Su tía la miró con desagrado al verla salir.

—¡Pero niña! ¡ué disparate, por encima de mi cadáver llevarás eso! Es como ir desnuda, qué pensará de ti tu futuro marido.

Victoria la miró perpleja, ni se le había ocurrido.

—Le va a encantar, seguro.

Incluso un joven que cruzaba la acera se paró y la saludó con el sombrero mientras exclamaba con descaro:

—¡Pero qué guapa!

Victoria ni se molestó en pararse, siguió caminando cogida al brazo de su prima, pero en el último segundo se giró para sonreír al joven y agradecer el piropo. Era divertido.

—Hay que ver, Victoria, lo que te gusta que te oreen... —Su tía le lanzó otra de esas miradas reprobadoras que comenzaban a ser habituales.

Aquella prenda era el futuro, así no tardaría horas en vestirse y, lo que era más importante, podría hacerlo sola. Cada mañana tenía que esperar la ayuda de la Luisa o de la Espe... Aquello era inconcebible, cómo una mujer podía ser independiente con tantas trabas.

De todas formas, en Valencia había visto a pocas mujeres de buena familia sin corsé, por no decir a ninguna. Pero seguro que en Madrid aquello ya estaba más instaurado. En Valencia, por lo visto, se seguían los postulados clásicos. Y las jóvenes tenían muchos conjuntos confeccionados, se cambiaban muy a menudo.

Para las meriendas de la tarde o para pasear. Le habían hablado de una costurera buenísima en la calle de la Paz, pediría hora y se haría varios vestidos para su nueva vida de casada. Su tío le había dado carta blanca y, aunque prefería no derrochar, era una oportunidad que no tenía en

Casas Rojas. Allí no había modista, sino costurera, y tan *regulara* que siempre preferían hacerlo todo ellas mismas. Victoria sabía mucho de costura y en cuanto estuviera en el taller podría ver realmente la calidad del trabajo.

—Mamá, tú también eres muy bella, seguro que tenías un montón de pretendientes.

—¿Pero qué dices, descarada? ¿Cómo hablas así a tu madre?

—No has escuchado bien, mamá, te he lanzado un piropo.

—¿Un piropo? —Isadora paró, extrañada.

—Eres muy guapa, solo que lo ocultas.

—Pero... —Isadora resopló entre agradecida y avergonzada por su hija. No tenía muy claro si le tomaba el pelo. Era una señora mayor, cansada y fea. O al menos así se veía. ue su marido apenas viviera con ellas era una cruz que había aceptado con resignación por el bien de la familia. Al principio se cuidaba mucho, especialmente los días que Juan volvía a casa, pero con los años y el cansancio había dejado de hacerlo, y su marido de volver tan a menudo. A pesar de ello, sabía que la quería, lo notaba en esa forma de mirarla, orgulloso, como diciendo: «¡Esta es mi esposa!».

Las niñas tenían razón, debía cuidarse más, arreglarse y comprar ropa nueva.

Tenía algo de dinero ahorrado para su hija y para ella.

—Niñas, vamos hacia la calle de la Paz, a ver si nos cogen en la modista.

Las dos primas rieron de la emoción y siguieron con su paseo, parando en todos los escaparates desde el principio de la gran calle. Estaban tan bien puestos, todo aquello era tan diferente a Casas Rojas que a las dos les hubiera gustado quedarse allí a vivir inde nidamente. El bullicio de la gente paseando, los lujosos edi cios, los bares y los cafés.

Para Victoria todo aquello resultó gratamente inesperado y no pudo evitar pensar en su hermano y su amor incondicional por la capital de España: Madrid.

Esperaba sinceramente poder llegar a conocerla algún día, su hermano le había hablado entusiasmado del gran hipódromo, los teatros y las salas de estas.

Sonaba tan divertido y sugerente... Comenzaba a comprenderlo mejor.

Y ella tenía que casarse y quedarse en el pueblo. La historia de siempre, la suerte de la mayor parte de las mujeres que conocía. Una casa y unos hijos. Nada nuevo. Había visto su futuro en los ojos de sus tías y en los de sus vecinas. Muchas eran felices, otras resoplaban amargadas por lo bajo solo de mencionarlo. Y a Victoria algo en su interior le decía que aquello no estaba del todo bien; era como un bloqueo interno, un dique. ¿Era todo aquello lo que ella quería, o lo que su entorno quería para ella? ¿Y acaso tenía derecho a opinar, o siquiera a plantearse? Ella era afortunada, su situación económica era bastante buena.

Podía viajar a las provincias, ir de compras, no tenía que trabajar en el campo ni sirviendo a nadie. Ella tenía su propio servicio, muy de pueblo, comparado con las criadas uniformadas que habían visto con su cesta en el mercado.

No pudo evitar pensar en Lola, lo último que había sabido de ella era que su familia, por falta de dinero, había tenido que mudarse a trabajar a Jaén y la Lola tuvo que ir a servir en una casa. Habían vuelto al sur. Así era la vida y ¿de qué le serviría no aceptarla? Si su tía María Dolores viviera aún le diría que el éxito era ser feliz con lo que uno tenía, no querer abarcar más.

Otro joven bien vestido con traje, bastón y sombrero venía andando de frente.

Nada más verla se paró y, con una graciosa inclinación del bombín, las saludó:

—Buenos días, señoritas, un día tan precioso como vosotras. —Y les guiñó el ojo.

Las dos rieron, halagadas. Desde que habían llegado, Victoria no había parado de recibir halagos y piropos. Jamás se había sentido igual de bien. No pudo evitar replantearse si era aún más guapa de lo que ella misma pensaba. Pero la vanidad no era buena y su tía se encargaba de recordárselo.

—¡Descarados! —resopló su tía, lanzándole una mirada furibunda—. Aquí ya no hay educación ni respeto. ¡Y vosotras, especialmente Victoria, no os lo creáis mucho, la vanidad es pecado mortal!

El piso que la familia Peñarrubia tenía en Valencia, estaba enfrente de la plaza del Príncipe Alfonso. No era la mejor zona, ni la más céntrica, ni de moda, pero era un piso muy amplio y luminoso, con varias alcobas. En el centro de la ciudad los pisos eran más estrechos y oscuros. Tenía seis habitaciones en el fondo que daban a un patio trasero. Aquello era una suerte, porque normalmente era al revés, las habitaciones daban a la calle, que era muy ruidosa y el salón al feo patio interior. La encargada de cuidar del piso era la propia portera, Rafaela, que vivía en el bajo de la casa con sus dos hijas.

Ese día volvieron cargadas de bolsas y Rafaela se apresuró a ayudar.

—Les he hecho de comer una de mis paellas, no podían volver al pueblo sin probarla. Últimamente no vienen mucho, es una pena.

Victoria se apresuró a contestar:

—Si por mí fuera, vendría una semana todos los meses.

Solete, como ya empezaba a ser costumbre, secundaba a su prima.

—Y yo contigo.

—Ahora que te vas a casar, puedes hacer lo que quieras. El piso lo compró tu padre hace muchos años, solo tienes que avisar con antelación a Rafaela. Le envías carta.

—Claro que sí, señorita —le contestó una diligente Rafaela, que sabía que pronto Victoria sería su «señora»—. Usted avíseme con tiempo para preparar las camas y hacer la compra. Yo envío

corriendo a las niñas, que son muy trabajadoras. ¿ué alegría lo de su boda, me alegra que no haya dado crédito a todo lo que se dice por aquí del señor don Julio.

Rafaela y sus hijas atendían su casa las pocas veces que la familia la utilizaba.

A Victoria se le cayeron la mitad de las bolsas al suelo mientras subían las escaleras, lo que hizo que Solete tropezara. La casa estaba en un tercer piso.

Su tía Isadora aprovechó el tropezón para cambiar de tema.

—Tened cuidado, hay cosas que pueden romperse. ¡Espero que no se hayan roto las preciosas tazas de consomé con la cenefa rosa!

Subieron todo el último tramo en silencio.

Rafaela las miró preocupada.

—Siento mucho haber dicho algo que no debía, si es que soy una chismosa, yo solo...

Victoria tomó las riendas:

—Siéntese, Rafaela, no se preocupe por nada, estamos entre amigos. ¿ué se dice de mi prometido? Como sabe, yo vivo aislada con mis tíos en el pueblo. Sé que todos los de mi edad suelen pasar largas temporadas aquí, en la ciudad, pero yo no he tenido la oportunidad. —Victoria aprovechó para mirar de reojo a su tía. Había estado sobreprotegida.

Su tía obvió el reproche.

—Mejor para ti, Victoria, los tíos hicieron lo mejor para ti. Gracias a eso no tienen nada que decir de ti. Absolutamente nada, y pienso actuar de la misma forma con mi hija Solete, que es un poco alocada, aunque esperemos que en breve contraiga matrimonio, como tú. Hago lo mejor por vosotras y seguramente si escuchamos a Rafaela, que no deberíamos, entenderéis las dos lo que signi ca vivir en «sociedad en la ciudad» y por qué a mí nunca me ha gustado. La vida sencilla del pueblo puede resultaros... ¿cómo diríais? ¡Ah, sí!

Aburridísima. —Isadora puso los ojos en blanco, imitando a las jóvenes—. Pero os aseguro que es gracias a esa sencillez, a la ausencia de complejidad, que nos ahorramos muchas cosas, muchas infelicidades. —Miró bien a las niñas para asegurarse de que el mensaje había calado hondo.

Pero por las miradas insistentes que le lanzaban a Rafaela, parecía que no, los chismes las apremiaban.

—Por favor, Rafaela, me tiene con el corazón en el puño. No quiero ponerme nerviosa, y lo está consiguiendo.

—Bueno. Hay una chica, Jimena, que trabajó en la casa de los padres de don Julio, tanto aquí como en el pueblo...

—¿Insinúa...? —Victoria se llevó la mano al pecho—. ¿ué es su amante o algo así?

—¿Ahora? No, le aseguro que no, no se preocupe, pero...

Isadora decidió intervenir, era mejor parar el asunto allí.

—Esas cosas son normales en un señorito soltero y guapo como él, no conocía a Victoria. No debemos entrometernos en esa cosa.

Victoria miró a su tía. Tenía razón, le había dolido la noticia, pero no era importante, era algo normal. Ella ya sabía por la actitud segura de Julio que estaba muy versado en artes amatorias. Esa desenvoltura innata. De hecho, a ella esa experiencia más bien era lo que más le atraía de él. Podría decirse incluso que lo envidiaba. Desgraciadamente, no era igual en un hombre que en una mujer.

Lo que resultaba atractivo en un caballero hacía a una mujer puta.

Victoria suspiró aliviada.

Pero Rafaela no había acabado.

—Claro, claro, se entiende. Pero no el tener que cargar con hijo y mantenerla a ella. —Lo dijo con un deje de malevolencia, no siempre tenía una la ocasión de soltar una bomba así a la mismísima fuente implicada. Podría jactarse de ello todo el año.

Victoria no oyó las exclamaciones de su tía y su prima, ni la suya propia, el cerebro iba a estallarle.

Tuvieron que retrasar el viaje de vuelta dos días. Victoria no se encontraba bien, después de la jaqueca no le apetecía volver al pueblo ni saber nada de la

boda. No sirvieron de nada las palabras amables de su tía que le explicaba que no había que dar crédito a las habladurías de ese tipo, que la gente era muy envidiosa. Empezando por aquella odiosa mujer, Rafaela.

Isadora se sentó en el sillón del salón, tanto drama iba a acabar con ella, con lo bien que lo estaban pasando. Y qué exagerada era su sobrina. Levantó las piernas, le dolían de tanto pasear con sus zapatos de seda de ciudad, los tenía hacía ya veinte años y los había utilizado cinco veces. Los guardaba como oro en paño. Conocía a las mujeres malevolentes como aquella, las exageraciones y la envidia; pero siempre había preferido alejarse de todo ello. Tenía que convencer a las niñas de volver o aquel rumor acabaría con la relación que todos habían propiciado. Necesitaban a Julio en la familia, los últimos meses había conseguido hacerse imprescindible y sabía, por boca de José, que los había sacado de un bache nanciero. José era una sombra de sí mismo, si no lo liberaban del peso del campo acabaría con los huesos en el cementerio.

El viaje de regreso resultó algo lúgubre. Ni siquiera Solete estaba de su habitual buen humor, ni una sola tontería de las suyas en el interminable trayecto.

Isadora hizo esfuerzos por mantener conversaciones sin ningún resultado.

Su tía no podía más con la situación, habían sido tres días infernales, y era muy difícil lidiar con su sobrina y aguantarla en ese estado. Estaba enfadada, y cuando se encontraba en ese estado tenía muy mal carácter. Como se ponía con el pobre Carlitos, su hijo, con lo bueno que era.

Además, de vez en cuando le lanzaba malas miradas, como indignada, como reprochándole algo.

No era así. La entendía. Pero esa no era una forma de reaccionar a nada. La vida era dura y ella debía saberlo mucho mejor que nadie. Tenía que aprender a controlar su mal carácter, ya era mayorcita. Por su pasado, la habían mimado en demasía.

Faltaba muy poco para entrar en el pueblo, por la ventana ya podían ver el viejo castillo derruido, con tan solo media torre en pie. Tomó una decisión rápida, pero calculada. Tenía que parar eso como fuera, la situación se había

hecho con su sobrina. Cogerían el toro por los cuernos. No irían a casa, sino directas a las afueras de Casa Ibáñez, a la casa de Julio.

Julio vio llegar un coche de caballos. Lo reconoció en cuanto dejó el camino principal y se desvió por el camino que daba a sus tierras de cultivo. El cochero lo dejó aparcado en un lado de la era y la tía de Victoria, su prima y ella misma bajaron un poco a trompicones. De forma algo cómica.

No pudo evitar reír.

En un principio se alegró, hasta que se jó en sus caras largas y en la tensión que las envolvía mientras se acercaban. Miró a Victoria y ella le retiró la mirada.

Raro, muy raro.

—¿Se puede saber qué os pasa? ¿Os ha pasado algo en el viaje?

Julio se acercó para saludarlas y darles un beso. Antes de llegar a Victoria, que se había cruzado de brazos como una niña pequeña, Isadora empezó:

—Mira, Julio, siento molestarte así, pero es lo mejor. Ya sabes que yo no soy mucho de melodramas, al contrario de tu novia, la dama de las camelias, aquí presente...

Victoria odió a su tía en ese momento más que nunca. Ella era la víctima.

—Pues decidme ese asunto que es tan importante que os ha traído como si os siguieran mil demonios. —Julio no pudo evitar sonreír, era una situación un tanto estrambótica.

—Venga, Victoria, cuéntaselo o pregúntaselo.

—¿Yo? ¡Encima!

—Tú eres adulta. Vas a casarte, no puedes actuar como una niña.

Solete animó a su prima cogiéndole de la mano.

—Está bien. Nos han contado en Valencia que tienes un hijo ilegítimo con una antigua empleada tuya y que los mantienes en un piso, allí, en Valencia.

—¿Yo? —Julio se sorprendió e intentó hacer memoria del porqué de semejante chismorreó—. Yo no mantendría nunca un piso que no utilizara ni fuera mío, y menos tan lejos, en Valencia. Además de que esa historia no tiene pies ni cabeza, sería otro Julio.

Las dos jóvenes lo miraron jamente.

—¿Ya está? —preguntó ofendida, pero más aliviada, Victoria—. ¿Esa es toda la explicación? ¡Pues vaya!

—Hija, pues ya está. ¿ué más quieres? Si no es cierto, no lo es. No conoce esa historia, no puede inventar por qué dicen eso. —Isadora se sentía aliviada por el desenlace. Aquella historia no cuadraba desde el principio.

Julio sonrió con con anza a Victoria. Parecía sincero y veraz. ue no tuviera mucho que añadir le daba incluso crédito al asunto.

Solete, que había estado callada, miró a los ojos a Julio, escudriñándolo.

—Francamente, es mucho más creíble que la chismosa de la portera, Rafaela, desde luego. Parecía que iba buscando hacer mella en nosotras.

Todos suspiraron aliviados.

Capítulo 9

Esa noche Manuel decidió salir a dar una vuelta, ya que llevaba demasiado tiempo encerrado. Iría con sus amigos a la sala El Gran Kursaal de la que todo el mundo hablaba. Muy a su pesar, había quedado allí también con su primo Carlos, que estaba en la ciudad y había insistido. Al n y al cabo, era su primo, y todo el mundo, como él mismo, necesitaba una segunda oportunidad. Ahora se hacía llamar el Valenciano, no sabía por qué, ya que era tan manchego como él.

Seguramente, el mote sería por haber estado interno en el colegio en Valencia.

El propietario del frontón de la plaza del Carmen lo había transformado en un local de variedades y estaba teniendo un gran éxito. Antes de irse a Cuba ya había estado en alguna sala de ese tipo, principalmente oyendo cuplés: en la Sala Maravilla y en el Apolo. Recordó lo mucho que le gustaba y lo que bien que se lo pasaba, antes del gran desastre, como también lo llamaban los periódicos, sin preocupaciones y feliz de vivir la vida que tenía por delante. Ahora tenía que esforzarse y recordarse a cada minuto que tenía que disfrutar de las cosas, que era un hombre con suerte; había regresado vivo y sin ningún rasguño. Juanico había perecido aquel nefasto día y de vez en cuando le venían recuerdos suyos y consejos a traición.

—Señoritingo, *pa* fuera y a vivir la vida con una buena botella de vino abrazado a una buena sirena. Cuanto más gorda, mejor.

Pero se equivocaba, nada más entrar en la sala se olvidó de todo. Las mesas, las luces, el barullo de la gente, las risas y las mujeres lo atrajeron instintivamente.

A pesar de ser un local al aire libre, el humo de los cigarros y los puros lo invadía todo. Sonrió, se sentía, aunque fuera por un momento, el mismo de antes. Se había puesto su mejor traje oscuro y no tenía nada que envidiarle a ninguno de los estirados madrileños.

Se integró en el ambiente, saludó a sus amigos y les presentó a su primo, el Valenciano. Todos se alegraron al verlo por n más relajado, le daban abrazos y golpecitos en la espalda con camaradería.

Manuel intentó no beber mucho, era consciente de que tenía un problema con la bebida, pero estaba seguro de poder controlarlo. Muchos de sus amigos allí presentes estaban bebiendo mucho más de lo que lo había hecho nunca él.

Sacó unos de sus puros y lo encendió. Mucho mejor que beber. Fumar y tener algo entre las manos lo frenaba a la hora de coger una copa.

Llegó el momento de la actuación, todos estaban nerviosos y habían cogido incluso una de las primeras mesas.

—¿ué pasa? —le preguntó con curiosidad Manuel a su amigo Alfonso, que se sentaba a su lado.

—¿No lo sabes? ¡Actúa la Fornarina!

Manuel no se atrevió a contestar que no sabía quién era, sus amigos parecían considerarla una diosa y no quería que se metieran con él ni que mencionaran su estancia en Cuba. Ninguno de ellos había tenido que alistarse.

Un ligero rencor se apoderó de Manuel. Una milésima de segundo. Todos habían podido pagar sin problemas la redención. Miró a su primo pequeño, ahora ya tenía la edad para que lo hubieran llamado a las, pero entonces era demasiado pequeño. El azar era caprichoso. Jamás viviría aquel horror ni tendría pesadillas cada noche.

—Hoy actúa la Fornarina, ya tampoco la he visto, pero todos hablan de ella

—le dijo al oído a su primo.

Todo aquello debía cambiar, Carlos debía mejorar, pero él también, dejar de lado Cuba. El agua, los disparos y el humo, estar hacinado en un espacio reducido, el olor...

Tenía que volver a contextualizarse en el presente y vivir, por sus compañeros que no lo habían logrado. Por Juanico.

—¿Y esa quién es? ¿Es importante?

Manuel sonrió mientras se apagaban las luces, y se oyó un «Shh, silencio».

Efectivamente, la Fornarina era una mujer imponente. Ambos se quedaron como dos paletos con la

boca abierta nada más verla salir al escenario. Su ropa, provocativa, no resultaba vulgar, había algo en ella que hacía que, a pesar de estar cantando un cuplé subidito de tono, uno sentía que era una mujer majestuosa, de esas que están muy por encima de los demás. Y su pelo suelto era maravilloso, no tenían nunca oportunidad de ver el pelo suelto de una mujer.

Cantaba:

Tengo dos lunares,

tengo dos lunares,

el uno junto a la boca

y el otro donde tú sabes.

Manuel no se dio cuenta, pero alguien lo observaba con intensidad a una distancia prudencial.

Manuela intentaba decidirse desde hacía más de una hora entre saludarlo o esconderse para que no la viera vestida de semejante guisa. Por el momento, permanecía escondida, parapetada detrás de una columna. Prefería habérselo encontrado en otro momento, por la calle o cerca de su casa. El destino se burlaba de ella.

Alguna que otra vez se había puesto su mejor vestido y había paseado una y otra vez, como una tonta, por la calle del apartamento de su antiguo novio con la esperanza de cruzarse «casualmente» con él. Y ahora estaba allí, en el peor sitio, pero si lo dejaba pasar quizás no tuviera oportunidad de volver a hablar con él. Estaba muy arrepentida de haberlo dejado. No le gustaba el rumbo que había tomado su vida desde aquel día en la horchatería. Para acabar, discutió con sus padres y se marchó de casa. El mayor error de su vida. Creyó que tendría un futuro brillante, no sabía exactamente cuál, pero no era quedarse en casa cuidando de sus padres y sus sobrinos. Se mudó al piso de unas chicas y todo se complicó. Para pagar el alquiler y vivir bien necesitaba un trabajo, probó de dependienta de moda, que siempre le había gustado, pero no tenía ni experiencia ni referencias. Intentó coser por horas en un taller, pero la echaron por lenta a las pocas semanas...

Sus compañeras de piso, Anabel y Matilda, le echaban siempre una mano. Y un día Anabel le consiguió un trabajo con ella, de camarera y pitillera, en el frontón Kursaal.

Manuela buscó con la mirada a su amiga, que charlaba animadamente con su

«querido amigo», como lo llamaba, un hombre casado que satisfacía todos sus caprichos.

Parecía feliz. No sabía cómo podía serlo realmente estando con alguien que jamás podría corresponderla en serio.

Sin embargo, ella podría estar con Manuel si se acercaba con su mejor sonrisa y le soltaba alguna directa picarona... uizás. Pero por lo que sabía de Manuel, una alegre pitillera no era su tipo. Era una persona seria, con mucho corazón.

Pero tenía que recuperarlo como fuera. Era la única forma de arreglar el estropicio que había

hecho con su vida.

Ahora lo averiguaría.

Se acercó por detrás y lo tuteó deliberadamente.

—Manuel, querido, qué alegría verte. —El «querido» quizás hubiera resultado algo exagerado, aun así, siguió en su papel y le sonrió con toda la picardía que había aprendido trabajando en una sala de variedades, que no era poca.

Manuel se quedó petrificado. Al principio no la reconoció, pero esa expresión era inconfundible.

—¡Manuela! ¿qué haces aquí...? —No acabó la frase. Se jactó de que la joven llevaba el atrevido y escotado vestido, un uniforme azul y dorado del Kursaal.

—¿Sorprendido? —Y se lanzó a darle dos besos en la mejilla.

Carlos y el resto de amigos soltaron algún silbido y risas al respecto.

Manuel se recompuso enseguida.

—Me alegro de haberte visto. Ahora, si me disculpas, tenemos que marcharnos. —Y le giró la espalda, aunque no se movió. Pero al ver que la joven no se movía, se dirigió a sus amigos—. Chicos, nos vamos ya.

Recogieron sus cosas y salieron por la puerta. Manuela se quedó allí, plantada, esperando que Manuel al menos se girara y le lanzara alguna mirada o sonrisa.

No fue así.

Manuel decidió, en cuanto había aparecido por arte de magia, que ya había sufrido bastante por ella. No era por haberla visto así vestida, ni de camarera, ella, que tan lejos quería ir en la vida, que lo dejó porque él no satisfacía sus exigencias monetarias. No era eso, él no era rencoroso. Manuel había pasado por momentos similares y peores. Sencillamente, era que no iba a dejar que le destrozase el mejor día que tenía hace mucho tiempo.

No iba a dejarla entrar. Ni siquiera iba a dejar que su cerebro procesase ninguna imagen suya. La bloquearía. Eso sí, sin rencor.

Capítulo 10

Victoria miró con perspectiva el salón desde una esquina. No sabía cómo lo iba a conseguir, pero tenía que colocar los muebles en otra posición para dar un vuelco a la estancia. No quería que le recordase diariamente a su tía María Dolores. Ahora que estaba casada aquella era su casa. Su tío José se la había regalado después de la boda.

La habían arreglado y pintado bajo su supervisión.

Ahora estaba vacía y por eso parecía mucho más grande. Había hecho que se llevaran todos los

viejos muebles para tener la libertad de amueblar y decorar la casa a su gusto. Quería darle un giro. Para empezar, había retapizado los sofás con una tela llamativa que les había costado una fortuna, de damasco granate con ores grandes en terciopelo de un tono más oscuro. Muy moderno. Los pondría cerca de la ventana, en vez de cerca de la chimenea, como estaban. Eso haría, por poco práctico que fuera, especialmente en invierno. Estaba muy indecisa.

Ya vería, no tenía que darle tantas vueltas. En el caso de que finalmente no fuera una buena decisión, solo tendrían que moverlos unos metros para devolverlos a su sitio.

Su tío José, que tanto había envejecido tras la muerte de su esposa, se había mudado a la casita a las afueras del pueblo y viviría unos meses allí y el resto, si podía, en el Navazo, acompañando al tío Juan. Llevaban ya un año y medio viviendo allí, pero sin cambiar nada.

Su tío José le había confesado que Juan no estaba en su mejor momento y necesitaba ayuda. Ambos se habían hecho mayores y tenían, muy a su pesar, que restringir su actividad. A su tío Juan le temblaban las manos, lo que le impedía para las tareas diarias. Desde la muerte de María Dolores, el castillo de naipes se

había desmoronado y la realidad es que ya debían dedicarse a descansar y a colaborar en su justa medida.

Victoria intentó ser positiva, ahora tenían a Julio. Sus tíos se encontraban bien, solo necesitaban tranquilidad.

Por eso estaban deseando que Julio se encargara de todo. Había demostrado tener más seso que nadie, sacándolos de varios apuros. Sin embargo, su tío se había negado a olvidarse del azafrán, como Julio le había recomendado. Ese había sido el único punto de fricción, y Julio, como un señor, no había querido insistir. Su tío José llevaba años trabajando y había que guardarle un respeto. La actitud de Julio era intachable. La consecuencia lógica fue el endeudamiento.

Había sido la cosecha menos orida que Victoria hubiera recordado jamás. No había sido rentable, se había vendido muy por debajo de los precios de años anteriores.

«Azafrán de noche y candil de día, despilfarro y tontería». Los refranes que aludían al fracaso del azafrán en toda la comarca se habían hecho muy populares. Y no les faltaba razón.

Todo por culpa de ese azafrán extranjero, de tan mala calidad, que no servía ni para hacer una sopa. Victoria conocía bien el producto, había llegado a comprar el importado y guisado con él. No había color. Con tres hebras del azafrán de Casas Rojas se podía hacer el mejor guiso. Ella hacía un caldo único: con jamón, judías pintas y azafrán, del que luego sacaba un succulento y aromático plato de arroz. Nada que ver utilizando el azafrán extranjero, que lo dejaba insípido.

El truco para el caldo era sofreír previamente una cabeza de ajos y tirarla con aceite al agua de la olla, añadiendo varias hebras de azafrán al nal. En casa lo añadían hasta en la sopa: cualquier guiso, caldo o carne era aderezado con azafrán.

Y entendía por qué su tío se negaba a seguir el consejo de Julio, para ellos era más que un negocio: era recuerdos de familia. Para ella era igual.

Su aroma, condimento provocador, provocaba hasta al olfato más delicado con su promesa de guiso sabroso, sin delicadezas ni melindres. Su inconfundible sabor, que impregnaba todo lo que tocaba con un toque picante inconfundible, era un premio para el paladar. Pero, sobre todo, era su doble utilidad la que le

daba un estatus único: su color. El azafrán no solo modificaba el sabor de las cosas que tocaba, sino que las teñía de color amarillo. ¿quién quería comerse un arroz blanquecino, insulso?

Victoria decidió hacer para todos el domingo su plato preferido: arroz con azafrán y mantequilla, una receta poco conocida que Julio, a buen seguro, nunca había probado. Su tía decía que era de origen francés, suponía que era así por la mantequilla.

¡qué plato tan delicioso y sencillo!

Su prima Solete entró en ese momento en la habitación.

—¡qué bonito todo, Victoria! Te va a quedar precioso. Este salón tiene tanta luz... Es curioso, pero es así, ahora, cuando veo la estancia vacía, que me parece más bonita. Parece otro sitio, no sabría explicártelo. —Solete lo dijo girando ágilmente sobre sí misma, aunque llevaba a su hijo recién nacido, Andrés, en un fajo entre los brazos.

A pesar de que aún tenía una prominente barriga de su reciente embarazo, seguía siendo una belleza. Sin ser derrochadora, a pesar de tener ahora una familia, seguía buscando la forma de ir bien arreglada, tarea a veces imposible en Casas Rojas. Se las apañaba siempre para ir algo a la moda.

Llevaba un vestido beis hasta el suelo, de corte imperio para disimular su barriga sin éxito alguno. Ella misma lo había retocado. Las jóvenes del pueblo poco podían hacer; sus vestidos eran escasos y prácticos, casi todas iban igual.

Con telas toscas y sufridas, y con una especie de manta sobre los hombros anudada en pico en la espada. El abrigo de mujer era un bien de lujo, Victoria era la única que tenía unos cuantos en varios kilómetros a la redonda.

—Sí, es bonito, aunque yo pensaba que íbamos a quedarnos a vivir en la casa de mis padres.

—Victoria, pero si tú odias esa casa. Te pones blanca con solo pasar por delante.

—Lo sé, pero me siento mal, como si los estuviera traicionando. Encima, he tirado al tío José de aquí. Y ni me he dado cuenta.

—Eso no es cierto, se ha ido porque ha querido. Esta casa es muy grande para él, y no le ha traído mucha fortuna: la muerte de tus padres, luego su mujer...

Debe sentir algo parecido a lo que sientes tú por la casa de tus padres.

Victoria se sentó en la repisa de la ventana, cansada. Y estiró los brazos sonriendo.

—Sí, tienes razón. Déjame al pequeño Andrés, que seguro que me animo.

Estoy deseando tener uno.

—Pues claro que sí, ya verás como no tarda tu hijo. Espero que sea también un chico y, además de primos, sean mejores amigos, como nosotras.

—¿Me vas a guardar toda la ropita, verdad?

—¡Claro!

Victoria acarició con afecto la cabeza calva de su sobrino. Tan solo tenía una pequeña pelusa negra en la coronilla.

—Es guapísimo. ¡Aunque mi hijo lo será más! —le dijo sacándole la lengua—.

He dejado un cuarto libre arriba, así que también guárdame la cuna, mantas, sábanas... —Rio alegre—. ¡¡Todo!!

—¿De qué color vas a poner las cortinas? ¿Igual que el sofá? Yo creo que puedes conservar los visillos sin problema, todos son iguales, y para qué vas a gastar más dinero. Si quieres, te ayudo con lo de las cortinas, no tengo tanta mano como tú, pero si compras buenas telas en Valencia...

—¡Sí, ya lo había pensado, los visillos se quedan! Toma a mi ahijado, que voy a abrir el paquete de telas que he encargado, por si alguna nos sirviera. Si viviéramos en una ciudad, qué distinto sería todo...

—Pero aquí se vive mucho mejor, Victoria. Mucho mejor el pueblo.

Victoria no contestó. Aquello no era cierto, pero su prima era feliz con esa creencia.

Victoria sonrió. Esos pequeños instantes de felicidad en medio de la tormenta.

No salían de una y ya estaban en otra. Sin embargo, en ese instante, con su prima y el pequeño Andrés, sin duda, era feliz.

Recordó el día de su pedida, el mejor de su vida. No es que no tuviera un buen recuerdo de su boda, es que estaba demasiado cansada y agobiada y no pudo

disfrutarla. Sin embargo, su pedida fue excepcional, como ella siempre había soñado.

Hicieron una esta en la que llevó un precioso vestido largo de una pieza con una pequeña capa repleta de delicadas cuentas de azabache del mismo color gris oscuro. Un tesoro que le había traído Julio como regalo desde Barcelona. Se sintió una princesa. Sintió la tentación de pasearse por la plaza del pueblo.

Esperaba que el regalo de la pedida fuera una pulsera, tal y como era la costumbre entre los Peñarrubia, así que se sorprendió cuando Julio sacó delicado un estuche de joyería, mucho más grande y cuadrado.

Los ojos de Victoria se iluminaron al abrirlo, era un regalo más modesto, pero mucho más bonito. Era una preciosa cruz de oro de diez centímetros engastada con pequeños brillantitos. Julio sorprendió a todos con un precioso discurso, mucho más sentimental de lo que todos se esperaban. A su tía Isadora y a su prima se les escapó alguna lágrima cuando decía: «Menos mal que te he conocido, porque sin ti estaba perdido. Ahora mi vida tiene sentido, el formar una familia contigo. ¿Puede haber mayor éxito para un hombre?».

Solete le dijo que ella también había llorado, pero Victoria no lo recordaba, tenía la sensación de haber estado contenta y feliz. Una oleada de calor reconfortante le había invadido toda la velada. Seguramente eso era lo que todos llamaban bienestar.

Era imposible no querer a Julio, siempre estaba cuidando de ella, casi posesivo.

Muy constante. Seguramente nadie la había querido de esa forma. Tenía buen carácter, aunque le molestaba que le contestara con evasivas o no la hiciera partícipe de sus planes. A veces tenía la sensación de que se lo guardaba todo para sí, especialmente las malas noticias o los problemas. Cuando se encontraba bien, lo veía deslomarse al sol, partía al alba y volvía entrada la noche, sin quejarse.

Era tan alto que parecía desgarrado, era difícil encontrar ropa que le quedara bien, así que tenía su propio sastre, uno en Valencia para los trajes más buenos y otro en Albacete para la ropa de diario.

Era cierto que no entraba en faena ni volvía hasta arriba de polvo como hacía en su día su tío, era Rómulo, su mano derecha, quien lo hacía. Y Julio se dedicaba a administrar y vender, así que pasaba la mayor parte de sus días

viajando o de un lado para otro. Con Victoria era delicado. Sus roces se convertían siempre en caricias. Su tono de voz era suave. Bajo todo aquello quizás había una persona demasiado controladora para su gusto.

—¿Ué tal está Julio? ¿Ha tosido mucho esta noche? ¿Seguía con ebre o está mejor?

Solete no había podido evitar cambiar de tema, no quería alarmar a Victoria, pero estaba preocupada.

Julio se había vuelto a quedar en la cama, indispuesto. Había pasado una mala noche. Llevaba desde mucho antes de la boda con una tos que no se quitaba de encima del todo, hasta que la víspera, con el cansancio de redecorar la casa, había caído enfermo. Era un hombre joven, así que todos estaban preocupados.

Don Miguel no tenía más diagnóstico que uno: «Don Julio tiene solo una tos pasajera».

Eso decía una y otra vez con cada recaída. Victoria ya se negaba a llamarlo, para decir esa sandez ya podía ella sola.

—No tenía ebre, pero sí mucha tos. Estaba cansado, pero yo creo que hoy ya está mejor. Solo necesita dormir. La boda, su mudanza a esta casa, los asuntos de mi familia, la deuda que había

contraído mi tío, y ahora voy y le hago sacar todos los muebles. ¡ ué tonta he sido! Todo junto ha sido demasiado para él.

Pero es fuerte.

—¿No será demasiado seguir arreglando la casa estando él en ese estado?

Podemos esperarnos.

Solete se acercó a su prima. uería averiguar cómo estaba llevando este asunto, apenas hacía comentarios al respecto. Pero no parecía triste.

—Ni hablar. Julio está muy ilusionado, así, cuando se levante, le habré dado una sorpresa con una casa nueva sin ser nueva. Al menos, en lo que me dé tiempo. Estará hecho y no tendrá que hacer ningún esfuerzo.

Victoria imaginó el nuevo saloncito. uedaría estupendo y moderno, acorde con una pareja joven. Sería parecido a un piso en la ciudad. Julio mejoraría. Y así ella pronto podría quedarse encinta y tener un precioso bebé, como su sobrino Andrés. Era un problema que estuviera tantas veces enfermo, solían dormir en

cuartos separados y aquello no era lo mejor para concebir. La verdad era que Victoria utilizaba más su cuarto de soltera que el de casada.

Julio mejoró esa misma semana, aunque la tos no llegó a remitir del todo.

Tenía más apetito y más fuerza. Ayudó al nal él mismo a mover los muebles, como si no hubiera estado con ebre. Nadie le dio importancia, seguramente había sido un simple resfriado.

Pasaron justo dos meses cuando Victoria se despertó preocupada, Julio llevaba horas respirando muy mal. Era la quinta vez que iba esa noche a su habitación a ver cómo estaba. Ya no podría pegar ojo en toda la noche.

Se puso de rodillas a su lado para tocarlo, esperaba no molestarlo. Estaba ardiendo y tenía el pijama empapado de sudor. Se asustó, pero se bajó a la cocina y cogió una palancana de agua fría. Sumergió la toalla y se la restregó por la cara.

Tenía que enfriarlo. Le abrió la camisa del pijama y le mojó el pecho. Julio ni abrió un ojo, era como si no estuviera allí, a pesar de esa maldita tos que les estaba jodiendo la vida.

No reaccionaba, no lo había visto nunca así. Parecía un niño pequeño, con su pijama a rayas y su batín puesto. No se lo había quitado ni siquiera a la hora de acostarse. Su pelo negro lacio era un manojito grasiento pegado a las sienes. A pesar de ello, seguía siendo un hombre guapo.

Le volvió a tocar con la mano la piel a ver si estaba más templado y le bajaba la temperatura. No era así, ardía. Tenía que buscar ayuda. Solo podía recurrir a don Miguel. Luego, decían que vivir en el pueblo era lo mejor. Ni siquiera tenían dónde elegir.

Se puso el batín y llamó al servicio. Anita, la chica nueva, subió corriendo a ver qué pasaba.

—Anita, necesito ayuda. El señor está muy enfermo, avisa al médico. Al doctor don Miguel. Sabes dónde vive, ¿no?

—Sí, es esa casa grande, justo al otro lado de la plaza, como enfrente...

—Corre, ponte un abrigo y aporrea su puerta hasta que te atiendan. Toma, no busques el tuyo, ponte este mío.

Victoria cogió un pesado abrigo marrón que había colgado de la silla. Lo había dejado la víspera allí, sin guardar en el armario.

Victoria corrió a avisar a su tía Isadora. De nitivamente, había sido una buena idea no irse a la casa de sus padres. A pesar de sus contiendas, le tranquilizaba estar a su lado. Ella se haría cargo. Cruzó el patio, dejando atrás el corral de las gallinas de su tía, y llamó a la gruesa puerta.

Nadie le abría. Se notaba que Solete ya no vivía allí, si no, ya se habría asomado a la ventana.

Aporreó con todas sus fuerzas. Se le escaparon unas lágrimas gruesas de los ojos de forma mecánica.

Su tía acudió en camión, asustada.

—¿Victoria? ¿ué pasa?

—Es Julio, está muy enfermo.

Su tía se santiguó al ver el miedo en la cara de su sobrina.

—¡Cielo santo! Hay que llamar al médico.

Victoria se apoyó contra el dintel de la puerta.

—Ya está de camino, he enviado a Anita. Tía, no puede ser, no puede ser...

Su tía la abrazó con fuerza.

Julio tenía neumonía. Muy cogida. Estaba muy enfermo. El doctor dijo que tenían que esperar unos días para ver cómo evolucionaba.

Victoria ayudaba a asear a su marido cada día, lo levantaban, cambiaban las sábanas, aireaban la habitación, le daba el caldo con una cucharita, o al menos lo intentaba, porque su marido apenas podía abrir los ojos. Estaba segura de que si empezaba a comer algo mejoraría. Tenía que mejorar, no podía ser de otra manera y Dios no podía ser tan cruel. El rol de enfermera lo asumió con estoicismo y de manera profesional. Ya había pasado por ahí, no dejaría que el miedo a la muerte la engullera. ¿O era miedo a la soledad?

Recordó lo que tantas veces le decía el párroco cada vez que le trasladaba sus inquietudes: «Victoria, el cielo es un lugar maravilloso donde se está a la vera de Dios. Solo han de temer los pecadores. La muerte es liberación, no sufrimiento».

Era un gran argumento, pero, desgraciadamente, su mente vana no lograba asimilarlo.

La semana siguiente iban a partir solos, por n. Iban a visitar la preciosa Costa Azul francesa. No habían tenido viaje de novios y Victoria estaba muy ilusionada con el gran viaje. Lo habían planeado juntos, hasta el más mínimo detalle. Tenían las maletas hechas y preparadas para que la organización fuera más fácil.

Victoria había tenido que anularlo todo y habían perdido todas las cantidades adelantadas. Miró a su marido, que llevaba horas durmiendo. Hacía dos días que ya no tosía, solo dormía. No sabía si aquello era una buena o mala señal.

Don Miguel aquella tarde solo había hecho un gesto con la cabeza difícil de interpretar. Según él, había que esperar todavía un poco más. Sobre todo, había que dejarlo descansar, su cuerpo lo necesitaba, estaba defendiéndose, en una lucha interna contra la infección. Si comía algo, signi caba que estaba mejorando. Pero lo cierto era que, por mucho que Victoria lo intentara, Julio no tenía todavía apetito. Volvía a vivir la situación vivida con su tía María Dolores.

El mismo cuarto, el empeño por la comida y, seguramente, el mismo desenlace.

Había pasado tan poco tiempo desde la modesta boda..., todavía se podía contar en días el tiempo que llevaba casada.

En realidad, Julio seguía siendo un desconocido para ella. No había llegado nunca a verlo enfadado o fuera de sus casillas, o a ejercer como padre, no habían viajado, no recordaba ni una sola riña entre ellos...

Julio no estaba recuperado, ni mucho menos, le faltaban fuerzas, sobre todo en las piernas. A duras penas podía andar, pero se sentía mejor. Así que aquella mañana iba a desayunar en el porche, donde no le diera corriente, pero al aire libre. No soportaba más estar encerrado, todavía no se había acostumbrado a aquella casa, aunque su mujer se había esforzado en hacerla hogareña, y lo había conseguido. La había cambiado por completo. Ahora el comedor estaba en el salón y lo que era el comedor ahora era la salita. Y la preciada salita era ahora su despacho. Un despacho en el que apenas había podido sentarse. Desde que había llegado al pueblo se había sentido mal. Eso sin contar los disgustos que le habían

dado las nanzas de los Peñarrubia. No sabían ni cuánto tenían ni cuánto debían. El libro de cuentas tenía hasta errores en las sumas. Había intentado cogerlo desde la muerte del padre de Victoria, el único con cabeza de la familia, pero la enfermedad se lo había impedido. Era increíble que hubieran subsistido tantos años con tamaño desastre y desorganización. Hacía años que debían de haberse replanteado lo del azafrán y haberse desprendido de tierras, en vez de acudir a las letras de los prestamistas. Ahora la montaña era infranqueable.

Sonrió con disimulo a su mujer, que tomaba un café con bizcocho enfrente de él. Pobrecita, si supiera lo que habían hecho con la fortuna de sus padres...

Menudo desastre. Mejor no pensarlo, no podía cambiar el pasado.

Así que cogió el periódico, era de la semana anterior, pero siempre llegaban con retraso a Casas Rojas. Creía que iba a tener roces con su cuñado al coger él toda la gestión, pero Manuel había desaparecido. Era un pájaro de mucho cuidado. Lo había visto en dos ocasiones: a la vuelta de Cuba y en su boda. Sabía del afecto de Victoria por él, lo que le sacaba algo de sus casillas. Eran más que celos. Era el típico familiar que se dedicaba a gastar sin manos y no producía nada.

«Parientes y trastos viejos, pocos y lejos».

No le caía bien. ¿Cómo podía despreocuparse de su familia y de su casa? El chico tenía estudios. ¿Cómo había dejado que su tío José lo llevara todo solo si claramente, como él mismo decía, no estaba capacitado?

Manuel era bebedor, vividor y mimado. Todavía estaba esperando a que se atreviera a volver a pedirle dinero para denegárselo y darle una lección. No sabía lo difícil que era ganarlo. Lo duro que era el campo. Julio le dedicaba todo el día y parte de la noche, aun teniendo la mejor cuadrilla de jornaleros de la zona y la ayuda del e ciento Rómulo. Su cuñado, sin embargo, vivía a cuerpo de rey en Madrid, sin hacer nada, mermando la renta familiar. Un alquiler, una criada, una manutención... y encima en la capital. ¡Alcahueta!

Aquello sí que era dilapidar. Con José Peñarrubia se había sentado muchas veces a despachar; el hombre había hecho lo que había podido. Reconoció haber tomado malas decisiones y al principio le había costado ponerle buena cara.

Pero era lo que había, y tenía que aceptarlo. Gracias a aquellos problemas tenía a su lado al mayor tesoro del mundo: Victoria.

La miró. Estaba guapísima aquel día. Se había puesto un precioso vestido color salmón con una na puntilla en el cuello y en las mangas. Estaba demasiado pensativa.

—Victoria, mi amor, ¿te sucede algo?

Victoria levantó la cabeza sobresaltada. Lo miró jamente y, nalmente, suspiró.

—Estoy muy preocupada, no me he quedado embarazada. Son casi dos años.

—Es normal, mujer, llevamos poco tiempo casados y yo la mayor parte enfermo.

—Sí, es cierto, aun así, me han hablado de un médico muy bueno en Valencia.

Y quiero ir. Ahora que te encuentras mejor, necesito asegurarme de que todo está bien.

—Está bien, si eso te tranquiliza. Yo no pienso ir, estoy harto de médicos, su ciente tengo con la visita diaria de don Miguel. Siempre «desayudando».

Puedes ir.

Victoria levantó la cabeza al oír aquella sentencia, «puedes ir», pero decidió sonreír y no dejar ver su malestar. Sabía que era algo habitual que los maridos trataran a las mujeres como posesiones. Eso puedes hacerlo, eso no... Puedes ir al médico. Aquello tenía algo que la incomodaba. Había pasado de obedecer a sus tíos a obedecer a su marido. Sin embargo, la causa lo valía, deseaba tanto quedar encinta... Rezaba con fuerza cada noche para que sucediera. Uería un bebé y aquello había comenzado a ser una febril obsesión. Cada mes creía y podía jurar que se había quedado encinta, y cada mes se llevaba una gran decepción. No podría aguantar mucho más tiempo así, se iba a volver loca. Adoraba a su sobrino Andrés, pero cuando lo veía sentía una punzada de dolor por no tener ella un hijo. Deseaba tanto uno igual... Aquello no era justo.

Victoria volvió de Valencia melancólica, el médico le había parecido un incompetente. Un sacacuartos. Ni siquiera la había examinado. Le había recomendado irse a un balneario y unos tónicos. Todo ello una estupidez, aun así, lo cumpliría a rajatabla. ¿Cómo podía el médico diferenciar un caso de otro,

de una paciente a otra, sin pruebas? ¿Por el vestido que llevaba cada mujer o con solo ver su cara?

Estaba segura de que a todas les decía y recetaba lo mismo. Encima, cobraba una fortuna. Algo les sucedía y aquel hombre no tenía ni idea.

En su interior debía de haber algo mal, igual ni siquiera tenía útero. ¿Cómo diablos iba a saberlo? Ni siquiera le había palpado la barriga. ¿Y si dentro no había nada?

La medicina no servía para nada.

Manuela intentó en varias ocasiones más acercarse a Manuel. Era consciente de que empezaba a resultar algo pesada, así que se limitó a hacerlo a una distancia prudencial para encontrar la ocasión más propicia.

Al principio era solo porque quería volver con él, porque estaba arrepentida del giro que había dado su vida y, sobre todo, porque quería volver a ser querida.

Este último punto era, en realidad, el más importante, sentir afecto y seguridad.

Había perdido todo contacto con su familia, hasta con sus hermanas, seguramente, por su parte, por culpa de su cabezonería y de su orgullo. Ansiaba y necesitaba a Manuel a partes iguales.

Sin embargo, todo había cambiado; algo había sucedido, sin duda, y estaba algo desorientada al

respeto. Decidió estrechar su vigilancia, además de en el Kursaal, en su casa. Diariamente. Sabía que aquello no estaba bien, pero tenía que cuidar de él. Era la única persona que la había querido de verdad, aún podía recordar su dolor al decirle que no se casaría con él. Aquel nefasto día en la horchatería. Ella lo conocía mejor que nadie y sabía que era bueno y cariñoso.

No dejaría que nada ni nadie le hicieran sufrir.

Estaba muy preocupada y no tenía a quién recurrir. El deterioro físico de Manuel era más que evidente.

Ya no era solo porque parecía un esqueleto andante. Sus mejillas, los dos bultos de los prominentes de los surcos sinusales que se hundían hasta su mandíbula, con lo guapo que era, le daban un aire siniestro.

El problema, sin duda, era que no paraba de beber, las veces que iba al Kursaal solía salir en brazos de su primo, con el que sí que había tenido la ocasión de

charlar alguna que otra vez, pero de forma superficial. Carlos se llamaba.

Su primo intentaba seguirle el ritmo, y muchas veces lo conseguía.

Los miró, estaban lejos, sentados con amigos en la otra punta del frontón. No les veía bien la cara, pero por los gestos de Manuel ya había empezado a beber hacía tiempo.

Cuando lo vio levantarse, se anticipó y bordeó las mesas en dirección a los aseos. Estaba esperando el momento, el joven no iba a aguantar mucho más ese ritmo de líquidos sin evacuar. Era el mejor momento.

Manuel no la vio venir, ella tuvo que pararlo de frente tocándole el pecho.

—¿Otra vez tú? ¡No se puede ser más pesada! No, no quiero saber nada de ti. Te lo resumo.

Aún no iba del todo borracho, argumentaba bien y estaba lo sucientemente lúcido.

—No quiero importunarte, de verdad. Es que estoy preocupada, tienes muy mala cara.

—¿Preocuparte? —Manuel se enfadó—. No eres de mi familia, no eres nada mío. No tienes por qué preocuparte por mí.

—Pero yo..., nosotros nos queríamos.

—No, yo te quería. Tú no me querías. Ahora es tarde, ya no te quiero.

Manuela sintió, a pesar de sus palabras, algo de esperanza, era la conversación más larga que habían tenido desde el día de la horchatería.

—No es tarde. Nunca lo es.

—Manuela, no quiero ser cruel. —El joven suspiró y la miró con algo de afecto y pesar—. Pero

estoy enamorado, enamorado de otra.

—¿Pero de quién? Si aquí casi nunca hablas ni te interesas por mujeres, jamás...

—No sigas, de verdad. Ella no vendría jamás a un sitio así. No te lo digo para hacer daño, ni vengarme, ni nada de eso. Solo quiero que me dejes en paz.

Esto último sonó algo brusco, más de lo que deseó, pero estaba cansado de Manuela. Por la cara que puso, como si un rayo la hubiera atravesado y se hubiera quedado, por vez primera desde que la conocía, sin palabras, desde luego había sido cruel. Pero si reulaba y le decía unas palabras amables solo le daría esperanzas, y no podía hacerle eso.

Se dio la vuelta y prosiguió su incursión los lavabos.

Manuela no había tenido su ciente. Semejante crueldad y esa tez rojiza eran la consecuencia de algo. Decidió apostarse delante del apartamento de Manuel y averiguar lo que estaba pasando. Necesitaba saber quién era ella. No podía conciliar el sueño de los celos. Se imaginaba que era una dulce dependienta que le había atendido por casualidad. Seguramente, cuando Manuel estaba más necesitado de afecto, a la vuelta de Cuba. Seguro que la había llevado a pasear, al cine y a la feria. Un día conocería a sus padres y pronto se casarían y vivirían en aquel precioso apartamento con criada que ella había dejado escapar. Se arrepentía tanto...

Manuel era su príncipe azul. Lo quería. Nadie la había querido así nunca. Algo tenía que hacer, tenía que volver con ella. Después de vigilar varias mañanas y solo ver a la criada salir y entrar después de hacer recados, decidió cambiar de hora. No quería ser malpensada, pero iría a la hora de la siesta. A esa hora la calle era más tranquila, y si los novios querían cometer alguna imprudencia era la mejor hora. Si la joven subía al piso, era que no era algo serio. Manuel jamás se comprometería con alguien que no tuviera sus valores tradicionales. En su escaso año de noviazgo jamás habían tenido relaciones. Así la habían educado. uizás era una malpensada, pero tenía un presentimiento.

Su labor detectivesca no dio exactamente frutos el primer día. A las tres de la tarde un gran carruaje paró delante del portal y una gran dama, que le sonaba vagamente, bajó de un inmenso carruaje verde. No podía ser ella la mujer misteriosa, era una gran señora, una mujer madura, mucho mayor que Manuela

. Estaría de visita a la modista o a algún familiar.

Sin embargo, cuando vio que aquel mismo hecho sucedía varias veces a la semana, concretamente los martes y los jueves, empezó a sospechar. Aquello era muy raro.

Tendría que acercarse más, a riesgo de que Manuel la reconociera. Hasta ahora se había parapetado en la esquina de enfrente.

En cuanto vislumbró al carruaje torcer por el nal de la calle, de camino al portal de Manuel, cruzó la calle e hizo como que estaba de paso.

La fastuosa mujer bajó. Era guapísima, seguramente extranjera, con su pelo rubio recogido en un

moño alto y aquel vestido apretado que le marcaba la cintura de avispa. Solo la tela debía de costar una fortuna.

Se quedó paralizada. Aquella cara, aquella gura... le eran familiares. No conseguía ubicarla. ¿De qué conocía a aquella distinguida mujer?

Y, de repente, el tiempo se paró y todo encajó. El criado cerró la puerta al pasar su señora dejando ver un gran escudo: dos águilas y una torre.

No podía ser cierto. Una mujer noble casada con su Manuel. No tenía ni pies ni cabeza.

Manuel estaba algo nervioso, necesitaba dinero y no podía pedírselo otra vez a Julio, no solo no se lo daría, sino que, además, tendrían otro enfrentamiento.

Había dejado pasar el tiempo para que las cosas se enfriasen y esperaba que las aguas volvieran a su cauce.

Se anudó cuidadosamente la corbata negra. Sus nudos eran perfectos. Sólidos y centrados. Eso era por culpa de ser huérfano desde tan joven, había tenido que aprender a hacer esas cosas solo, cuando lo normal era que de niño te hiciera el nudo tu madre. Pensó en ella unos segundos, era inevitable, como dejar pasar una gota del agua de una cascada sin que mil otras la acompañaran.

Seguía sin tener buena cara, pero al menos tenía algo de color y no estaba tan pálido. Sentía que estaba renaciendo, prácticamente había dejado de beber.

Todo parecía mejor. Y se lo debía todo a ella.

Recordó con afecto cómo hacía solo unas horas una mano suave y amada le había recorrido toda la piel desde el torso hasta el nacimiento del pelo. Un gesto ya habitual que denotaba cariño, pero sobre todo pasión. Tuvo que controlarse al visualizar ese recuerdo reciente, los dos desnudos en una cama deshecha después de una noche interminable. Y ese pelo largo, suelto, de un color ceniza con re ejos rubios, desperdigado en inmensas ondas, libre por n tras horas retenido contra su voluntad. Aquellos encuentros clandestinos le estaban devolviendo a la vida. Sentía su buena estrella sobre él.

Capítulo 11

Habían acabado de cenar, Julio estaba releendo el periódico, solía hacerlo hasta que llegaba el siguiente. Esa mañana no había podido leerlo al detalle debido a una horrible jaqueca. No había podido quedarse en casa y había salido a visitar su nca a las afueras de Minglanilla. En las ciudades grandes no era ningún problema hacerse con los diarios a primera hora, pero no sucedía lo mismo en Casas Rojas.

Victoria, como solía ser costumbre, cosía y zurcía. Era ya casi un hábito con el que conciliar el sueño antes de ir a la cama. Era lo que le habían obligado a hacer toda su vida como si aquello fuera su función principal. Lo curioso era que le gustaba y calmaba cual bálsamo. No sabía si por el aburrimiento de la actividad —tan solo consistía en sacar y meter la aguja una y otra vez— o porque era una costumbre que la ataba a sus raíces.

No sabía hacer grandes bordados ni orituradas y no se le daba del todo bien, además, tenía una caja ya preparada por si se quedaba embarazada: sabanitas, toallas, pañuelos, pañales... Todo lo necesario. Justo estaba acabando un sencillito Joselito, copiando uno que le había dejado Solete de su sobrino. Acabar una prenda para su futuro hijo le provocaba una inusitada alegría y esperanza. Estaba llegando a un punto sin retorno en el que sentía que la tristeza y la desilusión empezaban a hacer mella. Se sentía impotente. Los médicos no habían sabido decirle nada de utilidad. Tan solo sacarle el dinero.

No servían para nada. Ni siquiera don Miguel.

Últimamente, le volvía a costar muchísimo conciliar el sueño, y cuando lo hacía solo tenía pesadillas con su hermano, sus padres y Julio. Pobre Julio, desde lo de su enfermedad lo había «matado» de todas las formas posibles, ahogado, herido por accidente en una cacería, de una enfermedad misteriosa, un

resbalón, picaduras de un batallón de abejas... Estaba claro que Victoria seguía con el miedo a perder a las personas esenciales en su vida.

Su marido se reía cada mañana con cada historia que le contaba.

—Es imposible que sueñes tanto y todos los días. Especialmente por lo poco que duermes. ¿Cómo he muerto esta vez? —Se lo tomaba a broma, pero a ella no le hacía gracia—. Luego te dejo el periódico para que lo leas, hay una foto del nuevo rey, Alfonso XIII. Ya tomó posesión. —Julio lo señaló con poca emoción.

—Bueno, por n tiene la edad de reinar. ¿Te disgusta?

—La reina regente María Cristina ha sido una gran reina, dudo que se pueda hacer mejor. Me preocupa que un joven inexperto maneje España, especialmente después de lo del Tratado de París, o que tenga tendencia a meterse donde no lo llaman. Me preocupa, además, que la reina madre caiga en el olvido.

—Bueno, es nuestro rey legítimo. Pero sí, la reina madre es admirable. —

Victoria no seguía en absoluto la política. Si uno no leía los periódicos a diario, apenas se enteraba de nada, salvo que el asunto revistiera gran gravedad, como cuando se romió el Tratado de París, la derrota absoluta de los españoles.

De repente, interrumpiendo la paz habitual, Julio soltó un chillido y saltó del butacón. Su mirada era alarmante.

—Julio, ¿qué pasa? —Victoria se levantó al clavarse la aguja en el dedo.

—Ehh, ehhh...

Julio estaba paralizado y escondía el periódico a su espalda, como queriendo ocultar su contenido. Era extraño. Él, siempre tan comedido.

—Julio, dame ese periódico ahora mismo.

Se hizo silencio en el salón. Julio se debatía entre comunicarle la mala noticia él mismo o que la leyera ella misma. A lo mejor era un error o se habían equivocado, alguien debía de haberlos avisado antes, amigos, primos o la policía...

Había leído esa página por la mañana y juraría que aquella noticia no estaba allí.

Julio le extendió nalmente el periódico.

—Lee aquí.

Victoria no se molestó ni en sentarse. Era la sección de sucesos. Esos que nadie suele saltarse por morbosos.

Don Manuel Peñarrubia ha aparecido muerto en el riachuelo de las Ventas.

Todo parece indicar que ha sido un suicidio con el arma que se encontró en su mano derecha. Ese paraje es utilizado tradicionalmente por las personas que quieren acabar sus vidas, fruto de la desesperación. En el año 1902 ya han sido doce las personas encontradas en las mismas circunstancias. Desde la policía de las Ventas se ha intentado infructuosamente encontrar a su familia, ya que por ahora solo ha podido saberse su nombre, y las pesquisas continúan.

Victoria no pudo leer más. El mundo se le había venido encima. Y ella era culpable.

—Es tu culpa, mi culpa. —Victoria lloraba y pegaba con rabia a Julio en el pecho—. Si me hubieras dejado ayudarlo, acercarme a él... Me has obligado a levantar un muro, a dejarlo ir. La bebida, seguramente ha sido eso. Era una señal. Teníamos que haberlo ayudado y alojado aquí, en su casa.

—No es culpa tuya, ni de nadie. No se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado. Solo quería dinero para bebida. Tu hermano no estaba bien.

Victoria se giró furiosa. Julio jamás la había visto enfadada. Era la primera vez que le llevaba la contraría así, con violencia.

—Somos responsables. Y tengo que ir ahora mismo a Madrid, a la comisaría, y recoger su cuerpo. Hablar con los policías, y saber, saber...

En ese momento, un inmenso temblor la invadió y sintió un gélido frío. Tuvo que sentarse porque sintió que todo se desvanecía. Horror, enfado, tristeza e incomprensión. Todo junto. Era su única familia directa, su querido hermano Manuel.

Siempre había estado a su lado, era su roca. Su familia de verdad. Y ahora todos se habían ido y solo tenía a aquel hombre: a Julio, al que conocía tan poco.

Seguía siendo alguien ajeno, a pesar de su esfuerzo.

Se sintió completamente sola, a pesar de su abrazo.

—No vas a irte a Madrid, lo siento. Es demasiado para ti, mira en qué estado te encuentras. Enviaré a alguien.

—¿Estarás de broma, no? No eres quién para prohibirme eso.

—¿Cómo qué no? Soy tu marido. Y debo protegerte. Es mi deber. Y tienes que obedecerme.

Victoria lo miró furiosa antes de salir del salón y llegar hasta la puerta de la casa. Sin decir ninguna palabra dio un portazo con todas sus fuerzas. ¡Casarse!

¿Por qué diablos se había casado? Tenía que haber hecho caso a su instinto.

Se giró y volvió a acercarse a la casa. A la ventana que daba a la habitación donde seguía su marido patidifuso.

—¿Cómo que enviarás a alguien? ¡Al menos podías ir tú! Si soy tu deber, también lo es mi familia.

Julio se acercó a la ventana pensativo.

—Está bien, lo intentaré. Pero no estoy en mi mejor momento.

Como para corroborarlo, tosió sobre su pañuelo mientras se ahogaba.

Victoria sintió pena. Entró en casa.

Julio estaba preocupado, Victoria le había retirado la palabra y lo ignoraba, para su desesperación. Se había sumido en una peligrosa espiral de tristeza.

Esperaba que lo de su hermano no fuera contagioso. Así que reforzó su vigilancia sobre ella, no la dejaba sola nunca e instó a don Miguel a que la visitara a diario.

Se sentía culpable por no haber accedido a sus ruegos. No estaba arrepentido, pero se sentía mal. Era su cuñado. Pero debía apartarla de todo aquello, de los dramas de su familia política. Estaba claro que ese chico no iba a tener un buen nal.

Decidió agilizar los trámites y encargarse él mismo de todo, incluido el funeral. Tuvo que pagar grandes sumas, aquí y allá, para que la gente fuera diligente. A la funeraria, a los servicios de Madrid, a los transportistas y, por supuesto, a don Rafael, el párroco.

Finalmente, no tuvo más remedio y viajó a Madrid.

Allí hizo todo lo que buenamente pudo. La historia era confusa.

Para iniciar los trámites de recuperación de su cuñado tuvo que someterse a un interrogatorio de la policía. Aquello era ridículo, al ser un suicida no podrían

enterrarlo en el cementerio.

Lo suyo habría sido intentar cambiar la causa de la muerte, pero aquellos dos policías no se lo pusieron fácil. Tendría más suerte con el párroco del pueblo, que conocía bien a Manuel y a la familia.

Los comisarios López y López, como si fueran un chiste, lo esperaban en el tanatorio municipal.

—Buenos días, nuestro más sentido pésame. —Ambos se quitaron el bombín al unísono. Como si hubieran ensayado.

Julio se sintió incómodo. Ya había hablado con el comisario Pedroche el día anterior y todo había quedado zanjado.

Además de tener el mismo apellido, los dos hombres se parecían.

—¿Son ustedes hermanos?

—Primos. Nos distinguimos por el grado. Yo soy el comisario López y mi primo el inspector López.

—¿Por el grado? ¿También por el nombre, no?

—Por supuesto, yo soy Matías, el comisario, y él es Álvaro, el inspector.

Estaba claro que aquellos tipos se tomaban muy en serio su cargo.

—Gracias. Bueno, si son tan amables de decirme qué quieren, salgo hoy mismo para el pueblo que tengo mucha faena.

Julio tosió incómodo y se atragantó. Se llevó el pañuelo a la boca.

—¿Está usted bien? —le preguntó el comisario.

—Sí, un maldito constipado que me bajó al pecho y no se termina de ir. Pero estoy mejor, llevo casi un año entre caídas y recaídas.

El inspector Álvaro López lo observó con detenimiento, juraría que aquel hombre tenía ebre. Unas gotas de sudor le bajaban sin control por la cara, a pesar de que la temperatura era agradable.

Su primo no pareció percatarse.

—Si no se encuentra indispuerto, queríamos hacerle unas preguntas acerca de su cuñado.

—Claro, pero no sé qué más pueda aportar. Ya hablé con el encargado del caso en la comisaría, me dijo que estaba cerrado. Un suicidio.

—Un suicidio, claro está. —Pero los dos hombres se miraron intensamente.

—¿No es un suicidio? —Julio se extrañó, aquello no tenía sentido.

—Sí, sí, perdone. Simplemente queríamos corroborar unos datos. —Julio asintió, cansado—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su cuñado don Manuel?

—En Navidad, hace cinco meses.

—Mucho tiempo para ser ustedes sus parientes. Su mujer es su única familia directa. —El comisario Matías miró sus notas, no tenía buena memoria, mal asunto para su profesión. Lo anotaba todo para suplirlo y que nadie lo notara—.

Ya que eran huérfanos.

—Así es, tiene también, tenía, a su tío don José. Pero estos últimos años ha envejecido mucho, ha perdido casi toda su vista, además del oído.

—¿Tenían, pues, ustedes alguna discrepancia?

Julio lo miró, enojado.

—Pues sí, alguna. Era muy bebedor y no paraba de sacarme los cuartos.

Ambos hombres asistieron mientras el comisario Matías López tomaba notas.

—Muy interesante, me cuadra más.

—¿Le cuadra? Le agradecería que fuera más al grano. Está claro que ustedes vienen a indagar sobre algo que desconozco. La bebida lo llevó al suicidio y punto.

—Estamos de acuerdo. Nosotros...

—Nosotros —prosiguió el inspector— investigamos otro caso en el que puede estar implicado de forma indirecta. —Julio frunció el ceño—. Está claro que se suicidó, es lo que dice la comisaría de las Ventas, y son muy buenos. Nosotros aún no hemos visitado el lugar, lo haremos con el informe en la mano. Pero parece estar implicado de forma indirecta en otro caso que estamos investigando sobre corrupción y extorsión. Por supuesto, agradecemos su confidencialidad.

El inspector López era quien preguntaba mientras su primo reaccionaba y tomaba notas. Era más parco en palabras.

—¿Me está diciendo que mi cuñado está relacionado con... extorsión ha dicho?

¡Lo que me faltaba! Sí, era bastante tontorrón, no era santo de mi devoción, ya sabe cómo son los cuñados, y este no fallaba. Pero no lo veo en algo así, la verdad.

—No, no se preocupe, más bien creemos que pudo ser testigo de ello. Quizás eso lo empujó a pegarse aquel tiro al borde del riachuelo. Sería una explicación plausible.

Julio los miró, afectado.

—Está bien, pero no veo cómo puedo ayudarlos. No tenía relación con él, ni sé quiénes eran sus

amigos o compañía.

—¿uizás su hermana sí?

—No, lo siento, llevaban sin hablarse un tiempo. Y se comunicaban por cartas escuetas que ella me ha leído, aunque quizás...

—¿uizás? —dijeron al unísono, interesados, los dos primos.

—El primo Carlos. Antes no se llevaban bien, mi mujer no lo puede ni ver.

Dice que es una mala persona. Si quieren, puedo facilitarles al llegar a Casas Rojas, por carta, todos sus datos. Sus padres no tendrán problema en dármelos.

No sé dónde vive en Madrid, la verdad. Y ahora que lo pienso, tampoco sé por qué no ha sido él quien diera aviso de la desaparición de su primo. Tendré que hablar con Isadora, igual estaba de viaje, pero no me cuadra. Es raro que no diera parte a la policía de su desaparición, ¿no?

—En el informe no se le menciona. Es muy extraño, sobre todo, si estaban unidos y vivían en la misma ciudad. ¿Verdad, Matías?

—Muy inquietante.

—En realidad, Carlos vive en Valencia, pero pasa grandes temporadas aquí. El pueblo no lo pisa. No se habla con mi mujer, así que solo lo he visto dos veces en mi vida.

—Bueno, pues la explicación será que está en Valencia y aún no se ha enterado de la muerte de su primo.

—Sí, eso debe de ser. Aunque su madre ya debe de haberlo avisado. El funeral, si todo sale bien, es el domingo en el pueblo.

—Perfecto, aquí tiene nuestros datos. En cuanto pueda, indíquenos las señas para localizar al tal don Carlos, y ya que está, por favor, comuníquenos si ha asistido al funeral. Nuestros respetos para la familia, y en especial para su mujer.

—Hombre, ¿cómo iba a no asistir? Todo esto que me han dicho no puedo contárselo a mi mujer. Está muy afectada la pobre, la familia Peñarrubia ha

pasado por muchas cosas.

—Lo entendemos, que todo vaya bien. Nuestro pésame para la familia.

Fue el comisario quien intervino para zanjar la conversación.

Los policías se despidieron de Julio en los setos de la entrada del tanatorio forense.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le dijo el comisario a su primo.

—Desde luego, parece que todo está relacionado. Y el tal Carlos, dudo que aparezca.

—Estoy de acuerdo, pero son todo intuiciones. Seguimos sin tener nada, y sin poder relacionarlo con la trama del Burdel de la Rosa ni con las dos muertes.

—Por lo que sabemos de este chico, Manuel, a pesar de la bebida, no era alguien con ictivo. Jamás pisó ese burdel, no hay nada que lo relacione con el marqués. Nada. ¿Así que cómo está relacionado? ¿ué diablos vio o supo para acabar así?

—Eso o quizás nos pasamos de listos, Matías, y simplemente era un chico harto de tanto drama e infortunio. No será el primer excombatiente del desastre que ha acabado así. Haz memoria de todos los casos que hemos tenido. Son muchos. Y, sinceramente, es la opción más real y lógica. Aun así, debemos tirar de todos los hilos o tendremos que dejar el caso. Llevamos cinco años con esto y seguimos igual. No hemos podido enlazar ninguna muerte ni desaparición con el marqués. Lo único que sabemos es que es el dueño a través de testaferros de un lujoso y turbio burdel. Pero no es su ciente. Saldría de rositas, no es delito.

—Se nos va a escapar. Vivirá como ha vivido siempre, rico y extorsionando a media ciudad. Nosotros sabemos mejor que nadie que no todo el mundo está sometido al imperio de la ley.

Matías re exionó en silencio. Había que buscar un resquicio. Hecha la ley, hecha la trampa.

—El juego, quizás con el juego podríamos tenerlo. Nuestro con dente dice que todo está amañado, que hacen trampas, la mayoría acaba arruinándose y el marqués prestando a un interés que nadie puede pagar. Y los que no cumplen aparecen muertos de un tiro, o ahogados o envenenados. Todos ellos tenían una

deuda con el marqués. Para nosotros está claro, pero para la comandancia y el Gobierno no tenemos nada.

—No tenemos directamente pruebas contra el marqués, pero quizás sí contra su hombre, el Gordo. Todo lo más nos llevaría a enjaular al Gordo unos años, con suerte, si el marqués no soborna a diestro y siniestro. El marqués pondría a otro. Y son muy inteligentes, ni una de las muertes ha podido probarse como si ellos fueran los autores. No podemos presentar el caso así, nos lo van a cerrar.

Su primo Álvaro tenía razón, era el policía más e caz que conocía, era inteligente y despierto. A él le costaba ser tan rápido, sin embargo, tenía el don de ver más allá de las pruebas. Era muy constante y no creía en las cosas rápidas y en caliente.

—El marqués tiene mucho poder y contactos. Veremos en el futuro, todo cambia, no tiene por qué ser siempre así.

—Sí, lo más seguro es que todo esto quede en nada. Si presentáramos un informe con su nombre, nos obligarían a dejarlo sin siquiera revisarlo. Salvo que hubiera pruebas directas e irrefutables.

—Esas son casi imposibles. Si fuera un don nadie, nos dejarían seguir.

—Pero no lo es. Y encima, al ser su esposa de familia reputada inglesa, tiene la protección completa de su embajada. ue no es poco.

—Lleva viviendo toda la vida aquí. Es más española que nosotros.

—Pero nació en Londres. Y es noble. Doble en nuestra contra. Los ingleses siempre lo van a dejar pasar, a menos que fuera un delito de sangre. Allí son muy estrictos con los suyos. Si conseguimos demostrar al menos su relación con un asesinato...

—Pero Manuel se suicidó. —El comisario volvió al gran escollo del caso.

—Sí. Aun así, mi instinto me dice que solo estamos en la super cie, y que por eso no podemos ver el fondo. Primo, como se entere Pedroche, el comisario de las Ventas, de que estamos hurgando, puede conseguir que dejemos de investigar.

Así que debemos seguir siendo tan discretos como ahora.

—Hemos hecho bien en interrogar al cuñado después que ellos.

—Cierto. Al nal de la semana que viene tendré una copia del maldito informe del suicidio. Me ha costado bastantes perras gordas de mi propio

bolsillo. Esta profesión está muy mal pagada.

No quiso que Julio le cogiera la mano. Su solo contacto quemaba. Iba vestida de riguroso luto con un lazo negro anudado a la garganta y el sombrero de ala ancha del mismo color que siempre la acompañaba en tan funestas circunstancias. No debería estar acostumbrada a que estas cosas sucedieran, nadie debería tener la ropa de luto preparada y almidonada en el armario para velar a los difuntos. Había recibido demasiados golpes en la vida, ya había llorado demasiado. No le caía ni una lágrima. Era consciente de su estampa fría, pero así era mucho mejor. Por dentro quería morir. Se sabía a punto de quebrarse.

Se sentía melancólica y sosegada en lugar de aquel manojito de nervios al borde de un ataque de ansiedad en el que solía convertirse demasiadas veces.

Su relación con su marido había mejorado levemente, pero sentía un abismo entre ellos. Especialmente en los últimos días. Su actitud atenta y posesiva la as xiaba. Se sentía encerrada en una jaula que era la única que podía conocer. El carácter de Julio de los últimos días había sido una prueba de fuego para sus nervios.

«¿Me enamoré? ¿Me enamoraron?», pensaba Victoria mientras daba golpes con el pie a un guijarro del camino con sus zapatos relucientes mientras seguía al ataúd de su hermano. Le apretaban muchísimo, pero apenas los utilizaba. La horma era muy dura y cuadrada. «Ya no importa».

Llevaba a su ojeroso tío José por el brazo. Apenas veía y tenía que guiarlo, había sido la excusa perfecta para deshacerse de su marido, que apenas se tenía en pie. Menuda estampa. Su prima Sonsoles y su tía Isadora iban detrás con él, ayudándolo en el camino. Podía resultar egoísta, pero

estaba cansada de cuidarlo día y noche, aunque, evidentemente, eso no era algo que pudiera compartir con nadie. Aquello no era juventud.

Las caras de sus familiares eran un poema, por lo visto su primo Carlos no había aparecido ni contestado a los mensajes. A ella no le importaba. Estaría perdido y borracho en un antro de mala muerte. Tenía la sospecha de que no había sido una buena influencia para su hermano. Para su sorpresa, después de

Cuba, se habían hecho amigos, jamás llegaría a entenderlo. Algo incomprensible, sabiendo de su natural crueldad. Su primo solo le había podido hacer empeorar y quién sabe qué papel había tenido en su muerte. Si fuera inocente, estaría allí, en aquella comitiva funesta.

Ojalá hubiera ido ella misma a Madrid a hablar con los policías. Julio había sido demasiado escueto a la vuelta. Lo que contaba no tenía ni pies ni cabeza.

Le relató únicamente que un tal comisario Pedroche le había contado cómo Manuel había aparecido muerto. Que el informe sentenciaba que él mismo se había disparado. El arma estaba en su mano derecha. El lugar parecía elegido a conciencia, pues esta zona de campo, por donde pasaba un riachuelo, alejada de la ciudad, pero próxima a las Ventas, era el lugar elegido para muchas fechorías, suicidios, prostitución y drogas; pero también era un lugar popular para llevar a cabo todo tipo de duelos y ajustes de cuentas. Pensar que ese era el último sitio en la tierra en el que había estado su querido Manuel le ponía los pelos de punta.

Era sórdido, casi obsceno. Todo ello. Su Manuel era un joven bueno, sin dobleces, cariñoso y atento.

Miró el ataúd de madera subido a la carreta. No podía imaginar a su hermano difunto. No había querido ver el cadáver. Tampoco podía entender cómo su carácter afable y positivo podía haber ido torciéndose poco a poco hasta llegar a su límite.

Se estaba obsesionando, no paraba de darle vueltas a todo.

Solete se adelantó a cogerla por el otro brazo. Victoria le sonrió.

—Menos mal que aún te tengo a ti.

—Y siempre me tendrás. Y a Rómulo, que te quiere muchísimo. Y a los niños...

Victoria se sobresaltó al oír el plural.

—Tengo una buena noticia. —Solete se acercó a la oreja de su prima para susurrarle—. Creo, he dicho «creo», que vuelvo a estar embarazada y quería que lo supieras la primera. Antes incluso que el futuro padre. Ya sabes lo importante que eres para mí, prima, ¿verdad? Lo mucho que te quiero. No importa lo que pase. Y gozo de una salud de hierro.

Solete le guiñó el ojo cómplice, haciéndola sonreír por primera vez en muchos días. Qué bruta era, vaya comentario, pero menos mal que estaba allí a su lado.

Manuela sentía tanta ira... Nadie había querido escuchar su historia, ni siquiera los policías. Ni en la comisaría ni en la central del Gobierno. Aquello no podía quedar así, los ricos no podían salirse siempre con la suya.

Manuela se armó de valor. Cogió una cacerola y un cucharón y, sin abrigarse, se lanzó a la calle.

No tenía un plan determinado, pero sabía que debía dirigirse hasta la calle de los marqueses de Culgas. No era la primera vez, había ido en numerosas ocasiones desde que había sabido que eran amantes.

Todo había encajado el día en que la vio bajar del coche en el portal de Manuel. No podía ser casualidad que fuera ella. El destino era caprichoso y cruel.

Era la mujer que hace años había seguido mientras le hacía la compra a su madre, cuando aún eran novios. Aquella mujer tan distinguida era el cristal en el que en su día había querido re ejarse.

Una mujer casada, con familia, que lo tenía todo: dinero, posición, amigos y amor. Y quería aún más, lo quería todo y la había dejado a ella, una pobre Manuela, sin nada. Ella era la causante del suicidio de Manuel. Mujer rica y caprichosa que, después de haber jugado con él, lo habría abandonado como a un perro. Aquella era la causa del suicidio, estaba segura. Y así se lo había contado a los policías de las Ventas. La habían tomado por una loca obsesionada con las clases altas. Le habían preguntado si pertenecía a algún movimiento obrero y se habían apuntado su nombre y sus señas.

Sabía todo lo que había que saber acerca de la marquesa. No había sido difícil, era una gura conocida. Y su marido aún más. Todo el mundo temía al marqués de Culgas. Le habían dicho que era una de las peores personas que uno podía cruzarse por Madrid.

Era caprichoso, voluble y cruel.

Consiguió entablar amistad con una joven criada de la casa, Anita, siempre dispuesta a hablar mal de sus amos. Fue fácil. Ella le habló de la casa y de los marqueses, que no tenían hijos. Incluso un domingo le había dejado entrar en la casa después de presentarla como una vieja amiga al mayordomo. La casa era inmensa y los marqueses viajaban mucho.

De su señora no habló mal, pero tampoco parecía conocerla mucho.

—¿ué suele hacer la marquesa un día normal? —le había preguntado a Anita mientras daban un paseo a la manzana.

—¿ue qué hace todos los días? ¡Ja! Pues nada, boba, como todas las marquesas. Se pasa el día durmiendo o probándose vestidos. Es muy delicada.

Casi siempre se encuentra mal: le duele la cabeza, le pesan las piernas, apenas tiene fuerzas. Pero por lo visto es un signo de distinción. Cuando viene alguna amiga a merendar y les sirvo, solo oigo cómo se quejan, como si fuera una carrera. «Tengo unos dolores de barriga..., he pillado un horrible resfriado...».

Se pasan el día quejándose, las pobres. Casi consiguen darle lástima a una, que trabaja de sol a sol sin descanso y es dura como un roble.

—¿No sale?

—Bueno, antes viajaban mucho. Ahora no están porque se han ido unos meses a la nca que tienen en el norte, en Asturias. Pero por su delicada salud a ella le gusta cada vez menos salir. Hasta hace un mes o dos salía después de comer en el carruaje a visitar a la modista. Esa es otra, que nunca tienen su ciento ropa, todas las semanas tienen que tener un vestido nuevo o un abrigo. Supongo que, si no, pues se aburren, ¿no? No sabes las veces que tienen que salir a probarse o tomarse medidas. Es ridículo.

Anita era una joven amable y chismosa como ninguna. Era la persona más bajita que había visto nunca, le llegaba por encima de la cintura. Manuela agradecía haberla conocido.

—Pues supongo. Yo en el Kursaal, imposible aburrirme.

—Al menos trabajas menos horas que yo.

—Sí, pero a qué precio. Si me viera mi madre con el uniforme y rodeada de humo y caballeros, a buen seguro me daba la paliza que nunca me han dado.

Así que aquel día, después de intentar por enésima vez, infructuosamente, que los policías la escucharan, decidió tomar cartas en el asunto. Los marqueses ya habían vuelto de su largo viaje. Se le había hecho interminable con el duelo por Manuel. No podía soportarlo más, algo le quemaba por dentro y la espera se había hecho larga.

Se plantó delante de la inmensa casa. Era enorme, pero gracias a la visita guiada por Anita, que quería presumir de vida, supo enseguida dónde estaba el saloncito de la señora. Era el que daba al enorme roble en el ala este de la casa, haciendo cha án con la calle perpendicular.

La casa tenía dos plantas y parecía un pequeño palacio. Por dentro, en realidad, era enorme, era curioso que por fuera pareciera más pequeña. Con su entrada en forma de círculo para el carruaje y su cuidado jardín.

Cogió con fuerza el cucharón y empezó a zurrar con todas sus fuerzas la cacerola.

«¡Asesinaaa! —voceó—. Esta mujer es una asesina. ¡Asesina! ¡Asesina! ¡Asesina!

¡ue lo sepan todos! ¡La marquesa es una asesinaaaaa!».

Chillaría hasta que se enterara todo Madrid. Hasta que no tuviera voz, y volvería las veces que hiciera falta. La gente que pasaba por allí la miraba con asombro y se alejaban de ella cambiando de acera. Pero sonrió, la estaban escuchando. La noticia correría por el distinguido vecindario y pronto por todo Madrid.

«¡Marquesa asesina! ¡Asesina!».

No pudo chillar mucho tiempo más, ya que un hombre inmenso, acompañado por el que sabía que era el mayordomo, se abalanzaron sobre ella.

Aun así, no dejó de chillar.

—¡Asesina! ¡Marquesa, asesina!

—¿Está usted loca? Márchese —le dijo el mayordomo en un tono neutro mientras el grueso le agarraba por los brazos.

—No me iré. ¡Asesina! —Y se liberó para coger la cacerola del suelo y darle con saña.

El hombre más grueso hizo un gesto al otro y con un rápido movimiento brusco, casi sin esfuerzo, le quitó la cacerola y la empujó con violencia al suelo para, a continuación, levantarla por el brazo con violencia. Zarandearon ambos.

No iba a dejarse hacer. Lucharía por Manuel.

El mayordomo tuvo que intervenir.

—Por favor, señorita, ¿no querrá que llamemos a la policía? Seguramente, el marqués habrá mandado ya a alguien. Espera, yo te conozco.

—¿La conoces? ¿Cómo es eso? —preguntó suspicaz el gran hombre.

—Es la amiga de Anita, incluso ha estado en la casa varias veces. ¡Cuando la pille! ¡Menudas compañías! Siempre ha sido una chismosa que se cree la reina de Saba.

—No me importa. ¡Asesina! ¡ue todo el mundo lo sepa! —Manuela chilló al numeroso grupo de personas del vecindario que había acudido ante el escándalo.

Mejor así, más público.

El mayordomo suspiró, cansado y avergonzado por la situación.

—Llémosla adentro hasta que vengan a detenerla.

—¡A-SE-SI-NA!

Entre los dos hombres la llevaron a rastras.

El inspector Álvaro López entraba en la comisaría para entregar un informe cuando se armó un escándalo en el patio de la entrada. Trabajaba con su primo en Gobernación, pero acudía a diario a las comisarías.

—La marquesa es una asesina. ¡Asesina! —Entre cuatro policías la llevaban en volandas. uien chillaba era una joven fuera de sí.

—¿ué sucede? —le preguntó a un compañero.

—Una loca alborotadora que, cacerola en mano, ha armado un escándalo. Ni caso, lleva semanas viniendo con historias sin sentido. Dicen que a la próxima la internamos en un psiquiátrico.

—Pobrecita. Voy a acercarme.

La mención de una marquesa había sido su ciente para llamar su atención.

La habían encerrado en uno de los calabozos exteriores.

—Soy el inspector López, de Gobernación, ¿puedo hablar con ella un segundo? —le preguntó al policía encargado.

—Sí, por supuesto.

Álvaro no consideró entrar en la celda, con hablar con ella sería su ciente.

Efectivamente, parecía una mujer trastornada, aquellos ojos ensangrentados... Y

no paraba de chillar.

—¡No me callaréis! ¡No sabéis hacer vuestro trabajo! ¡Asesina!

—Disculpe, señorita, ¿quién es una asesina?

Manuela lo miró confundida. ¿De dónde había salido aquel hombre? Al menos le dirigía la palabra. Sentía mermar sus fuerzas.

—Ella, la marquesa.

Álvaro acercó su cabeza a la reja. El policía sería guapo si no fuera por aquella narizota. Aun así, tenía un rostro amable.

—¿u é marquesa?

—La marquesa de Culgas.

La joven vio que el nombre había hecho mella en el policía. uizás no era como los demás, quizás la escucharía.

—Perdone, ¿ha dicho la marquesa de Culgas?

El inspector se llevó la mano al pecho a modo de sorpresa. No podía ser casualidad. Aquello era un golpe de la fortuna. Y estaba seguro de que aquella joven, aun fuera de sí, no estaba del todo loca.

—Dice usted que es una asesina. ¿A quién ha matado?

—A Manuel. Ha matado al pobre Manuel. Manuel era mi novio, ¿sabe? La única persona que me ha querido. Mi Manuel...

Ahora sí, por n, Manuela rompió a llorar. Lloraría durante horas sin parar por su desgracia. Por años de arrepentimiento.

No podía ser, sí que tenían algo sólido. Una conexión entre los casos.

—¿No estarás hablando de Manuel Peñarrubia? —El inspector puso ambas manos en los barrotes, como queriendo arrancarlos. Llevaban meses detrás de un hilo así.

El tal Carlos se había esfumado. No estaba en ningún sitio, bien podía estar muerto también. Habían dado por zanjado el caso.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Manuela esperanzada, por n alguien iba a oírla.

Álvaro giró sobre sus talones y llamó al encargado del calabozo.

—Llame al comisario, tengo que llevarme a esta mujer ahora mismo a Gobernación a que preste declaración ante el comisario Matías López, es muy importante.

—Será una broma —le contestó confundido—. No dé crédito a lo que dice.

—Aun así, debo llevármela, está todo relacionado con un caso reservado de Gobernación. No puedo decirle más.

El hombre asintió convencido. No era quién para cuestionar nada, pero aquella mujer estaba desesperada. La conocían bien y haría cualquier cosa por llamar la atención.

—Está bien, ahora mismo voy a buscarlo a ver qué dice.

El médico del pueblo salió de la habitación con cansancio. Debían invitarlo a vivir con ellos, pasaba más tiempo en aquella casa que en la suya propia.

—Victoria, tu marido esta vez tiene la enfermedad bien cogida en los pulmones. No puede respirar. Ya no tiene casi fuerzas. Sé que has pasado por mucho. Por eso mismo tengo que avisarte, te conozco desde niña. Tienes que prepararte.

—Pero si siempre mejora. Será pasajero. Si lo metemos en una tina de agua fría le bajará, como siempre.

—No, no lo entiendes. Tiene un colapso general, le está fallando todo. Al principio pensé que era solo la neumonía, pero está claro que hay algo más. No sé qué es, no puedo diagnosticarlo bien.

—No entiendo. Llame a otro médico especialista. De otro pueblo o de la ciudad, me da igual, pero haga algo.

—Victoria, es tarde. Poco podrían hacer. Podríamos llevarlo a Valencia, al hospital, pero yo creo que si lo movemos será mucho peor, esperaremos unos días a ver su evolución. ue descanse el pobrecito, se siente terriblemente cansado.

Victoria entró con una bandeja con un caldo templado. Olía muy bien. Había utilizado la receta

milagrosa de su tía Isadora, hecha prácticamente solo con mucha carne. Ternera, pollo, cerdo y, por supuesto, cordero. No podía hacer más. Esta vez había cocinado ella. Al menos así se sentía útil. Luego le llevaría caldo a su prima Solete, que con los niños y su marido siempre le venía bien toda ayuda.

—Victoria. —Julio la llamó extendiéndole la mano. Ella dejó la bandeja sobre la cómoda y se sentó en un lado de la cama—. Si me pasa algo, no te cases con otro, por favor, no podría soportarlo.

Victoria se sorprendió. Deliraba.

—No seas tonto, no te va a pasar nada.

—Serás una viuda joven, y no te falta de nada, eres guapísima...

No le gustó la forma posesiva de su mirada. Parecía loco.

—Deja, por favor, de decir tonterías, empiezas a asustarme, y mucho.

—Firma que no te casarás. Necesitamos un abogado. —Julio levantó la voz todo lo que pudo en lo que pretendía ser un chillido acusatorio, pero sonó como un eco con afonía.

Victoria decidió salir de la habitación sin contestar, asustada. Su marido se había vuelto loco, no era él. No pensaba hacerle caso.

Victoria intuyó que algo no iba bien. El albacea le daba largas y retrasaba abrir el testamento de su marido mucho más de lo habitual. Habían pasado más de tres meses desde su muerte. Tres muertes que pesaban como losas en todo su cuerpo. ¿Era la única persona de ese mundo con mal fario? ¿Se debía al azar o a la mano de Dios, como decía el párroco?

Victoria no dejó de insistir, no sabía a qué atenerse ni qué iba a ser de ella. Tan solo era una joven viuda. En realidad, no tenía ni idea de cuál era su situación, simplemente había dejado que las cosas siguieran igual. Rómulo y ella habían intentado averiguar todo lo que podían de las tierras de Julio, de su administración. Y no había sido fácil. Todo eran trabas.

Victoria había enviado a Rómulo en varias ocasiones a pedir los libros.

El encargado de su marido, Joselito, se limitaba a sonreír y decir: «ue no se preocupe la señora, que aquí está *to controlao*. Conmigo no necesita encargarse de nada».

A Rómulo le daba largas y lo trataba mal por si le quitaba su sitio. Aquello la disgustó, Rómulo era parte de su familia. Una persona esencial para ella. No iba a permitir que nadie los tratara con condescendencia, y menos un simple encargado que se creía un señor.

A todo ello había que sumar los problemas de su propio patrimonio, el Navazo, del que nunca se había preocupado. Julio había tomado el control natural de todo, incluida la producción de vid y azafrán. Pero al menos el Navazo era terreno conocido para Rómulo. Julio siempre delegó la parte de los Peñarrubia en él. Del resto poco conocían. A Joselito, Victoria ni siquiera le ponía cara.

Lo único que sabía era lo poco que le había oído en vida quejarse a su marido: que todo lo de su familia era una ruina. Su tío José había dejado que todo se hundiera.

Sabía que Julio había intentado hacer números y cuadrarlo todo, pero no sabía en qué había quedado todo ni cómo cogerlo.

El señor Muñoz Alicaiz, notario y depositario del testamento de Julio, se sentó en la butaca: «Me dispongo a abrir el testamento de don Julio Gabaldón Labarta, fallecido el 18 de marzo de 1905...».

Victoria recordó los últimos días de su marido. Una pesadilla que rogó que acabara cada día. No pudo evitarlo, había llegado a un punto que sabía cruel, en el que solo anhelaba un mal para aquello. Sabía que aquello no era cristiano.

que podía arder en el infierno, y había intentado con todas sus fuerzas no pensar así y ser buena persona. Pero había sido incapaz.

A Julio se le agrió el carácter hasta extremos insospechados. Se volvió posesivo y celoso. Con ella, que se pasaba el día encerrada cuidándolo. Le chillaba cuando tenía fuerzas e incluso una vez le lanzó una bandeja a la cabeza. Aún tenía la cicatriz en la sien izquierda. Todo ese proceso hizo que Victoria se fuera endureciendo poco a poco. Y su muerte la pilló serena y entera. Temía haberse vuelto fría y dura. Pero la pura verdad era que aquello había puesto la gota que derramó su vaso. Tenía que asumirlo.

El señor Muñoz comenzó la lectura, dos horas tardó en completarla. Al principio, Victoria intentó mantener la atención para entender algo, pero rápidamente lo dio por imposible. Mucha palabrería jurídica: propiedad, usufructo, servidumbres, derechos, deudas...

¿Ué diablos era todo aquello? ¿Cómo iba a entenderlo? Se sintió poco más que una inculta. ¿Cómo iba a salir de aquello?

El notario, comprensivo, al acabar, levantó la vista del papel.

—¿Señora, ha comprendido usted lo que he leído?

Victoria no quería que se le notara que no había entendido ni una palabra.

—Algo, ¿me dará una copia?

—Por supuesto, aquí está su copia, que ha de firmar. Es una pena que con tantos bienes tenga usted tantas deudas.

Victoria levantó la cabeza.

—No comprendo, ¿deudas?

—Sí, en el último año Julio estaba demasiado enfermo. Esperaba compensar con su producción los agujeros del patrimonio Peñarrubia. Pero, al estar enfermo, no pudo dedicarle el tiempo su

ciente. Tuvo que cerrar tratos rápidos y pedir préstamos a intereses elevados.

—¿Cuánto debemos? Y... —Victoria no sabía cómo preguntar algo tan obvio

—. ¿Pero cuánto tengo?

—Veamos, tiene contraídas deudas con tres bancos diferentes y dos prestamistas.

—Será una broma, ¿no? ¿Yo?

El hombre levantó la mirada, cansado, como si hubiera hecho aquello cientos de veces.

—No, no, señora, no es una broma, lo siento. ¡ué terrible situación para una joven viuda como usted que no puede valerse por sí misma!

—¿ué no puede...? —Aquellas palabras la hirieron más que la muerte de su marido. No era una inútil—. Pues tendré que vender y pagar esas deudas.

—No es tan sencillo, las deudas están ya vinculadas a los campos más fértiles: el trigo y cebada del Navazo, los campos de azafrán de Casas Rojas, los terrenos de vid de la familia de su marido y, por supuesto, la granja de corderos. Si no paga, se lo quitarán todo. No tendrá nada de lo que vivir, lo mejor es que se vaya a vivir a casa de unos parientes, es la solución más habitual.

—Claro, la de la tía solterona que vive con sus primos como una carga —

replicó con sorna—. Me conozco bien la historia, mi padre mismo tuvo a dos primas así durante años en casa.

El jurista hizo oídos sordos.

—Y lo que sí que podría vender no tiene el valor su ciento para cubrirlo todo.

Además, en mi opinión, sería malvender, a un precio muy inferior de su valor.

¿Cómo valorar los rendimientos futuros? No se moleste, porque no vale la pena, y es un tema complejo que usted no va a saber comprender. Es cosa de hombres.

Victoria bufó. Era así, pero le molestaba.

—Entonces, ¿me está diciendo que no puedo hacer nada? ¿Nada salvo retirarme con unos parientes o, por qué no, hacerme monja?

Aquella mujer parecía enfadada, pero no entendía por qué, solo intentaba ayudarla. Julio había sido un gran hombre y muy capaz.

—No exactamente. Si fuera usted un hombre, le diría lo único que se puede hacer, lo más inteligente, que es trabajar para revertir la situación.

—Lo escucho.

Por n algo útil que podía servir.

—Tiene buenos campos. Hágalos productivos.

—Pero si mi tío y mi marido no han podido... Yo no tengo la formación, no sé absolutamente nada sobre la mayoría de las cosas. Ni qué cultivos dan más beneficios, ni cuáles dan pérdidas, ni qué debería plantar. —Le molestaba estar dándole ahora la razón a aquel hombre, pero la realidad era la que era, ya le gustaría a ella saber más de lo que sabía.

—Muy bien, va por buen camino. Debe buscar a un hombre de con anza que la ayude, que venga y yo le explicaré todo. Tienen que hacer exactamente eso, replantearse y modernizar todo.

—Tengo ya a ese hombre, Rómulo, el hombre de con anza de los Peñarrubia, y además parte de mi familia.

—Bien, es un punto a su favor. Pero imagino que al ser un encargado no entiende bien de números ni de leyes. Como comprenderá, esto poco tiene que ver con sembrar, cultivar y recolectar. Un hombre tosco, sin estudios, y una mujer viuda joven...

—Tendrá que ser su ciente. Gracias. —Victoria se levantó de la silla. Aquel hombre no tenía mala intención, pero no le caía bien.

El hombre sonrió intentando suavizar la situación. Acababa de ver una temible dureza en los ojos de Victoria. Era como si fuera otra persona diferente a

la que había entrado por la puerta. Una persona decidida.

—Por favor, manténgame al corriente de todo, y cualquier duda que tengan, especialmente de leyes, no duden en consultármela. No le cobraré, necesita toda la ayuda del mundo.

Victoria cedió, aquel hombre no le deseaba ningún mal ni todo el mundo estaba en su contra.

Aquella noche invitó a Rómulo y a Solete a cenar a casa. Les repitió punto por punto lo que había sucedido.

—Por eso necesito vuestra ayuda. Especialmente la de Rómulo. Pero también la tuya, Solete, por supuesto, tú tendrás que encargarte de las casas.

Rómulo dejó vagar su mente.

—No será fácil, yo lo he intentado varias veces con Joselito, el capataz de Julio, y ha sido como darse golpes contra un muro. El lunes iré a visitar al abogado, pero, Victoria, yo ni siquiera sé leer. Ni siquiera puedo ayudarte con los papeles que has traído. —Se sintió avergonzado de su escasa cultura.

—No te preocupes, Rómulo. Te necesito, he trazado un plan: para salvar el Navazo y todo lo mío necesito lo de Julio. Tal y como él lo planeó en vida. Julio era muy bueno para los números. Sus campos dan beneficio, estoy segura.

Necesito saber cuánto y con qué parte se queda el encargado, Joselito. No parece trigo limpio, se agarra a todo como una sanguijuela y eso es mala señal. Necesito uni carlo todo y ver qué necesidades tenemos. Para empezar, no vamos a plantar más azafrán. Se acabó, por mucho que me duela traicionar a todo el panteón Peñarrubia.

Solete reaccionó.

—Pero, Victoria, ¿el azafrán? Es nuestro motor, la gente del pueblo, las mujeres...

—Era nuestro motor. Mi tío ya se quejaba de que era un error. Julio lo corroboró. Yo no voy a ser tan tonta. Dedicaremos nuestros esfuerzos a otras cosas. ¿ué es lo que más dinero da?

—El trigo —anunció Solete—. Empezaba a entender el juego. Y, Victoria, da mucho más aún la harina. Fabricar harina con el trigo.

—¡Muy bien! —sentenció más animada Victoria. Su prima era muy lista. Los tres eran un gran equipo—. Habrá que dedicar todos nuestros esfuerzos al trigo.

Y poner en marcha una fábrica de harina en cuanto nos recuperemos.

—Los corderos están funcionando muy bien. Julio tiene muchos y creo que por eso le iba bien. Eso siempre se vende a buen precio —prosiguió Rómulo, animado.

—Pues empecemos por esas dos cosas. Es un principio.

—¿ué hacemos con Joselito? No va a colaborar —preguntó Rómulo.

—Iremos mañana sin previo aviso. A ver si a mí se atreve a decirme lo mismo ese hombre.

Amaneció un día lluvioso. A Victoria le dio igual. Se puso su vestido de luto más sobrio, pero elegante. Tenía que impresionar con su imagen de viuda de Julio. Si no quería acabar en la miseria, arrastrando a su familia y amigos, tenía que espabilar y ser rme. Muchas familias del pueblo dependían de ella. El futuro de sus sobrinos estaba en el aire.

Rómulo la esperaba subido en la carreta. Al verla tan decidida, la miró con admiración. La conocía desde que era una niña. Había que ver lo que había cambiado.

Se había convertido, a pesar de su juventud, en toda una señora, nada de la pequeña mocosa que había que recoger del suelo dormida entre la rosa del azafrán.

Le habían dejado más problemas que otra cosa, mucho trabajo y cero liquidez.

Pero la joven parecía haber interiorizado su situación y sacado fuerzas.

Hicieron el trayecto en silencio. Entre ellos no hacían falta palabras, y eso era algo que Victoria agradecía profundamente.

Llegaron a la nca de Julio hasta arriba de polvo. Era una pena por el vestido.

El polvo sobre el negro resultaba demasiado vistoso, pero tenía que seguir en su papel. Las apariencias lo eran todo.

—Señora, no la esperábamos. Si lo hubiera sabido, yo mismo habría ido a su casa. —Joselito se quitaba la gorra mientras los miraba con desconfianza.

—Buenos días, me he visto obligada a venir yo misma hasta aquí. Estoy enfadada porque no ha recibido a mi encargado como es debido.

Había decidido ir directa al grano para infundir respeto.

—Señora, eso no es cierto. Yo no quería molestarla después de la muerte del amo. Aquí todos admirábamos a don Julio.

—Gracias. —Victoria no quería presionarlo ni asustarlo. Todo dependía de él.

—La situación es complicada y no quería preocuparlo.

—¿Complicada? No entiendo.

—Se ha corrido la voz de que usted está en la ruina. Y los hombres piden sus salarios atrasados. Normalmente, se van ajustando a los ingresos de venta de las cosechas. Y tampoco nos fían en ninguna parte.

—Pero aquí, gracias a su saber hacer, todo funciona correctamente. Y, que yo sepa, esto es mío, según el testamento.

—Su marido ha muerto. Y yo solo quería salvar su legado sin contagiarse del mal hacer de los Peñarrubia.

—Créeme, soy consciente de su muerte. —Lo miró extrañada, aquel hombre debía de haberse vuelto loco, la provocaba e insultaba con descaro a su familia.

¿No sabía a quién tenía enfrente o qué?

—Su marido vivía prácticamente aquí, estaba al tanto de todo, conocía a todos los jornaleros. Conocía su campo. Supervisaba cada proceso. Usted no estuvo ni siquiera el día en el que se plantó la cebada, en el que Don Julio estaba enfermo. Así que los hombres hicieron un poco lo que quisieron, que si este trocito no, que si por ese hueco no suele crecer bien... Hubo incluso dos que se presentaron al trabajo y a cobrar, pero luego resulta que no tiraron ni una simiente, se fueron por ahí.

—¿No supervisó usted el trabajo? ¿Y encima les pagó? Es su responsabilidad.

—Sí, pero no quería revueltas, solo empeoran las cosas. —Joselito se sintió ofendido, ¿qué se había creído aquella mujer? Y no pudo evitar espetar—: ¿u qué puede hacer usted sola? ¡Si es una simple mujer de pueblo!

La miró jamente. Él hasta arriba de manchas, con las uñas sucias. Ella, con un vestido nuevo,

seguramente confeccionado a medida, de luto, con un broche en forma de libélula, limpia y perfumada con el pelo negro brillante. Solo tenía el polvo del camino. Esa mujer no tenía ni idea. No comprendía lo que suponía la dureza del campo. No vivía en un mundo real.

Victoria se quedó con la boca abierta, no había visto jamás a un empleado comportarse así. Le había faltado el respecto. Se sentía indignada, ofendida. Su marido había muerto y ahora, a ella, se le subía todo el mundo a la chepa. Si dependía de ese hombre y de su interés, estaría en la ruina el próximo año.

Necesitaba ayuda urgente.

Victoria lo miró con toda la arrogancia que pudo.

—Coja sus cosas y váyase. Rómulo, acompañalo, que no coja nada que no sea suyo. ue te indique dónde guardaba los libros Julio y tráemelos, nos los llevamos a casa para revisarlos. Y espero no encontrar ninguna negligencia por su parte o me va a oír.

Victoria iba de farol, por supuesto, jamás había visto un libro de cuentas.

Varios jornaleros se habían acercado al oír la discusión. Parecía grave, y su trabajo estaba en juego.

Victoria levantó la cabeza y se subió a un ladrillo que había tirado en el suelo, con un pie, haciendo equilibrio.

Todos la miraron con sorpresa. ¿De dónde había salido aquella mujer que chillaba?

—A partir de ahora responderéis ante Rómulo y ante mí, soy la viuda de Gabaldón. Ante nadie más. uien no esté de acuerdo, puerta con Joselito. —

Tres hombres se retiraron, pero el resto permaneció impasible—. Conservaréis vuestro trabajo, y prometo revisar vuestros jornales si conseguimos que estas tierras den su fruto. Cada dos años los ajustaré. Pero si todo se hunde, si este campo no es próspero, lo perderemos todo, todos, no os pagaré nada.

¿Entendido?

—Entendido —repitieron confundidos los hombres.

Rómulo miró a Victoria como si no la conociera, ahora sí que había conseguido sorprenderlo.

Más tarde, cuando iban en la carreta, Victoria comenzó a temblar.

—Señora, ¿está bien?

—¿Se notaba que ngía, Rómulo?

—No. Hasta a mí me ha convencido.

Llevaban cinco pesados libros con anotaciones en un montón entre ambos para no ensuciarlos con el polvo del camino.

— ué ganas de dar un abrazo a Solete, me tiembla todo el cuerpo. Ya sabes que no es necesario que me llames señora.

—Ahora más que nunca debo llamarte señora. Has de seguir en ese papel. Lo conseguiremos. Tienes toda mi admiración.

—No estoy acostumbrada a todo esto.

—Lo hará bien. Confío en usted.

uizás que su familia con ara en ella era su ciente. Lo único que sabía de cultivar era que se araba, se plantaba y se cosechaba. Luego se vendía todo.

Insu ciente.

Pero sabía dónde podía encontrar toda la información que necesitaba: en los libros. En los de la carreta y en los del despacho de su casa. Allí estaban los libros de agricultura de su padre y los de contabilidad de su tío.

Por primera vez iba a serle útil dormir poco y haber insistido en leer de carrerilla.

Sería duro. Se sentía llena y pletórica. El peor momento de su vida y, por primera vez en su vida, se sentía ella misma. Feliz incluso.

Tener una meta era algo maravilloso. Ser útil. Demostrar a todo el mundo que no era una simple y débil mujer.

La iglesia la reconfortaba, la religión era lo único que daba sentido a todo lo que había pasado. Un camino de sufrimiento era una prueba del Señor. A algunas personas se lo ponía más fácil y a otras, las más especiales, el Señor las trataba como a su propio hijo. Y gracias a eso salían fortalecidas. Como seguían en el pueblo, junto a su prima, acudían cada tarde al o cio.

Victoria dedicaba mucho tiempo a dar sentido a su vida para sacar la fuerza necesaria para seguir adelante. Sabía que hacerlo estaba en su propia mano.

Era algo intrínseco al alma, ella podía frenarse y rendirse o seguir luchando en su camino. No dependía de nadie. Lo bueno era que ella era consciente de ese vuelco y rebuscaba en su cabeza todos los apoyos y puntos que le sirvieran de impulso motivador.

Se pasaba la noche en vela, estudiando y tomando notas. Poco a poco los libros de Julio tomaron forma y, aunque no todo, pudo entender la mayor parte.

Gracias a eso pudo compararlos con los viejos libros de su tío José. Buscó los errores que había dejado anotados su marido. Afortunadamente, la percepción que tenía de Julio empezó a cambiar. En sus últimos días estaba tan enfermo que no se le podía culpar.

Tenía que pensar en otro tipo de futuro, uno mejor, y plantearse unos objetivos distintos a los actuales. Reinventarse. Había pospuesto demasiados días la decisión de mudarse al campo del Navazo. Aquel era el punto aco de todo el patrimonio y no conseguía que mejorara, a pesar de que todo iba a mejor.

Rómulo trabajaba a destajo y pasaba más tiempo en el Navazo que en ningún sitio. Por su prima, y por ella, aquello no podía ser.

Llamar a los toros desde la barrera, eso lo hace cualquiera. Y cambiaría el odioso dicho que tantas veces había oído últimamente: «Finca donde la mujer manda, mal anda».

Miró su libro, en el que anotaba todo, le quedaban pocas páginas ya. Era un presagio. Leyó en voz alta el balance del último año: «6950 arrobas de vino, 340

arrobas de aceite, 995 fanegas entre trigo, cebada y avena, 49 fanegas entre hieros, lentejas y guijas». Y la nota a pie: «Pagados todos los gastos me quedan limpias 12 190 pesetas».

No estaba nada mal, pero ese resultado podría multiplicarse por tres en un año si conseguía que el campo de Navazo no chupara sus otros ingresos.

Sonrió, se sentía pletórica y llena de vida. ¡Lo había conseguido! Todo el mundo le decía que era imposible. Aun así, salvo sus primos, nadie se lo había reconocido abiertamente. Era difícil de digerir, dos hombres lo habían intentado antes que ella, empeorando la situación.

En ese momento, entró Solete en el despacho con un niño que apenas andaba de la mano y un tripón descomunal.

—No me mires así la barriga, bastante tengo con el pedazo de bebé dentro rompiéndome las costillas y los otros dos niños. Estoy terriblemente gorda.

Dentro de poco tendré que mudarme a tu sofá y tendrás que cuidarme.

Solete jamás perdía su sentido de humor.

—Mudarnos, tenemos que mudarnos en cuanto nazca la niña.

—Serás cabezota, igual es otro niño.

—Será una niña para que su tía la llene de lazos.

Victoria había superado su obsesión por ser madre. Más bien, con la muerte de su marido, simplemente, se había esfumado.

Y volcaba todo su instinto maternal con sus queridos sobrinos.

—Seré su madrina también, ¿no?

—A quien Dios no le dio hijos, el diablo le dio sobrinos. —Era una mofa acerca de los parientes interesados, que iban por dinero.

—Mira que eres bruta, Solete, encantada estoy.

Victoria rio, también era la madrina de Víctor y del pequeño Valentín.

Solete resopló mientras subía las piernas en unos almohadones.

—Sí, por pesada. ¡No hace falta que lo preguntes cada día! No te hagas ilusiones con que sea niña, seguramente será otro chico, clavadito al bendito y guapísimo de su padre, como los otros dos.

Victoria, que estaba haciendo unas marcas en la lista de cosas pendientes, levantó la cabeza.

—Me alegra que os queráis tanto. Nunca he visto un matrimonio como el vuestro.

Victoria se mordió el labio algo incómoda.

—No debes compararlo todo con tu matrimonio. Julio y tú también os queráis a vuestra forma.

—No, no como vosotros. Era algo totalmente diferente que no logro explicar.

No teníamos vuestra con anza y vuestro amor, sino más bien era algo como una fría dependencia. Nunca te lo he dicho, pero me hacía sentir algo..., no sabría de nirlo..., ¿cautiva?

—Los matrimonios *apañaos* no deben de ser fáciles. El no llegar uno a elegir por sí mismo, aun así, Julio te quería.

Victoria suspiró.

—Sí, eso no lo pongo en duda. ¿Te das cuenta?, estuvimos casados muy poco tiempo. Pocos años no deberían contar como matrimonio. Ahora seré la eterna viuda de Gabaldón. La mayor parte del tiempo estuvo en cama. No lo conocía.

—U f, ni de broma. No dejes que nadie te llame así, viuda de Gabaldón.

Suena a bruja vieja que huele mal. —Se giró hacia su pequeño, con las manos a modo de garras, para asustarle—. ¡Bruja, Valentín! ¡Buuu!

El pequeño rio contento mientras se lanzaba a las piernas de su tía. La abrazó.

—Vas a conseguir que tu hijo tenga pesadillas.

—¡ué va! Hay que curtirlo, que lo estás haciendo un mimado orido. Me parece bien, nos vamos al Navazo. Total, Rómulo está más allí que aquí y los pequeños no van aún a la escuela. El Navazo necesitará unos arreglos, la casa no está habitable, como cuando estaba mi padre Juan. Antes tenemos que hablar con Rómulo y hacer una lista de las necesidades. Me niego a ir hasta allí con un bebé y dos niños sin las condiciones mínimas. Recuerdo que ni siquiera había agua corriente, salvo en la cocina.

—Claro. Aun así, no podemos gastar mucho, Solete, hemos mejorado, pero tengo que pagar letras

y nuestra manutención. En pocos años, si conseguimos levantar el Navazo, todo estará solucionado. Mientras estoy aquí sentada, leyendo en la mesita de mi padre, no puedo evitar pensar en Manuel. Este era su sitio. Lo echo tanto de menos... Mucho más que a nadie.

—Con todos los respetos, Manuel, que lo quería mucho, no te llega ni a la suela de los pies. Lo habría hecho aún peor que el tío José. Habría multiplicado las deudas y luego salido corriendo. Eso es así.

—Desgraciadamente, estás en lo cierto. De vez en cuando le doy vueltas, tenía que haber ido a Madrid a investigar en su día, no consigo entender qué pasó. No hago más que imaginar. No tenía que haber dejado que Julio tomara decisiones por mí ni en mi nombre. No quería precisamente a su cuñado. A saber. Algún día tendré que averiguar la verdad.

—Será difícil. Han pasado más de dos años. Mucho ha llovido. Y ahora mismo no puedes dedicarle tiempo.

— uizás en el futuro.

El cambio no fue nada fácil. En vez de mudarse a pocos kilómetros parecía que se hubieran trasladado al nuevo mundo. Les costó una semana calentar la casa, así que todos andaban constipados y envueltos en mantas. Victoria odiaba con

todas sus fuerzas el frío, le preocupaba sobre todo la niña recién nacida, Victoria.

Se pasaba el día tocándole los pies y tapándola.

Cada noche, antes de acostarse, para entrar en calor, se bañaba con agua hirviendo que le traían en cubos viejos.

La casa no estaba acondicionada, nada de lujos. Solete tuvo que hacer una lista de utensilios básicos que comprar. Faltaba de todo, solo en cosas de la cocina llenaba dos páginas. ue supiera leer y escribir había resultado muy útil, incluso para su marido. No le habían dejado mucho dinero y tuvo que reducir, muy a su pesar, al máximo los gastos para el Navazo. Nunca lo había pasado tan mal.

Incluso discutió con Rómulo varias veces por llevar a la niña cogida a la teta todo el día, aquello no ayudaba mucho.

Se exigían los tres mucho, y allí había también tres niños. Con aba en ellos, pero su prima y su marido eran igual de austeros y conservadores. Le preocupaba que nunca tuvieran su ciento dinero y estuvieran siempre ahorrando, sin darse ningún capricho. La austeridad empezaba a ser una losa para ella, quería ropa nueva para ella, pero sobre todo para sus hijos. Victoria hija llevaba faldones de chico de tiempos mejores.

¿Cómo podía ser que todo fuera a mejor y ellos anduvieran por la casa economizando con dos velas?

Habían trabajado mucho para lo poco que recibían.

Todos los textiles que había en la casa estaban mohosos y hubo que quemarlos en el patio. Trajeron de la casa del pueblo en una gran carreta mantas, sábanas, visillos, vajilla, cubiertos, ropa e incluso colchones. Los viejos se sumaron al fuego de la hoguera junto con la mayoría de muebles.

Aun así, había que comprar urgentemente paños, cubiertos de madera para cocinar, embudos, cuchillos, otra vajilla, sartenes, ollas, atizadores para la chimenea, mucha lejía, orinales, un sofá, dos butacas, un jamonero, palanganas, cuerdas, papel, sillas...

El trabajo dejó a todos agotados y arrepentidos de la decisión. El bebé no dejaba de llorar. Menos mal que Rómulo las reconfortaba y apoyaba en todo momento.

«Es pasajero, la casa estará vivida en poco. Tiene que hacerse a nosotros. Será un buen hogar». Rómulo nunca se quejaba, a pesar de su rudeza general tenía una cara amable para su familia, especialmente con su mujer. La adoraba. Sabía que Solete lo estaba pasando mal, solo tenían que tener un poco de paciencia.

Otra buena cosecha pasó y la vida en la casa mejoró. Poco a poco los símbolos de mejora fueron llegando: camisones y batas nuevas, ropa para los niños y sábanas nuevas.

Rómulo se había convertido en alguien imprescindible para Victoria. Siempre estaba donde lo necesitaba y sin acaparar su hueco. Le decía cuándo era necesario que saliera a caballo a ver cómo trabajaban o cuándo los jornaleros necesitaban una charla. Positiva o negativa.

A pesar de todo ello, los jornaleros, a su parecer, seguían tomándola por el pito del sereno. Era por ser una mujer. Victoria consideraba que era muy injusto. Se estaba esforzando y aun así creían que era débil cuando no quedaba ya nada de la Victoria de antaño, una joven desorientada e insegura de su lugar.

Ahora salía a cabalgar cada día, a pesar del peso de su vestido. Estaba repleta de vida.

Victoria pensaba que tenía que intervenir lo mínimo, que los hombres no se tomaban muy bien que fuera una mujer, y encima relativamente joven. Estaba convencida de que con el referente masculino que suponía Rómulo era más que su ciente. Al fin, la respetarían. Rómulo, sin embargo, creía que ella debía intervenir, su presencia infundía respeto, incluso, en algunas ocasiones, miedo.

Habían discutido varias veces con él al respecto.

—Deberías ir tú mañana, Rómulo, que es día de paga, y así a Vicente se le bajarán esos humos. Estoy cansada de que me ignore ese hombre, es que prácticamente ni me habla.

—Por eso mismo, Victoria. Será peor aún si ven que te retiras, que te escondes, será un triunfo para ellos. Tienen que acostumbrarse a tu autoridad, estás a punto de lograrlo. Casi no bromean ya a tu costa.

—No lo entiendes, siempre seré una mujer. La sociedad es así y esos hombres saben que no lo hago por gusto, sino porque me ha tocado en responsabilidad.

Un tenso silencio se hizo en la cocina. Victoria sabía que en el fondo Rómulo tenía razón, pero era tan tentador ver los problemas de lejos...

—Está bien. Yo misma repartiré los jornales. Diariamente. A las seis de la tarde, que lo sepan todos, que no me hagan esperar o no soltaré ni un cuarto.

Rómulo asintió. ¿Cómo no respetar a una mujer así? Todos acabarían viendo lo que él veía, a una mujer capaz e inteligente. Luchadora y trabajadora. Mucho más que su marido.

Así que allí estaba, de pie, bajo un sol de justicia, intentando descifrar el folleto del manejo del trillo. Como era la única que sabía leer y Solete se había descartado de la faena, horrorizada, pues, como de casi todo últimamente, tenía que encargarse sola.

Aquel trillo era un modelo nuevo, un portento de la ciencia que le había costado gran parte de su remanente.

Tenía que haberlo probado antes de verano y no dejarlo para el último momento, a la hora de hacer la siega. Había costado una fortuna y los hombres no sabían utilizarlo. Victoria intentaba modernizar el trabajo en el campo para aliviar el duro trabajo de los jornaleros. Aun así, estos seguían mirándola con reticencia. Recelaban de todo lo nuevo, incluida ella, y ahora de aquella inmensa máquina. Pero claudicarían.

Rómulo la miraba jamente rascándose el pelo sudado:

—Señora, déjelo, ya lo he intentado. No sabemos cómo diablos funciona...

Devuélvalo, no lo necesitamos.

Victoria levantó la cabeza seriamente. Si creían que se iba a rendir tan fácilmente es que no la conocían.

—Dejadme un rato sola, tengo que leer y concentrarme.

Los hombres se dispersaron, pero no se fueron muy lejos. Victoria estaba muy cansada, llevaba unos días que no se encontraba bien. No había sitio donde sentarse, pero le dio igual perder la compostura, se sentó en el suelo con su vestido, al borde del camino polvoriento. Le daba igual que le vieran los zaparos y parte del tobillo. Al cuerno con el decoro. El folleto tenía quince páginas y ni

un solo dibujo. Estuvo más de una hora descifrándolo. Se le clavaron varias piedras en el culo, pero ni se inmutó.

Los hombres veían cómo la mujer se levantaba de vez en cuando y examinaba el trillo con perspectiva, a veces, y de cerca, otras. Rómulo supuso que Victoria centraba su interés según el punto que estuviera leyendo. Parecía que entendía más que ellos. No tenía buena cara y hacía mucho calor. No había sombras.

Decidió ir a por el botijo, estaba demasiado pálida.

Basilio, uno de sus hombres, vino enseguida a buscarlo.

—¡Es increíble! La señora lo ha conseguido. Ya ha sabido cómo engancharlo.

Rómulo sonrió, no había nada imposible para su prima política. Cada día la admiraba, cómo había conseguido, despacio y sin pausa, hacerse con el control de todo. Los hombres, aunque aún con muchos prejuicios, la toleraban con un creciente interés.

—Bueno, pues vamos allá. Hay que esparcir las mieses en la era, vamos a probarla.

Victoria decidió volver a la casa hasta que todo estuviera preparado y hubieran trillado, tenía unas manchas de sudor en el vestido, bajo los brazos, inmensas.

Los vestidos apenas le duraban dos meses. Iría a ponerse al menos un sombrero.

Desgraciadamente, antes de llegar a la casa ya la estaban llamando de vuelta.

No tuvo tiempo de sentarse, pero sí de coger un sombrero de paja que había en la entrada de servicio. No importaba que no fuera suyo.

Cuando volvió a la era todos estaban contentos. El trillo funcionaba a las mil maravillas. Era muy grande, el doble que el antiguo, y las mulas lo arrastraban sobre la pava en círculos. Con sus inmensas cuchillas, separaba la semilla del trigo de la paja.

Victoria aplaudió junto a los hombres y sintió su aprobación. Conseguir su respeto había sido como las doce pruebas de Hércules.

Aquella tarde descansaría, ese maldito calor de justicia iba a acabar con todos ellos, no era normal.

No aguantó ni dos horas en la cama. Se volcó en el trabajo, ya no sabía estar ociosa. Tenía tantas ideas en la cabeza que le faltaban horas de día.

Los meses pasaban y ella seguía volviendo feliz, cubierta de polvo, al anochecer. Se sentía llena, satisfecha, no tenía tiempo para pensar. El Navazo nunca había funcionado tan bien como ahora. Había que estar a pie de campo, como decía Rómulo. Solete se encargaba de la casa, las criadas y la intendencia.

Era igual de eficiente o más que ella. Aunque no resultara tan visible, sin ella allí, ella no podría dedicarse al campo.

Se acercaba el invierno y había planeado hacer una roturación. Se había pasado el día eligiendo y marcando los pedazos mejores. Trabajaba mejor con el frío que con el calor. Todavía recordaba el día del montaje del trillo. Insufrible.

Cenaba siempre con su prima y su marido. Los niños cenaban por separado, antes y en la cocina.

El peor momento era al acabar, cuando subía a su cuarto. Intentaba dejar espacio a sus primos para no agobiarlos. Era el único momento del día en el que sentía algo parecido a la soledad. Esa

sensación que nunca la había abandonado desde que era una niña. Formaba parte de ella. La soledad de Victoria.

A pesar del madrugón de aquella mañana, Victoria no conseguía conciliar el sueño debido a la emoción.

Había sido un día francamente duro y estaba cansada, pero el corazón le latía a mil por hora. Ese día había comprado por n las dos mulas y el carruaje que tanto tiempo llevaba aconsejando Rómulo que adquiriera. Era mucho dinero y ya hacía tiempo que habían recortado todo lo posible, solo comían carne cuando había muerto algún animal y lavaban los platos con el jabón de la grasa de los animales. El resto de la casa, con el vinagre de la hacienda. Se estaban autoabasteciendo. Cortar de aquí, de aquí y de aquí...

La verdad era que habían ahorrado una suma considerable, y aun así se sentía reticente a despilfarrarla. Tenían que ser precavidos y sentía que aquel colchón era sinónimo de seguridad. Siempre había una cosecha mala, algún tejado que arreglar o más animales que comprar.

Pero Solete tenía razón, tampoco podían seguir viviendo así. La compra de las mulas era necesaria, y para ser su primera vez había estado hábil en la negociación, tenía que reconocerlo.

Lo había hecho ella sola, sin Rómulo, y aun así había conseguido llevárselo todo y no soltar ni una peseta. Lo pagaría con la próxima recolección. Después de años, les volvían a ar. Lo había conseguido.

El Día de Todos los Santos se había convertido en una fecha muy señalada.

Más importante que Navidad, más que la Semana Santa. Era el día en que Victoria recordaba a sus seres perdidos. Durante el año, con tanto trabajo, caía cada noche rendida en la cama, apenas podía pensar en ellos. Y eso le gustaba.

No estaba triste, no tenía miedo.

Solo tenía que volcarse en ellos aquel día, el 1 de noviembre.

Ese día las campanas de cada pueblo y ciudad tañían lúgubrementemente . Todo el pueblo acudía al cementerio a visitar a sus seres queridos. Muchas mujeres iban con sillas en la mano y pasaban todo el día allí. Todo ello, aunque sórdido, reconfortaba a los vivientes.

Victoria puso un plato a Julio, a Manuel y a sus padres en la mesa. Comió lentejas, sola, en una mesa vacía, pero puesta para cinco comensales. uiso comer sola con su familia perdida, a pesar de las protestas de sus primos.

Aquellos eran los comensales más importantes que había tenido en su vida.

Miró el plato de Julio, también lo echaba de menos, a pesar de no tener del todo un buen recuerdo de él, daría lo que fuera porque estuviera allí. Nunca pensaba en él, hacía ya mucho tiempo que había dejado de rondar por su cabeza. Se sintió culpable por no pensar nunca en él y sí en su hermano.

Sintió una punzada en el pecho al pronunciar en voz alta en nombre de su hermano.

«Manuel...».

Aquel nombre, la imagen de su cara en su mente, la perturbaba. Eran una gran espina clavada en la palma de su mano. Nada que ver con lo sentía al recordar a Julio.

No conseguía superar la muerte de su hermano. No había podido despedirse de él, ni siquiera había podido averiguar lo que había pasado con él, sus últimos días. Jamás tenía que haber dejado que Julio le prohibiera ir a Madrid.

Rio sola en la mesa mientras se levantaba a quitar los platos.

«ué costumbre tan deprimente», dijo en voz alta.

No comprendía a su antiguo «yo», cómo había dejado que Julio se hiciera con ella en tan poco tiempo. No aceptaba órdenes de nadie desde hacía mucho tiempo. Y que aquella ingenua Victoria ni siquiera presentó más batalla que un portazo. Casi que le hacía sonrojar su actitud infantil.

La casa estaba impoluta, la habían reformado de arriba abajo y construido un gran anexo para la familia de Solete. Los días de bonanza habían llegado para quedarse. Víctor estaba matriculado en el mejor colegio de Albacete.

El día anterior ella misma había ido a preparar el panteón con Paquita, la criada, y Solete: los broncecillos brillaban después de bruñirlos y lucían engalanados con crisantemos morados, gladiolos y margaritas. No puso claveles porque no le gustaba la combinación de colores.

El panteón estaba espectacular, ese día todo el mundo se paró a saludar y todos querían entrar a ver el panteón de los Peñarrubia. Victoria había decidido enterrar a su difunto marido en su propio panteón, en vez de con desconocidos Gabaldón en Valencia, donde estaban los padres de Julio enterrados. Aquello había sido una gran decisión.

Todos querían acercarse para saludarla y mostrar sus respetos. Victoria era casi una leyenda. La joven viuda rica que había hecho lo imposible, más de cincuenta familias dependían de ella.

A Victoria toda aquella gente la incomodaba, pero se mostró educada, aunque sabía que dirían de ella que era una mujer fría. Lo que pensarán los demás de ella le daba igual, había sido la huérfana, la viuda, la hacendada...

Como si fueran personas distintas.

Paquita volvió cargada con una banqueta que le habían dejado y pastelitos de boniatos, muy típicos ese día.

—Coma un poco, se encontrará mejor —le aconsejó su el Paquita. Para estar a uno de noviembre, hacía un calor de justicia.

—Gracias, Paquita, pero no me hace falta, daré un paseo con Solete para devolver el saludo a las

familias que conocemos. Solete, he tenido una idea, no sé si es algo descabellada.

—¡Seguro! Te creo capaz de todo. —Y Solete la agarró con el brazo, entre risas.

Era el momento de mayor esplendor social del pueblo. Los jóvenes volvían de la ciudad, los mayores salían de sus casas, todos tenían anécdotas que contar o ores que colocar. Debería ser un día triste, pero no lo parecía por las sonrisas de sus paseantes.

Victoria se rearmó en su idea.

—Solete, ahora que todo va bien, que la hacienda funciona casi sola, gracias a ti y a Rómulo, tengo un asunto pendiente.

—No me digas que tienes un novio escondido y te vas con él. —Solete le sacó una lengua, le gustaba tomar el pelo a su aburrida prima. Todo el día igual, solo descansaba para dormir.

Victoria rio la gracia. No estaba para esas cosas. Ya llevaba varios años siendo viuda y pensaba seguir así hasta el final de sus días.

—No, tengo que hacer algo más importante, tengo que trasladarme una temporada a Madrid. No sé cuánto tiempo.

—¿A Madrid?, ¿qué se te ha perdido allí?

—La verdad, se me ha perdido la verdad. Siento que no he cumplido con mi hermano. Tengo que saber qué pasó.

—Es una locura, se suicidó. Ya está. Han pasado demasiados años, y la policía no investigó más.

—Puede ser, pero tengo que hacerlo, cada día pienso más en ello, en vez de menos. Tengo una corazonada.

—No hay problema, sabes que con nosotros todo estará controlado. Si te necesitamos, te haremos llamar. Has trabajado mucho, puedes hacer lo que quieras. Como si visitas las pirámides. Siempre te apoyaremos.

Victoria asintió pensativa, ya no estaba allí con su prima. No la estaba escuchando, sino buscando los hilos de los que tirar.

Y solo quedaban dos a los que pudiera acceder: la policía y su antigua novia, aquella Manuela. Era poco, muy poco. Manuela seguramente no habría vuelto a ver Manuel desde antes del desastre de Cuba. Y Julio ya había hablado con la policía.

Aun así, sintió que debía partir lo más pronto posible.

Capítulo 12

En la comisaría de las Ventas, literalmente, la ignoraron y tomaron por pesada.

Victoria resopló indignada.

—Necesito saber qué le pasó a mi hermano, hablar con el inspector del caso.

—Me ha dicho que su hermano se llamaba Manuel Peñarrubia y que se suicidó, ¿hace cuánto? ¿Seis años?

—Algo menos.

—Ya, señora, mire, no podemos perder el tiempo. Eso fue hace mucho tiempo.

—No tanto, alguien por aquí se acordará.

El hombre, resoplando de indignación, chilló:

—¿Alguien de aquí sabe algo de un suicidio en las Ventas hace seis años?

—Hombre, suicidios allí, un montón, como no seas más especí co.

—Manuel Peñarrubia —siguió chillando el hombre—. Esta señora es su hermana.

Se hizo silencio en la sala mientras todos hacían memoria.

—¡Yo! Yo lo recuerdo.

Un hombre entrado en carnes, sudoroso, se levantó y se acercó a ellos.

—¿En serio? —dijeron a la vez el policía y Victoria, atónitos, el hombre lo había hecho sin esperar resultado, para librarse de aquella mujer.

—Sí, soy el subinspector Ibáñez. —Le estrechó la mano—. Lo recuerdo bien porque lo llevaba el antiguo comisario Pedroche. Aquel fue su último año y tuvo problemas con esos dos inspectores, ¿los recordáis? ¡Los gemelos de Gobernación! —El policía resopló.

—Sí. No son gemelos, estúpido, un poco de respeto hacia los compañeros. Son primos. Recuerdo que se llevaron a una testigo.

—Y esos policías de Gobernación, ¿recuerdan ustedes sus nombres o por qué estaban investigando ese caso?

—U, pues parece ser que ese caso estaba relacionado con uno que investigaban directamente desde el ministerio. Pero nunca se supo nada, cerrarían el caso sin relación.

Victoria se dirigió al subinspector que había sido tan amable de ayudarla.

—Muchas gracias, me ha sido de gran ayuda. ¿Recuerda algo más del caso?

—Sí, fue un suicidio. No hay que darle más vueltas, lo único raro era que el tiro se lo había dado en las tripas. Lo normal es que sea en la cabeza.

Su hermano sufrió. Aquello no era muy congruente, nunca había tenido un buen umbral del dolor. Si se suicidaba, lo lógico hubiera sido en la cabeza.

Los hombres la miraron comprensivos.

—Seguro que López y López pueden ayudarla más que nosotros, puesto que estaban muy interesados en el caso. Metieron sus narices en todos los sitios hasta tocarnos los cojones a todos. Seguro que ellos tienen el informe más completo.

Victoria levantó las cejas por lo de López y López, parecía que le estuvieran gastando una broma o mofándose.

Los miró con intensidad para asegurarse. Pero no, no se reían.

—Muchas gracias, así lo haré. También me gustaría visitar el lugar donde murió la semana que hará justo seis años, el 12 de mayo.

—No es aconsejable que vaya sola. Y si lo hace, por supuesto, hágalo a media mañana. No tiene pérdida, es en la parte baja del riachuelo de las Ventas, justo donde hace el camino un recoveco. Solo tiene que seguirlo y salirse a la derecha cuando vea un chopo muy alto.

Era un campo sucio, poco cuidado, pero, aunque debiera, no era lúgubre.

Victoria sintió un escalofrío, aquel lugar de noche, a buen seguro, era una pesadilla. No le cabía la menor duda de que sin los bellos rayos de luz que caían en aquel momento ese lugar, más que lúgubre, sería tenebroso. No le había costado mucho encontrar el sitio señalado, entendía por qué era un lugar concurrido por la gente que quería acabar con su propia vida.

Miró el árbol y se decidió a tocarlo. Era un sentimentalismo tonto, pero no pudo evitarlo. El último lugar donde estuvo su hermano.

—¿Victoria? —Una voz femenina desconocida la sobresaltó.

Victoria vio a una joven, guapa, de pelo castaño, que llevaba un ramo de ores entre las manos.

—Disculpe, ¿la conozco?

Era extraño encontrarse con alguien en un lugar así. Justo ese día, en un aniversario tan señalado.

—No directamente, pero soy Manuela. Hace años iba a casarme con Manuel.

Victoria tuvo que hacer algo de memoria, la había pillado con el pie cambiado. Descontextualizada.

—Sí, claro, Manuela. Justo iba a volver a la comisaría a ver si podían darme sus señas.

—Vengo cada año, y cada vez me preguntaba si alguna vez usted vendría.

Cuando la he visto me he asustado, creía que era un fantasma. Pero luego, al ver su cara... Esa

cara es inconfundible, se parece muchísimo a su hermano. El parecido es asombroso. Manuel no me lo había contado.

—Sí, lo sé. Dos gotas de agua.

Manuela aprovechó un silencio en la conversación para dejar el ramo a los pies de árbol.

Las dos miraron la colorida ofrenda oral. No pegaba con el decorado, pero atrajo sus miradas, como un imán, unos minutos. El último lugar donde había estado Manuel.

Manuela escudriñó de re lón a Victoria. Se había llevado un buen susto, eran idénticos. Manuel siempre tuvo un semblante algo afeminado. La misma mirada profunda, los mismos ojos... Iba vestida aún de riguroso luto, impecable, con un broche de brillantes en forma de *bouquet* sujetando su abrigo en el hombro izquierdo. Habían pasado demasiados años. Le consoló ver que no era la única que no conseguía superarlo.

Se había planteado buscar a Victoria para hablar con ella, pero no esperaba encontrársela allí. Había sido tan fácil, el destino las había unido.

—Victoria. ¿Puedo llamarla así? Tengo mucho que contarle.

A Victoria no le gustó que la tuteara por su nombre, pero quería ser educada, por respeto a su hermano y al lugar donde estaban.

—Claro.

—Habrá hablado con la policía, ¿no es así? Le habrán dicho que ha sido un suicidio, ¿no?

No entendía por dónde quería ir aquella mujer.

—Sí, fue un suicidio.

Se acercaba el mediodía, el sol subía con todo su esplendor. Victoria esperaba poder irse ya o destrozaría otro vestido.

—Le mintieron. No se suicidó.

No se lo esperaba. Victoria se quedó de piedra. La miró con los ojos bien abiertos, esa mujer podía estar completamente loca, estaba allí, llevando ores a su hermano cuando hacía años que no tenía ninguna relación. Pero, por otro lado, ella también estaba allí, así que no pudo evitar sentir empatía por aquella joven. Al fin y al cabo, era obvio que había querido a su hermano, habían pasado años y ella seguía visitando aquel lugar. Aun así, tenía que mantener las distancias.

—¿Y usted cómo lo sabe? Hace años que no se veían.

—No, nos veíamos ocasionalmente. ¡Oh, no! —Manuela se apresuró a negar al ver la cara de Victoria—. No estábamos juntos. Verá, yo trabajaba en el Kursaal, un teatro de variedades que su hermano solía frecuentar con sus amigos y con su primo Carlos. Era pitillera. —Manuela levantó la mirada con orgullo, desafiante ante frente a los prejuicios que esto pudiera levantar a Victoria.

—¿Lo vio poco antes de morir?

—Sí, pero no hablé con él. Los seguí.

—¿Los siguió? —Victoria no entendía nada, aquella mujer debía de estar completamente mal de la chaveta.

Manuela se acercó y la cogió por el brazo. Se lo estrujó, asustando a Victoria.

—Sabía que algo le pasaba. No quería hablar conmigo, pero estaba muy desmejorado. Y me había dicho que estaba enamorado. Me avergüenza decírselo, pero me sentí celosa y decidí averiguar quién era aquella mujer. Al

principio, pensé que sería una joven, parecida a como era yo al principio. No me juzgue mal, por favor, gracias a ello tengo valiosa información sobre la marquesa.

—¿Ué marquesa? —inquirió Victoria.

Manuela no quería hacer daño a Victoria con la información, pero tenía derecho a saber la verdad.

—Una señora casada, muy poderosa, la marquesa de Culgas. Tengo miedo, solo por contarle esto podían acabar conmigo. —Manuela se acercó y cogió a Victoria por el brazo—. Su marido es muy inuyente, un mal bicho, cuentan, tiene comprada a la policía e incluso a funcionarios del ministerio. ¿Lo comprende? Lo han ocultado todo, no quieren que se sepa nada. El asunto está para ellos olvidado y enterrado. Hubo unos policías, intentaron tirar de los hilos, pero todo quedó en *na*.

—No comprendo nada, usted no está bien. ¿Cómo iba a estar mi hermano con una mujer casada? ¿Y qué tiene que ver con el suicidio?

—Manuel no se suicidó. Fue un duelo con pistolas. Se enfrentó al marqués directamente, uno de los mejores tiradores con una gran experiencia en este tipo de enfrentamientos.

—¿Un duelo? ¿Pistolas? —No sabía qué pensar, ni siquiera podía reaccionar.

Manuela se dio cuenta de su aturdimiento.

—No he debido contarle la verdad, aquí, en este sitio. La impresión ha sido más fuerte en un lugar lúgubre, donde mataron a su hermano.

«Mataron», no se suicidó. Victoria solo podía pensar en eso. Casi lo prefería así, al menos tenía más sentido. Por un momento, se sintió más liviana, agradecida a la vida, como si aquello fuera una gran noticia. Además, a ojos de la Iglesia, aquello lo cambiaba todo, podría encargar las misas como Dios mandaba y enterrarlo con la familia. Había conseguido que lo enterraran en el cementerio, pero en un lugar apartado. Podría descansar con sus padres. No era un suicida. El cielo estaba abierto para él.

Victoria sintió como si una fuerza primigenia se apoderara de ella. Nunca se había sentido más

fuerte ni más decidida. Ni al levantar el Navazo desde la ruina. Era una sensación extraña, como si no necesitara comer ni dormir.

Como si pudiera vencer a cualquiera. Ni siquiera al tomar las riendas del campo se había sentido tan llena de energía. Su mundo había hecho crac, pero para dar sentido a todo. Habían pasado años, pero ahora era cuando se daba cuenta de todo lo que había sufrido por su hermano. Nunca lo había superado realmente, ahora empezaba a hacerlo, por lo visto. El duelo había sido tan hondo que ni siquiera había podido enfrentarse a él. Era como si se hubiera visto obligada a avanzar a tientas. La muerte de su marido simplemente había sido dolorosa y la había interiorizado como necesaria. La de su hermano no había sido asumida.

Victoria pasó unos días meditando sobre todo ello. La información era confusa. No podía dar tampoco una gran credibilidad a Manuela. Parecía muy afectada, casi febril. Con un punto de locura. Había algo extraño en aquel ritual para recordar a su difunto novio. Habían pasado demasiados años y hacía tiempo que no eran novios.

Por otro lado, Manuela le inspiraba lástima, era inofensiva. Y se notaba que había querido a su hermano. Eran las únicas que lo recordaban.

Victoria esperaba no acabar como ella, desesperada y obsesionada. Aun así, había trazado un plan para arrojar algo de luz en toda aquella macabra historia.

El comisario Matías López llegó cansado a su despacho en el ministerio.

Aquello resultaba cómico. Cansado de no hacer nada. Odiaba la burocracia de su trabajo, pero, por otro lado, le encantaban el sueldo y la comodidad de su plaza. Al principio, creyó que desde allí podía hacer mucho más. Se podría cambiar las cosas y que llevaría casos de gran relevancia, pero había sido un soñador. Siempre le habían parado los pies. Y no siempre desde más arriba, a veces también desde más abajo.

Si no tenías la ayuda desde abajo, no se podía trabajar. Si no tenías la de arriba, no tenías la autorización.

Sin embargo, su mujer y su hijo vivían felices, mucho más que cuando estaba en la comisaría. Además, tenía la ayuda incansable de su primo, que había vuelto a investigar en las calles, cansado de tanto fracaso.

Le sorprendió ver a una joven señora esperándolo delante del despacho.

No paró pensando que estaría esperando a alguien, nadie lo visitaba.

—Disculpe, ¿comisario López? ¿Matías López?

Este giró, sorprendido, aún con las llaves en la mano. Estudió a la mujer. Era bella, con un rostro franco, limpio. Como si fuera transparente. Llevaba un vestido de gasa azul oscuro con un sombrero pequeño con ores del mismo color. Se notaba que era una mujer adinerada, pero a su vez sencilla. Por su mujer, y la fortuna que le costaban, sabía mucho de vestidos. Su mujer diría

que aquella mujer no era de ciudad, y seguramente tendría razón. Sin embargo, era so sticada y tenía un porte que podría reconocer a la legua. Su melena, negra como el carbón, estaba recogida en un moño sencillo.

Tenía algunas arrugas en la frente y en la comisura de los ojos; aun así, era la mujer más atractiva que hubiera visto nunca.

Sus ojos parecían hacer el mismo análisis de su persona y Matías no pudo evitar sonrojarse, como si lo hubiera pillado haciendo algo inadecuado.

—Soy Victoria Peñarrubia, no me conoce, pero años atrás se entrevistó con mi marido, Julio Gabaldón, por la muerte de mi hermano Manuel. —El inspector, que aún no había abierto la boca, dejó caer su maletín al suelo. Al no pronunciar palabra, Victoria prosiguió—. Mi hermano Manuel apareció muerto en Madrid, cerca del riachuelo de las Ventas.

—Sí, claro, por supuesto, sé quién es usted. Me ha pillado sorprendido. Fue un caso muy importante para mí.

Victoria sonrió abiertamente, reconfortándolo.

—Me dieron sus señas en la comisaría, he venido para hablar con usted, para que me cuente todo lo que pasó. Mi marido, que murió hace unos años, poco me contó sobre el asunto, no quería preocuparme. Yo no estaba en mi mejor momento. He venido a Madrid desde Casas Rojas con la idea de instalarme un tiempo hasta averiguar todo lo que pueda sobre mi hermano.

—Por supuesto, pase a mi despacho, nos llevará mucho tiempo. Desde luego, ha venido al lugar indicado. Si llego a saber de su interés, yo mismo la habría visitado o escrito.

—Gracias, comisario.

—Llámeme Matías.

Le salió de dentro que aquella mujer lo tuteara, le había caído bien desde el principio. Seguro que ella también podría ayudarlo, estaba seguro de que la imagen que se habían hecho de Manuel no era del todo correcta. No se habían entrevistado con ningún familiar cercano. Su exnovia, algo alterada, no había conseguido de nir bien su carácter. Y no tenían relación desde hacía muchos años. Y allí estaba ella. Y al verla supo que lo que sabían de Manuel no encajaba.

En un principio, habían barajado que había formado parte de la banda del marqués y que luego, quizás, se habían querido deshacer de él. Luego, tras las pistas de Manuela y la conversación con Julio, pensaron que era un chico malcriado y adinerado que se había metido en problemas, que frecuentaba malas compañías.

No habían podido con rmar que tuviera un idilio con la marquesa y que por ello lo hubieran matado. Aquella era la última hipótesis, sin embargo, su con dente había jurado que la mujer del marqués estaba constantemente vigilada y que su conducta era intachable. Si aquello hubiera sido cierto, no le habrían pegado solo un tiro. Ese era el menor castigo que se podía aplicar por tocar a la mujer del marqués. Cuando eran cosas personales, siempre los torturaban primero. O eso

pensaban hasta que desde arriba desmontaron toda la investigación. El con dente era un borracho que diría cualquier cosa. Con un gran historial como traperero.

No era la primera vez que su con dente mentía por dinero, aquello era cierto.

Lo detuvieron y lo metieron entre rejas. Se llamaba el Pichón. No sabía quién había dado la orden ni cómo habían podido multiplicarse los cargos. A raíz de todo ello, Matías cogió una leve depresión. Sus colegas se habían reído de él. De sus ínfulas por escalar. De su credibilidad. Y lo habían apartado y cambiado con deshonor hasta siete veces de despacho.

Pero Matías había sabido remontar y recomponerse gracias a su mujer y a su familia.

Si podía ayudar a aquella joven, lo haría. Tardó más de tres horas en contarle todo lo que sabía del caso y por qué habían cerrado la investigación como suicidio.

—Nosotros, bueno, mi primo y yo no creemos que fuera un simple suicidio.

Llevábamos meses investigando al marqués y nuestro con dente nos avisó de la muerte de su hermano por un duelo. Sin embargo, el Pichón fue desprestigiado y encerrado entre rejas con mucha insistencia, desde arriba. No pudimos hacer más. —Levantó la cabeza y miró a Victoria francamente, como si se quitara un peso de encima—. Lo siento mucho, de verdad, señora. Ojalá pudiéramos haber llegado más lejos.

—No se preocupe, ya es mucho lo que ha hecho y lo que me cuenta. Gracias a ello puedo entender la mala impresión que se llevaron de mi hermano, es injusto. Era una de las mejores personas de este planeta. Un soñador, un buen chico, que haría cualquier cosa por la gente que quería. Éramos su talón de Aquiles, los que lastrábamos su fuerza y libertad. Como cuando se tuvo que ir a Cuba, ahí nos demostró a todos que no era un señorito mimado y cuánto nos quería. El estado en que volvió fue algo lamentable y triste. Vino a trozos, pero sin partirse, como un pollo al que le hubieran pegado golpes secos con un gran cuchillo. Golpes que destrozan, pero no llegan a separar las extremidades. Así volvió. Pero había mejorado, se estaba curando las heridas. Había dejado de beber.

—Pero usted no lo había visto en meses, ¿no?

—No, pero estábamos muy unidos. No entiendo por qué mi marido le dijo lo contrario, francamente. Hubo un tiempo en que fuimos una sola persona. No sé si eso le ha pasado a usted con alguien. No teníamos a nadie más. Sé cómo pensaba. Y le puedo decir que solo había una única cosa que podía acabar de verdad con él.

—¿Cuál?

—Como dicen ahora en los cuplés: «el querer». El amor.

Luces, iluminación. A Victoria le había costado armarse de valor para entrar en un local nocturno como el Kursaal. No podía dejar de mirar las bombillas y las farolas. Sentía que estaba en un lugar mágico, cálido. Parecía, y era, una paleta de pueblo. Era precioso, pero un costoso despilfarro.

La sala estaba repleta y nadie parecía estar impresionado por la luminosidad.

Para la gente de ciudad aquello era algo normal. Para ella, criada en el pueblo y en el campo, resultaba milagroso. Siempre apurando los rayos de sol. Salir por la noche era arriesgarse entre la inmensa negrura. La mayor parte de las caídas y tropiezos se producían a horas intempestivas.

Pero allí estaba toda esa gente, disfrutando del aire libre, sin preocupaciones.

Estaba tan impresionada que apenas se dio cuenta de cómo la miraban los caballeros hasta que uno se levantó y le interrumpió el paso.

—¡Buenas noches, señorita! ¿Le gustaría tomarse algo? La invito.

Victoria lo miró asombrada.

—¿Lo conozco?

A lo que el joven respondió con el eterno cliché.

—Lo dudo mucho, sin duda me acordaría de alguien tan bella.

En vez de sonrojarse, Victoria lo miró desafiante. No se dejaba intimidar.

—Gracias, pero no he venido a quedarme. Y soy señora, gracias.

Esto lo dijo mientras se giraba, eliminando el contacto visual para cortar la conversación.

Manuela la vio enseguida. Se había creado un pequeño escándalo y se oían murmullos. Era la mismísima Victoria Peñarrubia, vestida de día, abriéndose paso entre las mesas. Le faltaba una sombrilla. Vio cómo se levantaban las miradas de los hombres y Victoria les respondía con una sonrisa desafiante.

Estaba guapísima, a pesar de no pegar ni con cola. Se había quitado el sombrero y lo llevaba cogido de la mano. Mostrando su suave cabello negro que llevaba esta vez semirrecogido. Tenía un porte distinguido, impactante.

Manuela supo que no estaba allí por casualidad, así que fue a su encuentro.

—¡Hola, Victoria! ¿ué haces aquí?

Victoria se sonrojó al ver a Manuela. Su vestimenta era totalmente indecorosa.

¡Esos colores! ¡Dios bendito! Pobrecita. Hasta dónde le había llevado el destino.

Después de dejar a Manuel, sin duda, no había levantado cabeza. Su falda tenía muy poco vuelo, se intuían con descaro las piernas, era algo insólito. Pero lo más grave era su aspecto, estaba demasiado delgada, se le marcaban todos los huesos

de la cara y su tez era algo amarillenta. Unas enormes ojeras se habían apoderado de su rostro

dándole una triste mirada.

Manuela la miró avergonzada, como si fuera plenamente consciente de sus pensamientos. Intentó ser educada.

—¡Manuela! ¡Vaya lugar! Es exótico. Me escandaliza y atrae al mismo tiempo.

Es una sensación extraña. Aquí no debes aburrirte.

—Es bastante entretenido, la verdad —Manuela sonrió con timidez—. ¿Ué hace usted aquí?

—Por favor, tutéame. Es la única forma que tenía de encontrarte, no me diste más señas. He estado hablando con uno de los policías de Gobernación, Matías López, uno de los hombres que me indicaste. Ha sido de mucha ayuda, la verdad.

—¿Me crees, pues?

Victoria la miró a los ojos.

—Por supuesto, te creo.

Manuela suspiró y dejó caer los hombros. Unas lágrimas enormes inundaron sus ojos. Estaba emocionada.

—¿Estás bien, Manuela? —Victoria la sujetó por el brazo.

—Sí, sí, gracias. Es solo que tantos años con esta cruzada, y nadie me hacía caso. Y a veces puedo resultar pesada con el tema. ¿Lo entiendes? Pero es que está en mi cabeza.

—Perfectamente. Y he estado pensando; tengo un plan y necesito tu ayuda.

—¿Un plan?

—Sí, he estado pensando que tenemos que entrar en la casa de los marqueses de Culgas. Es la única forma. Pasar una temporada allí y averiguar todo lo que podamos. Tienes que hacerte pasar por su criada, yo te daré referencias y te cogerán, seguro.

—¿Criada? —Manuela se sentó derrotada en una silla, aun a riesgo de que la despidieran.

—Es imposible, Victoria, no sé cómo no se me ocurrió a mí al principio.

Ahora no puede ser. Allí me conocen todos, desde el mayordomo hasta la cocinera. Me he dedicado a armar escándalos puntuales para que se sintieran

culpables. He estado en esa casa un montón de veces. Una vez incluso me retuvieron durante horas. No me dejan ni acercarme a la casa. Despidieron a una de las criadas, Anita, por ayudarme.

Ahora fue Victoria la que se dejó caer en la silla.

—Pues no veo cómo podemos seguir. Era el único camino. Llevo días pensando. Es la única forma de que podamos averiguar la verdad. La respuesta a nuestras preguntas está en esa casa.

Las dos se quedaron calladas entre el bullicio.

Victoria se levantó súbitamente de la silla con decisión.

—Pues si tú no puedes ser, tendré que ser yo.

—¿Usted? ¿De criada? Eso es imposible. No está hecha para eso. Usted no va a poder servir. Es duro y no está acostumbrada.

—Lo haré. He trabajado de sol a sol en el campo y me habían dicho demasiadas veces que no iba a ser capaz. He sorteado todo tipo de obstáculos, este será uno más. Será duro, pero lo conseguiré. Es una pena que no sepa cocinar bien, porque hubiera preferido de cocinera.

—Hasta llegar a ser cocinera una suele estar muchos años al servicio en las cocinas. Empezando por fregona. No creo...

—No, de fregona no.

Y las dos soltaron una risa algo forzada.

Era un plan descabellado, pensó Manuela. Victoria iba a durar a lo sumo dos días. Era altiva, orgullosa y creía que podía hacer cualquier cosa en la vida. Se iba a dar de bruces con la realidad. La realidad de la mayoría de personas.

Manuela llamó a la puerta de la congregación. Estaba muy nerviosa. Apenas había podido pegar ojo. Había soñado con la marquesa. En el sueño era una gura alargada inalcanzable, por más que le chillaba, ella ni siquiera la oía.

Aquella mujer era la causante de la muerte de Manuel y vivía tan feliz, en su palacete, como una princesa, sin remordimientos de conciencia. Sabía que era una mujer despiadada, sin corazón.

Una monja regordeta abrió la puerta y la miró con jeza. Manuela llevaba una pequeña y roída maleta.

—No sabía que hoy recibíamos novicias —soltó en un tono a lado.

—No lo soy. He venido a visitar a la señora Victoria Peñarrubia.

La mujer, de avanzada edad, la miró de arriba abajo con desaprobación. Si hubiera querido insultarla, no lo habría hecho mejor. Manuela odiaba esas miradas de superioridad a las que no conseguía acostumbrarse.

—Dirá a la respetada viuda de Gabaldón.

— ue yo sepa es la misma persona, madre.

Intentó sonar en el mismo tono desagradable que ella.

La monja suspiró y se apartó para dejarla entrar.

—Sígueme.

El convento no parecía tal, era más bien una gran casa señorial, con un jardín repleto de tiestos y un precioso patio interior. Subieron unas preciosas escaleras de mármol y recorrieron un largo pasillo vestido con una tullida alfombra granate.

No se cruzaron con nadie en el camino.

Por fin la monja se detuvo frente a una puerta que daba a otras escaleras.

Llamó con la palma de la mano.

Victoria abrió la puerta ella misma, estaba esperando a Manuela, impaciente, y había dado órdenes de que la condujeran directamente a sus aposentos.

—Muchas gracias, madre. Luego la acompañaré yo misma a la salida, no es necesario que se preocupe por nosotras.

Pero estaba claro que la mujer veía aquella reunión como inusual, casi como clandestina.

—Les subiré más tarde una merienda.

—No será necesario. Pero que no nos interrumpen.

La monja la miró inquisitiva. Aquel huésped era completamente inusual. La congregación acogía y cuidaba de viudas de buena familia. Generalmente necesitaban una gran atención. Pero aquella mujer hacía y deshacía a voluntad.

La otra noche, incluso, para disgusto de la madre superiora, había salido después de la cena a hacer una visita. Había sido un escándalo. La madre superiora, Aldonza, había dado incluso un portazo, algo impropio de su carácter tranquilo. Todas andaban revolucionadas, y ella, sor Águeda, más aún. Quería

averiguar qué se traía entre manos. Las referencias de Victoria eran intachables, venía recomendada por el mismísimo obispo de Cuenca. El padre Damián, que la había instalado, le había relatado su historial de infortunios. Y cómo había logrado salir de la miseria sola para convertirse en una de las mayores terratenientes de Castilla. Había ayudado a la congregación con una gran suma.

Así que todas sentían curiosidad por ella. Sin embargo, aquella reunión, con una mujer que parecía una doncella, a solas... Algo estaba pasando. En Madrid había corrido la voz sobre su persona como la pólvora. La viuda rica terrateniente manchega. Un misterio acrecentado por sus negativas a aparecer en sociedad.

Había recibido cientos de invitaciones, incluso a través del padre Damián. Pero la viuda las había

rechazado todas por escrito. Sor Águeda no sabía qué pensar sobre ella.

—Por supuesto. —Y lanzó una media sonrisa mientras cerraba la puerta.

Manuela no se atrevía a soltar su maleta. La tenía cogida con fuerza por el asa.

Le daba vergüenza enseñar su contenido a Victoria.

—¿Y bien? Enséñame mi nueva ropa.

Manuela titubeó, había cogido sus mejores prendas. Los dos vestidos más decentes. Miró a Victoria y su lujosa ropa hecha a medida. Aquello iba a ser difícil.

Pero todo aquello era por Manuel. Conseguirían hacer justicia.

Esparció el contenido por encima del sofá.

—Son dos conjuntos, de diario, en la casa te darán un uniforme de doncella que deberás cuidar y llevar impoluto. Tienes que elegir uno para tu llegada, yo optaría por el azul a cuadros. Es sobrio y decente. Si vas demasiado pobre, nunca te cogen. Debes estar a la altura de lo que esperan en la casa.

—Entiendo, en el pueblo no es así. Aquí son más estirados.

—Los padres de la marquesa son ingleses, así que en esa casa son muy estrictos con el servicio. Tienen un mayordomo al estilo inglés que ostenta todo el control, y no un ama de llaves o una cocinera. Se llama Francisco. Lo recuerdo bien de mis encontronazos en la casa. Son muy estrictos con el protocolo.

—No sé nada de protocolo inglés. Supongo que será lo opuesto al protocolo manchego. No llamaré la atención tanto como crees, soy bastante de pueblo.

Victoria rio su propio chiste, que Manuela no pareció entender. Pero sí que lo había entendido.

—Pero rica.

Manuela se arrepintió de su osadía. Victoria la miró con interés.

—No siempre lo hemos sido, y justamente tú lo debes de saber bien. No te gustó precisamente nuestra época de vacas acas.

Impertinencia por impertinencia. Victoria sabía jugar bien, pero a juzgar por la cara de la pobre Manuela, aquel comentario había sido demasiado. Decidió correr un tupido velo.

—Vamos allá, llevaré el vestido que me sugieres. Espérame aquí mientras me lo pruebo.

Victoria apareció exultante, aquel juego le divertía. El vestido le venía corto, pero aun así le quedaba bien. Era la típica mujer que se podía poner cualquier cosa sin problema. Manuela pensó que su porte distinguido iba a ser un problema, pero mucho más lo sería su mirada desahogada ante. No

iba a poder encajar, ni resistir estar entre las clases más humildes. Manuela siempre había creído que la línea entre clases era tenue, solo se debía al dinero. Se podía cambiar de clase; tanto de abajo para arriba como al revés. Ella misma, si se hubiera casado con Manuel, sería ahora cuñada de aquella mujer. Sin embargo, ahora que la veía, pensó que quizás no era así, que siempre había estado equivocada. ue la separación entre clases era intrínseca.

Aquella mujer siempre sería distinguida, con o sin dinero.

—Perfecto, pero no puedes llevar ese peinado, Victoria.

Victoria se tocó el pelo recogido.

—¿Por qué?

—Es demasiado so sticado, resulta imposible que te lo hayas hecho a ti misma.

—Me peina cada mañana mi Adelita.

—Pues Adelita no estará allí cada mañana.

—Pues entonces va a ser complicado. No sé peinarme. Como no quieras que vaya con el pelo suelto. Es lo único que sé hacerme, cepillármelo.

—¿Tienes un peine? Tendré que enseñarte a hacerte un recogido básico. El que llevamos todas debajo de una co a.

—Hablas como si tú hubieras servido, nadie en tu casa lo ha hecho. Vuestra posición no era tan mala.

—No éramos pobres, no. Pero desde que me fui de casa todo cambió. Hacerse un moñete es algo básico, mi madre me enseñó. Éramos muchas en casa, y cada una debía cuidar de sí misma. Además, he compartido piso con muchas chicas, casi todas habían servido, aunque fuera algún mes.

Victoria llamó al despacho de la madre superiora Aldonza. No quería levantar suspicacias. Si dudaba, sospecharía.

—Adelante. —Una voz ronca se alzó a través de la puerta.

—Buenas noches, madre, he recibido carta de mi prima Solete. Le he hablado muchas veces de ella. Resulta que mi ahijada ha enfermado y tengo que partir unos días.

—Cuánto lo siento. ¿Nos deja entonces? —La viuda Gabaldón iba a quedarse al menos un año y les pagaba un buen estipendio por su manutención, aquello no lo recibía de buen agrado.

—No, no las deajo. En cuanto se solucione todo pienso volver, por eso deajo mis cosas aquí. Seguramente solo estaré fuera unos días, tres semanas, cuatro como mucho.

—¿No se lleva sus cosas a su propia casa? —preguntó confusa.

—No, si no es nada, volveré en unos pocos días. Ya sabe cómo son los niños, igual al llegar está como una rosa. Estoy muy unida a mis sobrinos. Además, tengo el doble de todo en cada casa, es una costumbre familiar, para no viajar cargada. En el campo no necesito, además, tanta cosa.

—Bueno, pues no puedo decirle que no, guardaremos sus cosas en mi despacho si quiere.

—No, no me ha entendido bien, seguiré pagando mensualmente. quiero que todo se quede tal como está y no ocupen la habitación.

Aquello resultaba inusual, pensó la madre superiora, pero si iba a pagar como si estuviera allí, parecía justo.

La miró con sus penetrantes ojos grises. Tenía la impresión de que estaba ocultando algo, pero parecía tan segura, era tan joven... Se temía que pudiera cometer una locura, ella estaba allí para protegerla. No quería ser mal pensada, pero todo aquello sonaba a un amor clandestino. Y si era clandestino sería porque tenía algo de escandaloso.

—Nos irá escribiendo, ¿no? Me siento responsable de usted.

—Por supuesto. Además, me gustaría que recibieran mi correspondencia.

Cada lunes pasará una empleada de mi tía Isadora, Manuela, a por ella.

Aquello había sonado a mentira descarada, así que Victoria lo acompañó de una franca mirada, como si no tuviera nada que ocultar.

—¿La mujer que vino el otro día con una maleta?

Así que había corrido la voz.

—La misma, Manuela lleva años trabajando con mi familia.

Victoria sonrió. ué bien se le daba mentir. Y de forma improvisada. Era un ensayo porque iba a tener que mentir durante días, en todo momento. Tenía que asumir una identidad nueva. Ser una persona diferente. Iba a cometer una locura que poca gente podría comprender.

Agarró la vieja maleta de Manuela con decisión y se dirigió con paso firme hasta la puerta de servicio de la inmensa casa. Hasta ella estaba impresionada.

Era una construcción de varios pisos, con un marcado estilo inglés, sin duda herencia de la familia de la marquesa. Aquella fastuosa entrada no se daba en ninguna otra casa de Madrid, y menos con un gran jardín delante. Ella entraría por la puerta lateral de la casa, la que daba a la calle perpendicular. La misma donde habían detenido una vez a Manuela, según esta le había relatado.

Una mujer malhumorada le abrió la puerta. No le dio pie a hablar, sabía que solo tenía una oportunidad y tenía que sonar decidida.

—Me están esperando para el entrevistarme para el puesto de doncella, el señor Francisco.

—¿Puesto de qué...? —Pero al ver la cara de decidida de la joven, la dejó entrar.

No parecía tener muy buen carácter—. No me informan de nada, y eso que será

una boca más que dar de comer, contigo seremos diez las almas en la casa. La que necesita ayuda en la cocina soy yo, sígame. Señorita...

—Señorita Dulce.

La cocinera se giró para observarla sin disimulo, aquel nombre no le pegaba en absoluto, parecía una estirada, seguro que había trabajado para alguna marquesa extranjera o algo así. Traería problemas, las mujeres así siempre los creaban. Aun así, ella no era quién para juzgar. Ella misma era una fuente de problemas. Su oído no era el que era. Y más de una vez había servido un menú que no le habían pedido. Había conseguido salir del paso haciéndose la despistada, pero era cuestión de tiempo que se dieran cuenta.

Llegaron a una pequeña puerta debajo de la escalera. La mujer llamó.

—Adelante. —Una fuerte voz masculina retumbó en la escalera.

A Victoria le temblaron las piernas, el temible mayordomo del que le habían hablado. Ni siquiera sabía bien lo que era un mayordomo.

La cocinera abrió la puerta.

—Señor Francisco, está aquí la señorita Dulce para hacer la entrevista.

El hombre levantó las cejas, pero no dijo nada.

En un instante, Victoria se vio sola en la pequeña habitación frente a él.

Era un hombre grande, fuerte, con unos ojos marrones enormes. Tuvo la impresión de que sabía que estaba allí mintiendo, de farol. Se sintió sonrojar, así que decidió no hablar, ella había hecho miles de entrevistas y sabía de la necesidad de aparentar tranquilidad y serenidad. Cerró los ojos y respiró profundamente desde el abdomen. Al abrirlos lo tenía enfrente mirándola con curiosidad. Victoria se obligó a sonreír despacio, con tranquilidad, como si nada de aquello le afectara. Como si aquella fuera una reunión casual.

—Bueno, señorita Dulce, no me habían informado de esta entrevista. Es raro.

Victoria siguió callada, con una sonrisa afable en la boca.

Se hizo el silencio en aquel minúsculo despacho que olía a tabaco.

Ahora que lo observaba mejor, se dio cuenta de que el hombre no era tan mayor, debía de tener su edad, o solo unos pocos años más. Lo que le envejecía eran aquellas canas en las sienas.

—¿Trae usted referencias?

—Por supuesto, traigo. La recomendación de mi última señora, doña Victoria Peñarrubia.

El mayordomo levantó las cejas, esta vez sí, sorprendido.

—¿Victoria Peñarrubia? ¿Esa mujer misteriosa de la que se habla tanto? La señora la invitó a un ágape, pero ella declinó la invitación. Y ahora, curiosamente, está usted aquí.

—Mi señora ha tenido que volver al campo, a la Mancha. Ha sido algo inevitable y, como verá en la carta, me recomendó a su señora para el puesto.

Evidentemente, aquello era mentira, ni habían hablado ni se conocían. Pero le daba credibilidad y aquel hombre no tenía pinta de meterse en conversaciones entre señoras. Lo daría por válido, y así fue.

—Está bien. —Cogió la carta y se sentó a leerla en la silla—. No la esperábamos, y tenemos el espacio ya de por sí muy distribuido. Tendrá que compartir cuarto, ¿será usted capaz?

La miró con burla. Lo que la ofendió. Era como si no acabara de creerla o la viera demasiado delicada.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó indignada, lo que pareció divertirle.

Si aquella mujer era sirvienta, él era el papa. Pero allí estaba aquella carta y todas aquellas buenas recomendaciones. La marquesa llevaba semanas obsesionada con la tal Victoria. Total, una mujer de campo, venida a más, pero poco más que una jornalera. Era más la típica leyenda que una realidad. Pero la marquesa sería feliz teniendo a una de sus doncellas a su servicio, aunque fuera para sonsacarle información. Llevaba demasiados meses triste y encerrada. Esto la animaría, sin duda.

Volvió a mirar a la mujer. Era guapísima y estaba tan centrada en su silencio que asustaba. Parecía una mujer de mundo. Pero no se iba a dejar impresionar, estaba claro que aquella mujer no iba a aguantar los rigores de servir en una casa.

Porte delicado, maneras impecables. Más que criada debía de haber trabajado como señora de compañía. Le daba una semana como mucho. Con la gran crisis, últimamente todo el mundo se rebajaba por cualquier trabajo, la crisis económica estaba siendo acuciante. Nadie podía pagarse ya ni un hostel, y

sirviendo se ahorraban la manutención. Seguramente estaba allí como todos: para ayudar a su familia.

Y en cierto sentido así era. Por eso mismo, Victoria estaba allí delante de aquel desconocido de porte rudo, pero modales delicados.

Capítulo 13

Tras un buen rato de espera aferrada a la bolsa rota de Manuela, el mayordomo la condujo a su futura habitación, en un intrincado y poco aireado sótano.

Victoria tuvo una sensación horrible de claustrofobia. Ella estaba acostumbrada al aire libre, al campo. Giraron dos pasillos a la derecha y se desubicó por completo. Flaqueó por primera vez. No podría aguantar las tres semanas que había planeado con Manuela. Pero se recordó que tenía que ser fuerte, que mucha gente vivía así, en esas condiciones. Tomó nota de cuidar más a su propio servicio en el Navazo, pero también en Casas Rojas. Buscaría a Lola y la contrataría, hacía años que no pensaba en ella, aunque tuviera que viajar a buscarla a Jaén a casa de sus padres. Lo último que supo era que estaba de criada en Valencia. Seguramente estaría sirviendo en un lugar peor que ese, lo que era facilísimo, aquella casa era prácticamente un palacete. Sus casas remodeladas resultaban burdas al lado de aquella opulencia y modernidad. Habían pasado por delante de varias puertas y la casa tenía varios baños, lo que a ella le parecía la mayor maravilla del mundo.

—Bueno, ha tenido suerte. Compartirá habitación con la cocinera. Algo poco habitual. Está mayor y siempre ha dormido sola. Pero preferimos que tenga ayuda, ya que se ha caído dos veces por la noche.

—¿Compartir habitación? ¿Con la mujer que me abrió la puerta?

Victoria aqueó, le temblaron las piernas. Siempre había dormido sola, incluso casada con Julio, ya que se pasó la mayor parte de su matrimonio enfermo y tenía que dejarlo descansar.

Se había vuelto muy maniática al respecto. Con su espacio, con su soledad. No podía estar todo el rato con alguien, y menos con una desconocida.

—Dulce, ¿está usted bien? Se ha puesto pálida.

El mayordomo la miró con intensidad y Victoria supo en ese instante que aquel hombre no la creía. ue podía ver la mentira a través de ella y que, por algún motivo, le seguía el juego. Se sintió extrañamente conectada a él, a pesar de ello.

Llamó tres veces con los nudillos.

—La dejo. Puede entrar.

Y girando sobre sus talones, salió por el pasillo, dejándola frente a la puerta.

Se esperó a verlo marchar para hacer tiempo antes de entrar. Le resultaba todo muy violento. Cuando planeó todo no se había parado a pensar cómo se sentiría.

Era un reto, y eso a ella la motivaba, pero ahora veía que su plan tenía muchos ecos y que no era muy bueno. Pero no iba a rendirse tan pronto. Ahora era Dulce.

Se oyeron unos improperios en el interior.

—¿Pasas o no pasas? ¿No me vais a dejar dormir tranquila o qué?

Victoria respiró hondo para entrar con seguridad. Si iba a compartir cuarto con una señora mayor cascarrabias, era mejor mostrar carácter. A pesar de tener solo 27 años, ya era perro viejo.

La mujer, canosa, muy delgada, yacía entre mantas y la miraba jamente con fastidio.

—Buenas noches, señora. Vamos a ser compañeras de habitación, mi nombre es Dulce.

—Dulce, Dulce... —repitió—. Está bien, soy mayor, necesito dormir mucho, por favor, no hagas ruido y métete en la cama. Yo soy la Adelita, la cocinera.

Llevo aquí diez años sirviendo al señor marqués.

No volvió a decir palabra, al acabar apagó el quinqué de su mesa, aunque la habitación tenía electricidad, como el resto de la casa. Y se metió bajo las mantas, dejándola completamente a oscuras.

A Victoria le costó reaccionar. Abrió la maleta a tientas y le costó una eternidad localizar el viejo camisón, que olía a otra persona. Se desnudó a tientas. Y con las manos por delante buscó su cama. Aquello sí que era una prueba, y no poner en marcha el trillo. Madrugaría para acomodar sus cosas, no tenía otra. Dejó esparcido por el suelo lo que llevaba puesto, muy a su pesar.

La cama era muy blanda y estaba fría, pero tenía sobre ella una buena manta marrón de fábrica. Lo agradeció. Hasta oír los ronquidos de su vecina. Nunca había oído algo semejante, era como el ronquido de un gran cochino. ¿Cómo diablos iba a poder dormir? Una cosa era que apenas necesitara unas horas de sueño y otra muy distinta era no dormir. Además, tenía frío en los pies. Tenía que haber cogido sus calcetines de dormir, nadie lo habría notado. Se habían pasado de precavidas. ¿uién iba a veri car que dormía con unos patucos que no eran suyos? Nadie. Total, eran dos semanas. Habían dicho tres, pero bien podían ser dos. Le reconfortó saber que podía recortar su estancia en aquella casa. Dos semanas era más que viable y su ciento para investigar. Iba a lograrlo.

De repente, su vecina de cama se atragantó con su propia saliva y se oyó un desagradable gorgoreo. Adelita se levantó de la cama medio sonámbula.

Victoria se abrazó a las sábanas y rezó un padrenuestro para que la mujer no tropezara y tuvieran un percance en su primera noche. Ni siquiera sabía salir de aquella habitación.

Pero fue peor. Adelita se puso encima de lo que le pareció, por el sonido metálico, un orinal. Y miccionó. Fue algo completamente desagradable, especialmente al sentir el olor del orín en su nariz.

Tercera vez que Victoria quiso rendirse. Y solo había pasado unas pocas horas en aquella casa.

Y aquello no era lo peor. De repente, se sintió muy tonta. No había ido al baño desde después de comer. Así que ahora también se hacía pis. Pero por encima de su cadáver haría sus necesidades en aquel orinal al lado de aquella mujer. No, jamás pasaría por ahí, antes volvía en camisón al convento.

Aguantó y aguantó hasta que se le saltaron las lágrimas de dolor. Estaba obsesionada con hacer pis, no podía pensar en otra cosa. Era un bucle horroroso.

Nunca había sido buena apartando sentimientos, se obsesionaba con ellos.

Aquello era una prueba de fuego como ninguna. Iba a morir si no hacía pis en aquel maldito orinal. Al menos los ronquidos de su vecina eran profundos, no se enteraría de nada.

No podía más. Tuvo que levantarse. Luchó contra ella misma alrededor de la cama. No tenía ni idea de dónde estaba su maldito orinal. No lo encontró. Se

puso nerviosa, iba a hacerse pis en el suelo. A cuatro patas palpó todo el suelo, los ronquidos cesaron.

Descorazonada, intentó razonar. Estaba claro. En aquella habitación solo había un orinal. Era compartido. Ya le dio igual. Se sintió mejor al llegar hasta él.

Hizo de tripas corazón y contra todo su ser hizo pis como todo hijo de vecino.

No le costó nada despertarse. Madrugar estaba en sus hábitos. Se despertó antes que su vecina para cambiarse antes de que se despertara. ¿ué pensaba aquel mayordomo, que iban a cambiarse la una delante de la otra? ¡Anda que no se estaría riendo a su costa!

—Buenos días, señora Adelita. ¿Ha dormido usted bien?

La mujer se limitó a hacerle un gesto con la mano. Victoria ya había acomodado sus cosas en un estrecho armario.

Antes de que se dispusiera a hacer sus necesidades, Victoria decidió escabullirse de la habitación. Era una tortura innecesaria que evitaría a toda costa.

No quería que la viera desnuda, ya había tenido su ciento humillación para toda la vida con lo del orinal.

Decidió que actuaría así, se cambiaría cuando la cocinera estuviera aún dormida. Se levantaría la primera. Suspiró aliviada al salir a toda prisa, no sabía bien a dónde ir, así que buscaría la cocina.

Al llegar, ya estaba el mayordomo, que había encendido la lumbre del hogar.

Y por el montón de troncos que acarreaba en una inmensa cesta, debía de haber encendido ya las chimeneas del salón o del comedor. No conocía la casa, pero aquello era lógico, estaba impaciente por conocerla, así como a la marquesa.

—¡Dulce, buenos días! ¿ué tal ha pasado la noche? —Vio el re ejo de ironía en su mirada, quizás incluso de diversión. Decidió seguirle el juego.

—Maravilloso. ¿Cuáles son mis tareas?

—Lo he estado pensando detenidamente. Es usted algo... —Se detuvo, no quería ofenderla— experimentada para ser criada, así que se encargará de la señora marquesa, de su ropa, de su comida, de sus cosas. ¿Le parece bien?

Victoria sonrió complacida. Era lo mejor que podía pasarle. Estaba desando conocer a aquella malvada mujer que había acabado con su hermano. Manuela, que la había espiado durante años, le había contado que era una señora mimada, egoísta, de esas que no sabían qué era el esfuerzo.

—Perfecto. Son las tareas que mejor realizo.

—La señora no da mucha guerra, ya la conocerá, es muy... tranquila. Así que también me ayudará en mis tareas. En la organización general de la casa. Seguro que tiene experiencia en hacer inventario, y podrá acompañarme a comprar. Es una labor que llevo solo y me da muchos quebraderos de cabeza.

La miró con intensidad, y quizás con algo de coqueteo. Victoria le sostuvo la mirada y se acercó a él. Fue algo absurdo, instintivo. El mayordomo dio incluso un pasito para atrás y dejó su carga en el suelo, turbado por su presencia.

—Soy muy eficiente en las labores de avituallamiento.

Francisco sintió que era la primera verdad que le contaba. ¿ué hacía allí?

¿ué le estaba ocultando? ¿Huía de algo?

Su instinto le decía que aquella mujer no era peligrosa en sí, sentía una conexión inexplicable con ella. Le agradaba, pero había algo oculto. No sería él quien se inmiscuyera en su pasado. Era una persona tranquila, reservada. Y

gracias a ello le había ido bien.

Pero como mayordomo, y bajo ese techo, tenía que estar pendiente de todo.

La observaría de cerca.

En el desayuno todos sus nuevos compañeros la observaban sin disimulo, eran solo seis. Ellos tres y tres jóvenes criadas que se encargaban de la limpieza, de lavar ropa y del planchado. Aparte de ellos, había un cochero, además del encargado de los caballos y el secretario personal del marqués, un hombre al que llamaban el Gordo con descaro. ¿Y al Gordo no le molestaba que lo llamaran así? A ella le molestaba que le llamaran «la triste viuda», por mucha verdad que encerrara. Victoria sintió la tensión de las miradas del resto de servicio. Algunas eran amables; otras, de curiosidad, y alguna de desconfianza. Podía lidiar con ello, se obligó a sonreír a cada uno. Total, solo estaría allí dos semanas.

—Señora, le presento a su nueva doncella, Dulce. Tiene mucha experiencia.

Las dejo para que se conozcan. La señora tiene ya tus referencias, Dulce.

El saloncito de la marquesa era diminuto, no se lo esperaba así. Era la mitad que su sala de estar del Navazo. Ya había visitado toda la casa, con sus amplios techos y salones. E incluso había vislumbrado de relón al marqués con el hombre que siempre le acompañaba, el Gordo.

Por los comentarios y la mueca de Adelita, aquel hombre era el más odiado de toda la casa.

—Es un pozo sin fondo, no para de comer. ¡Y me roba la comida delante de mis narices y luego me dice que estoy mayor! Una vez desapareció el postre y yo estoy segura de que fue él. Fue un desastre, apenas tuve tiempo para recuperarme y solo pude hacer unas natillas que me salieron, por los nervios, fatal. Por unas o por otras siempre alguien logra que quede mal. ¡Soy la mejor cocinera de Madrid!

Adelita empezaba a caerle mejor. Era una señora mayor que hacía años que debía de haber dejado ese trabajo. No oía casi nada, y la pobre intentaba disimularlo lo más posible con monosílabos o gestos de cabeza indiferentes.

Ese mañana incluso se le había olvidado ponerse las medias.

Victoria entró con la cabeza gacha y se acercó al escritorio, donde la marquesa estaba escribiendo una carta. Pasó un buen rato, pero Victoria conocía bien aquella técnica de intimidación hacia los nuevos trabajadores. Servía para infundir respeto y marcar distancias. Ella era una maestra de esa técnica. Y la marquesa más bien ojeaba un poco, notó que, aunque miraba para abajo y sujetaba la pluma, solo estaba repasando unas letras.

Por n levantó la cabeza de forma poco natural.

—Buenos días, marquesa, soy Dulce, para servirle. —La marquesa abrió la boca con exageración y la miró con ojos desorbitados. Se quedó paralizada—.

¿Señora? Disculpe, ¿he dicho algo incorrecto?

Silencio. La mujer se levantó y se acercó a ella como con extrañeza. La miró con jeza, incluso estiró la mano para tocar su cara.

Por n habló, algo emocionada. Una lágrima se había deslizado por su cara.

Parecía como en otro mundo.

—¿Tiene usted parientes en un pueblo llamado Casas Rojas?

Victoria disimuló. Se había olvidado de cuánto se parecía a su hermano. Tenía que haberlo pensado antes, siempre le pasaba. Como cuando se había encontrado con Manuela en el riachuelo. Normalmente, sus planes estaban bien atados, así que no pudo evitar reñirse a sí misma. No le quedaba otra, la negación absoluta.

—No, lo siento. ¿Usted conocía alguien allí? Creo recordar que tengo un primo segundo, quizás.

Para su sorpresa, pareció que aquella mujer iba a hablarle o hacerle algún tipo de con dencia.

Victoria la miró con extrañeza, había comenzado a llorar como una niña, a pesar de ser mucho mayor que ella. No tenía nada que ver con la imagen que se había hecho de ella a través de las palabras de Manuela y de los policías. Parecía débil, incluso frágil. Aquella mujer apenas había

probado bocado en meses.

—Disculpe, ¿le importa que me recueste? Estoy algo mareada, mi salud no es la que era.

—Por supuesto, ¿la ayudo?

Victoria la acompañó hasta el enorme sillón que daba a un balcón de la calle.

Esperó a que volviera a hablar. Al fin y al cabo, Dulce era una servidora, tenía que ceñirse a su papel.

—Me gustaría ahuyentar los malos recuerdos, dejar de pensar. —Aquella mujer no estaba bien, divagaba—. Me ha dicho mi querido Francisco que tiene usted inmejorables referencias, ha trabajado usted para la misteriosa Victoria Peñarrubia. Todo el mundo habla de ella últimamente. ¿Cómo es? Dicen que es una mujer bellísima, decidida.

—Sin duda, es muy bella. —Victoria no pudo evitar soltar una pequeña carcajada.

—Dicen que es una mujer viuda y muy independiente. Una mujer que va a su aire, vaya escándalo. Hace lo que quiere desde que murió su marido, incluso sale de noche.

—Sí, sin duda, puedo contar con él de primera mano. —Le daría cotilleos que contar a sus amigas.

Un brillo asomó a los ojos de la marquesa.

—¡ué escándalo, nunca encajará en este país! Bueno, ni en *England*.

Lo dijo una mujer que había tenido una relación extramatrimonial con un joven. Hipocresía en estado puro. Pero tenía que seguirle la corriente.

—Por eso tuvo que volverse a su casa. Y por eso me fui, una mujer de semejante... moral. Imagínese.

—Hiciste bien, estoy encantada de que estés con nosotros. Puedes incorporarte inmediatamente, familiarízate con mi ropero. Súbeme del sótano los vestidos que han arreglado y cuélgalos por colores. Tienes que revisar que todo esté perfecto. Diariamente me cambio al menos dos veces. Una después del descanso de la comida y otra para la cena, con un atuendo más elegante. Aunque, si el marqués no está, que es a menudo, suelo cenar aquí sola y entonces ese último cambio me lo ahorro. Si mi madre, que en paz descansa, lo viera, se escandalizaría, para ella las formas lo eran todo. Tendría que cenar aquí sola con mi vestido de cola y mi collar de brillantes junto a mi perrita. —La marquesa miró alrededor con pesadez—. La verdad es que paso aquí la mayor parte de mi tiempo con mi perrita Kitchen. —Al decir su nombre, un perro pequeñísimo, y muy feo, salió de detrás del sofá para subirse a su regazo. Victoria, instintivamente, se llevó las manos a la boca—. Sí, Kitchen, te presento a Dulce.

¿A que es bonito?

El perro era tan minúsculo y raquítico que parecía una rata fea. De un color blanco sucio. Encima le hablaba al animal.

—Precioso.

—Puedes retirarte. Te haré llamar más tarde a mi habitación.

Victoria se dispuso a salir, solícita. Nunca había aceptado tantas órdenes ni le habían hablado así. Con una punzada recordó las veces que ella también lo había hecho. Aunque su tía María Dolores siempre le había dado un buen ejemplo de cómo tratar al servicio, trabajando como la que más, dirigiéndose a ellos con rudeza, pero a la vez con un punto maternal.

Victoria constató que, como mínimo, ella había sido tan condescendiente como aquella mujer, incluso más aún, con bastante gente. uizás hasta con su

querida Solete. Había tenido que ganarse el respeto de los hombres en el campo y poco a poco lo había trasladado al ámbito doméstico.

Era una sensación extraña. Ver defectos suyos de los que no era consciente.

Algo vergonzante. Aquella mujer, solitaria en su despacho, a pesar de estar casada y de vivir en la capital, le pareció un mal chiste. No era la bruja que esperaba. Aun así, tenía que saber más, las horas no debían pasar en balde, ni su sacri cio. A pesar de eso, todo estaba saliendo excepcionalmente bien. Había conseguido lo imposible: insertarse en la casa sin problemas.

Antes de salir giró sobre sus pasos. Al diablo con las formas, no tenía tanto tiempo.

—Disculpe, me ha parecido que antes le recordaba a un ser querido.

La marquesa levantó la cabeza confundida.

—Sí, a un ser muy querido. El parecido es asombroso. Pero era de buena familia y ya no está en este mundo, el pobre.

Estaba claro que lo de «era de buena familia» signi caba que no tenía nada que ver con ella, que solo era una sirvienta.

Victoria tuvo que controlarse. Su ego y su orgullo estaban a punto de saltar por los aires. Aquella era su primera mañana. Lo hacía por su hermano. Aun así, tenía ganas de levantarla por los pelos y ponerla a recoger azafrán a las seis de la mañana. A lo mejor le hacía un favor y no sería tan infeliz. Con semejante casa y familia, ¿qué derecho tenía a estar en ese estado de semejante tristeza?

Con todo lo que había pasado ella, aquello era casi un insulto.

No tenía mucho tiempo. Le habían mandado veinte tareas distintas y se perdía por la casa continuamente. Llevaba allí ya dos semanas y aún no estaba centrada.

Salió por la puerta de servicio a la esquina de la calle, allí la esperaba una nerviosa Manuela.

Habían quedado cada domingo, al ser el día de descanso.

—¿u é tal ha ido? ¿Te han descubierto?

—No hables tan alto. —La cogió del brazo, alejándola de la esquina, para no ser vistas—. Todo bien, no tengo mucho tiempo. He conocido a la marquesa, y tu historia no acaba de encajar.

Manuela le dio un manotazo.

—¿u é dices? Es una asesina. uizás no empuñó ella el puñal, pero con su conducta provocó a su marido. Y el marqués mató a Manuel.

—Si la conocieras, verías que no es muy lista. Se le transparentan las ideas y se pasa el día encerrada llorando.

—No sigas, te está engañando. Tengo que acabar con ella.

Manuela estaba fuera de sí, un fuego de locura ardía en sus ojos. Ya la había visto indignada antes, pero nunca así. Aquella chica no estaba bien.

—Tranquilízate, necesito más días para hacerme con la verdad. Dos semanas es poco. uedamos la próxima, otra vez el domingo. Podíamos cambiar a un lugar más discreto, aquí podrían vernos. Lo haremos enfrente, en el parque, si entras por el camino que tenemos enfrente, el cuarto banco a la derecha, debajo de unos árboles. Nos vemos a las doce.

Manuela no parecía muy convencida, la ira le invadía. No tenía que haberse dejado contaminar por ella.

—No hagas nada, Manuela, tranquilízate.

—Lo asesinaron. Tenía toda una vida por delante. Y nadie ha pagado por ello.

Es una injusticia.

Victoria le puso con amabilidad una mano sobre el hombro.

—Es cierto, pero déjame más tiempo. He hecho amigos y es fácil sacar información a la marquesa.

—Está bien.

Manuela se giró, furiosa, y cruzó la calle hacia el parque. A pasos agigantados.

Victoria sintió por primera vez que todo aquello había sido un tremendo error. No aguantaba servir, era duro que le hablaran como si fuera una posesión.

Sin embargo, le encantaba pasar tiempo con Francisco, le aportaba una gran serenidad, incluso en aquella absurda situación. Era curioso, todo se descontrolaba y ella quería pasar tiempo limpiando o de compras con un desconocido. Ella también se estaba volviendo loca, desde luego.

Ojalá pudiera hablar con su prima, ella sabría decirle mejor que ella misma lo que le estaba pasando. Estaba en la peor situación de su vida, haciéndose pasar por una sirvienta, y quería quedarse una semana más.

Iba pensando cuando se tropezó al entrar por el portón con aquel hombre enorme.

—Disculpe, no lo había visto.

El hombre inclinó el sombrero a modo de saludo.

—Disculpe, no la conozco. —La agarró con fuerza por el brazo.

—Trabajo aquí, soy la nueva doncella, Dulce. Ya llevo aquí unas semanas —

soltó cortante mientras lo empujaba.

El hombre la escrutó con descaro de arriba abajo. No parecía haberle convencido mucho. Parecía un hombre despiadado. Esa forma de agarrarla, como si fuera carnaza.

—Eres muy guapa. —Y le lanzó una mira lasciva que casi le provoca una arcada.

Victoria se plantó con decisión delante de él. No iba a ser una pán la. A su edad no temía a nadie.

—No puedo decir lo mismo de usted. No vuelva a tutearme.

No esperó a ver su respuesta ni su cara. Tenía mucho que averiguar.

Francisco vio a Dulce volver de la calle desde el balcón. No había dicho que iba a salir, ni pedido permiso, pero al ser domingo era normal. Nada en ella encajaba, sin embargo, por algún motivo, le inspiraba con anza. Vio cómo el Gordo se interponía en su camino. Era una persona peligrosa, incluso pervertida. Francisco procuraba ignorarlo y ser servicial si le pedía algo. Había tenido problemas ya con varias jóvenes del servicio.

Ante su estupor, desde lo alto, pudo ver cómo agarraba a Victoria por el brazo con fuerza y sintió miedo de que le hiciera daño. quiso bajar, pero se quedó paralizado al ver la reacción de Dulce. Cómo se impuso sobre aquel gigante que le doblaba en tamaño. Y él sí que observó la cara de odio del Gordo al verla partir. No daba mucha tranquilidad.

No tuvo duda alguna; esa mujer no era una sirvienta, ni siquiera una persona de servicio. Aquella seguridad era inconfundible, era la de alguien acostumbrada a mandar. Había trabajado para otros toda su vida y sabía reconocerlo.

Era una mujer de armas tomar. Ahora solo necesitaba saber qué hacía allí y por qué mentía. Era una mujer seria, quizás algo dura en su mirada. La mujer más guapa que hubiera conocido, con esos ojos rasgados de color gris y aquella tez pálida.

A lo mejor era una persona venida a menos. La crisis tras la pérdida de las colonias también había azotado a los ricos.

uizás no mentía y se avergonzaba de su ruina. Era normal, sintió lástima por ella.

La puerta se abrió súbitamente. Era ella en persona. Se turbó.

—Perdone, don Francisco, no quería importarlo, solo quería preguntarle si puedo ayudarlo con alguna tarea. Hoy al nal no he salido porque la marquesa me pidió que la ayudara a vestirse esta tarde.

Le había pillado desprevenido. Pero tenía una idea.

—Sí, Dulce, le agradecería que esta noche me ayudara a limpiar la cubertería de plata. —Sus ojos brillaron.

Los de Victoria, también.

—¿Esta noche?

Aquello sonaba algo descarado. Sintió como si la estuvieran invitando a una cita. No pudo evitar sonrojarse, lo que provocó un poco de nerviosismo en el mayordomo.

—Por supuesto. ¿A qué hora?

—Después de la cena, cuando la cocina esté recogida, hoy cenamos solo cinco en casa. Me aseguraré de que no se apague el fuego, y quizás le puedo pedir a Adelita que nos prepare un chocolate. Ella nunca sale los domingos.

—Será estupendo. Allí estaré.

Y algo confundida salió de la habitación para ir a vestir a la marquesa. Toda aquella misión de espías que se había montado empezaba a parecer un folletín de los malos.

Ella ya era mayor, había vivido muchas vidas en una. Se había caído y levantado cien veces y ahora... Ahora se sentía como una niña a punto de ir al baile de desbrizadoras con su príncipe azul, un mayordomo, cuando en realidad iba a limpiar plata.

Lo había visto hacer otras veces, pero muy de lejos. Con un trapo, creía recordar que se hacía, frotando. ¡Cosas más difíciles había hecho, no se iba a amedrentar ahora!

Francisco se quedó mirando por la ventana. Había sido osado. Pero no podía evitarlo, ya había perdido y dejado pasar las mil oportunidades que le había dado la vida. Su tranquilidad y su aversión a los problemas habían sido su peor enemigo. Y Dulce era única. El único problema era que hacía más de seis años que no limpiaba la plata, era un farol. Tendría que buscar a Adelita y que le preparara todo sin que se notara mucho.

Juraría que se hacía frotando con un trapo...

Victoria entró en su pequeña habitación compartida y sin ventanas. Su peor pesadilla, aunque estuviera cogiendo cariño a aquella cascarrabias.

Ya habían cenado y todo estaba recogido. Adelita, por edad, se retiraba la primera. Ella cocinaba, pero no era fregona, decía.

Refunfuñaba en voz alta mientras doblaba su ropa.

—¡La plata! ue va a limpiar la plata el señor mayordomo, y a estas horas, qué locura. ¡Un domingo!

Victoria se quedó boquiabierta.

—¿Es que no es una de sus tareas? —le preguntó extrañada.

— ue yo recuerde, en la vida ha limpiado nada, se encarga del funcionamiento, del servicio, de las contrataciones. Niña, lo fácil. Y ahora va a limpiar la plata. ¿Y sabes qué es lo peor?

—¿ué?

— ue me ha pedido que le deje un chocolate caliente en un cazo. ¿Pero quién se habrá creído? ¿El rey de España?

Victoria rio contenta mientras doblaba su ropa limpia. Francisco era tan dulce...

—Pues notarás mi ausencia, Adelita, porque me voy a limpiar plata con tu maravilloso chocolate caliente.

—Arrea. —Adelita abrió bien los ojos de la sorpresa. Adoraba al mayordomo, que siempre la protegía contra viento y marea.

Victoria sacó su camisón y lo dejó preparado sobre la cama para no despertar a Adelita a la vuelta. Salió feliz de la habitación, dejándola con la boca abierta.

—Niña, que se ha enamorado de ti. —La oyó reír desde el pasillo—. ¿uíen lo iba a decir? Nuestro solitario mayordomo. Francisco con muestras de debilidad, vaya, vaya. Don Serio y Moral Alta.

No le importó que se mofara de la situación. Tenía una cita. Y ella había tomado la decisión de ir.

Dulce no había bajado aún, así que preparó todo el material y los diez trapos que le había dejado Adelita. ¿Pero para qué tantos?

El fuego otorgaba calidez y el chocolate estaba en las tazas sobre la mesa. Todo era lo más romántico que Francisco había podido concebir.

La joven bajó con una sonrisa y se sentó en la silla enfrente de él.

—Limpiemos, ¡qué bien se está aquí! ¡ué maravilla! ¿Lo hace muy a menudo?

La miró confundido.

—¿Hacer qué a menudo?

—Limpiar la plata.

—Sí, sí, por supuesto. Una vez al mes mínimo. —Mintió con descaro. Total, ella también lo hacía, y ambos lo sabían.

—¿Has trabajado siempre de servicio?

—Sí, sí —le contestó en el mismo tono—. Al igual que mi madre y su madre.

Sonrieron mientras cogían los trapos y se repartían la plata.

Dulce estaba guapísima, llevaba el pelo recogido en un moño muy alto. Ese peinado no lo llevaba en la cena. Le reconfortó de inmediato saber que se había peinado para la ocasión, como siempre, eran los detalles los que le otorgaban seguridad. Ella también estaba interesada en él. La miró mientras limpiaba, era algo mágico. Todo aquel momento, ese silencio entre sonrisas. Aquella luz de las llamas sobre su cuello. Al menos siempre tendría ese momento. Tenía que atesorarlo.

Estuvieron un buen rato así, en silencio, hasta que Victoria recordó por qué estaba allí, a veces se le olvidaba, especialmente cuando estaba junto a él.

—La marquesa parece frágil, algo infeliz.

Francisco nunca hablaba sobre sus señores, y menos en tono crítico. Odiaba la indiscreción. Pero quería agradarle.

—Es cierto. No es fácil ser la mujer del marqués.

—Tampoco debe serlo trabajar para él.

—Tampoco.

Era tan leal, tan discreto. Iba a costar sacarle información.

—El hombre ese, el Gordo, el con dente del marqués, me ha causado mala impresión.

Levantó la cabeza con franqueza. Estaba tan guapo...

—Aléjate siempre que puedas de él, no es trigo limpio y es muy cruel. Se cree incluso por encima de la ley.

—Antes de trabajar aquí me comentaron que el marqués tenía negocios... algo turbios.

Esperó a ver su reacción, lo estaba provocando. Sabía que lo estaba importunando y se sintió cruel. Era el mejor hombre que había conocido y sacarle aquel tema a un hombre de moral recta le incomodaba. Pero tenía que ser así, muy a su pesar.

—No sé nada de sus negocios, sé que tiene dos ncas muy productivas de ganado.

Tensó su espalda, se sentía traidor a la mano que le daba de comer.

—Y de la marquesa se comenta que tenía un joven amante, Manuel era su nombre.

Francisco se levantó, haciendo un ruido con la silla, intentando escapar.

—Eso es..., lo dudo mucho, Dulce. Es una mujer débil, con poca voluntad.

Jamás haría enfurecer a su marido, este sería capaz de cualquier cosa, de tomar represalias.

—¿Incluso de matar?

Francisco daba zancadas alrededor de la mesa, pobrecito, se estaba pasando.

—¿Matar? No, no. No me está gustando el camino que está cogiendo esta conversación. Yo... — La incomodidad absoluta se había apoderado de él. Había hablado de más, contra todos sus valores.

Victoria sintió lástima. No podía dejarlo así. Estiró un brazo y le cogió con decisión de la mano, a pesar de estar casi a su espalda.

Francisco aprovechó para volverse a sentar, aún cogidos de la mano.

—No pretendía importunarte. Disculpa. Tú no eres el marqués, ni el Gordo.

Francisco pensó que enseguida le soltaría la mano. No fue así, la mantuvo sobre la suya mientras con la otra cogía la taza de chocolate con naturalidad y bebía.

—¡Está delicioso! Tengo que pedir la receta a Adelita.

Solo unas semanas en aquella casa y ya había sentido más amor que en todo su matrimonio junto. Y las mariposas de las que hablaba su prima, con diez años de retraso, pero allí estaban. Las ganas de tocar a alguien, de besarlo. Jamás había sentido esa sensación, ni mucho menos esa atracción. Como un imán. Eran los hombres los que sentían de esa forma, eso se suponía, los que tenían aquellos instintos. Las mujeres no sentían aquel fuego tan poco moral, ¿no? Ella lo había creído así cuando escuchaba a su prima hablar de su fuego con Rómulo, de su pasión. Ella había creído que eran sus provocaciones típicas. Su exageración y una forma de destacar. Nunca sintió ganas de tocar así a Julio.

Suspiró con pena.

Supo en ese mismo instante que iba a perder todo aquello. Era una situación inevitable, no estaba allí de forma honesta. No le cogía de la mano de forma altruista del todo, sin embargo, podía decir por primera vez que quería de verdad, aun siendo prácticamente un desconocido y sin motivo alguno. Pero estaba completamente enamorada.

Y, además, aquella conversación había sido muy productiva. Tenía las ideas muy claras; ahora estaba segura, los culpables de la muerte de su hermano eran el marqués y el Gordo. Tenía que encontrar pruebas y llevárselas al comisario López.

La tercera semana parecía completamente improductiva para su causa, aunque no para su corazón. El tiempo apremiaba y Victoria iba de un lado al otro a la desesperada. Llevaba varios tés a la señora al día —costumbre completamente desconocida para ella—, que era una herencia inglesa materna. Aquello olía

como mil demonios, a hierbas podridas. No era capaz de entender que se tomara un té tras otro. La marquesa se dedicaba a mirar por la ventana mientras acariciaba a su perro. Desde su llegada a la casa no había salido. Ni las cenas de las que tanto hablaba ni nada de reuniones en sociedad. Se limitaba a acompañar a su marido cuando este se lo pedía.

Era un alma en pena. Simpatizó con ella, por la conversación que tuvieron el primer día estaba segura de que su estado apenado se debía, sin duda, a la muerte de su hermano, pero no sabía cómo iba a poder avanzar más en sus pesquisas.

Mientras faenaba, zapatos arriba, zapatos abajo, bandeja arriba, bandeja abajo, buscaba a Francisco y lo seguía de un lado a otro con la mirada. No podía evitar interesarse por él, comprobar si él también la buscaba.

Se sintió esperanzada. Desde que lo había conocido ya no se sentía sola. Era algo inconcebible, la presencia de la soledad había estado de soltera en casa de sus tíos, pero incluso también de casada. La única que conseguía ahuyentarla un rato era Solete. Su querida prima, la echaba tanto de menos, y a los niños.

Esperaba que todo estuviera bien en casa, al igual que Rómulo. Llevaba demasiadas semanas fuera.

Francisco, efectivamente, también la observaba. Incluso pasaba cerca de ella inventándose excusas o desviando su camino. Sin embargo, tras las preguntas incisivas de la noche anterior, un extraño desasosiego de fatalidad lo invadía.

Como si el misterio de Dulce se fuera a resolver, dejándole un gran vacío. Como si fuera a salir perdedor de toda aquella historia.

Victoria subió por enésima vez aquel día al saloncito de la marquesa. Iba a entrar cuando oyó una voz penetrante y aguda.

—Levántate ya de aquí y arréglate. Eres una vergüenza. No quiero que murmuren más sobre nosotros.

—Alfonso, no tengo fuerzas. Por favor, no me exijas más.

—¿Cansada? Pero si no haces nada en todo el día. ¿Sea la última vez que te lo digo.

—No sé, estaré enferma o algo.

Se oyeron unos cristales caer al suelo.

Victoria oyó cómo la marquesa chillaba como si la estuvieran agrediendo. Así que abrió la puerta

sin pensárselo dos veces.

Miró horrorizada cómo el marqués la tenía agarrada por los pelos y la zarandeaba.

—Vaga, estoy cansado de ti. Eres un sinsentido, sin vida. ¿Cómo pude casarme contigo? ¡Mujer estéril!

Y la lanzó contra la pared.

Se giró para ver quién había entrado.

—¿Se puede saber quién eres? ¿Y por qué entras sin permiso?

Victoria analizó la situación, tenía que ser rápida o la despediría.

—Disculpe, venía a pedir instrucciones a la señora sobre la ropa que tengo que preparar.

Se obligó a bajar la mirada en señal de sumisión. No podía hacer más. Al menos, lo había interrumpido.

—Pues haz tu trabajo, vístela y que baje a cenar como la marquesa que es.

Y salió de la habitación lleno de cólera.

Victoria se apresuró a recoger a la marquesa, que sollozaba en el suelo como una niña. El vestido se le había roto dejando al descubierto un hombro.

—Señora, ¿está bien? Yo la ayudo a incorporarse.

La marquesa miraba con estupor un mechón que tenía en la mano. Se lo había arrancado su marido. El dolor era inmenso. Lloraba.

—Me duele la cabeza, pero estoy bien, estos arranques de mi marido son normales, no te preocupes.

—¿Normales? —Victoria la miró con horror—. Podría haberla matado.

La marquesa la miró apenada.

—No, no te preocupes. No pasa nada, es todo normal. En todas las mejores casas pasa. Y también en las peores. Cuando te cases, lo comprenderás. Las mujeres estamos a merced de ellos.

Y no pudo evitar responder como Victoria, y no como Dulce.

—No es cierto.

Por n era el último día, el nal de esta gran y alocada historia. Era domingo y tenía el día libre desde las once hasta la hora de la cena. Decidió dar un paseo hasta que llegara Manuela, tenía que poner sus ideas en claro. Todo era confuso, no sabía cómo iba a salir de aquella casa. Por lo que

había visto, el marqués era un hombre cruel. Tal y como le habían contado. Si tenían razón aquellos policías, había más cadáveres por el camino y los habría en el futuro. Pero todo carecía ya de sentido para ella, ya no quería vengar a Manuel. El marqués era un hombre inteligente, Victoria no iba a conseguir nada. Tenía que dejarlo ir. Pero debía intentar saber al menos la verdad, lo que sabía la marquesa de los últimos días de Manuel.

Vio llegar a Manuela a los lejos, estaba muy desmejorada y, para más inri, hablaba sola.

Antes de abrir la boca, ella ya le estaba reprochando.

—Eres una cobarde. Lo veo en tus ojos. Veo que te han engatusado a ti también.

—No es eso, tranquila. La marquesa no es como tú piensas, es una persona débil, incluso bondadosa. Ser vanidosa no es un pecado.

—Pecado es yacer con un joven, engañándolo, siendo mujer casada.

Cómo hacerle entender que aquello a ella no le escandalizaba, que ella estaba por encima de convenciones. Era imposible hacerle razonar.

—Tienes que olvidarte de Manuel, Manuela, estás obsesionada. Se querían, estoy segura.

—No, no digas eso, ni lo menciones. Ellos no se querían.

—No es así. Eran dos. Se necesitan a dos para tener una relación amorosa.

Manuel estaba con ella porque quería. Lo conocía bien.

—¡Yo más! Lo engañó, estoy segura.

—Soy su hermana, no puedes reaccionar así. Tenemos que dejarlo ir. Todo esto te está alterando. Te está turbando, mírate.

—¡No te atrevas! —chilló desconsolada—. No te atrevas a decir que estoy loca.

¡No estoy loca! —Se abalanzó sobre ella y le cogió por los hombros con fuerza.

La gente las miraba. Victoria sintió que debía alejarla de ella. Cerrarlo todo.

—Mañana por la mañana me iré de esa casa, Manuela. Y no hablaré contigo más después de esta conversación. No averiguaré nada. No haré nada. Este plan era absurdo, siento haberme involucrado. Pero sobre todo siento haber dado alas a tu imaginación. Hazme caso, vete con tus padres, vuelve con ellos.

Manuela dio varias patadas al suelo temblando. Parecía confundida.

—Está bien, lo dejamos. Pero no sin que antes le preguntes al menos a tu mayordomo directamente por Manuel.

No lo haría. Aun así, contestó:

—Lo haré, tranquila. Cuando me despida y salga de aquí, iré directa al convento. Allí nos veremos el martes por la tarde, después de que descanse. Y así podré ayudarte y contarte cómo ha sido mi último día.

—Bien.

Estaba siendo demasiado escueta.

—¿Enviaste mis cartas a mi familia?

Manuela pareció volver a la vida. Suspiró.

—Sí, y aquí tienes una carta. Me la han dado las monjas, que me han acribillado a preguntas.

—¿ué les has contado?

—Nada, les he dicho que yo no sabía nada, que yo trabajaba para tu tía. Esta mañana en correos me han dado aviso de esta carta.

Se la sacó de un pequeño bolso que llevaba colgado con una cadena metálica.

Victoria lo cogió encantada, por n tendría noticias de su familia. Llevaba solo tres semanas allí, pero ahora se le antojaba como toda una vida. Siempre había estado con su prima y necesitaba saber que todo estaba bien. Era una forma paulatina de volver a ser Victoria.

—Bueno, me voy ya —se despidió una triste Manuela—. Nos vemos el martes.

Victoria apenas le hizo caso con la preciada carta entre las manos.

—Sí, sí, hasta el martes.

Se sentó en el banco a leer la carta. Era tan precavida que, aunque la situación iba a acabar en pocas horas, no la metería en la casa. La tiraría en el fondo de un cubo de basura.

Leyó despacio, era una carta larga, sin mención importante. A Víctor se le habían caído dos dientes, Victoria empezaba a sentarse, y acababa a rmando que Rómulo era el mejor trabajador que tenían y que debía subirle mucho el sueldo. Esto último le hizo reír como una tonta.

Antes de volver pensaba comprarle unos dormilones en Madrid, se merecía el mejor regalo que podía hacerle. No importaba cuánto costaran.

Pasó más de una hora antes de que se levantara de aquel banco en el parque.

Tenía el alma en los pies. Todo iba a acabar e iba a perder a Francisco. Era inevitable. Concluyó que no tenían un futuro conjunto. La única opción para seguir juntos era seguir con la farsa, seguir siendo Dulce. Casarse con el mayordomo y vivir en aquella casa sirviendo a aquel hombre cruel. Se sintió tentada, sacri carse por aquel hombre. Era tan romántico. Pero no pensaba hacer tal

locura. Ella era racional y tomaría la decisión más sensata, salir de allí y volver al Navazo.

Pero no sin antes hacer saltar por los aires aquella casa con la verdad. Ella era Victoria Peñarrubia.

Entró como un vendaval por la puerta trasera que daba a la cocina. Tuvo la impresión de que alguien le hablaba, pero al ser domingo solo estaban Francisco y su compañera de cuarto, Adelita.

No procesaba nada. Solo pensaba en llegar hasta la marquesa y tirar de la manta. La decisión estaba tomada. Era el n.

Antes de salir de la estancia, Victoria miró jamente a Francisco con mucho pesar. No fueron necesarias las palabras. Francisco supo al instante que todo iba a acabar, que iba a obtener pronto las respuestas que no deseaba. Solo quería que todo siguiera igual, sin dramas, viviendo cada día como un tesoro.

No encontró a la marquesa en el saloncito y el marqués había salido a montar a caballo por las afueras y no volvería hasta tarde.

Fue directa a sus aposentos. Como si aquella casa fuera suya, sin miedo, irrumpió con decisión. No llamó a la puerta. Se acabó ngir. Adiós a Dulce. ¿Por qué había escogido el nombre que menos le iba? No había marcha atrás.

—¿Dulce? ¿ué ocurre?

La marquesa yacía en el lecho, entre varias mantas, con Kitchen a sus pies.

—¿ué le pasó a Manuel? —No daría más rodeos.

La marquesa la miró con intensidad y se levantó de la cama, dio unos pasos decididos hacia ella. Ya no parecía cansada, volvía a la vida.

La marquesa no necesitó más para atar cabos.

—¿Lo sabía! El parecido no podía ser casual, ni la forma de hablar. Es como si estuviera aún, en parte, conmigo gracias a ti. Por eso apreciaba tanto tu compañía. Un poco de él siempre a mi lado.

—¿ué le pasó a mi hermano?

—Es complicado.

Creía que la mujer, con lo blanda que era, lloraría como alma en pena, pero no era así. Igual la había subestimado, ahora veía inteligencia en su mirada.

Reconocimiento.

—Explícamelo.

—Está claro que no eres una sirvienta.

—No, soy Victoria Peñarrubia. Tú solo estabas interesada en ella porque sabías que era su hermana. No era algo social.

—Manuel me habló tanto de ti. Te quería tanto que algunas veces sentí incluso celos. Deseaba conocerte y acercarme a ti. Pensaba que no sabías nada de nuestra historia, que nunca habías oído mi nombre. María. Manuel nunca te habló de mí, así que no entiendo bien cómo has llegado hasta aquí. No hacía falta que te hicieras pasar por alguien que no eres, te hubiera recibido encantada.

Te hubiera contado lo que me hubieras pedido.

—No sabía qué tipo de persona eras. Necesitaba saber si estabas implicada.

—¿Implicada? Por supuesto. Entiendo: la mujer frívola, la caprichosa y la adúltera. Es tan fácil poner etiquetas. ¿Y ahora que me has vestido y servido, que me has visto desnuda, qué piensas?

—Creo que lo querías. Pero no entiendo qué pasó, ni la posición del marqués en todo esto. El otro día cuando te pegó... ¿Os descubrió juntos y lo retó? ¿Es todo tan sencillo como eso?

—uerida, si me hubiera descubierto no estaría aquí. Es un asesino, y no cualquiera, uno que está por encima de todo. Por eso estoy aquí, bajo las mantas,

paralizada por el miedo. No sé en cuántos asuntos ha estado involucrado. Ni las palizas que he recibido. Manuel lo odiaba. Y por eso tienes que alejarte de aquí.

Mi marido solo trae muerte y desgracias. —Esta vez sí rompió a llorar—. Tu hermano solo quería salvarme, llevarme lejos de aquí. Escapar a donde fuera. Y

me permití tener esperanzas. Pero sí, también soy frívola y egoísta. Soy todo eso que dicen de mí. Y sobre todo soy una adúltera. uizás me lo merezca todo.

uizá sí soy cómplice de su muerte. Pero no a mala fe. ¿Cómo querer a quien no has elegido? ¿Cómo no amar a quien sí eliges? ¿Cómo vivir en un mundo así?

—Lo entiendo.

Lo hacía mejor que nadie. La sociedad y las reglas eran culpables. Pero ellas no podían cambiar nada.

—¿Me perdonarás? —La marquesa cogió a Victoria por las manos en un gesto de cariño absoluto.

—No hay nada que perdonar. Siento que estás sufriendo mucho más que nadie. Es su ciento castigo. Injusto, incluso. Pero sigo confusa con toda esta historia. No entiendo casi nada.

—Todo fue fruto del azar. El marqués, en realidad, nunca supo que Manuel y yo nos conocíamos.

—¿No lo sabía? —preguntó confundida. Se sentó en la cama, sin importarle el decoro. Tan sencillo como ello—. ¿Entonces? ¿Por qué murió?

—Una deuda de cartas. —La marquesa no pudo evitar reír—. No hubiera pasado de ahí si Manuel

no hubiera insistido en conocerlo y encararse con él.

Creía que enfrentándose a él me liberaría. El marqués ni lo recuerda, es un experto en duelos. Una diversión para él, incluso. Tras un duelo siempre está durante semanas de buen humor por estar por encima de la vida, por encima de todo. Fue horroroso, tuve que disimular. No pude hablar, no pude decirle que lo conocía, y mucho menos que lo amaba.

—¿Cómo supiste lo que pasó?

—Por su primo Carlos. Estuvo presente como su padrino en el duelo y conocía nuestra historia. Era a través de él como nos comunicábamos.

—¿Mi primo Carlos? Está desaparecido, la policía lo ha estado buscando infructuosamente. Era un cobarde, seguro que está escondido en algún agujero

de mala muerte.

—No. Carlos estuvo al nal al lado de su primo, lo defendió. Después de contarme lo sucedido y de seguirme durante días, vino de improviso a la casa a enfrentarse con el marqués. Nunca volví a verlo.

Eso sí que no se lo esperaba. Su primo Carlos.

—¿Se enfrentó a él?

—No, no llegó siquiera a verlo. Ni creo que el marqués llegara a saber de su visita. Se enfrentó al Gordo. Y después de eso no supe más de él. No creo que siga vivo, la verdad.

Victoria lo sintió por sus tíos y por Solete. Lo odiaba, pero había defendido a su hermano hasta el nal. uizás había cambiado. Eso explicaba que hubiera desaparecido así hasta para sus padres.

Se cogieron de las manos otra vez. La marquesa se derrumbó sobre sus hombros, sin importarle estar en camisión.

—Imagina mi pesar, leí el periódico con la noticia del suicidio y no podía hablar con nadie. Ni avisar siquiera a su familia, era demasiado riesgo. Mi vida corría peligro. Tenía que hacer como que nunca lo había conocido, como que mi marido no había matado a mi amante. Pero todo estaba matándome por dentro. No poder hablarlo... Así que te agradezco que estés aquí. Hace años que sospecho que mi marido tiene una doble vida, que ha matado a más personas, y no precisamente en duelos con pistolas. Una noche vino manchado de sangre, escondió su ropa y la hizo desaparecer al día siguiente. Ni siquiera la mandó lavar.

Leo las páginas de sucesos cada día por si acaso ha sucedido algo que esté vinculado a él. Por encontrar alguna pista que acabe con él.

—Es difícil. Y peligroso. No pongas tu vida en riesgo. Mi tarea ha acabado aquí, solo quería saber cómo había muerto y quién había acabado con él. Y ya tengo respuestas.

—¿No deseas venganza, Victoria, como yo?

—¿De qué serviría? uiero a ese hombre lo más lejos posible de mí. No quiero estar más bajo su techo. Mañana por la mañana me iré, ruego dé usted explicaciones al resto de la casa, no quiero armar un escándalo. Diga que un familiar ha muerto o algo así, que ha sido algo súbito.

—Por supuesto. ¡Pero me entristece tanto! ¿No volveremos a vernos? Necesito tu consuelo, hablar de Manuel. Tener a alguien con quien compartir mis sospechas.

Victoria la miró con pena. No podía arriesgarse. Tenía que quemar tierra entre ellas, que no hubiera vínculo alguno. Por su bien y por el de ella.

—No puede ser, pero voy a darte el contacto de una persona, se llama Manuela. Por si hay alguna emergencia, ella sabrá buscarme y darme recado.

—Me dejas más tranquila.

Y la abrazó. Victoria se sintió tensa. No aceptaba bien las muestras de cariño, y con cogerse de las manos había tenido más que su ciento. Pero no la apartó para no ser maleducada. Ya no tenía nada en contra de ella, pero tampoco sentía simpatía. Al contrario, lo que tenía eran ganas de alejarse de ella.

Desde que supo la verdad sintió miedo por su vida, por su integridad. El comisario tenía razón y el marqués era, a ciencia cierta, un delincuente, y ella una persona sensata.

Oía los ronquidos tranquilizadores de Adelita. Aquellas tres semanas habían conseguido lo imposible, que aguantara bien a aquella vieja cascarrabias que se hacía mayor. Aun así, todavía podía aguantar como cocinera seguramente algún año más.

No podía conciliar el sueño, aún tenía que salir a hablar con Manuela. Y

encima se debatía entre despedirse de Francisco y contarle la verdad o decirle que un pariente cercano había muerto o, mejor aún, la vía que le pedía el cuerpo por agotamiento mental: salir huyendo de la casa de los marqueses sin despedidas.

La última opción era la que más le atraía, sin embargo, era la que más dolor provocaría a ambos con el transcurso del tiempo.

Decidió contar. Tres semanas, veintiún días, cada día son veinticuatro horas. Y

entonces sumó veinticuatro siete veces, 168 horas. Le costó encontrar el resultado, tuvo que contar varias veces y volver atrás. Aquella era su última noche. Y ya había tomado una decisión: estaba allí por exigir una verdad, así que

tenía que ser congruente consigo misma. Y tenía que persuadir a Manuela para que se alejara de todo aquello o acabaría muerta en una cuneta.

Empezaba a relajarse por n cuando un chillido helador se abrió paso en la noche, seguido de

varios más. Luego, la voz del marqués pidiendo ayuda.

Todo se precipitó, Adelita y ella se levantaron asustadas y corrieron en pos de los gritos. Cuando llegaron al cuarto de los marqueses, el resto de los habitantes estaban ya aglomerados en la puerta. Todos chillaban, había mucha confusión.

Victoria tropezó con una mesita del pasillo y se hizo daño en un tobillo.

No entendía nada, así que se abrió paso a trompicones entre sus compañeros, apartando incluso al Gordo, que parecía atascado en la puerta.

La escena era terrorífica.

Manuela se alzaba en la habitación chorreando sangre. Sonreía como atrapada en una espiral de locura. Su vestido estaba teñido de sangre.

La marquesa yacía en el suelo con todas sus tripas desperdigadas fuera de su cuerpo por su camisón blanco de forma grotesca. La había abierto en canal como a un animal.

El marqués estaba vestido y parecía que acabara también de entrar al oír los chillidos de socorro.

Con rápido movimiento, inmovilizó a la desconocida, haciendo caer el gran cuchillo jamonero al suelo. Manuela no luchó, se dejó hacer muy seria.

El Gordo y Francisco ya habían desaparecido para dar la voz. Aun así, el caos era absoluto. Adelita jadeaba sin poder respirar sentada en el suelo y chillando, el marqués parecía confuso. Una de las doncellas más jóvenes, que por el abrigo debía de acabar de llegar, lloraba abrazada a sus dos compañeras, en camisón.

Pero lo peor de todo no era eso. Era la mirada de Manuela, ja en ella.

—Victoria, he vengado a tu hermano.

¿Se había vuelto loca? La estaba implicando en un asesinato. Todos se giraron a mirarla. Francisco, que había vuelto ya de la calle corriendo, la miraba con cara de horror y sorpresa. No, nada debía acabar así. Ella no tenía nada que ver con esa escena.

Todas las miradas se centraron en ella.

—Asesina —le dijo una doncella mientras la señalaba.

—No, no lo entendéis...

Fue su ciente, el marqués se acercó y, de la misma forma que había agarrado a su mujer hacía unos días por el pelo, la agarró y la zarandó para después propinarle varias patadas con sus botas de montar.

Nadie la ayudó. Francisco bajó la mirada y se sintió morir traicionado.

Para empeorar la situación, con todos allí, Manuela comenzó a reír. Aquello era una pesadilla. Aquel no era su nal, el suyo era doloroso, pero honesto. No aquella matanza.

No pudo evitar mirar que, al caerse bajo la fuerza del marqués al suelo, se había manchado con la sangre de la marquesa. Debía de haber pisado incluso sus intestinos o sus vísceras. No sabía bien qué era aquel matojo de carne y grasa.

Por n, lloró. Y no pudo parar en horas. De impotencia, de injusticia.

Alguien llamó insistentemente a voces a la puerta de su casa en mitad de la noche. Algún asunto urgente. Debía de haber sucedido un accidente grave.

Matías abrió con cautela la puerta, pistola en mano, tenía muchos enemigos por su trabajo. Su rostro se alivió al ver que era su primo Álvaro.

—¡No te lo vas a creer, primo! ¡No puedes imaginar lo que ha sucedido! Han detenido a dos asesinas en la casa del marqués de Cargas. Agárrate, dicen que una es Victoria Peñarrubia.

Lo observó con la boca abierta. ¿Seguía soñado? ¿Victoria? ¡Aquello no podía ser cierto, su instinto le decía que aquella mujer era honesta! Y nunca fallaba.

—Dame un minuto para que me vista y nos vamos. Sírvete lo que quieras de la mesa de licores.

—Espera, no sabes lo mejor.

—¿ué?

—Tenemos fortuna, por la importancia de ser marqueses... ¡Están en Gobernación!

Por n la suerte les sonreía. Aquel caso era eterno.

López y López aparecieron en Gobernación esperanzados. Llevaban años esperando algo así.

Entraron a trompicones en la zona de calabozos.

—Jorge, las dos detenidas en casa del marqués.

—Don Matías, están al fondo, última celda. Está allí el inspector Tamarit.

Aquello era buena señal, era un buen colega. En Gobernación no tendrían ningún problema. Matías era muy respetado, a pesar de los traspies ocurridos con el informante.

—Matías, estaba seguro de que ibais a venir. La historia es algo confusa.

Victoria se acercó a los comisarios nada más verlos entrar. El estado de Manuela estaba acabando con sus pocas esperanzas de no acabar en la cárcel de por vida.

—Soy inocente, tenéis que escucharme. Señor comisario, usted me conoce, yo no soy capaz de algo así, se lo juro.

Victoria giró para mirar a su compañera.

—Es cierto que juntas hablamos de averiguar la verdad sobre la muerte de Manuel.

—¿Manuel? —preguntó el policía Tamarit mirando a sus compañeros.

—Jorge, sí, aquel caso que me afectó tanto, el del suicido en las Ventas hace años.

—¡Ah! Entiendo. La vinculación con el marqués... la tenéis ahora.

Victoria negó con la cabeza. No podía dar a aquellos hombres lo que querían porque poco había conseguido para el caso.

—Me hice pasar por sirvienta porque a Manuela ya la conocían todos en la casa. Había estado allí muchas veces. Por eso le fue tan fácil entrar. Pero os juro que el objetivo era averiguar la verdad, no la muerte de nadie. Hubo un momento en que Manuela perdió el juicio, no tenéis más que mirarla. Tiene los nervios y el alma hechos trizas. Jamás imaginé que podría hacer algo así, os lo habría avisado a la menor sospecha.

El comisario López intentaba seguirla y atar cabos. Sacó su libreta.

—Era peligroso, señora. No debisteis hacerlo. Suplantar una identidad, y más en pos de una supuesta venganza, con los contactos que tiene el marqués y con la forma en la que esta mujer, vuestra amiga, os ha implicado... Será difícil que no acabéis en la cárcel, sinceramente.

Todos miraron a Manuela, que miraba la pared ahora con jación, como si no los estuviera escuchando. Al menos, ya no parecía una desquiciada.

—Yo estaba en la cama con la cocinera cuando todo pasó. Adelita puede dar fe.

—Es cierto, lo he corroborado con la cocinera —intervino el agente Tamarit

—. Es un atenuante, pero sigue siendo cómplice en un delito de sangre, y contra una marquesa. ¿Lo entiende? Matías, es grave.

Matías miró a Victoria. Aquella mujer era increíble. Su porte distinguido se había atenuado con aquella tragedia. Estaba desaliñada, con el pelo deshecho, pero seguía teniendo aquella mirada de orgullo. Sabía que decía la verdad, tenían que ayudarla. Pero no sabía cómo.

Su primo Álvaro intervino.

—¿Ué averiguó respecto a su hermano?

—La verdad. —Esta vez, Manuela sí reaccionó y giró la cabeza. Victoria se sentó. Le dolía mucho la cabeza—. Manuela creía que la culpable era la marquesa. Se había obsesionado con ella, por celos. Pero en realidad era una víctima. —Se giró para hablar con su compañera de celda—. Manuela, ella quería a Manuel tanto como tú. Estaba destrozada, apenas podía levantarse de la cama. Doy fe. Incluso vi al marqués pegarle una paliza, es un hombre cruel y despótico. Ella creía que incluso podía ser una especie de asesino en serie.

Intentaba conseguir pruebas contra él. Hasta tenía recortes de los periódicos de los sucesos en los que creía que podía estar implicado. Es más, vio sangre en su ropa. Ella pensaba que habían acabado también con la vida de mi primo Carlos, que por eso había desaparecido.

—Lo sabía —dijo Álvaro López mirando a su primo—. Siempre hemos tenido razón.

—Al día siguiente, la ropa había desaparecido. Y ella vivía con miedo.

—¿El marqués había averiguado que eran amantes, su hermano y ella, como supusimos en un principio?

—No, eso es lo más fuerte, todo fue casual. Me quedé pasmada cuando me lo contó. Por eso ella estaba en ese estado, no tenía nadie con quien compartirlo. Si el marqués lo hubiera sabido la hubiera matado a palos. Y va y ahora, encima, está muerta. Pobrecita, no era una mala mujer. Mi hermano tenía tendencia a

contraer pequeñas deudas y debió de contraer alguna en el local del marqués. No sé por qué, pero creo que lo hizo incluso a propósito. Uería a la marquesa, y de esa forma se enfrentaba al marqués sin exponerla. Sabía que le pegaba y que la trataba con desdén. Ella no había conseguido darle hijos. A mí me pasó igual, nunca pude concebir, es un peso horrible. No justico con eso su relación con mi hermano, pero la entiendo. El resto es tal cual suponíais, un duelo. Con el Gordo y mi primo Carlos como padrinos.

Matías miró a sus compañeros.

—No tenemos más que la verdad sin pruebas. Seguimos sin tener nada contra el marqués. Esta mujer no puede acabar en la cárcel.

Jorge posó su mirada sobre Victoria.

—Al menos tendremos la oportunidad de investigarlo o cialmente. Es más de lo que teníamos.

—No soy una asesina. Solo quiero volver a casa, no debí involucrarme en esto.

uiero alejarme del marqués, ya sé la verdad. Era todo lo que quería. La venganza no sirve para nada. Mirad a Manuela. Lo que ha pasado por querer vengarse. Su investigación es irrelevante para mí.

Manuela se levantó al escuchar a Victoria, por n, con lágrimas en los ojos.

—Yo maté a la marquesa, juro que Victoria no sabía nada. Firmaré lo que haga falta. No se preocupen.

Victoria suspiró aliviada. Menudo trance estaba pasando, allí, en un calabozo, acusada de asesinato. Lo que le faltaba.

Otro caso que no se resolvería. Pero Matías podía ayudar a aquella mujer, había sido tan valiente... No se le habían caído los anillos por ser criada, había intentado averiguar lo que ellos

no habían logrado esclarecer de la mejor forma posible.

Se dio unos segundos para poner en claro sus ideas. Era un buen profesional tras toda una vida trabajando en las calles de Madrid.

—Jorge, haz correr la voz de la historia con todo detalle. Cuanto más escabroso, mejor. ue corra por las calles de Madrid de comisaría en comisaría, de informante en informante, a todos los periódicos. Verbalmente, que es más rápido, nos dividiremos. Si queremos tener éxito, tenemos solo unas horas. Es la

única forma de liberarla del todo. Cuenta la historia de una noble manchega, inocente, Victoria Peñarrubia, que se hizo sirvienta para averiguar la muerte de su hermano, que fue amante de la marquesa asesinada. Siembra dudas sobre la autoría atribuyéndosela a su propio marido, cornudo, al saber la verdad.

Victoria lo observó, confusa. Aquel hombre era un genio. El cotilleo correría más rápido que la pólvora, así era Madrid, ávido de ese tipo de historias escandalosas y cruentas. Estaría en todos los diarios.

—De esa forma, también se venga del marqués.

uedará de cornudo y

levantará sospechas sobre él.

—Algo es algo, señora. —No pudo evitar sonreír. Aunque solo fueran a tocarle las cosquillas a aquel asesino—. Además, desgraciadamente, no es lo mismo acusar a Dulce, una sirvienta anónima, que a usted. Es una mujer con respaldo y con una gran trayectoria.

Victoria salió confusa y sucia a la calle. No se veía nada, una espesa niebla lo ocultaba todo. Mejor así, la noticia acababa de publicarse en los periódicos. Y

ella olía mal. Su pelo estaba grasiento. Su aliento era espeso. Su cara estaba hinchada de tanto llorar.

Tenía que recomponerse y llegar hasta las monjitas para recoger sus cosas y bañarse. Conociéndolas, la madre superiora no se tomaría bien el escándalo.

Encima, habían conocido a Manuela. A buen seguro no sería un trance fácil, pero le importaba un bledo, solo quería volver al Navazo, de donde nunca debió haber salido.

No importaba, tenía que ser fuerte, todo había pasado. Aun así, allí plantada, en mitad de la calle, volvía a sentirse otra vez terriblemente sola. No sabía bien qué dirección tenía que tomar. Tendría que volver a entrar a pedir ayuda.

Tembló de frío.

Dio unos pasos y vio una gura con un grueso abrigo enfrente de ella. Le pareció familiar aquella

pose, con la espalda tan erguida y esos hombros desproporcionadamente anchos. No podía ser, estaba segura de que lo había perdido para siempre. Su comportamiento no había sido el mejor. Tenía que ser fuerte. Aun así, se acercó.

La niebla fue atenuándose hasta poder ver su cara.

—¿Dulce? —Su mirada era confusa, triste.

Era el momento.

—No soy Dulce, soy Victoria Peñarrubia. Viuda de Gabaldón. —Ya había renunciado a él. Aquella conversación no debía afectarla.

Aun así, entendió que no quería tener aquella conversación.

—Así que es verdad. No eres tú.

Estaba decepcionado. ¿Había ido hasta allí solo para reproches, para discutir?

Se alzó sobre sí misma.

—No, yo soy yo. Siempre he sido yo.

Y lo miró. Y por segunda vez en menos de tres semanas, todo su ser cambió de opinión, todas sus ideas y prejuicios saltaron por los aires. Y volvió a llorar.

Y lo abrazó con fuerza. Sin importarle que él quisiera o no. Se aferró a él en mitad de la calle, en medio de la niebla, como si fuera una niña. Una pequeña huérfana.

Para sentir otra vez su calor. Su seguridad.

Levantó la cabeza. Francisco seguía paralizado en el sitio.

—Lo hice por mi hermano, por Manuel. Sé que fue una estupidez, pero gracias a eso he cambiado. Te he conocido, pero también veo la vida de otra forma.

Nunca quise que le pasara eso a la marquesa. No supe ver el estado de locura de Manuela. Ella era la antigua novia de mi hermano. Iban a casarse.

Ahora o nunca. Francisco se acercaría a ella o se iría.

Francisco le acarició con cariño el desaliñado pelo.

—Shhhhhh —le chistó como a un bebé.

—Tengo el pelo sucio. —Se avergonzó entre risas, con lágrimas en los ojos—.

Sigues siendo hombre de pocas palabras, ¿no vas a decir nada?

Le dio un golpe en el pecho a modo de reproche.

Francisco la envolvió con fuerza entre sus brazos, como si no existiera un momento más intenso que ese.

Y por fin la besó, con fuerza y pasión, sin palabras. Sin importarle el futuro.

Victoria solo pudo pensar que ojalá aquello hubiera ocurrido después de haberse bañado y cambiado de ropa. Así no podía disfrutarlo del todo.

—Dulce, yo...

—Tonterías, has besado a Victoria Peñarrubia. Y muy dulce pues nunca he sido, la verdad. Quizás por eso escogí ese nombre, quería ser diferente.

—No lo entiendes. Con Dulce tenía una posibilidad, una vida, humilde pero feliz. Soy un mayordomo, toda mi vida he servido. No soy nadie. La gente no suele ni verme, a pesar de mi tamaño, ni tan siquiera aprenderse mi nombre. No soy más que nada.

Victoria lo abrazó con fuerza. Y a pesar de su mal aliento se arriesgó a besarlo.

Pensó que eso sí que era amor. Cuando saltan por los aires las formas.

—Mírame, Francisco. Será difícil. No todo el mundo nos comprenderá. Pero eso nunca me ha importado. Estoy acostumbrada a las cosas imposibles, a los murmullos. Nos casaremos, viviremos felices en el Navazo. Lo único que siento es...

—¿ué?

—No podré darte hijos.

Francisco rio.

—No quiero hijos. Solo a ti. Siempre pensé que iba a estar solo.

—Yo también. Pero desde este preciso instante, tú y yo estamos unidos. Igual que si estuviéramos ya casados. Desde que te vi, ya un hilo nos tensó. No volverás a aquella casa, a ese maldito lugar con aquel asesino del marqués. Ni siquiera recogerás tus cosas, nos vamos a casa. Pero antes, si podemos, nos casamos en la primera iglesia en la que nos dejen. Seguro que el padre Matías puede organizárnoslo.

—No sabía que eras tan mandona.

—No lo sabes tú bien. Ya puedes acostumbrarte.

—¿El Navazo? ¿Eso está lejos? ¿Es un pueblo?

—No, es mi casa. Eso es lo que soy, una mujer de campo. Allí tenemos mucho que hacer, no creas que no vas a trabajar porque tenga algo de dinero. De sol a sol. Tenemos mucho que hacer juntos.

—La tensión había pasado.

—Pero no sé nada de campo.

—Pero sí de administrar casas. Haremos un buen equipo. En mi familia todos tenemos que ser productivos. En el pasado no fue así, y aquello nos llevó a la

ruina. Yo tampoco sabía nada. Todo el mundo puede aprender, solo hay que querer hacerlo.

Diez años después...

Allí estaban sentados los dos. Con dos inmensas copas de vino tinto, viendo atardecer. Habían sacado, como cada tarde, las sillas y la mesa a la parte trasera de la casa. El sol, de un anaranjado rojizo, era minúsculo, pero precioso por su color chillón.

Una joven morena con la nariz aguileña llegó corriendo.

—Tíaaaaaa.

—Victoria, por favor, que ya eres mayor para andar corriendo por ahí.

—Tíaaa, ¿puedo ir contigo y con el tío mañana al campo? Es el primer día.

quiero ver cómo se recolecta el azafrán.

—Por supuesto que puedes. Será la nueva primera orida.

—¿Es tan bonito como cuenta mamá?

—Tu madre me ha usurpado el papel de tostadora. Menudo morro que tiene, dile que no pienso hablarme con ella hasta mañana. La recolecta es preciosa, te va a encantar. Son recuerdos y tradiciones que quiero que tengas.

—¿Podré desbriznar?

—Claro que sí, como hacíamos mamá y yo cuando éramos más pequeñas que tú. Y nuestras madres antes, ¿te acuerdas de lo que te he contado de mi tía María Dolores?

—Claro, era la tostadora. Como mamá ahora.

—Tú cierras nuestro círculo, pequeña. El olor del azafrán impregnará tu vida, jamás te abandonará, ni en los peores momentos.

—¿A ti nunca te ha abandonado?

Francisco rio con la pregunta de su joven sobrina. Hasta ese momento había estado callado.

—A tu tía nunca le ha abandonado.

—Nunca, sobrina, por eso estoy tan contenta. Mañana será el mejor día del año, como una esta. El color violeta teñirá los suelos y la casa se llenará de jóvenes. Cantaremos y contaremos historias juntas, las mujeres, sentadas en una gran mesa.

El azafrán por n volvía a la familia Peñarrubia. Su rentabilidad ya no era tan relevante. Era mucho más que eso. Era hogar y tradición. Era ella misma. Y, qué diablos, se lo podía permitir.

Victoria ya podía sentir el olor del azafrán tostándose.

Estiró la mano, ilusionada, a Francisco. Para él también sería su primera vez.

Agradecimientos

A toda mi familia, es especial, a mi tía M.^a Dolores, por estar a mi lado y por llevarme a desbriznar al pueblo.

A Fuentealbilla, su pueblo, el de mi padre. Por tantos momentos memorables.

Índice

[Capítulo 1 11](#)

[Capítulo 2 29](#)

[Capítulo 3 59](#)

[Capítulo 4 77](#)

[Capítulo 5 97](#)

[Capítulo 6 105](#)

[Capítulo 7 123](#)

[Capítulo 8 133](#)

[Capítulo 9 159](#)

[Capítulo 10 165](#)

[Capítulo 11 183](#)

[Capítulo 12 227](#)

[Capítulo 13 251](#)

[Diez años después... 291](#)

[Agradecimientos 293](#)

Document Outline

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Diez años después...](#)
- [Agradecimientos](#)